



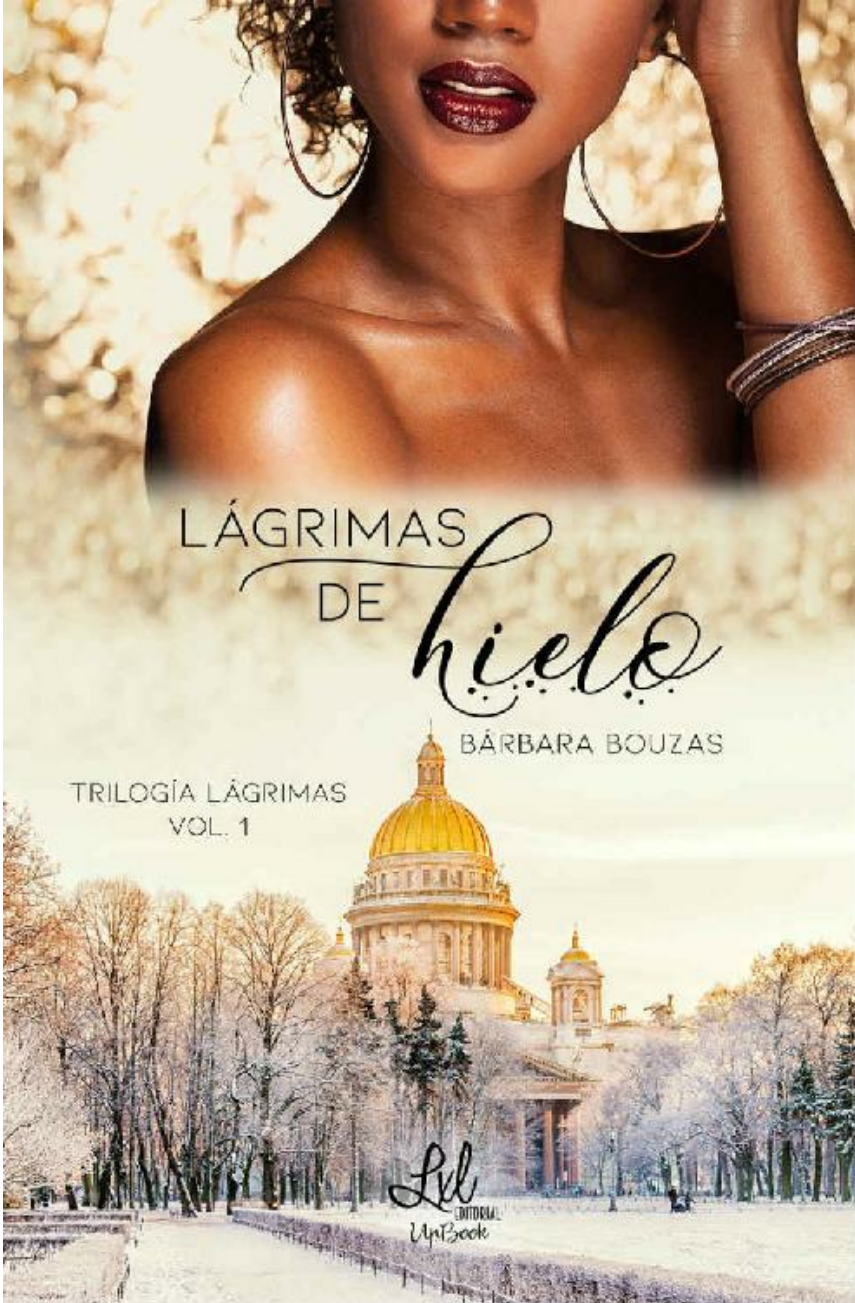
LÁGRIMAS
DE *hielo*

BÁRBARA BOUZAS

TRILOGÍA LÁGRIMAS
VOL. 1



Lxl
EDITORIAL
UnBook



LÁGRIMAS
DE *hielo*

BÁRBARA BOUZAS

TRILOGÍA LÁGRIMAS
VOL. 1

Lil
EDITORIAL
UnBook

Lágrimas de hielo

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Bárbara Bouzas 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

04240, Almería (España)

Primera edición: diciembre 2018

Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17516-65-9

No lloro por ti, tú no vales la pena. Lloro porque la ilusión de quién eras se vino abajo al saber quién eres en realidad.

Steve Maraboli

A mi hermana, Gabi, porque no hay persona con quien más ganas tenga de
compartir este sueño que con ella.

Infinity times infinity.

Agradecimientos

Gracias a mi madre por su confianza en mí, por sacarme una sonrisa cuando estoy enfadada y por sacar mi mal genio cuando estoy contenta. Le agradezco también que me haya enseñado que a veces poco es mucho, que todo esfuerzo tiene su recompensa y que lo bueno se hace esperar.

Gracias a mi padre porque hará el esfuerzo de leer una novela romántica pese a que no le gusten nada. Gracias también por no enfadarse al enterarse que había escrito un libro poco antes de que supiera que lo iban a publicar.

Gracias a mi abuela porque, cuando le di la maravillosa noticia, se le saltaron unas lágrimas de pura felicidad y orgullo, se secó las manos al mandil y me abrazó con fuerza porque las palabras no le salían.

Gracias a mi abuelo porque, aunque no esté, sé exactamente lo que me diría, cómo sería su sonrisa y cómo querría celebrarlo: *«Así me gusta miña filla, sempre para adiante, finca no pé. Quéroche moito»*.

A mi novio, por intentar —que no es lo mismo que conseguir— no molestarme cuando paso horas frente al ordenador. Le pido perdón y le doy las gracias por no enfadarse, o no mucho, porque le conté que había escrito la novela tras saber que la publicarían.

Ahora, fuera de casa, le agradezco mil y una veces a mi editora, Noelia Ortega, por darme la oportunidad de compartir esta historia, por sus consejos y por enseñarme, entre otras muchas cosas, que la forma en la que cuentas las cosas es más importante que las cosas que cuentas. Gracias por hacer realidad mi sueño.

Prólogo

Lo tuve todo cuando no era nadie y me quedé sin nada ahora que volvía ser alguien, yo.

¿Valió la pena?

A veces los sentimientos son tan fuertes que controlan tus actos. No importa la razón, cordura o lealtad hacia lo que te rodea, sino que orbitas alrededor de la persona que amas como la Tierra alrededor del sol.

Esos sentimientos me controlaban, me hacían débil. Lo sabía, pero nunca me había sentido tan plena como en sus brazos, nunca había deseado tanto que alguien me amase. A mí.

Lo que alguna vez me había asqueado había pasado a un segundo plano para dejar paso a un amor tan grande que creía que podría superarlo todo.

Fue un error, él me odiaba. Era el prototipo de persona al que no le temblaba el pulso al disparar. Al contrario, disfrutaba torturando a los de mi calaña.

1

Dabria

—Buenos días, Laura —saludé a mi amiga y compañera de trabajo que ya estaba en su mesa.

Éramos amigas desde hacía cuatro años. Cuando entró en el CNI, nos convertimos en uña y carne. La hermana que nunca tuve.

—Buenos días, Dab, ¿qué tal...? —El ruido de la puerta del comisario seguido de su voz la interrumpió.

—Buenos días. Cuando lleguen vuestros compañeros entrad en mi despacho, tenemos que hablar. —Y sin más volvió a cerrar.

Nuestros compañeros, Diego y Jorge. Los cuatro trabajábamos juntos bajo el mando del serio comisario, Carlos Muñoz, y la inspectora Sara Cortés. El equipo llevaba a cabo misiones de espionaje contra el terrorismo, prostitución, narcotráfico, tráfico de mujeres, armas y órganos. Básicamente todo lo que podía poner en peligro la seguridad nacional de nuestro país. Normalmente debíamos infiltrarnos, hacernos pasar por uno de ellos, poner cámaras, micros e interceptar la mercancía. En resumen, hacer lo posible para que acabasen entre rejas.

Diez minutos más tarde, entraron Jorge y Diego con una sonrisa muy sospechosa para ser lunes.

—Buenos días, chicos. Parece que lo habéis pasado bien el fin de semana —saludé.

—Desde luego, el sábado fue una noche... ¿cómo lo diría...? Espectacular —contestó Diego riendo.

—Nos contaréis todo a la hora de la comida. Todo. —Laura recalcó la última palabra—. Ahora nos espera Muñoz.

La miramos como si le saliesen tres cabezas y ella se dio cuenta de nuestra reacción. Era demasiado cotilla para querer esperar por un chisme.—No me miréis así. Muñoz estaba más serio de lo normal, lo que implica que lo que nos va a contar es importante. De todas formas, sois unos exagerados, no es tan raro que aplace el cotilleo. Pero os lo advierto, a la hora de comer no os libráis. Ambos. —Los señaló alternativamente en señal de advertencia.

La mesa del comisario era bastante pequeña, pero nos acomodamos. La

inspectora y el comisario estaban ojeando unas carpetas que cerraron con lentitud cuando los cuatro estuvimos listos para escuchar. Antes de hablar nos las pasaron y comenzamos a ojear la información por parejas.

—¿Qué es? Vamos, obvio, información sobre las Tres K, pero..., ¿qué ocurre? —preguntó Jorge, levantando la vista de nuestra carpeta.

—Pues bien. Chivatazos, pistas, suposiciones, posibles delitos... Pero solo eso, nada que pruebe la culpabilidad de los miembros de las Tres K. No tenemos nada para meter entre rejas a ninguno de sus miembros, mientras que ellos cada vez amplían más su mercado. Más armas, más drogas de diseño, más mujeres para prostituir. Cada vez están llegando más camiones llenos de mierda a nuestras costas; a Francia y a Alemania. No somos capaces de pararlos, tienen las espaldas bien cubiertas. Nosotros solo encerramos a algún camello de poca monta que no sabe ni para quién trabaja —respondió el comisario.

Las Tres K era una organización rusa dedicada a todo tipo de tráfico. Una de las mafias más importantes del mundo. Los cuerpos de inteligencia de Europa acordaron un tratado hacía años para trabajar en grupo y así poder eliminarla. Hasta entonces no había habido suerte. Ni siquiera uno de sus miembros había acabado entre rejas. Habían debido de pagar muy bien a las autoridades y, desde luego, su trabajo no había dejado ningún cabo suelto.

Las Tres K recibía ese nombre porque estaba formada por la unión de tres grandes familias rusas. Los Korsakov, los Kostka y los Kovalenko; una unión muy sólida consolidada durante generaciones.

—Llevamos tiempo recopilando información y... —empezó a decir Laura, pero la inspectora la interrumpió.

—No tenemos nada, Laura, nada que los involucre directamente con tales delitos. Eso se acabó. Hemos estado hablando con los cuerpos de inteligencia de los países vecinos y nos hemos puesto de acuerdo en infiltrar a agentes en los puntos clave de sus negocios. Nosotros hemos sido los encargados de ir a Rusia. Atajaremos desde allí. Uno de vosotros viajará a San Petersburgo en septiembre.

—Nos ha tocado la parte más fácil —solté con sarcasmo.

—Será un trabajo complicado y largo. —Muñoz me lanzó una mirada seria—. Calculamos un año, más o menos, dependiendo de cómo vayan saliendo las cosas. No seréis un espía cualquiera, sino infiltrado directamente en una de las tres familias —explicó.

—¿Cómo se supone que lo haremos? No creo que sea tan fácil ganarse la confianza de alguno de ellos para averiguar algo sustancial —pregunté.

—Pues el objetivo para conseguirla será enamorar a uno de los herederos de las tres familias. Os convertiréis en la chica que siempre deseó, así os ganaréis su confianza. Le haréis creer que lo amáis. De esa manera, conseguir las pruebas necesarias para que paguen por sus delitos será más fácil —contestó la inspectora.

Fantástico, la infiltrada seríamos Laura o yo. Más claro, agua.

—Fabuloso, suena a pan comido, un plan perfecto. Enamorar a un mafioso, ruso por si no fuera suficiente, para acabar con su negocio. ¿De quién ha sido el plan? Porque a mí me suena a fracaso. Contando con que una de nosotras no acabe en un contenedor de basura —repliqué enfadada.

—Llevamos tiempo pensándolo y es la manera más segura. Está todo listo para que sea casi imposible ser descubierto —respondió el comisario.

—Aunque el ruso se enamore, no quiere decir que se vuelva tonto —comentó Laura.

—Cierto, que se enamore no quiere decir que le cuente todo a su amada —añadí.

—Pues ve pensando cómo lo vas a hacer, Dabria, porque tendrás que conseguir que se vuelva loco de amor por ti, que baje la guardia hasta averiguar lo necesario —dijo la inspectora.

Me quedé como si me tirara un cubo de agua helada por encima. No quería poner en peligro a Laura, pero no quería largarme para Rusia. ¡Maldita fuera!

—Espera, espera, espera. ¿Qué quieres decir con que tengo...?

El comisario me interrumpió.

—Sí, Dabria, tú serás la infiltrada. Tú enamorarás al ruso y tú los meterás entre rejas.

—Si ni siquiera le habéis preguntado si puede o quiere ir —protestó Laura.

Sabía que me quería como una hermana, por eso intentaba defenderme, aun sabiendo que la decisión era inexorable.

Me sumí en mis pensamientos. Una tristeza repentina me llenó por completo. Mi abuelo estaba mayor. Al regresar de la última misión le había prometido que pasaríamos una larga temporada juntos. No era justo, hacía apenas un mes que había vuelto a casa.

—No pensasteis, acaso, en que el infiltrado también podía ser un hombre

—preguntó Diego con la esperanza de que me librara y fuese uno de ellos quien se encargase de aquello.

—Escuchadme bien todos. Esto es muy serio. Llevamos años detrás de esta organización y queremos que esta vez salga bien. ¿Creéis que enamorando a una de las chicas obtendríais la misma información que se le puede sacar a un heredero? No quiero decir que él lo vaya a contar todo, pero quienes controlan los negocios allí son los hombres, las mujeres solo se inmiscuyen lo necesario. Están al corriente de lo que hace su familia, pero no participan de forma activa. Es una forma de protegerlas, manteniéndolas en los límites. Ven la porquería, pero no se ensucian. Confiamos en que sea más fácil al meterse de lleno con uno de los herederos, eso facilitará la incorporación de micros y cámaras. Si baja la guardia, también lo hará el resto, lo que permitirá obtener pruebas de una manera más asequible.

—Dabria ha sido la elegida porque cumple con nuestro perfil a la perfección, o ¿acaso alguno de vosotros habla ruso? —preguntó el comisario, pero al ver que ninguno contestaba continuó—: Dabria habla ruso, francés, árabe e inglés. Domina las artes marciales y el baile tan bien como maneja las armas. Si alguno cree que lo puede hacer mejor que ella, tanto la inspectora como yo escucharemos vuestra opinión.

—No, jefe —contestaron los tres a la vez, yo, sin embargo, no sabía qué decir.

—Sabemos que es la mejor, pero es injusto que tenga que ser siempre ella la que se pone en peligro —replicó Jorge.

—Lo sabemos, pero no tenemos dudas de que lo hará como esperamos. Y ninguno duda de su belleza para enamorar al ruso, ¿verdad? —dijo la inspectora intentando animarnos.

—¿Quién será el afortunado que sucumba a mis encantos? —pregunté con sarcasmo, dejando mis pensamientos para más tarde.

—Mikhail Korsakov —respondió la inspectora.

Mikhail Korsakov: heredero de la familia Korsakov. Tenía dos hermanas, una mayor y una menor; por lo tanto, él sería el próximo en dirigir el negocio familiar. Desde los dieciséis años empezó a trabajar con su padre, tíos y primos, para aprender cómo funcionaba todo. Se rumoreaba que sería el heredero perfecto: demasiado frío para quienes apenas lo conocían, letal en los negocios e impasible con los traidores.

—Sé quién es —contesté seriamente.

Por supuesto que lo sabía, llevábamos mucho tiempo detrás de las Tres K como para no saber quién sería su próximo líder.

—Él será tu conquista. Si falla, irás a por Borak Kostka —dijo el comisario.

Borak Kostka: heredero de la familia Kostka, el mayor de sus hermanos. Tenía tres hermanas pequeñas. Como Mikhail, llevaba desde joven metido en el negocio familiar. Un buen heredero también, pero no abarcaba las Tres K.

—No me hará falta pasar al plan B, nunca fallo —dije segura de mí misma, aunque en realidad no lo estaba.

—Por eso te hemos elegido —comentó orgullosa la inspectora.

—Eso sí, no tengo ni idea de cómo conseguir que el ruso se enamore de mí —añadí sonriendo.

—Tienes mucha información que te servirá de ayuda. Antes que tú ya hubo infiltrados cerca de ellos para allanarte el camino. Sus gustos, lo que suele hacer, dónde suele salir, con quién, su grupo de amigos, qué mujeres le gustan... Están en esas carpetas marrones —dijo el comisario señalando hacia una estantería tras él—. Y tienes a tus compañeros para que te ayuden. Estoy seguro de que Laura tendrá ideas de cómo hacerlo y estará encantada de ayudarte en todo. ¿Cierto, Laura? —añadió mirándola a ella con una mueca que parecía una sonrisa a medias.

—Desde luego, comisario. Antes de que se dé cuenta, el ruso estará babeando por ella. Yo... quiero decir, nosotros, le ayudaremos en todo —contestó más alegre.

—Pues desde este momento tu única misión es prepararte para ir a Rusia. Nada más. Deja lo que estabas haciendo, otra persona se encargará —ordenó la inspectora.

—Pero... —había empezado a protestar y de nuevo me cortó.

—Sin rechistar. Te dedicarás por completo a tu nueva misión.

—De acuerdo —contesté de mala gana, haciendo una mueca de disgusto.

Me gustaba el trabajo que estaba haciendo, narcotráfico. Una banda nueva que había llegado a Madrid con drogas de diseño y que le vendía LSD hasta a los niños de trece años. Estaba deseando coger a su jefe y meterlo entre rejas. Pero no me iba a dar ese gusto, sería otro. ¡Qué rabia me daba!

A partir de ese momento mi único objetivo era entrenarme para mi siguiente misión. Aprender todo lo relacionado con las Tres K que los otros espías habían podido averiguar. ¡A ver qué tan llenos de mierda estaban cada

uno de ellos!

Dejamos al comisario y a la inspectora en el despacho y salimos cada uno a ocuparnos de lo que nos tocaba. Yo había empezado leyendo las carpetas, mientras que ellos, por el momento, seguirían persiguiendo a los nuevos narcos. ¡Genial! Comencé a leer enfurruñada. No había llegado al final de la primera frase cuando Laura me interrumpió:

—Lo siento, Dab, de verás. —Su voz sonaba triste.

—No te preocupes, estoy bien, solo que... tengo que hacerme a la idea — contesté apagada.

—Puedo leer contigo eso, si lo prefieres. —Sabía que lo haría encantada, pero prefería hacerlo sola.

—Prefiero empezar yo. Lo comentaremos en la comida, ¿te parece? — contesté con una sonrisa de agradecimiento.

Tres horas leyendo su vida. Demasiado tiempo persiguiéndolos, demasiado tiempo para no tener la información suficiente para condenar a ninguno de ellos. Era como si a medida que su negocio crecía, menos posibilidades teníamos nosotros de cogerlos, debiendo ser al revés. Algún fallo, cabo suelto. Pero no, estaba todo perfectamente calculado para no dejarnos más que carpetas llenas de información que realmente para poco nos valían. ¡Esperaba que a mí sí me sirviesen de algo! Releí cosas que ya sabía.

Los Korsakov se encargaban de las empresas relacionadas con ocio y diversión. Casinos y discotecas, así como restaurantes de lujo. Los Kostka eran propietarios de las cadenas de hoteles, *spas* y gimnasios. Los Kovalenko ponían guapa a la clase más alta de Rusia: *boutiques*, joyerías, peluquerías, perfumerías... Eran excesivamente ricos para ser cogidos, tenían comprada a la mayor parte de la policía y les llenaban los bolsillos tantos a jueces y fiscales como le era posible. Su asqueroso dinero también hacía mella en otros países por los que pasaba su mercancía. Su dinero sí lo podía comprar todo.

Los tres negocios eran patrimonio familiar. Si siempre habían ido bien, ¿por qué no iban continuar su maravilloso curso? ¿Quién pensaría que no era más que una farsa, una tapadera? Lo cierto era que todo el mundo parecía ser consciente, pero nadie lo comentaba; la gente olía la podredumbre de su negocio, aunque tenían miedo, miedo de acabar en un contenedor de basura sin importarle a nadie qué fue lo que ocurrió. Eso sí realmente le importase algo. La mayoría estaban tan acostumbrados a que fuese así, que no les resultaba

extraño convivir de esa forma.

—Dab —Laura se levantó de la silla—, es hora de comer. ¡Vamos, chicos, arriba! —llamó a Diego y Jorge para que, como siempre, nos acompañasen.

Solíamos ir al mismo lugar, un pequeño restaurante que estaba en la esquina del edificio de la comisaría. Los dueños eran encantadores, dos señores ya mayores, ella se encontraba en la cocina y él sirviendo.

—Han llegado mis cuatro fantásticos —saludó el señor Ernesto con una gran sonrisa—. ¿Cómo os va, muchachos? ¿Con hambre?

—Claro, señor Ernesto. Espero que su mujer haya preparado ese estofado tan bueno —le dijo Diego sentándose en una silla.

—Desde luego, muchacho, ¿quieren estofado los tres y la pequeñaja un revuelto de setas y espinacas? —preguntó mirándonos a los cuatro con cariño.

—Yo hoy acompañaré a Dabria con el revuelto. Gracias, Ernesto —contestó Laura con voz dulce.

—Bueno, ¿qué tal lo llevas? —me preguntó Jorge cogiendo el vaso para beber.

—Estoy empezando todavía. Demasiada información para un solo día. Me habría bastado con la noticia por hoy —comenté riendo.

—Sabemos que no querías esto, Dab, lo que más deseabas era pasar una temporada larga en casa. Saber que vas a pasar un año fuera es más que suficiente. De veras que lo siento —dijo Diego.

—Cierto, nada me hacía más ilusión que estar con mi abuelo durante un período muy largo. Ahora ni pasaré las Navidades a su lado y me tocará comerme las uvas con guantes para que no se me congelen los dedos —bromeé, haciendo una mueca de disgusto.

Desde niña, cuando algo no me gustaba o me molestaba, arrugaba la boca y nariz hasta juntar los labios a la altura de esta, como un conejo.

2

Miki

Trece años antes

—Es la hora, Mikhail —dijo mi padre entrando en mi habitación.

Asentí con la cabeza. Estaba nervioso para responder. Era el día, era mi día. No quería defraudar a mi padre, no podía.

Después de media hora de camino, el chófer nos dejó enfrente de un gran edificio. Sabía de sobra dónde estábamos, en los juzgados. En realidad, allí se hacían muchas más cosas que impartir justicia y condenar a criminales, también se cubrían y se defendían criminales. Las cinco familias más poderosas estaban esperándonos. Las cinco más las dos que formaban parte de las Tres K. Aquel día la sala sería testigo de otro tipo de condena, aquel día conocerían y jurarían respecto al heredero. Se inclinarían ante Mikhail Korsakov.

Se inclinarían ante mí.

Entramos con paso decidido. Solamente algunos de los hombres de mis padres nos acompañaban vigilando nuestras espaldas. Abrimos la doble puerta y caminamos al centro del estrado. La gente esperaba con paciencia a que mi padre tomase la palabra. No era una sala llena de personas, solamente estaban los justos, los necesarios que debían escuchar con atención. Habría un total de cuarenta, entre padres, hijos, familiares y escoltas.

—Buenos días —saludó mi padre en alto—. Hoy tengo el inmenso placer de presentaros formalmente a mi hijo, Mikhail.

Vi el orgullo en su cara, así como en la de mi abuelo, sentado a mi derecha junto con mis primos y mi tío. Eso no significaba que no me conocieran, al contrario, todo el mundo sabía de mi existencia, pero era un ritual antiguo para honrar al futuro jefe de la mafia rusa. Al cumplir los trece años debían jurarte lealtad, un pacto de honor, respeto y sangre.

—Hoy, en el día de su treceavo cumpleaños, está aquí para recibir el acogimiento que estoy seguro estaréis encantados de darle —continuó mi padre—. Como mi futuro sucesor, debéis jurar lealtad, respeto y obediencia absoluta hacia él.

—Yo seré el primero en hacerlo, con todos mis respetos, Egor, estoy

seguro de que Mikhail se convertirá en el mejor jefe que las Tres K haya tenido, y para mí será un honor servirlo —dijo uno de los jefes de las cinco familias, el señor Steklov, el más viejo de todos, íntimo amigo de mi abuelo.

Mi padre asintió y le tendió la mano al señor Steklov cuando subió al estrado. En él había una mesa con los pergaminos esperando a ser firmados por cada uno de los miembros. El señor Steklov lo hizo con el correspondiente a su familia. Al acabar, se produjo un corte en la palma de la mano con el cuchillo que había sobre la mesa y dejó correr una gota de sangre por el papel; de esa forma cerraba su juramento de lealtad hacia mí. Seguido de él fueron el resto de los miembros de las cinco familias, y luego, muy a su pesar, hicieron lo mismo los Kostka y los Kovalenko. Dusan no pudo evitar hacer un comentario acerca de mi liderazgo:

—No creo que las viejas costumbres sean siempre las mejores. Mi hijo podría ser tan buen heredero como Mikhail.

—Los Korsakov son nuestros líderes, nos guían desde hace años. Tendría que ocurrir algo impensable para que el legado saliera de sus manos —le respondió el señor Poliakov, otro de los viejos de las cinco familias.

—Suponemos que no tienes ningún inconveniente respecto a eso, ¿no es así, Dusan? —preguntó otro de los cinco, el señor Berezustki.

—En absoluto. Solo era una sugerencia —respondió el padre de Borak de manera fría.

—Nos gustaría que el joven Korsakov nos probara su valía, que nos convenciese de que no será un cobarde —intervino Vasyl.

—¿Qué quieres que haga el chico exactamente, Kovalenko? —inquirió el padre de Aleksei.

Pertenecía a otra de las cinco familias, los Volkov, pero en ese caso era el padre de Aleksei quien llevaba las riendas desde que su padre murió, unos años atrás.

—Pues mostrarnos de qué material está hecho. Que traigan a uno de los hombres que debemos condenar y que sea tu hijo el que lo juzgue. —Esa vez, Vasyl se dirigió directamente a mi padre.

Él me miró por encima del hombro. Yo, de forma imperceptible, cerré los ojos en señal de asentimiento.

—Si eso es lo que quieres, que traigan a uno —ordenó mi padre.

En menos de quince minutos nuestros hombres llegaron con un hombre encadenado. Tanta rapidez me llevó a pensar que los Kostka y los Kovalenko

ya tenían aquello planeado, querían verme flaquear.

Arrojaron el hombre al suelo delante de nosotros. Sin mirar a nadie, bajé las pocas escaleras que me separaban del hombre, me coloqué detrás de él y tiré de su cabello para que alzaré su magullado rostro.

—¿De qué se acusa a este hombre, Vasyl? —pregunté en alto.

—Traición. Intentaron robar un cargamento para venderlo a nuestras espaldas —explicó mi padre antes de que el Kovalenko se le adelantase.

—Y ¿de quién exactamente es? Quiero decir..., ¿quién le pagaba? ¿Quién era el responsable de él? —pregunté de nuevo, sin dejarme amedrentar por todos los viejos y sabios ojos que me observaban sin perder detalle.

—Mío. El hombre era mío, Mikhail —respondió Vasyl con una sonrisa arrogante.

—Ahora di, ¿cuál será su condena? —preguntó Dusan.

—¿Por qué lo has hecho? ¿No te pagaban suficiente? —le pregunté al hombre que miraba al frente.

—No es eso —empezó a contestar con la vista fija al frente.

—Mírame cuando te hablo —le ordené—, y contesta.

—Sí, me pagaban bien, pero con lo que ellos ganan me merecía más —respondió seguro de sus palabras.

—¿Qué crees que te harían ellos?

—Torturarme hasta la muerte en el sótano del Hera.

—¿Qué crees que te haré yo?

—Lo mismo —sonó más a afirmación que a pregunta.

—Sí, me gustaría llevarte al Hera para jugar, pero no tengo tiempo.

Sin prisa pero con paso seguro me acerqué a la mesa donde estaban los cuchillos, cogí uno y volví donde se encontraba. Lo sujeté de nuevo del cabello y le levanté la cabeza. Sin temblarme el pulso deslicé la afilada hoja por su garganta. No me importó la sangre, no me importó su mirada, no me importó su vida.

Me acerqué a Vasyl, que me observaba con odio, limpié el cuchillo en su chaqueta y se lo ofrecí.

—Me parece, Vasyl, que no deberías dejarte torear por tus hombres. Yo no lo haré, y ten en cuenta que no soy mi padre. Soy más peligroso y menos indulgente. Este incidente ha sido tu culpa. Asegúrate de que no se repita.

Todos en la sala me contemplaron con orgullo, sobre todo mis familiares. Vi cómo a los gemelos se les quería escapar la risa. En cambio, a Vasyl y

Dusan parecía salirles fuego por las orejas, mientras Mikola me lanzaba dagas con los ojos.

Si ellos supieran... Si supieran que yo sería acero para sus dagas y agua para su fuego...

3

dabria

En los quince minutos que duraba el trayecto hasta mi casa no había dejado de darle vueltas a la cabeza. Le contaría a mi abuelo que me tenía que ir. Él, como siempre, me apoyaría en vez de regañarme por no ser capaz de cumplir con mi palabra. ¡Vaya mierda, prefería que me riñese por ser una mentirosa!

Aparqué la moto en la entrada. Vivíamos un poco alejados del centro, en una zona tranquila. Mis abuelos compraron la casa recién casados, fue donde se crio mi madre y donde vivió desde los seis años.

—¡Estoy en casa! —Antes de acabar de saludar, Chicho se acercó eufórico. De haber algún florero adornando nuestro pasillo lo habría roto de un golpe con el rabo.

—¿Cómo te ha ido, mi niña? —El abuelo giró la cabeza en mi dirección.

Siempre solía encontrarlo en el mismo sitio; en el sofá más cercano a la puerta con una taza de café bien fuerte en la mesita y un buen libro en la mano. Por las mañanas se acercaba al gimnasio, pero por las tardes se dedicaba a leer, pasear y llevar a cabo una vida de jubilado, como él lo llamaba.

Le di un beso en la frente y me senté en el sofá grande que había pegado a la pared. Así me quedaba a su derecha, por lo que tenía que girar levemente la cabeza para verme bien. Chicho, nuestro pastor alemán, se acostó a mis pies para que pudiera acariciarlo.

—¿Qué tal el día? ¿Qué tal todo por el gimnasio?

—Como siempre, el gimnasio marcha viento en popa, Dab. ¿Ya le habéis dado caza a esos cabronazos?

Se refería a la banda de traficantes. No debería hacerlo, pero se lo contaba todo, me gustaba saber su opinión al respecto.

—Lo cierto, *ded*^l, es que no. Y a partir de hoy ese no es mi problema —le dije con la voz apagada.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien? —Su preocupado tono de voz me instaló un nudo en el estómago.

—Estoy perfectamente, pero... me han encargado otra misión. Tengo que viajar a Rusia. Será durante bastante tiempo, un año, aproximadamente. Los sucios negocios de las Tres K se expanden como una plaga y... —Los nervios

me hacían contárselo todo a la carrerilla.

—No me lo digas, irás de agente encubierto —interrumpió.

—Exacto. Es una misión muy importante, creen que debo ser yo la encargada de realizarla. Pero..., sabes que puedo quedarme —le dije entrecerrando los ojos.

—A veces ser la mejor es un fastidio. —Sonrió—. No se trata de lo que yo prefiera, Dab, me encantaría tenerte en casa, pero sé cuánto te aporta tu trabajo, lo vives con una intensidad abrumadora. Te admiro por lo que haces y por lo bien que lo haces. Pero tengo miedo de que el trabajo te absorba la felicidad. Rusia es diferente, mi niña, demasiado peligroso; sin embargo, no interferiré en tu decisión. Ambos sabemos que irás y lo harás estupendamente.

—Pero, *dedushka*²... —No me dejó acabar.

—Dime, Dab, ¿no quieres ir, acaso? Dime que tu cabeza no está trazando miles de planes de cómo acabar con ellos. —Me sonrió.

—Sabes que sí, *ded*, pero te había dicho que pasaría una temporada en casa, contigo.

—Yo seguiré aquí cuando vuelvas. Cuéntame cuál será tu cometido.

—¿Tengo otra opción, acaso? —Reí.

Mi abuelo vivía con tal intensidad mi trabajo que parecía ser él quien lo estuviera realizando. No podía ocultarle nada.

—Esta vez me toca enamorar al heredero de la familia Korsakov.

Le conté todo lo que sabía hasta el momento. Él escuchaba con atención, asintiendo o negando con la cabeza, haciendo muecas... Recalcó que atendiese bien a todo lo que leyera en relación con las Tres K.

—Cualquier detalle por insignificante que parezca puede serte de mucha ayuda —me dijo.

Mi día continuó como cualquier otro. Fui un rato al gimnasio y más tarde regresé para cenar con mi abuelo. Él era quien se encargaba de preparar las comidas. Por mi parte, podríamos morirnos de hambre. Odiaba cocinar, se me daba fatal y me parecía una pérdida de tiempo terrible. Te pasabas dos o tres horas en la cocina para que en pocos minutos tu trabajo desapareciera. ¡Como si no costase prepararlo! Admiraba y agradecía que él lo hiciera sin importarle lo elaborado que fuera el plato, el tiempo que perdiera en él o que yo tardase quince minutos o una hora en comérmelo.

Las siguientes semanas nos las pasamos estudiando a los rusos. Laura y los

chicos se implicaron como si nos fuésemos a ir los cuatro. Nos lo aprendimos todo: nombres, ubicaciones de las residencias, la descendencia de las tres familias, a qué se dedicaba cada uno, cuáles eran sus locales, sus gustos, sus lugares de ocio, sus restaurantes preferidos y los amigos más allegados. Las tres familias rusas eran influyentes, como era de esperar. Nada se movía sin que ellos lo supieran, nada sucedía sin que alguno de ellos estuviese presente.

Descubrimos una laguna en la descendencia, no había ningún tipo de información acerca de la madre de Mikhail, como si la hubieran colocado ahí sin más. Ni padres, ni hermanos ni abuelos; ningún familiar. Lo que sí averiguamos fue que no era rusa, sino búlgara, la única por la que corría sangre distinta. El resto de los Korsakov eran rusos de los pies a cabeza. Era la familia más poderosa de las Tres K. Siempre tenía que haber un líder supremo, uno completamente ruso.

Respecto a los Kostka y los Kovalenko hallamos otro detalle que no sabíamos. Los Kostka eran eslovacos, mientras que los Kovalenko ucranianos. Podían considerarse rusos por los años que llevaban allí y porque al menos las dos últimas generaciones nacieron en el país, pero por sus venas la sangre estaba mezclada. Los negocios entre las tres familias siempre estuvieron en apogeo, nunca decayeron; de hecho, aumentaban considerablemente. Cada familia tenía sus propios negocios de cara a la sociedad, en términos legales, pero en grupo se dedicaban a lo mismo. Las tres llevaban a cabo todo tipo de ilegalidades que los hacía nadar en dinero. Debían ponerse de acuerdo respecto a sus negocios, pero el jefe, Egor Korsakov, tenía que aprobarlo, si él no lo hacía el negocio no podía realizarse. Era la política de la mafia, las órdenes del líder supremo no debían ser desobedecidas bajo ningún concepto.

A lo largo de los años funcionó correctamente, pero por lo que pudieron ver nuestros anteriores espías, la relación entre las tres familias iba en decadencia. Los jóvenes no tenían tan buen trato como sus antepasados y eso empeoraba en las generaciones más recientes. Todo apuntaba a que querían echar a la familia Korsakov, ya que Mikhail llevaba sangre búlgara. Al fin y al cabo, no era puro como el resto de sus antepasados. Otro de los herederos podría ocupar su lugar alegando el mismo derecho que él, al ser una especie mestiza.

Andaban con sumo cuidado. La traición en la mafia se pagaba con una muerte terrible, y los Kostka y los Kovalenko eran solo la unión de esas dos familias, mientras que los Korsakov tenían el apoyo de casi todas las familias

más importantes de Rusia. Sí, todas las familias poderosas, cinco en total. Perteneían al mismo grupo que las Tres K, abajo de la pirámide, sin embargo, con la misma fuente de suministro.

Mikhail y Borak eran, por tanto, enemigos desde que nacieron. Se podía decir que se odiaban desde la cuna, y eso había crecido con el paso de los años. Lo mismo pasaba con Mikola, hermano pequeño de Vasyl Kovalenko, heredero de la familia; uno de los mejores amigos de Borak. A la vista de la sociedad su trato era cordial, se hablaban por el hecho de llevar a cabo negocios juntos. Fuera de eso, todos sabían que no se soportaban.

—Demasiada información y poca acción últimamente, Dab —soltó Laura estirándose un poco, llevábamos toda la mañana leyendo.

—¿Qué tienes en mente?

—Hoy saldremos de fiesta. —Sonrió alegremente como una niña pequeña con un juguete nuevo.

—¿Puedo negarme a ir?

—También tienes que practicar, ¿sabes? —Sonrió de forma pícar—. Para eso es bueno conocer tíos. Al fin y al cabo, todos están cortados por el mismo patrón.

—Genial.

En realidad, me hacía falta salir, hacía unos cuantos findes que no lo hacía.

—Hoy enamorarás a alguien. O a todos, como prefieras. —Soltó una carcajada.

¹ Diminutivo de dedushka, significa «abu» o «abuelito» en ruso.

² Significa «abuelo» en ruso.

4

miki

Entré al Hera con el regocijo en el alma, el trato que acabábamos de cerrar nos daría muchos millones de rublos³. Con razón la magnitud de tal fiesta. Nuestros hombres estaban encantados, cuanto más ganábamos nosotros más lo hacían ellos. Alcohol, drogas y mujeres. Ese era un breve pero exacto resumen de la noche.

Mis amigos me rodeaban mientras caminábamos hacia el fondo del local. Todos me saludaban con un levantamiento de cabeza. Los más atrevidos decían mi nombre en forma de saludo. No había terminado la copa cuando uno de los hombres de Mikola se acercó al grupo. Arrastraba a una chica que parecía a punto de llorar. No tenía humor para soportarlo, odiaba cuando se ponían en plan machos. No quería decir que yo no fuese un cabrón, de hecho, era un gran hijo de puta; pero no llegaba a ese extremo, imponerle tu voluntad no era disfrutar del sexo. Había decenas de *strippers* y gogós con las que podrían pasárselo en grande, como para menospreciar a cualquier chica de esa manera. No lo iba a consentir.

Miré hacia atrás, donde Mikola se reía de cómo sus hombres trataban a las tías, y él, sin duda, era el peor en hacerlo.

—Miki, ¿quieres tú a esta? Está dispuesta a todo lo que quieras, ¿verdad, zorra? —lo dijo tirándole más del cabello para acercarla a mí.

—¿Qué es? ¿Una res? —le pregunté serio a Havel. Ese era el nombre del idiota que había venido a joderme.

—Es una hembra. Está bien buena —respondió mirándola de forma lasciva.

—Y tú, ¿eres un animal? ¿De qué clase, Havel?

—Pero...

—Deja de joderme. —Me levanté y lo apunté con mi pistola en la cabeza.

—Si no te gusta esta, hay muchas más —me ofreció Havel, nervioso.

—Si quiero echar un polvo, yo mismo me puedo abastecer.

—Solo quería... —intentó explicarme.

No lo dejé seguir, lo agarré del cuello, justo por la nuca, y lo empujé en dirección a su jefe. La gente se apartó al momento para abrirme camino.

—¿Qué coño te pasa, Korsakov? —preguntó Mikola con desprecio.

—No quiero que me salpique tu mierda. —Le retorció un brazo al tipo que aullaba como un cachorro asustado.

—¿Quieres dejar de molestar a mis hombres?

—No te confundas, Mikola, serán tus hombres, pero yo soy vuestro jefe. De todos vosotros. Tuyo. —Fui alzando el volumen para que el corro que se había formado a mi alrededor me escuchase bien.

—No puedes...

Lo interrumpí sin importarme su cara de desprecio:

—Cierra la puta boca, Mikola. Escuchadme bien todos, no quiero que ninguno vuelva a ponerle una mano encima a ninguna tía sin su consentimiento. He tenido un día redondo, no permitiré que me lo joda vuestra polla.

—Solo estábamos divirtiéndonos —protestó el tipo al que todavía tenía sujeto.

—Y yo os estoy avisando. Solo por esta vez, la próxima no seré tan amable. Dad las gracias, porque no volverá a pasar. —Me giré para volver a mi sitio, pero antes de dar dos pasos escuché la voz burlona de Havel.

—Que te jodan, Miki.

Me giré levantando el arma para apuntar al tipo.

«Pum». Disparo limpio, directo a su corazón.

—¿Qué coño haces? —Mikola se incorporó del asiento hecho una fiera. Havel le importaba una mierda, pero que fuera yo quien mandaba no podía soportarlo.

—¡Basta! No seas subnormal, Mikola. —El que faltaba, Borak había entrado en acción. No me había dado cuenta de que no estaba con su fiel amigo, pero tampoco parecía que lo echara de menos—. Y tú, ¿quieres dejar de aprovecharte de tu poder? Nos dejarás sin hombres —dijo dirigiéndose a mí.

—No lo hago. Yo soy el poder. No lo olvidéis. —Y así, sin esperar a que me contestasen, regresé a mi lugar.

La gente no me miraba a la cara, tenían miedo, podía olerlo al pasar por su lado. Eran listos, a mí no me importaba nada, sus vidas me eran indiferentes. Solamente me preocupaban los míos y nuestro negocio, nada más. Las cosas eran como yo lo decía, cuando yo lo decía y porque yo lo decía. La mayoría lo sabían, solo que siempre había alguno al que se le olvidaba y debía recordárselo. Con Mikola no era tan fácil, era el hermano de Vasyl Kovalenko.

Su familia pertenecía a las Tres K, por mucho que a mí me pesara. Hacía años que le decía a mi padre que no eran trigo limpio, aunque por el momento no iba a ceder. No entendía por qué no los había echado hacía muchos años. Si se la jugaron una vez, ¿por qué no lo iban a intentar de nuevo? Sin embargo, eso no quería decir que no debieran obedecer como el resto.

—¿Te apetece una copa, guapa? —le pregunté en alto a una chica que me miraba de forma descarada.

—Si me la ofreces tú, sin duda. —Se acercó pavoneando las caderas de forma sensual. Al llegar, la senté en mis piernas y le ofrecí la bebida.

Un rato después de las copas y algún que otro revolcón, escuché que me hablaba cuando comenzaba a vestirme.

—¿Por qué no te quedas? —me insistió la chica.

—Hemos acabado —respondí, encogiéndome de hombros como si fuera obvio.

—Puedes quedarte a dormir y mañana repetimos —me ofreció.

—Dormiré en mi casa, tengo cosas que hacer —respondí, poniéndome la chaqueta.

—Te doy mi número y me llamas. Mañana, si quieres...

—Si quisiera tu número ya te lo habría pedido, pero no me interesa repetir.

—Ya veo. Le regañas a los demás por tratarnos como putas, pero tú haces lo mismo.

—No te confundas —añadí cabreado—. En ningún momento he hecho algo que tú no quisieras. No escuché ninguna palabra de desagrado de tu boca anoche, de hecho, tus gemidos eran de puro placer.

—Entonces, ¿por qué no quieres repetir?

—No vuelvas a compararme con nadie y piénsalo dos veces antes de ponerme en la misma frase que a Mikola. Ah..., y yo nunca repito.

Sin más salí de la habitación. No soportaba cuando se ponían tan empalagosas. Mientras que ellas quisieran, yo no tenía problema en disfrutar de su compañía, todo lo contrario, lo hacía. Eso sí, no soportaba las ñoñerías. Sexo en grandes cantidades, sí, pero amor y corazones, no. No iba conmigo, yo no era así

³ Moneda rusa. Un rublo equivale a 0,013 euro, aproximadamente

5

dabria

Quedamos a las nueve para tomar unas cañas, cenar y luego salir a bailar.

Había bastante gente, Madrid era una gran ciudad, tan viva de noche como de día. Parecían dos ciudades completamente distintas dependiendo cuándo las visitaras. El ajetreo diario de la vida cotidiana se transformaba en diversión para los jóvenes y ya no tan jóvenes, a base de alcohol, sexo y drogas por las noches.

Siempre me lo pasaba bien cuando salíamos, era agradable distraerse del trabajo y escuchar las aventuras de Adrián en cada uno de sus viajes, los problemas de María para seguir conviviendo con sus padres cuando según ellos ya debería estar casada, la dificultad de Abel para conservar un empleo durante más de dos semanas o la mala suerte de Carla con los hombres. Al día siguiente volvimos salir de fiesta. Los sábados los *pubs* estaban a rebosar.

El calor de principios de julio ya era sofocante, incluso dentro de los locales, con el aire acondicionado a tope, nuestros cuerpos pegajosos por el sudor indicaban que no era suficiente.

Desde que habíamos entrado en el segundo *pub*, Laura no había parado de bailar y coquetear con un tío, bastante mono, por cierto. Me quedé sentada con María y Abel, pero al notar el flirteo entre ellos era más que obvio que sobraba. Me dirigí a la atiborrada barra para tomarme una copa, la siguiente de unas cuantas. Mi grado de embriaguez era considerable, pero ¿qué más daba? Había salido para eso.

—¿Qué tomas, guapa?

Levanté la mirada y me encontré con un chico que estaba tremendo. Parecía que mi noche se ponía interesante.

—Dejaré que me invites si te atienden antes que a mí. —Le guiñé un ojo.

—Está bien. —Silbó con fuerza para llamar la atención del camarero, que se acercó negando con la cabeza—. Lucas, ponnos un Barceló Cola y lo que te pida ella —hizo un gesto de cabeza hacia mí.

Cuando nos sirvió las bebidas, me tomé mi tiempo para beber un trago y luego lo miré.

—Es bueno que tengas un amigo en la barra para cuando quiera la

siguiente. —Alcé mi *gin-tonic*.

—No he escuchado ninguna regla al respecto de cómo conseguirla. —Rio, gesto que lo hacía parecer aún más guapo—. Soy Hugo.

—Dabria. Vamos. —Lo cogí de la mano y lo arrastré a la pista de baile.

Bailamos bastante rato, pero nuestra aura se fue calentando a pasos agigantados. Los besos ya no nos saciaban. Una hora más tarde, estábamos en su cama desnudándonos con desesperación.

Al día siguiente comí con el abuelo, era domingo y siempre le gustaba preparar algo especial.

—¿Qué tal te lo pasaste ayer, Dab?

—Estuvo genial. Me fui con los chicos. Al llevar tiempo sin salir no recuerdo lo bien que lo paso cuando lo hago.

En realidad, fue una noche genial. Hugo me la alegró enormemente. No podía decir que fuera un chico maravilloso, bueno, agradable..., pero sí podía decir que estaba para comérselo y que el sexo con él había sido sensacional. No me consideraba una fulana, pero muchos podrían pensarlo. Para mí disfrutar del sexo era un placer que no debíamos negarnos. Si a ambos nos gustaba, ¿por qué no hacerlo? Las mujeres teníamos muchos tabúes respecto a eso. En cierta manera podía entenderlo; se nos tachaba de zorras, putas..., sin embargo, teníamos el mismo derecho que ellos a disfrutar de una noche de sexo sin restricción y sin pensar cómo nos mirará la gente por hacerlo. Bueno o malo, a mí no me importaba lo que pensarán de mí. Cada uno sabía cómo era y de qué manera debía actuar.

Los siguientes fines de semana también salimos, ya no había tanta gente, en verano escapaban de Madrid. Laura quedaba cada vez más con el chico de la discoteca, Andrés, y parecía que le gustaba en serio. Por mi parte, me acostaba con diferentes tíos, no todos los fines de semana, pero de vez en cuando sí. En las discotecas no era difícil ligar, al contrario, mucha gente iba para eso, por lo que resultaba sencillo. Ahí estaba el problema: no aprendía nada de cómo hacer que se enamorasen de mí. El tercer fin de semana de julio me volví a encontrar con Hugo. Tomamos una copa y charlamos. La noche acabó como la primera, en su cama. Pero esa vez fue diferente, el alcohol no nos había afectado tanto, nos besamos sin prisa, explorándonos el uno al otro entre tiernas y sensuales caricias acabamos haciendo el amor. Me desperté con un calor sofocante, sus fuertes brazos sobre mi cuerpo no eran bienvenidos. Intenté deshacerme de él, pero cuanta más fuerza hacía para quitármelo de

encima, más se pegaba a mí. ¡Genial! Comencé a revolverme debajo para salir, y fue así como conseguí despertarlo.

—¡Eeeh! —protesté—. Lo siento, pero es que me estás asfixiando.

—¿Siempre tienes que despertarte tan pronto?

—No puedo dormir con este calor.

Me levanté para ir al baño. Cuando regresé, tenía los brazos debajo del cuello y me miraba sonriendo.

—¿Dejarás que te invite a desayunar o también tienes que irte?

—La idea de un buen desayuno se me hace muy apetecible, pero antes tendré que pasar por casa para darme una ducha y cambiarme.

—Puedes ducharte aquí y usar algo mío mientras voy a por el desayuno —sugirió con una sonrisa.

No sabía si debía, solo me había acostado dos veces con él, pero ambas fueron diferentes de los otros tíos con los que había estado. Sentía que no era solo sexo, que quería tomar otro rumbo. Lo más sensato hubiera sido negarme, no debía empezar algo cuando quedaba tan poco para irme, pero me gustaba Hugo y, siendo egoísta, quería estar con él más tiempo, aunque no fuese lo correcto.

—Claro, pero te toca ducharte primero para poder ir a por el desayuno luego. —Me tiré en la cama a su lado.

—Exigente. —Cuando creía que se iba levantar, se abalanzó sobre mí y me besó—. Voy a la ducha. —Me besó una vez más y se levantó.

Pasé un día maravilloso con Hugo y el desayuno se alargó hasta la hora de cenar. Pasamos la tarde en el sofá con el ventilador a tope. Me contó que era médico, cardiólogo, su trabajo le apasionaba, no había más que ver cómo hablaba al respecto para saberlo. Eso me encantó de él. Que viviera con tanta intensidad como yo lo que hacía era alucinante. Le conté que era policía. Que formaba parte del CNI no podía confesarlo a nadie, por lo que decíamos que teníamos ese oficio, sin más. Me sorprendió bastante que me dijera que tenía pinta de periodista. Solté una carcajada tremenda cuando lo escuché tan serio decir que lo haría bastante bien. Me dejó en casa pasadas las once y quedamos en vernos el próximo sábado.

Ya eran finales de julio, el tiempo pasaba realmente rápido cuando no tenías ganas de partir. A esas alturas ya me sabía toda la información de memoria, todo lo que a las Tres K se refería lo tenía grabado en mi mente. Lo que me faltaba por averiguar era mi nueva identidad, quién sería y a qué me

dedicaría, ya que solo quedaba un mes para irme. El comisario decidió que era mejor así para no pensar en cómo sería mi nuevo yo, antes de tiempo. Si fuese algo para lo que me tuviera que preparar ya me lo habría contado. «¡Estudiante!», pensé y reí. Seguro que era eso. Lo que más me preocupaba de todo era el hecho de tener que enamorar a Mikhail y resultaba que era mi objetivo principal para llevar a cabo el plan. Lo sabía todo de él. Laura y yo habíamos hecho suposiciones de cómo debería actuar, pero no estaba convencida.

—Dab, ¿me estás escuchando? —lo dijo algo enfadada, obviamente no le estaba prestando atención.

—Lo siento, dime.

—¿Qué te ocurre?

Estábamos sentadas en la terraza de un bar al que solíamos ir al salir de trabajar. Me había sumido en mis pensamientos y había dejado a Lau hablar sola. El motivo era que nunca había dudado de conseguir algo, y desde que me habían dicho lo de mi nuevo trabajo no podía parar de hacerlo. ¡Odiaba no estar segura de que me iba a ir bien!

—No paro de darle vueltas a la cabeza. Tengo miedo de no conseguirlo, Lau. —A ella podía confesarle cualquier cosa.

—Lo harás, Dab. ¿Por qué piensas si no que te han elegido? Nunca fallas, es así de simple.

—Esto es distinto, me incumbe de forma más personal.

—Le gustarías a cualquier chico, eres la mulata más cachonda que conozco. Aparte, no tienes que fingir nada ni interpretar un papel, valdrá con que seas tú misma, esa es la forma más eficaz para que caiga a tus pies. —Hice una mueca de disgusto—. Sé lo que él necesita, no lo que él quiere. A eso ya está acostumbrado, a tener a quien quiere. Pónselo difícil, Dab, demuéstrole que eres diferente y que para ti es indiferente. Te verá como un inalcanzable, la chica perfecta.

—Lau, recuerda que los chicos no querían tener nada conmigo por ser demasiado lista, por replicarles, vacilarles o incluso darles una paliza.

—Eso era cuando tenías quince años. Los hombres se enamoran de las mujeres con carácter, no con cerebro de silicona —me animó.

—No sé...

—Hazme caso, Dab. No tengas miedo, cuando te conozca no querrá alejarse de ti.

—Está bien. Ahora, cuéntame, ¿cómo te va con Andrés?

—¡Ah...! —suspiró—. Me gusta de verdad, creo que me estoy enamorando. Me da miedo, pero a la vez me siento... mejor que nunca.

—Me alegro, ya iba siendo hora de que sentaras la cabeza —bromeé.

—¡Oye! Solo te llevo un año. En serio, Dabria, ya lo conocerás, es encantador.

Aunque no practicara lo suficiente las tácticas de ligue, por llamarlo de alguna forma, en esas semanas me lo había pasado genial, que también era importante. Me quedaba un largo camino, así que merecía disfrutar. Respecto a Hugo, en una de nuestras citas le conté la verdad, bueno..., la media verdad. Una mentira piadosa. Decidimos que lo mejor sería no seguir viéndonos, que cada uno continuara con su camino lo antes posible.

6

Miki

Observar la ciudad siempre había sido uno de mis pasatiempos favoritos. La terraza del Bol'shoy Yedyat era el lugar ideal. Adoraba ese sitio, desde pequeño iba allí cuando necesitaba pensar, desahogarme o simplemente estar solo. Aquel día, como muchos otros, lo necesitaba. Odiaba discutir con mi padre, pero algunas veces era inevitable, no entendía su reticencia a creer en los Kostka y Kovalenko. Yo no me fiaba un pelo de ellos, en cambio él parecía que se negaba a ver lo obvio. No me gustaba que llevaran a cabo cualquier tipo de negocio sin estar uno de nosotros presente.

El día anterior había permitido que trasladaran un camión lleno de mercancía Mikola y sus hombres. No podía entenderlo, por más vueltas que le daba a la cabeza no lo entendía. Ya nos la habían jugado una vez, eso no podía volver a pasar, solo se le había perdonado por el respecto que le tenían a sus antepasados. Las cinco familias, junto con mi padre, decidieron que los dejarían seguir siempre y cuando juraran no volver hacerlo. Ellos desde luego lo hicieron, se comprometieron a no volvernos a engañar; eso sí, con las mismas mentiras. Yo siempre había estado completamente seguro de que nos la volverían a jugar. No sabía cuándo ni cómo, pero lo harían.

Por otra parte, entendía a mi padre, su responsabilidad era enorme, el peso que llevaba a sus hombros era demasiado; pero también reconocía sus ganas de que todos nos llevásemos como lo hacían en la época de mis abuelos, y eso no volvería a pasar. Antes, todo estaba claro, el liderazgo no se podía cuestionar, pero ahora sí. Mi madre no era rusa, eso era una clara razón para poder reclamar el mando, era una clara objeción para que yo heredase las Tres K.

No permitiría que eso pasara, no iba a consentir que ellos se quedasen al mando de un imperio forjado con la sangre Korsakov. Mikhail sería su heredero, por mucha sangre búlgara que corriera por mis venas. Yo sería su jefe, le pesase a quien le pesase.

Muchas veces me paraba a pensar cómo sería mi vida si mi destino no estuviese escrito. Desde niño me criaron para ser lo que era. Me enseñaron que ante todo era yo, que debía matar al enemigo para que no me matasen a mí,

que si me desobedecían una vez podrían hacerlo miles más, que la confianza era un lujo muy caro de poseer, que la amistad no se regalaba, se ofrecía a quien la ganaba, que amigos de verdad había pocos y que tu familia valía más que todo. Me enseñaron a ser dos niños, dos adolescentes, dos hombres. Que, si el miedo que te debían tener los demás lo experimentaba tu propia familia, debías empezar a temerte a ti mismo. Que, aparte de ser el heredero, el jefe, el asesino, también eres hijo, nieto, hermano y amigo. Que había vidas que no valían nada y otras que lo valían todo. Que, si tú mismo no te respetabas, nadie lo haría. Que no podías pretender que creyeran en ti cuando tú mismo dudabas.

Me enseñaron muchas cosas, y muchas más aprendí solo. Ese era yo, Mikhail, una persona egoísta y caprichosa que adoraba alardear de mi poder y ver el miedo en los demás antes de decir una palabra. También era Miki, un joven al que le apasionaba la historia y el arte, un chico de veintiséis años al que muchas veces le habría gustado no ser nada en vez de todo. Un hijo que adoraba abrazar a su madre; un hermano al que le encantaba meterse con su hermana mayor, y achuchar a la pequeña; un nieto que deseaba que el tiempo se parase para no tener que ver envejecer a sus abuelos; un amigo que tiraba palomitas en las noches de cine y se picaba jugando a la *Play*, un hombre al que las mujeres... Respecto a eso no podía decir mucho, me bastaba con lo que tenía. Desde luego, no estaba preparado para flores y corazones, dudaba estarlo algún día.

Al llegar a casa fui derecho al salón donde mis padres y Laryssa estaban sentados viendo la tele.

—Lo siento, pa, siento haberte gritado. —Me senté entre él y Laryssa, que no me prestaba atención, tenía la boca ocupada comiendo un helado.

—Yo tampoco me fio de ellos, Miki, pero debemos intentar que las cosas sean como siempre —me respondió. Se notaba el cansancio en su voz.

—Está bien, se hará como tú creas, aunque eso no quiere decir que comparta tu decisión.

—Lo sé, Mikhail.

—¿Queréis callaros? —protestó Laryssa—. Estamos viendo una película.

—Siempre podéis ir a otro lugar en vez de molestar en el mejor momento. —Se unió mi madre.

—A ver, bicho —le quité la cuchara de la mano y metí una gran cantidad de helado en la boca—, dame de eso.

—Joder, Miki, yo no tengo por qué comerme tus babas.

—Pero si soy tu hermano. No tengo ninguna clase de enfermedad, ¿sabes?
—respondí con la boca llena.

—No protestaría si solo fuesen tus babas, pero son las de todas las tías de San Petersburgo.

—Vaya, que asco, La, vete a por otro helado a la cocina y trae tres cucharas más —se burló mi madre, y mi padre se encogió de hombros riéndose hacia mí.

—Ya veo que tus pantalones los lleva mamá. Dejas que me pisoteen sin decir nada —me dirigí a mi padre.

—No puedo defenderte cuando tienen razón, sería injusto —respondió sin más y cogió el helado y la cuchara que le ofrecía mi hermana.

—Échate para allá, Miki —me regañó al ver que me había estirado dónde ella estaba sentada.

Hice lo que me pedía, no sin antes dar un resoplido, y le ofrecí a mi hermana helado. Me miró con una sonrisa y empezamos a comer a la vez.

—¿Puedo elegir yo una película ahora? —les pregunté al acabar la que estaban viendo.

—No —respondieron las dos a la vez.

—Ahora dan *El Diario de Noa* —explicó mi hermana.

—Es mi película favorita —añadió mi madre rebosante de alegría.

—¿Ahora también sería injusto que protestaras? —le pregunté a mi padre con sarcasmo.

—También es mi película favorita —me respondió, metiéndose la cuchara de helado en la boca, para aguantar la risa.

Dabria

Mañana ya sería viernes cinco de agosto. El comisario quedó en que hablaríamos de mi trabajo en Rusia antes de mis vacaciones. Había exigido unos días para pasar con el abuelo antes de marcharme.

—Buenos días. —Entré en el despacho del comisario—. Lo siento, me he quedado dormida.

Todos mis compañeros estaban sentados, al igual que él y la inspectora. Con rapidez ocupé el lugar libre al lado de Laura.

—¿Se te han pegado las sábanas, Dabria? —me picó Diego.

—¿Qué hiciste anoche, dormilona? —añadió Jorge.

—Olvidé poner el despertador —mentí, fulminándolo con la mirada.

—Dejarlo ya. —La inspectora levantó la vista de lo que fuese que estaba leyendo—. Bueno, aquí tienes. —Me entregó una carpeta marrón—. Te llamarás Babette Lévesque. Una chica francesa que va de Erasmus a estudiar la tesis en traducción e interpretación. También serás la nueva profesora de baile del gimnasio más importante de la cadena Kostka. Es obvio que la beca no es suficiente para costear los gastos de tu nueva vida.

—Ya estás matriculada en la universidad de San Petersburgo y tu petición de trabajo fue aceptada. Hemos alquilado un piso a tu nombre cerca de la universidad y del gimnasio, para que puedas ir caminando, en metro o en bus; obviamente no circularás en moto por allí, es demasiado peligroso debido a la cantidad de hielo en la carretera y el frío que hace —me aclaró el comisario—. La residencia de los Korsakov queda a unos quince minutos en coche.

Ambos hablaban sin parar, sin darme tiempo a contestar.

—Como ya te hemos comentado, si cualquiera pregunta por ti, le diremos que has pedido una excedencia para realizar un curso en los Estados Unidos. Díselo a tu abuelo también. —La inspectora me lanzó una mirada acusadora.

Sabían que no le ocultaba nada al abuelo. ¿Qué le iba a hacer?

—No os preocupéis, nadie se enterará por mi abuelo.

No valía la pena fingir.

—¿Todo claro? ¿Alguna pregunta?

—No, salvo recordaros que quiero mis días de vacaciones antes de

marcharme.

—Respecto a eso, puedes tomarte esta semana libre, y aprovecha para arreglar las cosas que te queden pendientes —me informó la inspectora con tranquilidad.

—Pasaré las siguientes semanas con mi abuelo, sin preocuparme de nada más. Solo que se ponga el sombrero para pasear por la playa y no tome demasiados mojitos.

—Verás, hay un pequeño problema. Tendrás que marcharte el día trece de este mes. Era la condición para conseguir la vacante en el gimnasio, que empezases el día quince como máximo. —La mirada del comisario indicaba que lo sentía, pero que no había nada que hacer.

—¿El trece? El trece es el sábado que viene, solo me queda una semana. Habría sido un detalle que me lo comunicaseis antes, ¿sabéis?

—Nos llegó ayer la confirmación del trabajo, Dabria. No lo teníamos claro —aclaró el comisario.

—Corristeis a sacarme el billete en vez de intentar negociar mi incorporación al trabajo, ¿no?

—De hecho, lo hicimos. Querían que empezases el lunes —me informó la inspectora.

—Ahora me siento mucho mejor —ironicé.

—¿Alguna pregunta? ¿Algo que quieras saber, Dabria? Cualquier cosa —dijo el comisario con amabilidad.

—Sí. No trabajaré más hasta que llegue a Rusia. Desde ahora mismo estoy de vacaciones.

—Me parece justo —dijo la inspectora.

—Ven a despedirte antes de marcharte —dijo el comisario con una sonrisa.

Me levanté y salí veloz. Estaba muy cabreada, y lo cierto era que no podía dirigir mi rabia hacia nadie. No se podía hacer nada, era mi trabajo. Las cosas no salían como se esperaba, siempre había imprevistos. «¡Coño, para la semana que viene ya estaré en San Petersburgo!».

Me molestaba porque tenía planeado ir de vacaciones con el abuelo a la costa, como todos los años. Desde niña hacíamos ese viaje y aquel iba a ser el primer verano que tuviese que cancelarlo porque tenía un montón de cosas que hacer antes de marcharme.

8

Al día siguiente, a las once, Lau y yo empezaríamos las compras, pero no sabía a qué hora acabarían. Me dormí soñando con un mar de ropa del cual no podía escapar. Por cada prenda que quitaba para intentar salir, diez nuevas se me venían encima. A las once y cuarto estábamos desayunando en un bar cerca de Gran Vía, elección de Laura para perder el menor tiempo posible.

—No me puedo creer que no estuvieras lista.

—Me he quedado dormida, Laura.

—Quedamos en que a las once empezaríamos, no en desayunar a las once y media —me regañó, mirando el reloj.

—Tenemos todo el día.

—Tenemos mucho que comprar, Dab, y el tiempo pasa volando. Debemos aprovechar bien o deberemos volver mañana. —No paraba de mover el pie con impaciencia.

—Lo haremos todo hoy —aseguré.

—Pues cómete el maldito *croissant* de una vez, parece que crece en tu plato y me está poniendo mala.

Di un último trago al café y dejé medio *croissant* sin acabar. Sentí pena, estaba delicioso; pero Laura conseguiría que lo acabase odiando si esperaba a que me lo terminase. Tiré de su brazo para que se levantase y empezásemos las dichas compras. Me dejé guiar tienda tras tienda, Laura me obligaba a probarme miles de prendas para finalmente decir:

—Vendremos luego, vamos a mirar a otro sitio.

Llegué a casa pasadas las once de la noche, con tantas bolsas que tuve que hacer tres viajes al coche para sacarlas. Solo habíamos parado para comer a toda prisa porque le dejé claro que si no comía me desmayaría. Lo bueno era que había comprado lo que necesitaba.

—¡Por Dios!, Dabria, ¿has dejado algo para que compren los demás? —El abuelo me miraba atónito.

—Si le hiciese caso a Lau, no quedaría ni un solo vestido en las tiendas.

—Eso me tranquiliza. —Rio.

—Estoy agotada. —Me tiré en el sofá mientras acariciaba a Chicho.

—¿Has comprado todo lo necesario?

—Sí, lo tengo listo. Comprar en verano para pasar un invierno en Rusia ha

sido complicado.

—Entonces ha sido bueno que llevaras a Laura, no creo que haya tienda en Madrid que no conozca esa muchacha.

Cené con él y al acabar sacamos a Chicho a dar un paseo. Hacíamos una rara combinación para ser nieta y abuelo. Él era completamente blanco y rubio, haciendo honor a su linaje ruso. En cambio, yo era mulata, herencia de mi abuela, que era turca. Mi madre era más oscura que yo y mi abuela todavía más que mi madre; en mí ya quedaba un color trigueño, oscuro, pero no como ellas. En fin, que quien no nos conocía no pensaba que éramos familia.

—¡Vamos, trae, Chicho! —Estiré la mano para que me devolviera la pelota —. ¿Qué tal tu día? —le pregunté a mi abuelo.

—Como siempre. He estado en el gimnasio un rato y el resto en mi dulce sofá.

Al día siguiente me levanté temprano para empezar con las maletas. Solo me quedaban dos días y tenía mucho que llevarme. Desayuné deprisa para salir a correr con Chicho un rato, pero antes observé las tres grandes maletas abiertas en el suelo y un montón de ropa tirada sobre la cama. Chicho me miraba tumbado sobre la baldosa del pasillo. Hacía un calor de perros y solo eran las nueve de la mañana.

—¿Necesitas ayuda? —me preguntó mi abuelo entrando en mi habitación.

—Me las apañaré.

—Entonces voy un rato al gimnasio. Nos vemos para comer.

—Te recojo allí sobre la una, así le hago una visita a Amelia y Luis.

—Tendrán ganas de despedirse de ti.

Era la una menos cuarto y solo había hecho una maleta. Seguiría después de comer, tenía que salir pitando. Le di un beso a Chicho en su peluda cabeza y salí al trote de casa. Encendí el aire nada más entrar en el coche. La moto no era una opción cuando iba a buscar al abuelo.

Cuando llegué, mi abuelo estaba sentado con Amelia enfrente del mostrador de recepción charlando animadamente. Ella era un sol de persona, trabajaba allí desde poco después de abrir, y siempre se había portado muy bien con nosotros. La queríamos como a alguien de la familia. Cuando yo no estaba, se llevaba al abuelo a comer a su casa. Vivía con su marido y sus dos hijos gemelos, Luis y Carlos. Luis trabajaba en el negocio familiar, Carlos, en cambio, era subdirector de un banco. Si no fuese porque eran idénticos nadie diría que eran hermanos.

—Hola, Dab. Dudábamos que vinieras —dijo Amelia mirando al abuelo.

—¡Ey! Le dije que vendría, pero parece que no se fía mucho de mi palabra.
—Sonreí.

—Si yo tuviese esa montaña de ropa para meter en las maletas estaría hasta el sábado por la noche —se disculpó el abuelo.

—Me alegro de que vayas a hacer ese curso. Tu abuelo dice que estás muy ilusionada.

—Sí, mucho.

—Mira quién ha decidido aparecer por aquí. —Luis se acercó a nosotros con la bolsa de deporte al hombro.

—Luiiiissss, me alegro de verte. ¿Ya has acabado las clases?

—Sí, hasta por la tarde no tengo más.

—Podemos comer juntos, los cuatro —sugerí.

—Yo elijo el restaurante —informó mi abuelo levantándose de la silla.

—Cuéntanos, Dab, ¿estás nerviosa?, ¿emocionada?, ¿cagada? —preguntó Luis cuando acabamos de pedir la comida.

Mi abuelo eligió un restaurante asturiano, tenía antojo de fabada. Casi nos dio un ataque cuando nos lo dijo, con ese calor a nadie le entraba la fabada.

—Un poco de todo. El sábado ya me voy y aún no me lo puedo creer.

—Te irá genial. En tres días estarás paseando por Nueva York.

—Sí, será emocionante. —No me gustaba mentir a la gente que quería, pero era inevitable.

Parecía que las horas pasaban mucho más rápido. Eran las diez de la noche y todavía no había cenado ni sacado a Chicho. Di un largo suspiro al ver mis tres maletas listas en la habitación. Por fin había acabado. El día siguiente sería mi último día antes de marcharme. Por la mañana pasaría por el trabajo a despedirme y por tarde tenía que ir a la peluquería, para cambiar mi pelo, y luego a recoger las lentillas que tenía encargadas. El resto estaba listo.

Al día siguiente, después de cuatro horas en la peluquería no me reconocía a mí misma. Menos mal que Laura fue a por las lentillas, si no la tienda habría cerrado.

—No pareces la misma —dijo.

—Desde luego que no. No te reconocerán con este cambio —añadió la peluquera.

—Estoy fatal, ¿no? —le pregunté a mi amiga, pero respondió la peluquera.

—Para nada. Te queda fenomenal.

¿Qué iba a decir ella? Siempre te veía guapa, para que volvieras. Laura me observaba con una cara rara. Me miré en el espejo y no me reconocí. Mi melena completamente riza, de un castaño claro con brillos dorados, fue sustituida por una de color chocolate, tan lisa que parecía que me la habían pegado a la cara. No me gustaba en absoluto.

—No está tan mal, Dab. Muy cambiada, ¿sabes? Me impacta verte así — comentó Laura de camino a mi casa.

—Eso es una forma más sutil de decir que me queda fatal.

—Que va, con el tiempo te verás mejor. Aparte, allí no sabrán cómo eras.

—No me ayudas, Laura.

Después de cenar, el abuelo y yo salimos con Chicho a pasear, él más bien corría detrás de su pelota. Cuando la atrapaba volvía con ella en la boca para que se la tirásemos de nuevo. A él también lo echaría de menos, ya llevaba seis años con nosotros. Todavía me acordaba de lo chiquito que era y lo grande que estaba en aquel momento. Una de sus patas tenía el tamaño de su cuerpo de entonces.

—Estás nerviosa, pequeña. —No era una pregunta, mi abuelo me conocía bien para saber cómo me sentía con solo mirarme.

—Un poco. —Lo agarré del brazo para seguir paseando—. Te voy a echar mucho de menos, *dedushka*.

—Y nosotros. Pero estaremos bien. Nos llamarás al menos una vez por semana para saber cómo te va.

—Te llamaré una vez por semana —confirmé—. ¿Crees que lo haré bien?

—¿Desde cuándo dudas, Dabria? No lo hagas ahora. Siempre consigues todo lo que te propones y esta vez no será diferente.

—Esta vez es diferente, tengo que enamorar a un hombre frío y calculador.

—Por ti dejará de serlo. —Se paró y me miró a los ojos—. Te amaré con locura. Créeme.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Eres igual que tu bisabuela. Cuando la conocí ya no era tan joven y seguía hechizando a cualquier hombre con solo una mirada.

—Ojalá haya heredado ese poder. —Reí.

—Puedes reírte si quieres, pero era la mujer más hermosa que conocí, tanto por fuera como por dentro. Algunos hombres juraban que se le paraba el corazón cuando ella los miraba directamente. Tú eres igual.

—No lo creo —hice una mueca de disgusto—. Gracias, *dedushka*. Lo

conseguiré, desde luego que sí.

—Dab, ten cuidado, puedes enamorarte tú también.

—Será trabajo, nada más.

—Solo digo que tengas cuidado, y recuerda siempre que lo más importante eres tú.

—Cumpliré mi misión, como siempre.

—Si te enamoras de él, ni llevar a cabo esta misión con el mayor éxito será pago suficiente para el dolor que puedes causarle a tu corazón. —Me miró profundamente.

—Eso no pasará, *dedushka*, no mezclo el trabajo con mi vida personal — aseguré.

—Solo quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti, de todo lo que haces, pero lo que más me importa es tu felicidad. Por encima de todo.

—Tendré cuidado, *ded*, te lo prometo.

—*Memento vivere*⁴. Me da miedo que lo olvides, y vida solo hay una. — Su voz parecía triste y preocupada.

Nos sentamos un rato en los bancos del parque, bueno, el abuelo se sentó a mirar cómo jugaba con Chicho a la pelota.

—¡Él también te echará de menos, Dabria! —Alzó la voz para que lo escuchase.

—Lo sé.

Abracé al abuelo unas cinco veces antes de irme a la cama. Me acurruqué abrazada a Chicho e intenté dormir. Acariciar el pelo de mi querida mascota no me provocaba el efecto de otras veces, mi cuerpo estaba nervioso. Finalmente, noté el peso de los párpados y me dejé llevar por un sueño ligero y poco reparador.

La primera vez que me alegraba de oír la alarma de mi móvil. Estaba agotada, llevaba más de una hora sin poder dormirme otra vez, enterrando mis manos en el suave pelo de Chicho, viendo cómo dormía con el cuello estirado hacia arriba. Me duché y me vestí con ropa cómoda y bajé a desayunar cuando sentí al abuelo cerrar la puerta de su habitación.

—Buenos días, cielo, ¿cómo has dormido?

—Buenos días, *ded*. Más o menos. —Lo besé en la mejilla.

Laura nos recogió para llevarme al aeropuerto. Me acompañaron a facturar las maletas y me abrazaron más de tres veces cada uno en las puertas del

control. Antes de perderlos de vista, los saludé con la mano y leí en los labios de mi abuelo un «te quiero». Hice lo mismo, besé mi parte interior de la mano y la levanté hacia ellos. Busqué un baño cerca de la puerta de embarque. Tiré de la maleta con una mano y me sequé las lágrimas con la otra. No me sentía nerviosa, sino triste y sola. Entré en el espacio para colocarme las lentillas y agradecí que estuviese vacío. Mis ojos de un azul grisáceo tan cristalino que parecían plata fueron sustituidos por un verde tan intenso que parecían del anuncio del nuevo perfume de Dolce Gabbana. Se notaba que eran lentillas, pero qué le iba a hacer. Hice una mueca de disgusto y continué mi camino hasta el avión. Me puse los cascos y me recosté en el asiento, cerré los ojos y dejé que *Las cuatro estaciones*, de Vivaldi, inundasen mis oídos, ayudándome a no pensar en nada más que en lo maravilloso que sería que mis cuatro estaciones tuviesen su mismo éxito.

⁴ Cita del latín que significa «Acuérdate de vivir».

9

Miki

Había ganado de nuevo, mi bestia nunca me defraudaba. Hacía unos tres años que lo tenía, un Lamborghini Veneno Roadster. Era caro y difícil de conseguir, pero ¿quién era yo?

—Joder, no puede haber pasado de nuevo. Mi morro rozaba ya tu rueda delantera al tocar la meta —protestó Venyamin.

—Apenas rozabas su rueda trasera —lo corrigió Zoria rodando los ojos.

—Cállate. Tú ni le rozabas el trasero —lo picó Venyamin.

—¡Vamos a celebrarlo! No todos los días tenemos la suerte de ver a Borak joder el coche —dijo Aleksei, y todos comenzamos a reírnos.

—Estoy de acuerdo, ese es el verdadero motivo de celebración —añadió Murik.

—En diez minutos en el Atenea —le dije a mis amigos subiendo en mi coche.

—No todos tenemos tu Veneno, Miki —me gritó Venyamin, entrando en su coche.

—No te lo repito, no fumes dentro de mi coche —le regañé a Zoria, al ver que encendía un cigarro.

—Un segundo —me pidió mi primo.

—En un segundo tu culo se arrastrará por el asfalto como no tires el cigarro por la ventana —lo amenacé.

—Sabes que esa actitud no tiene efecto en mí, ¿verdad? —Pese a sus palabras de protesta, obedeció.

—¿Y qué tiene efecto en ti exactamente, Zoria? —me burlé de él.

Al llegar al Atenea una camarera nos dejó una botella de vodka y vasos encima de la mesa.

—¿Algo más, Mikhail? —me preguntó.

—Por ahora no, pero no te vayas lejos, los demás están al caer.

—Por supuesto.

Acabé con una morena, que estaba buenísima, sentada encima de mis piernas, dispuesta a complacerme en todo. En aquel momento me besaba el cuello mientras yo me bebía una copa.

—¡Vaya, Miki! No pierdes el tiempo —me gritó Borak, acercándose a nosotros.

—Ve a buscar otra copa —le pedí a la morena, separándola de mí—. Ya ves... —le respondí a Borak y me recosté en el asiento.

—Se te quitará esa sonrisa cuando veas mi preciosidad para la semana.

Elevé una ceja en forma de pregunta, pero Zoria la formuló:

—¿Tu preciosidad? ¿Es que has comprado una mascota?

—He contratado a una mulata que está de muerte. Será la nueva profesora de baile del gimnasio —explicó, haciéndose el interesante.

—¿Qué exigiste una foto de cuerpo entero antes de darle el trabajo? —le preguntó Murik con burla.

—No quería hacerle regresar a Francia si no daba la talla —nos explicó.

—Supongo que la dio —comentó Nitca.

—Desde luego. Será una de las pocas cosas en la que me deis la razón.

—Si fuese verdad sería la única vez que te diésemos la razón —lo corregí.

—Compadezco a la joven por el jefe que la ha tocado —dijo mi hermana.

—Babette. No lo olvides, porque te volverá loco, Mikhail.

—Muy bien, Borak. Ahora desaparece de mi vista —le respondí, cansado de sus estupideces.

—Si es cierto lo que dice, pobre chica —dijo Galina cuando Borak ya no podía escucharnos.

—Entonces tendremos que rescatarla de las garras del lobo —aseguró mi hermana mirando a sus amigas en busca de complicidad.

—Pobre chica, no sé qué será mejor. —Venyamin empezó a meterse con las tres, pero dejé de escuchar lo que decía al ver a Monic abrirse camino, directa hacia mí.

—¿Cómo te va, Miki?

—Bien, hasta ahora —respondí de forma seca.

—Perdona. —La morena con la que estaba se colocó entre Monic y yo y me dio la copa—. Ahora podemos continuar donde lo dejamos.

—Quiero hablar contigo. —Monic alzó la voz demandando mi atención.

No podía ser, mi día iba excelente y de repente... Primero Borak, y después, Monic.

—En otro momento hablarás con él. —Monic no le hizo caso a la morena, se plantó de brazos cruzados frente a nosotros.

—Vete —me dirigí a la morena que ya estaba sentada a mi lado.

—Pero, Miki... —empezó a protestar, sin embargo, la miré con seriedad y le indiqué con la cabeza que se marchase.

Me levanté del sofá y agarré a Monic de un brazo para llevarla a un lugar apartado.

—¿Qué coño quieres?

—Quiero estar contigo. Lo he estado pensando y sé que soy tu mejor opción.

—Mi mejor opción ¿para qué?

—Como novia, soy tu mejor opción. Además, sé que te gusto y tú a mí me encantas —acabó, con una sonrisa.

—Estás de broma, ¿no? Que nos hayamos acostado no quiere decir que me gustes —le expliqué como si fuese tonta.

—¿Qué problema hay? No tienes que hacerte el duro conmigo. Seguirás siendo el temido Mikhail Korsakov a mi lado —me explicó como si redactara un contrato laboral.

—No me gustas, Monic. —Estaba empezando a perder la paciencia—. No quiero novia, y mucho menos te quiero a ti de novia. Solo me interesa el sexo, y tú ya me lo diste.

—Podemos repetir, no tengo problema en acostarme contigo.

—Estás loca. —Me giré para volver con mis amigos, no podía creer lo que estaba escuchando.

—Te arrepentirás de tratarme como a un trapo, Miki.

—Eres tú la que te tratas como un trapo. —Me paré para contestarle y reinicié la marcha sin volver la vista atrás.

De todas mis conquistas, Monic era la más cansina. Estaba buena, sin duda. Me había acostado con ella, por supuesto, pero había sido un error. Ya hacía un par de años que no nos acostábamos, pero seguía insistiendo. Creía que yo iba ceder, eso no pasaría. La culpa había sido mía, ya que fue una de las pocas tías con las que había repetido. Desde que ella se creyó con derechos por esa diferencia decidí cortar de raíz, nunca había repetido con ninguna, no quería que pasase lo mismo que con ella. Me cuidaba de no ser grosero con Monic porque respetaba mucho a su abuelo. Era un hombre encantador que no tenía culpa de que su nieta se arrastrara como una fulana. Si no hubiera sido por eso, no habría tenido tanta paciencia, pero todos tenemos un límite y el mío estaba a punto.

Al caminar hacia donde se encontraban mis amigos vi a la morena observándome. Le hice un levantamiento de cabeza para que se acercara, ella

no se lo pensó dos veces. La guie al baño y sin perder tiempo la besé. Al momento se estaba deshaciendo en gemidos, mientras la acariciaba y le levantaba la falda. Ella se dejaba hacer. Se quitó las bragas y permitió que la embistiese.

Siempre era así de fácil, siempre se dejaban hacer, siempre recibían lo que yo les daba. Al acabar, me vestí y me dispuse a salir del baño.

—Supongo que ya me puedes añadir a tu lista. Otro polvo más para Mikhail —dijo la chica, colocándose la falda.

—Supongo que sí —respondí sin darle importancia.

—No se repetirá, ¿no? Ya he tenido mi momento de gloria, ¿verdad? Espero que cambies de opinión respecto a eso.

—Yo espero que lo hayas disfrutado, porque no cambiaré de opinión. — Salí del baño y me dirigí al grupo.

Al llegar, Galina me observaba entre enfadada y triste. ¿Qué coño quería que hiciera? Ahora ella... Definitivamente, no era mi día. Miré a mi hermana en busca de apoyo, pero me giró la cara, así que opté por observar a mi querida Nitca. Sabía que estaría de mi lado. Así fue, de forma casi imperceptible negó con la cabeza quitándole importancia.

—Vamos a pedir algo. —Mi hermana se levantó con Galina pisándole los talones.

Nitca no perdió el tiempo en acercarse a mi lado.

—Eres un rompecorazones, Miki —se burló, dándome un empujón con su hombro.

—Cállate, Nit, me acabarán volviendo loco.

—Estás equivocado, amigo mío. Loco te volverá la mujer de la que te enamores —me contradijo mi primo.

—Yo no me enamoro, Murik, solo quiero sexo, sin complicaciones ni ataduras.

—Sexo salvaje y desenfrenado —añadió Zoria.

—Pues no te quejes cuando te vienen detrás, tú te las buscas —me dijo Venyamin.

—Ni caso, Miki, todas saben cómo eres y lo que buscas, si no están de acuerdo que te digan que no. Tú no obligas a ninguna —me apoyó Nitca.

—Exacto, pero nadie se niega, ninguna dice que no, mi querida amiga. — La besé en la mejilla de forma sonora—. Soy irresistible.

—No seas tan chulo, y deja de refregarme las babas, coño —me advirtió.

10

Dabria

Llevaba dos horas de vuelo y aún no había conseguido dormir. Por mi mente las palabras de mi abuelo y el comisario se superponían como si de diapositivas se tratasen.

«Confiamos en ti, Dabria».

«Tú también puedes enamorarte».

«Eres la única que puede conseguirlo».

«Tu corazón saldrá lastimado».

«Tú eres la pieza principal en esta misión».

«*Memento vivere*, Dabria».

La última frase me incomodaba más que cualquier otra, mi abuelo solía decírmela desde niña. En vez de reñirme o echarme un sermón, esas dos palabras cumplían la doble misión, me hacían reflexionar durante horas. Las aparté a un lado de mi mente. Quería dormir un rato, no que mi abuelo y el comisario se peleasen en mi mente como el angelito y el demonio interior de mi subconsciente.

Abrí los ojos y me levanté. Un pequeño paseo hasta el baño me vendría bien. Me desperté cuando quedaba poco más de una hora para aterrizar. La música no sonaba en mis auriculares, le debí haber dado un golpe al iPod. En ese instante escuchaba el llanto de un niño. Me giré para ver a una mujer joven con una bebé en brazos y un niño pequeño en el asiento de al lado. El bebé no paraba de llorar y el niño le reñía a su madre para que jugase con él a las cartas. Me alegraba no ser ella en esos momentos.

No iba ser capaz de descansar, los chillidos de ambos me taladraban la cabeza, así que me levanté y me senté al lado del niño. No me extrañó que el sitio estuviese vacío, la gente prefería descansar en el avión.

—Hola, ¿cómo te llamas? —le pregunté.

Miré a su madre a los ojos para que me diese su aprobación, esta inclinó ligeramente hacia abajo la cabeza y por sus labios asomó una pequeña sonrisa.

—No te importa, voy a jugar con mi mamá —me respondió enfadado y dándome la espalda para mirar a su madre.

—Yo también quería jugar a las cartas, pero se me han olvidado en casa,

¿podemos compartir las tuyas?

—¿Sabes jugar? —Me miró, no muy convencido.

—Creo que sí. Si no, puedes enseñarme.

Bajó la bandeja de su asiento y esparció las cartas encima sin mostrar el dibujo. Estuvimos el resto del viaje jugando, eran unas cartas de La Guerra de las Galaxias y el juego consistía en hacer parejas de los personajes. Mi compañero de juego se llamaba Héctor y tenía cinco años. Era un niño encantador, solo estaba aburrido de estar tantas horas en un avión.

—Acuérdate de comprar unas cartas —me dijo cuando estábamos esperando las maletas.

—Será lo primero que haga al salir de aquí.

—Gracias, Babette, pensé que no sería tan mala idea venir sola con los dos. Ahora ya sé la respuesta, no lo repetiré hasta que los dos sean mayores de edad —me dijo la madre.

Sonreí ante su comentario, me despedí de ellos y empujé el carro de maletas hacia mi nueva vida.

Una hora más tarde, mis tres maletas y yo estábamos entrando por la puerta de mi apartamento. Dejé los enormes bultos en la entrada para ver mi nueva casa. Todo el suelo, excepto el baño y la cocina, eran de madera color gris claro. En la habitación los muebles eran blancos. Un armario cubría una de las paredes, enfrente estaba la cama de matrimonio, con un cabezal de piel de melocotón color plata. Las mesitas y la cómoda iban a juego con el armario, blancos. Pero a los pies de la cama había un gran baúl igual que el cabezal. Sonreí y pensé si Laura habría dado algún consejo decorativo. La cocina era pequeña, en tonos rojos, para darle un toque más universitario, suponía. El baño era corriente, pequeño, en blanco y negro. El espacio central del salón lo ocupaba un gran *chaise longue* amarillo, con un mueble grande al frente que sostenía una tele en el estratégico sitio que venía para ella. Aquel era mi nuevo hogar. Sonreí y suspiré.

Después de verlo todo tres veces, estaba segura de que Laura había ayudado. Muchos detalles me llevaron a esa conclusión. Revisé el ordenador y el móvil que había encima del escritorio de mi habitación. Cogí el primero y lo puse a funcionar, era hora de avisar que todo estaba en orden.

Eran casi las diez de la noche cuando acabé de ordenar mis cosas. Comprobé que las armas estaban donde me habían dicho y hablé con el abuelo un buen rato. Estaba agotada, pero tenía que bajar a por algo de comer, mi

cocina estaba surtida con lo básico pero lo último que iba a hacer era ponerme a cocinar.

Me desperté a las tres de la mañana, desorientada, miré a mi alrededor y volví a recostarme en el sofá. Me quedé dormida pensando en la cena que no llegó. Al poco rato me levanté, haciendo caso omiso del rugir de mis tripas y me fui directa a la cama.

Todavía no eran las diez de la mañana, pero necesitaba un tiempo de margen por si me perdía. Tenía que ir al gimnasio a hablar de mi trabajo. ¿Un domingo? Pues sí, no cerraba ningún día de la semana, y como me habían permitido empezar con unos días de retraso, debía arreglarlo todo aquella misma mañana. La verdad era que no tenía nada mejor que hacer, aunque un día completo para mí, siendo lo más yo misma que pudiera ser, se me hacía muy apetecible.

—Buenos días —saludé a la chica que estaba enfrente del mostrador.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —me respondió levantando la cabeza del ordenador.

—Soy Babette Lévesque, la nueva profesora de baile. Tengo una cita para hablar de mi contrato.

—Te llevaré junto a Anuva, sígueme. Yo soy Inna. —Me tendió la mano—. Encantada.

—Bueno, Babette, aquí tienes tu horario y tu tarjeta de identificación para que fiches al entrar y al salir —me dijo Anuva tendiéndome unos papeles—. Mañana te daré los uniformes.

—¿Uniformes?

—Ropa deportiva con el logo del gimnasio. No tienes por qué dar las clases con él, pero debes ponértelo para andar por el recinto.

Anuva se rio con ganas al ver mi expresión y se señaló la camisa, no me había fijado antes en que llevaba el logo.

—De acuerdo.

—Es el mejor gimnasio de la cadena, y es la mejor cadena de gimnasios. Tenemos miles de socios, por lo que no nos gusta que nuestros profesores se confundan con cualquiera que viene de paso.

—Lo entiendo, no hay problema —respondí, restándole importancia—. Simplemente me ha llamado la atención.

—A partir de septiembre te daremos el nuevo horario. Por ahora estamos con el de verano. La llave de tu vestuario es esta —dijo tendiéndome una

pequeña llave con el número siete—. Está en la segunda planta a la derecha. Cuando no tengas clases puedes hacer uso del gimnasio, *spa*, piscina... En la planta baja hay un restaurante gratuito para el personal. Estarás un mes de prueba, aunque viendo tu currículum puedo decir que el puesto ya es tuyo.

—Gracias.

—¿Alguna pregunta?

—No, está todo claro. Muchas gracias.

—Rellena estos documentos y firma el contrato. Así se quedará todo listo.

Ya sí, podía empezar a disfrutar mi día. Lo poco que había visto de San Petersburgo desde el taxi al llegar del aeropuerto me había parecido precioso.

11

Mi primera clase empezaba en de diez minutos. Baile de salón.

El primer grupo lo componían mujeres de unos cuarenta años para arriba, incluidas las mujeres de las Tres K.

—Buenos días. —Sonreí—. Me llamo Babette. Como ya supondréis soy vuestra nueva profesora.

—Encantada.

—Bienvenida.

—¿Alguna me puede decir qué estabais haciendo con la anterior profesora o por dónde os gustaría empezar?

—Podemos empezar por el pasodoble.

—No, un vals —dijo una de ellas, propiciando que las demás opinaran también.

—Yo prefiero un tango.

—Me gustaría aprender bachata.

—Esta clase no es de bailes latinos.

—¡Está bien! ¡Está bien! —Alcé la voz para hacerme oír por encima de ellas—. Empezaremos por el bolero. Otro día haremos bachata, si todas estáis de acuerdo.

Mientras daba la clase me fijaba en todas las mujeres, muchas de ellas las reconocí inmediatamente.

Al acabar me acerqué a su grupo.

—¿Qué tal? ¿Os ha gustado?

—Ha sido fantástico —dijo Varinka.

—Fenomenal —añadió Dara—. Babette, ¿cierto?

—Sí. —Sonreí amablemente.

—No eres rusa, pero no sabría decir por tu acento de dónde vienes —me preguntó Dara dudosa.

—Francia, señora. Estoy de Erasmus por un año.

—Te costará acostumbrarte al frío. —Me sonrió Varinka.

—Es a lo que más miedo le tengo.

La segunda clase de la mañana transcurrió sin problema; baile moderno para niñas. No dejaron de preguntarme cosas.

—Buenas, Babette —saludó Inna desde el mostrador—. ¿Te quedarás a

comer?

—Claro, dame quince minutos.

Inna era agradable. Charlamos como si no nos acabásemos de conocer. Inspiraba confianza, una de esas pocas personas con las que te sientes a gusto sin necesidad de fingir. Me contó que se quedó a trabajar en el gimnasio después de hacer las prácticas en él. Llevaba ya tres años. Vivía con sus padres y sus dos hermanos pequeños.

—Tengo que volver al trabajo.

—Claro, saldré a dar un paseo.

Antes de llegar al mostrador, vi que un chico caminaba directamente hacia nosotros. Lo reconocí al instante. Borak. Ya tardaba en encontrármelo.

—Hola. Inna, te está buscando Anuva.

—Ahora voy. Nos vemos luego, Babette.

Me giré para seguir con mi camino, pero su voz hizo que volviese sobre mis talones.

—Y tú debes de ser la nueva profesora de baile, ¿no?

—Sí, Babette Lévesque. ¿Y tú eres? —pregunté en tono curioso y amable.

—Borak Kostka —me tendió la mano—. Encantado de conocerte.

—¿El dueño? ¿Mi jefe? —Lo miré con fingida sorpresa.

—Algo así. Técnicamente el jefe es mi padre. —Ladeó la cabeza.

—Es un placer.

Me miró descaradamente de arriba abajo unas tres veces. ¿Qué le pasaba? ¿No se podía cortar un poco? Cuando los hombres te miraban como un cacho de carne listo para degustar, deseaba que se atragantasen con sus partes.

—Te invito a un café. —Su voz sonó más a orden que a petición.

—Prefiero caminar un rato.

—En ese caso, te acompaño.

—Bien. —No me dio tiempo a negarme, pasó su brazo por mis hombros y me animó a caminar.

Paseamos por la zona de detrás del gimnasio. Había un gran parque donde los niños hacían demasiado ruido y los mayores se sentaban a descansar.

—He estado mirando tu currículum...

—¿No te fías de tus empleados para hacer ese trabajo?

—En tu caso, no. Normalmente no contratamos extranjeros, menos sin antes hacer una entrevista. Tengo que decirte que me quedé impresionado.

—Gracias. El trabajo es importante para mí.

—Si eres tan buena como dice el papel, tú serás muy importante también para nosotros. —Sonrió coqueto.

—Seré mejor de lo que esperas —respondí segura de mis palabras.

—¿Dónde aprendiste a bailar?

—Mi madre es profesora en una academia de baile. Puede decirse que empecé a bailar al tiempo que a caminar.

A pesar de su interés inicial, desvió la conversación a otro tema que le interesaba más.

—¿Qué te trae por Rusia?, ¿placer?, ¿aventura?, ¿amor?

—Estudios, he venido de Erasmus. —Lo miré con una sonrisa.

Borak me tenía un poco aturdida. Su semblante frío y su expresión impenetrable no me encajaban con su actitud de chico agradable. Por lo que había estudiado, era arrogante y calculador, pero al estar a solas con él parecía... ¿relajado?

Nos mantuvimos un buen rato charlando de trivialidades típicas en una primera toma de contacto y volvimos al gimnasio. La última clase de la tarde estaba por comenzar.

Las chicas entraron en el aula, esa vez eran todas de mi edad, año arriba año abajo. Reconocí al instante a dos que entraron de último charlando animadamente.

Me presenté por tercera vez. Ya me sabía mi discurso de memoria, pero esa vez intenté sonar más agradable. Y me esmeré en la clase, que aprendieran y se lo pasasen bien era un punto a mi favor.

Cuando acabó, vi cómo Nitca intentaba realizar uno de los últimos pasos mientras Laryssa se reía de ella.

—Déjalo, vas a acabar haciéndote un esguince en el pie.

—¿Puedo ayudarte? —intervine, acercándome. Me coloqué a su lado, frente al espejo.

—Por favor. —Me sonrió.

Laryssa se colocó a mi otro lado y Nitca la fulminó con la mirada. La primera soltó una carcajada.

—Fíjate en el espejo, no mires hacia abajo, te será más fácil. Empezamos: derecho uno, la cabeza más alta, adelante... —le indiqué.

Durante unos minutos lo intentó torpemente, hasta que finalmente lo consiguió.

—¡Oh, gracias! No sabes cuánto me irritaba no ser capaz —me agradeció

alegremente.

—Para eso estoy.

Les sonreí y fui hacia el ordenador, era hora de apagar la música.

—Babette, ¿quieres acompañarnos a tomar algo? —me preguntó Laryssa mientras Nitca seguía bailando alegremente frente al espejo.

—Por supuesto, me vendría de muerte una caña.

—En media hora en la puerta. —Me guiñó un ojo y tiró de Nitca hacia la salida.

—¡Nos vemos ahora! —gritó la última al salir.

Cuando salí por la puerta, Nitca ya me estaba esperando. Llevaba un vestido verde por encima del muslo y unas sandalias negras de estilo romano. Me arrepentí al momento de no llevar nada más para ponerme que el chándal con el logo de CDOK (complejos deportivos y de ocio Kostka). No era feo; un fino pantalón holgado de algodón celeste a juego con una chaqueta que no llevaba puesta ya que con la camiseta blanca de tirantes con el mismo logo era suficiente, hacía calor.

Si Laura estuviese allí me golpearía por idiota. Siempre me regañaba por lo mal que vestía y me atacaba de poco femenina.

—Laryssa no tardará, ¿ves? Ahí está —dijo mirando hacia dentro.

Caminamos menos de diez minutos hasta llegar a un local con un gran letrero en el que se podía leer «Baltika».

El lugar estaba a rebosar y tuvimos que entrar abriéndonos paso entre el tumulto.. Todo el interior era de madera: paredes, mesas, sillas... Los grandes focos blancos que asomaban desde el techo hacían un contraste un tanto bruto con el local. ¡Me encantaba! Me recordó a aquellos bares de Madrid donde la gente se tomaba las cañas después de trabajar.

Las chicas me guiaron hasta el fondo del local y me pareció increíble que hubiera una mesa libre.

—¿Una caña? —preguntó Laryssa.

—Nada me apetece más.

—Entonces estás en el lugar indicado —aseguró Nitca.

Los camareros no tardaron en servirnos, a pesar de que, con la gente que había, pensaba que tendríamos que esperar una media hora por la cerveza. Me alegró equivocarme.

Probé la cerveza bajo la atenta mirada de mis dos acompañantes. Fruncí el ceño mirándolas pensativa.

—Está... ¡deliciosa! —Sonreí.

Ambas se rieron y bebieron un trago.

—Nadie se puede resistir a ti. —Nitca miraba su cerveza con adoración—.

Jajajaja

—Cuéntanos, Babette, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Laryssa.

—Quería hacer un año de Erasmus. Todo el mundo dice que es inolvidable.

—¿Por qué Rusia? —preguntó Nitca.

—Estudié traducción e interpretación, especializándome en ruso. Mi tesis tiene mucho que ver con esta lengua.

—Entonces estaremos en la misma universidad, literatura rusa —me explicó Nitca—. Puede que coincidamos en alguna clase.

—Eso sería fantástico. Conocer a alguien. Y tú, ¿Laryssa?

—Odontología. No queda demasiado lejos.

—¿Has venido sola o conoces a alguien aquí? —preguntó Nitca.

—Sois las primeras personas que conozco, sin contar algún compañero del trabajo.

—Eres francesa, ¿no? —preguntó Laryssa.

—Sí, de Marsella, pero... —titubeé, pensando en que ellas no tenían por qué saber eso.

Nitca pareció darse cuenta, porque con rapidez aclaró:

—¡Ah! Borak habla demasiado a veces.

—Oh... —No supe que contestar—. ¿Sois amigos?

No esperaba que mi jefe fuese hablando de mí antes de que llegase.

—No. —Negó con la cabeza—. No nos llevamos muy bien, mejor dicho, nos llevamos fatal, sobre todo mi hermano y los chicos —explicó Laryssa.

No hice ningún comentario al respecto, no sabía qué decir.

¿Para qué comentaría Borak algo de mí? No lo entendía, pero no quería parecer demasiado cotilla, así que lo dejé pasar.

—¿Cuánto tiempo llevas bailando? —preguntó Nitca, cambiando de tema.

—Bailando puedo decir que casi toda mi vida, dando clases unos seis años. ¿Vosotras hace tiempo que vais a clases?

—Al llegar a la pubertad nuestras madres nos apuntaron. Entre otras cosas, creen que debemos aprender a bailar —explicó Nitca.

—Intentan evitar que parezcamos patos mareados, aunque no con todas se consigue. —Sonrió mirando a Nitca.

—No seas capulla —contestó la aludida dándole un codazo a su amiga. Después, volvió a dirigirse a mí—: ¿Tienes novio, Babette?

—No. Mejor venir sin ninguna atadura.

—¡Cierto! Aquí conocerás a muchos chicos. —Laryssa movió las cejas arriba y abajo de forma rápida.

—Sé de uno que le dolerá la entrepierna al conocerte —dijo Nitca.

Me quedé perpleja ante su comentario tan brusco.

—No seas guarra. —Pese a que Laryssa quería sonar seria, se le escapaba la risa.

—¿Vas a decirme que no crees que a tu hermano le va a encantar? Será divertido ver cómo Zoria y él discuten para ver quién se la queda. Incluso Aleksei se puede unir.

—¡Oye! Que no soy un objeto —repliqué.

—No le hagas caso, te caerán genial. Es solo... —empezó Laryssa—, es...

—Que suelen pensar más con la cabeza de abajo. Por el resto son encantadores.

No podía dejar de reír. Laryssa intentaba dar alguna objeción convincente a los comentarios de Nitca, pero cada vez parecía más frustrada al no conseguirlo.

—Es broma, Babette. Bueno, no lo es. —Sacudió la cabeza, resignada—. Pero es cierto que son geniales. Los adorarás antes de darte cuenta.

Tras el último comentario de Nitca, su amiga parecía más aliviada. Era comprensible, quería defender a su hermano de los comentarios tan inoportunos que hacía esta delante de una desconocida, aunque a ella y a mí nos resultaban de lo más gracioso.

12

Miki

Estaba sentado en el sofá con mis cuatro amigos de siempre cuando escuchamos cómo mi hermana y Nitca se acercaban riéndose.

—¡Ya era hora! Se supone que la clase acabó hace unas dos horas — exclamó Zoria.

—Yo también me alegro de verte, cuñado —lo saludó Nitca.

Laryssa se sentó al lado de Venyamin, y Nitca pasó por mi lado, golpeándome la cabeza para sentarse en medio de mí y de Murik. La habitación se impregnó de amor, ¡aggg! No podía entender cómo después de tanto tiempo se seguían queriendo. Me alegraba por ellos, solo que..., yo no sería capaz. Me gustaban tanto las mujeres que no podría atarme a una sola.

—¿Qué tal la clase? —preguntó Murik.

—¡Genial! Ha llegado la profesora nueva —contestó Laryssa.

—Hemos estado tomando algo con ella en el Baltika —añadió Nitca.

—¿Por eso habéis tardado en llegar?, ¿por qué estabais con la nueva profe de cervezas? —preguntó Zoria irritado.

—Si la conocieses, tú mismo te ofrecerías a cenar allí —respondió mi hermana.

Hasta ese momento me había limitado a escuchar, pero el tema se ponía interesante.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—La curiosidad mató al gato, Miki —me respondió Nitca.

—¿Está buena? —Zoria formuló la pregunta que se formaba en mi mente.

—Y no sabes cuánto. Hacía tiempo que no vía una chica así. Es bajita, con unos ojos verdes que resaltan todavía más su piel oscura —contestó mi hermana.

—¿En serio? Nos están puteando. —Rodé los ojos.

Tanto a mi hermana como al diablo de mi mejor amiga les encantaba meterse con nosotros, sabían que adorábamos a las mujeres y que estaríamos intrigados con la nueva chica, por eso lo hacían.

—En serio. —Asintió Nitca varias veces—. Buena se queda corto, es espectacular. Mañana la conoceréis. Aparte, es muy maja.

En ese momento mi madre y mi tía entraron por la puerta, ellas también habían ido a clase, a ver qué opinaban.

—Mamá, ¿qué pensáis vosotros de la nueva profesora de baile? — pregunté.

—Ellas dicen que está buenísima —añadió Zoria.

—Tienen razón —contestó mi tía—, su belleza es salvaje y dulce a la vez.

—Es preciosa, como un ángel —añadió mi madre.

—Pero no creo que ninguno de vosotros seáis su estilo —se burló mi tía.

Al día siguiente la conocería, por supuesto que sí. Si aquello que decían era verdad, una mujer así no pasaría desapercibida y tenía que ser mía antes que de otro. Por eso Borak me había hablado de ella, quería darme envidia. La quería para él, pero yo la conseguiría antes para mí.

Miré a mis dos amigos solteros.

—Será mía —dije.

—Ya lo veremos, primo —me retó Zoria.

—Vosotros no seréis su estilo —dijo Aleksei con una sonrisa—. Seré yo.

Él no era como nosotros. Sí, le encantaban las tías, solo que no se picaba conmigo ni con Zoria. Atacaba más a lo callado, pero con la misma intensidad.

Después de cenar nos fuimos a una discoteca. Beber y follar era un resumen perfecto la mayoría de las noches que no trabajábamos, sobre todo en verano.

Ya allí, después de un buen rato, agarré mi copa y me fui directo hacia una rubia que no dejaba de mirarme de forma lujuriosa; una presa demasiado fácil, como siempre. Me acerqué y sin reparos comencé a besarla en el cuello de manera lenta para continuar con su boca. Aceptó encantada, entreabriendo los labios para dejar que mi lengua pasara. Trabajo hecho. La agarré de la mano y me la llevé al coche. Muy poco después, estábamos en el hotel.

Entramos en la habitación y, sin perder tiempo, comencé a besarla y a deshacerme de su ropa.

A las seis de la mañana estaba de vuelta en mi casa para dormir un poco. No descansaba bien en los hoteles con mujeres desconocidas a mi lado. No tenía ningún problema en dormir con ellas, solo que prefería hacerlo en mi cama, sin nadie que me molestase.

Nos lo pasábamos bien. Un poco de sexo, nada más. Algunas querían más, lo que en ocasiones me obligaba a ser algo grosero. Yo no las obligaba ni les prometía nada y ellas podían decir que no; en cambio, se abrían de piernas a

la primera. Eso me daba derecho a dormir en mi casa cuando acabábamos. Algunas decían que las trataba como putas, yo no las consideraba eso, simplemente disfrutábamos del sexo sin sentimientos ni ataduras. No creía que aquello fuese un problema, pero al parecer para ellas sí que lo era, porque al decirles que no habría más, me insultaban con despecho.

No me desperté hasta las doce de la mañana, cuando mi padre entró en mi habitación.

—En una hora tenemos una reunión —me informó.

—Bien.

No tenía que decirme nada más, sabía cuál era mi trabajo.

—Los Kovalenko lo tienen todo listo para pasar la mercancía por las fronteras pasado mañana. Uno de nosotros tiene que ir a comprobarla para dar la salida —informó mi tío Lyov.

—Miki y Murik, ¿de acuerdo? —dijo mi padre mirándonos a ambos.

—Claro. Hablaré con Mikola para quedar —dije.

—Tenemos que estar atentos. Nunca me he fiado por completo de los Kovalenko, y llevan un tiempo haciendo demasiadas migas con Dusan —añadió mi tío.

—Yo nunca me he fiado de ninguno —solté antes de salir.

Después de comer me senté con Laryssa y Zeus, mi perro, en el jardín.

—Después de las clases vendréis al Baltika, ¿no?

—Eres incorregible, Miki —me regañó mi hermana—. Estás impaciente por conocer a Babette. Pero déjame advertirte una cosa —me amenazó con el dedo índice—, ella no parece como tus chicas. Me cae bien, así que no hagas el imbécil.

—Pero ¿cómo que...?

—Nada, Mikhail. Tienes bastantes mujeres con las que entretenerte que no sea ella. —Sin más, se levantó y me dejó plantado en el jardín sin darme tiempo a decir nada.

Que mi hermana pequeña se enfadara conmigo no era nada serio. Nos llevábamos genial si dejábamos a un lado mi vida sexual. Estaba claro que, después de Galina, no quería que le hiciese daño a ninguna otra chica, aunque no podía decirse que yo hubiera lastimado a su amiga. Ni siquiera me había acostado con ella.

Eran amigas desde hacía mucho tiempo, tanto como el que llevaba Galina detrás de mí. Mi hermana decía que no me portaba bien con ella, pero no

podía hacer nada, no la quería. Desde que íbamos al instituto la tenía detrás de mí, le encantaba lo que hacía, todo lo que decía estaba bien y mis bromas eran las mejores. ¡Me irritaba tanta devoción! Para quitármela de encima, hacía como si no estuviese la mayoría de las veces y le hablaba amablemente cuanto debía hacerlo.

Por suerte, Nitca me comprendía. Era mi mejor amiga desde que éramos niños. No tenía pelos en la lengua a la hora de decirme lo que pensaba, y Galina tampoco le agradaba. Cuando mi hermana no la escuchaba, hacía algún comentario sobre lo empalagosa que resultaba y, alguna vez, evitaba que fuese yo el que le contestara contestándole de forma hiriente.

Dabria

Mis clases de la mañana fueron estupendas. Las mujeres K eran muy agradables, sobre todo la madre de los gemelos, que no paraba de hablar y resultó ser tan cotilla que hasta me preguntó si tenía novio. Aquel día también conocí a la madre de Borak. Nada que ver con las otras. Desprendía aires de importancia desde el fondo de la sala. Se parecía mucho a Borak, pero solo en el físico. Ella sí te miraba como si fueses algo insignificante a su lado.

Una vez acabada, me encontraba bajando las escaleras para recoger a Inna en caso de que me pudiese acompañar a comer, cuando vi que en los sillones de la entrada se encontraban Borak y Mikola.

—Hola —saludé.

—Babette —Borak me devolvió el saludo con una sonrisa coqueta—. Él es Mikola Kovalenko, un amigo.

Este se levantó y me tendió la mano. Me miró detenidamente de arriba abajo el tiempo suficiente para incomodarme. Fingí una sonrisa y estreché su mano.

—Es un placer.

—El gusto es mío, preciosa.

No me gustaba Mikola. Al igual que la madre de Borak, tenía esa aura de maldad alrededor.

—¿Todo bien, Babette? —preguntó Borak. No parecía a gusto con su amigo y conmigo cerca al mismo tiempo.

—Sí, voy a comer con Inna. —No era seguro, pero eso a él no le interesaba.

—Mañana te invito a desayunar.

El mismo tono de orden que impuso la primera vez, me hizo pensarme dos veces la respuesta.

—Sobre las nueve estaré aquí —informé mientras me alejaba sin esperar a que respondiese.

La forma de actuar de Borak me descolocaba. Cuando estuvimos a solas parecía otra persona, una mucho mejor.

Al terminar la última clase, Nitca y Laryssa se acercaron a mí. Esa vez, Galina las acompañaba.

—Babette, te vienes, ¿no? —preguntó Nitca con una sonrisa.

—Claro —respondí.

—Ella es Galina —me presentó Laryssa—. Una buena amiga.

—Encantada, soy Babette.

—Igualmente —me respondió algo tensa, dándose la vuelta para marcharse. Las demás la seguimos.

—Tengo que ir a casa a cambiarme de ropa —informé mientras caminaba. No podía ir otra vez con aquel chándal y su horrible logo.

—Te acompaño —se ofreció Nitca—. Chicas, nos vemos en el Baltika.

—Vamos, mi casa queda cerca.

Nitca no paró de hablar en todo el camino.

—No te gusta el uniforme, ¿eh? —me vaciló mientras entrábamos en el apartamento.

—No, pero debo usarlo en el trabajo.

—Muchos desearían poder llevar ese logo hasta en la frente. —Se rio—. En cambio, tú...

—Soy la rara, entonces. —Me encogí de hombros—. Estás en tu casa —le dije caminando hacia mi habitación.

Me puse unos vaqueros apretados y una camiseta blanca de tirantes, me calcé mis Converse amarillas y lista.

—Cuando quieras.

Nitca estaba sentada en el sofá con el móvil en las manos.

—Vámonos —me dijo—, solo faltamos nosotras.

—¿Solo?

—Los chicos también están.

No tardamos en llegar e, igual que el día anterior, estaba lleno de gente. Mientras caminábamos entre la multitud, comencé a ponerme un poco nerviosa. Lo iba a conocer.

—Babette, ellos son geniales, pero no dejan de ser hombres y tú una tía cachonda, así que no le hagas caso —me dijo Nitca abriéndose paso hasta el fondo del local.

—No lo haré.

Los reconocí al instante. Los pocos pasos que nos separaban los deshice observando a cada uno de ellos. Laryssa estaba sentada entre Venyamin, su novio, y Galina, seguidos de Aleksei y los gemelos. Eran, obviamente, idénticos. En las fotos podía distinguir que sus ojos eran de distinto color, pero desde donde estaba en ese momento, eran como dos gotas de agua. Sentado entre sus primos estaba él. No supe por qué me impresionó tanto verlo, estaba cansada de ver fotos suyas. Pero, si en las instantáneas ya era guapo, en persona era, simplemente, perfecto. Su pelo oscuro, sin llegar a ser negro, estaba cortado poco más que al cero y la barba sin afeitar de varios días le daba un toque peligrosamente *sexy*. Sus labios, no eran muy gruesos, pero sí bien definidos. Lo que más me llamó la atención fueron sus ojos, oscuros, tan negros como una noche de tormenta. Cuando reparó en mí, una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo. Su mirada se clavó en mí con descaro.

—Holaaaaa, ¡ya hemos llegado! —saludó Nitca muy alegre—. Chicos, ella es Babette.

Nitca se sentó entre Murik y Miki y comenzó a decirme los nombres de sus amigos, empezando por la derecha, mientras, aproveché para sentarme entre Galina y Zoria.

—Hola.

—Bienvenida.

—Y él es Murik, mi novio —dijo finalmente, aunque yo no le había prestado mucha atención.

—Encantada —contesté.

—¿Qué te trae por aquí, Babette? —preguntó Aleksei.

Comenzaba a cansarme de responder siempre a la misma pregunta.

—Estoy de Erasmus.

—¿De dónde vienes, morena? —preguntó Zoria girándose para verme mejor.

Cogí la cerveza que me ofreció Laryssa y le di un trago.

—¿Morena? —Lo miré seria, después, le aclaré—: Me llamo Babette.

—Está bien —respondió riéndose. No me cabía duda de que me llamaría como quisiera—. ¿Y?

—Soy francesa, de Marsella.

—Es nuestra profesora de baile —informó Nitca, aunque estaba segura de que ya lo sabían.

—La mejor que hemos tenido, sin duda —añadió Laryssa guiñándome un ojo.

—Bailarina, sería interesante que bailaras para nosotros, ¿no crees, Zoria? —preguntó Miki mientras me miraba de reojo.

Su voz no podía ser de otra forma: rasgada, ronca y excesivamente *sexy*. Pero su actitud era la de un completo gilipollas, puteándome con soberbia. Los nervios que sentía al principio se habían esfumado, provocándome un cabreo repentino. En ese momento solo me apetecía vaciarle la cerveza por su bonita cara. ¿Quién se creía que era? ¿Bailarina?

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pararlas, aunque lo cierto era que no quería detenerlas:

—Lo que sería interesante es ver cómo te corres en los pantalones al verme bailar. —Desvié mi mirada hacia él para ver su expresión.

Todos estallaron en carcajadas y él, que no se esperaba mi comentario, se giró por completo para mirarme enarcando una ceja.

—Buen golpe, Babette —me alagó Venyamin, aún riéndose.

—Me gustas —dijo Murik, riéndose también—. Alguien le tiene que parar los pies, ¿eh, Miki?

—No digas tonterías, hace falta más que una pequeña lengua afilada para pararme —contestó, retándome con la mirada.

—Un poco grosero tu comentario, Babette —me regañó Galina.

Aquella chica estaba peor de lo que yo creía. ¿Cómo podía querer defenderlo si sabía que él no sentía nada por ella? Sentía pena y rabia hacia ella por ser tan estúpida.

—Creo que Miki tiene el ego demasiado alto para que mi inofensivo comentario se lo baje —respondí lo más amable que fui capaz—. No te quería ofender —dije, mirándolo divertida.

Me respondió con una media sonrisa, negando con la cabeza. No podría decir si se veía aún más guapo.

—No lo has hecho, morena.

Me llamaba así para fastidiarme.

—No me vuelvas a llamar así. Morenas hay muchas y podría llevar a confusión.

—¿Has venido sola, Babette? —me preguntó Aleksei, interrumpiendo nuestra discusión.

Escuché cómo Miki le decía a Zoria por lo bajo algo como «no como tú», y Zoria negó con la cabeza respondiendo: «Desde luego que no, demasiado carácter encerrado en un cuerpo tan exquisito»

Pronto se daría cuenta de la verdad de sus palabras.

—Sí. Pasar un invierno en Rusia no lo desean muchos. Solo de pensarlo me da dolor de cabeza —contesté.

—Es duro, sobre todo, si no estás acostumbrada al frío —dijo Venyamin.

—¿Por qué has elegido Rusia? —preguntó Aleksei. Descubrí que era muy agradable y, sintiéndome cómoda, pasé la mayor parte del tiempo charlando con él.

Cuanto más tiempo transcurría menos nerviosa estaba. Empezaba a sentirme a gusto con ellos, como si fuese un nuevo grupo de amigos. Sin embargo, no podía estar más lejos de serlo. Yo había ido para acabar con ellos y, acercándome un poco a mi objetivo, sonreí interiormente al sentir la mirada de Miki clavada en mí. Eso era muy bueno.

—Mañana podemos ir a jugar al billar, hace tiempo que no os doy una paliza —propuso Zoria.

—Mejor el fin de semana, así podemos quedar por la noche. Una pequeña fiesta —dijo Murik.

—Me vale, pero preparaos para beber —amenazó Zoria.

—Solemos jugar apostando chupitos —me explicó Galina.

—Ah... —contesté mirándola de forma amable. No quería que me odiase, por el momento.

—¿Te apuntas, Babette? —preguntó Venyamin.

—No lo dudes —contesté.

—Espero que le ganes a mi hermano —dijo Murik.

—Me vendrá bien un nuevo rival, es aburrido ganaros siempre —dijo Zoria con fingida seriedad.

—No te creas ni la mitad de lo que dice —me advirtió Aleksei.

—Envidioso —le contestó Zoria.

—Ya lo veremos el sábado. Ahora, callaos, que parecéis críos —les regañó Nitca.

—¿Seguirás trabajando cuando empiecen las clases, Babette? —me preguntó Aleksei, desviando de nuevo la conversación a mí.

—Sí. Este mes estoy de prueba, pero si lo paso me harán contrato por un año.

—¿Borak ya te ha visto? —preguntó Zoria.

—Sí... —contesté dudosa. No sabía qué podría tener eso que ver.

—Entonces no tienes que preocuparte, el puesto será tuyo durante el tiempo que quieras —dijo Murik.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Estás demasiado buena —contestó Miki como si fuese obvio.

—El trabajo será mío porque soy buena en lo que hago —repliqué.

—No lo dudo, pero ese es un detalle superfluo —respondió Miki.

—Es cierto, Babette, es imposible que no se fije en ti —dijo Aleksei.

—Yo diría que ya se ha fijado en ella —añadió Venyamin finalizando la conversación sobre Borak, a la que nadie añadió nada más.

Un rato después, me despedí del grupo, ya era hora de volver a casa. Cuando me estaba poniendo la chaqueta sentí la voz de Miki detrás de mí:

—¿Cómo te vas?

—Andando.

—Te llevo —me dijo, situándose a mi lado para caminar conmigo.

La altura de Miki era imponente, aunque teniendo en cuenta que yo medía un metro cincuenta escaso, cualquiera con una estatura que sobrepasara un poco la media me daba dolor de cuello al mirarlo a los ojos. A su altura se unía un cuerpo ancho y musculoso, no una farola larguirucha, un tío con todos los músculos que una pueda imaginar, digno de ser acariciado bajo esa camiseta.

—No es necesario, no vivo lejos.

—Es tarde para ir sola —insistió.

13

Miki

—De acuerdo —me contestó, acompañándome hasta el coche.

No podía apartar los ojos de ella. Desde que había llegado al Baltika había tenido que controlarme para no sacarla de allí y meterla en mi cama. ¿Qué estupidez estaba pensando? Pero las chicas tenían razón, era espectacular. Nunca había visto una chica igual. Su pelo oscuro cayendo todavía húmedo hasta la mitad de su espalda, unos ojos de un verde tan vivo que te atrapaban como un imán, y esos labios tan gruesos que me incitaban a besarla más de lo que había querido con cualquier otra. Tenía un cuerpo espectacular, de piel morena, no demasiado, un tono trigueño. Una cintura estrecha que encajaba a la perfección en sus moldeadas caderas, un culo redondo y respingón, por no hablar de sus pechos, que muy probablemente se acoplarían de manera perfecta en mis manos. Estaba seguro de que eran naturales, y de esos quedaban pocos.

Me llamó la atención que con unos simples vaqueros y una camiseta me pusiera tan cachondo, y me ponía todavía más su manera de hablar. Segura de sí misma, sin miedo a la reacción de un desconocido, a mi mirada seria o a mis comentarios groseros. Encontraba respuesta para todo y, a la vez que me cabreaba, me gustaba. Más de lo que quería admitir.

A diferencia de mi madre, yo no diría que era un ángel, sino un pequeño demonio que me producía dolor de cabeza y de otra parte más baja.

No sabía qué tema de conversación sacar con ella, y eso no solía pasarme. Lo cierto era que no se necesitaba hablar demasiado para tener sexo.

—¿Dónde vives, pequeña?

—Per Krylova, portal dieciocho.

Tras contestarme, encendió la música. Ahora le parecía aburrido, ¡genial!

Cuando decidí llevarla a casa no pensé que sería un viaje tan complicado, al fin y al cabo, era una tía, nada más. Ahí era donde me confundía, no tenía nada que ver con las demás o, de lo contrario, la estaría llevando a cualquier hotel para tirármela, no a su casa.

—¿No te enseñaron que es de mala educación poner música para no escuchar lo que te dicen?

—No creía que tuvieras nada que decir. —Se encogió de hombros como si nada.

—Llevas poco por aquí, ¿verdad?

—Muy poco, llegué el sábado.

—Llegaste y te pusiste a trabajar.

No era una pregunta, pero contestó igualmente:

—El trabajo es la razón por la que he venido tan pronto. Me habría gustado acabar el verano allí —sonó algo triste.

—¿No te gusta esto?

—No se trata de eso. Me gusta, aunque apenas lo he visto.

Si quisieran hipnotizarme, no surgiría tanto efecto como su sonrisa.

—Este es mi edificio. —Sus palabras me sacaron de mi trance hipnótico.

El viaje se me hizo bastante corto, cayendo en la cuenta de que debía haber ido por otro lado para que durase más. ¿Qué coño estaba diciendo? Lo mejor era que se fuese antes de que pensara más gilipolleces. Paré el coche a un lado y la observé detenidamente.

—Gracias, Miki.

—Buenas noches, pequeña.

Me sonrió y salió del coche. Esperé a que entrara en el portal sin poder apartar los ojos de ella y, una vez lo hizo, me marché a casa, conduciendo más rápido de lo normal, necesitaba una copa.

Poco después de llegar, mi hermana se dejó caer en el sofá, a mi lado.

—Hola, Miki.

—¿Qué tal, Lar?

—Eso debería preguntártelo yo.

—¿Por qué?

—Te ha encantado, Miki, no intentes disimular conmigo.

Los dos sabíamos que se refería a Babette.

—Está muy buena —intenté sonar natural, aunque no sabía si lo había conseguido.

—No es solo eso, estabas embobado mirándola.

—Te lo repito: está buena. —Le di un trago a mi copa.

—Ya... —Me miró con una sonrisa burlona—. Buenas noches, hermanito.

Esa noche me quedé dormido pensando en cómo sería el sabor de sus labios, el brillo de sus ojos mientras la hacía mía y el tacto de su piel bajo mis caricias.

Dabria

Salí rápidamente de casa, me había quedado dormida y se me hacía tarde para desayunar con Borak.

—Buenos días —saludé a la chica que estaba en la recepción. Inna debía tener turno de tarde.

—Buenos días, Borak.

Me senté a su lado en una mesa de la cafetería. Dejó el periódico a un lado y me sonrió. Era una alegría que estuviera de mejor humor que la última vez que lo había visto.

—¿Se te han pegado las sábanas?

—Más o menos.

—¿Qué quieres desayunar?

—Un café solo y unas tostadas estaría bien —respondí.

Llamó a una camarera para pedir.

—¿Cómo lo llevas?, ¿estás contenta? —Su tono era amable, resultaba más fácil hablar con él de esa manera, cuando estábamos solos.

—Adaptándome.

—Has hecho alguna amiga, ¿verdad?

—Nitca y Laryssa son muy majas.

—Ya... —dijo más serio—. ¿Has conocido también a los chicos?

—Sí, también. —No me gustó su tono serio—. ¿A qué viene este interrogatorio, Borak?

La camarera llegó con nuestros desayunos, Borak esperó a que se marchase y contestó:

—Solo me preocupo por tus amistades, no deberías juntarte con ellos.

—No te preocupes, sé cuidarme sola. No me gusta que se metan en mi vida. —Imité su tono frío.

—No son de fiar.

—¿Y quién es de fiar, según tú?

—Pues... —No dejé que terminase de hablar.

—Eres mi jefe y, hasta ahora, me has caído en gracia, pero no metas tus narices en mi vida personal.

—No quería molestarte.

—Estoy segura, pero no me vuelvas a decir lo que tengo que hacer. —Mi tono era serio—. No hay cosa que soporte menos.

Empecé a untar una tostada con tomate. No tenía todo el tiempo del mundo para desayunar.

—De acuerdo —aceptó resignado, sumiéndonos en un pequeño silencio incómodo.

—Está buenísimo —dije después de probar mi café, queriendo cambiar de tema lo antes posible.

—Desde luego, ofrecemos lo mejor. —Me sonrió más tranquilo.

Después de nuestra pequeña riña, la conversación fluyó mejor. El Borak frío y mandón se apartó por un tiempo para dejar paso al amable y simpático, que desde luego me gustaba más.

—No puedo creer que no te guste la playa —le dije, continuando con la charla trivial que habíamos comenzado.

—Me pongo demasiado rojo y me agobia tanto calor.

Solté una carcajada ante su respuesta.

—Oh. ¿Qué te gusta, entonces?

—Me encantan los gatos, aunque hasta hace pocos años no pude tener uno.

—¿Y eso?

—Mi madre odia los animales, pero ha dejado de importarme lo que piense. Mientras no ataque a Bica, mi gata.

—No creo que fuese capaz, le acabas tomando cariño.

—Mi madre no le tiene cariño a nadie. —Su mirada se volvió triste.

No creía que Borak fuese la horrible persona que decían los papeles, tanto esos como el grupo de mis nuevos «amigos» se equivocaban. Cada vez estaba más convencida de que se ponía una máscara tapando lo bueno de su persona. No estaba segura, solo era un presentimiento.

Las clases me gustaban y parecía que las alumnas estaban contentas conmigo, lo que me enorgullecía. Siempre había procurado hacer bien mi trabajo, odiaba hacer mal las cosas, cualquiera, y desde luego no podía permitirme hacer mal aquello. Bailar era una pasión desde niña, mi madre y mi abuela se habían encargado de ello, cosa que, ahora más que nunca, les agradecía.

En uno de los descansos de las clases fui a nadar a la piscina. Me encantaba la sensación de sentir mi cuerpo flotando sobre el agua o la presión que ejercía en cada una de mis brazadas, pero mi tranquilidad fue interrumpida por una fría voz.

—¿Dándote un baño, preciosa?

—Sí..., pero ya me tengo que ir.

—¿Tan pronto?

Salí de la piscina y observé cómo Mikola recorrió mi cuerpo con una mirada lasciva.

—Tengo que dar clase dentro de nada —contesté aguantando una mueca de repulsión. De todos los que había conocido hasta el momento, él me intimidaba más que ninguno.

—Es una pena.

—Nos vemos otro día. Pásalo bien. —Fingí una sonrisa y me fui directa a la ducha.

—Hoy te llevaremos al Bol'shoy Yedyat —dijo Laryssa.

—Es un restaurante de comida típica rusa —añadió Galina.

—Te encantará —aseguró Nitca.

Caminamos unos veinte minutos hasta llegar. Las chicas iban comentando que había en cada calle: las mejores discotecas, las tiendas de ropa, los museos... Fue como una visita guiada sin visitar nada, realmente. Galina me trataba con cortesía, pero no llegaba a ser tan amigable como las otras dos.

Un edificio de paredes grises y grandes ventanales nos recibía con el nombre del restaurante que ellas me habían dicho. Al entrar tuve que obligarme a cerrar la boca de forma demasiado brusca antes de que mi mandíbula se cayese al suelo. Atravesamos la gran puerta de madera con anillas plateadas. El suelo estaba cubierto por una gruesa moqueta de un tono gris plomo, el techo pintado pulcramente de blanco y adornado con focos plateados. Las paredes decoradas con cuadros de dioses griegos me llamaron la atención. No era común elegir ese arte fuera de las estatuas de fuentes o figuras para casas de lujo, pero le daba un toque único. Las mesas y sillas alternaban el negro y el blanco. Estaba mirando la barra, de un plateado demasiado brillante para los ojos, cuando Nitca tiró de mi brazo para que las siguiese.

—Es impresionante —opiné.

—Sí, es precioso —concordó Nitca, guiándome.

Nos sentamos en una mesa pegada a unos grandes ventanales. El camarero nos dejó unas cartas y fue a por nuestras bebidas.

—¿Qué te parece? —preguntó Laryssa.

—Su cara lo dice todo, no ha articulado palabra desde que entró —respondió Galina.

—Nunca había visto nada parecido, es impresionante —contesté sin dejar de recorrer el local con la mirada.

—La comida también te encantará —añadió Nitca.

—Cualquier sopa está buenísima, pero mi favorita es la Solianka —comentó Laryssa.

—Si tienes mucha hambre, pide el Stroganoff, está delicioso —sugirió Nitca.

—Eem..., ¿podrías aconsejarme algo que no lleve ningún tipo de carne? Soy vegetariana —aclaré.

—Pues aquí la carne se utiliza en todos nuestros platos, si no, se sustituye por pescado —respondió Galina observando la carta.

—Te adaptaremos uno, no te preocupes —añadió Laryssa.

La cena estaba deliciosa, tenían razón. El restaurante resultó ser de Laryssa. De sus padres, que venía siendo lo mismo. Ella nos invitó a cenar, lo que parecía ser algo habitual, porque cuando quise pagar se molestó. Dijo que cobrarnos en su casa sería de mala educación. Cuando decidimos que era la hora de marcharnos, Nitca dijo que nos recogerían los chicos, era tarde para caminar. Al poco rato de esperar, aparecieron. Miki, Murik y Zoria en un coche, y Venyamin y Aleksei en otro.

—Vente, Babette, nosotros te llevaremos —me ofreció Nitca.

Me subí con ella en el coche. Miki iba al volante, Zoria a su lado y Murik y nosotras dos atrás.

Al rato las calles dejaron de sonarme.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A dejarlos a ellos en casa, luego te llevaré a ti —respondió Miki, mirándome de reojo.

—¿Por qué? Mi casa queda de camino.

—¿Qué más te da? ¿Tienes que ponerle pegas a todo? —preguntó irritado.

—Solo digo... —No me dejó terminar la frase.

—Ellos tienen prisa.

Zoria negó con la cabeza y juraría que se estaba riendo, pero, al ir sentada justo detrás de él, no veía su cara. Nitca rodó los ojos y Murik sonrió y añadió:

—Sí, tenemos mucha prisa. —Su tono delataba diversión y mentira.

De regreso a mi casa volví en el asiento del copiloto. Notaba a Miki fijo en mí, pero no me giré para enfrentarlo, tenía miedo perderme en su intensa y

profunda mirada. Esos ojos tan negros y expresivos, su mandíbula marcada y su porte de «me como el mundo» dejaban claro que estaba dispuesto a ello. Tenía una forma de agarrar el volante que rozaba la línea entre la agresividad y la sutileza. Podía pararme a imaginar tranquilamente para qué servirían esas dos cualidades al acariciar otra... Basta. Solamente me fijé en sus manos, que me encantaban, por cierto. Para ser un tío alto y fuerte no tenía unos dedos demasiado largos, al contrario, podía decirse que tenía unas manos pequeñas; de huesos fuertes y uñas mordidas. Me encantaba esa manía en los tíos, no soportaba la manicura en los hombres. Me gustaba que se mordiesen las uñas, y que tuviesen las manos marcadas de trabajar, me parecía de lo más excitante.

Continué mirando por la ventanilla hasta que su voz me interrumpió:

—¿Babette?

—Dime. —Me giré para no parecer maleducada.

—¿Te ha gustado la comida?

—Lo mejor que he probado desde que llegué, sin duda.

—Es uno de mis restaurantes favoritos.

—Sí, sin duda también, es tuyo. —Me reí y él se rascó la cabeza, devolviéndome la sonrisa.

Era perfecto, simplemente perfecto. Chico malo, hombre imponente y niño tímido en un mismo ser.

—Eso también. ¿Quieres tomar una copa?

Directo al grano, no podía ser de otra forma.

—Prefiero irme a casa. —Lo rechacé. Habría querido mucho más que tomar una copa con él, la verdad.

—Está bien. Cuéntame, ¿qué tal en el gimnasio?

—Me encanta mi trabajo y me pagan más de lo que esperaba.

—Todas las señoras están encantadas contigo.

—¿Por qué lo dices? —Enarqué una ceja.

—Entre ellas están mi tía y mi madre, las he escuchado hablar de su nueva profe.

—Me alegra saber que les gusta. Y a ti, ¿no te gusta bailar?

—No de esa forma. —Sonrió mientras negaba con la cabeza.

—¿De esa forma te refieres a sin estar en una discoteca rodeado de tías, con una copa en la mano y varias en el estómago? —pregunté, alzando ambas cejas.

—No podrías haberlo descrito mejor, pequeña.

Mi respuesta pareció divertirlo.

—Es una lástima. —Hice mi típica mueca de disgusto y miré al frente.

—¿Lástima? ¿Crees qué es una lástima divertirse?

—Por supuesto que no. La lástima es que no te des cuenta de que bailar es más que dos cuerpos restregándose antes de echar un polvo. Obviamente, todos hacemos eso de vez en cuando, pero lo que yo siento al bailar va más allá de lo sexual o físico.

—¿Qué significa para ti? —preguntó más serio. Parecía interesado en mi respuesta, lo que me extrañó.

—Dejar que la música fluya por mis venas sin necesidad de pensar cuál será mi próximo movimiento porque mi cuerpo se adapta perfectamente a la melodía. Bailar es una forma de transmitir algo tan profundo que las palabras no alcanzan.

—¿Cómo lo consigues? —preguntó con su profunda mirada clavada en la mía.

—Dejando que la música me llegue aquí —posé una mano sobre mi corazón—. Así es como consigues que tu cuerpo sea una manifestación de tu alma.

Me maldije por haberme dejado llevar, y no haber controlado las palabras al salir de mi boca. Pero ¿por qué había tenido que preguntarme eso? Era demasiado personal para mí, bailar iba más allá de un simple acto de diversión, me lo habían inculcado desde niña. No, no debía haberlo hecho. Ahora no entendía su expresión y eso me ponía nerviosa. Que no se riera de mí no sabía si era bueno o malo.

—Lo dices como si pudieses transmitir un mensaje.

—Puedes. De hecho, la agente lo hace a diario. Solo necesitas fijarte más. —Le sonreí.

—En ese caso..., me gustaría verte bailar. —Me devolvió la sonrisa, dulce y tierna. ¡Oh Dios! me iba a derretir.

—Puede que algún día.

Cuando me di cuenta, llevábamos parados en la puerta de mi edificio algunos minutos. Miki no parecía tener prisa, pero ya que había rechazado su atractiva oferta, debía dejarlo ir.

—Gracias por traerme otra vez.

Salí del coche. Escuché su puerta cerrarse y sentí su mano agarrar la mía. Me giré despacio. Su cálido roce me provocó una corriente eléctrica por todo

el cuerpo. No pude evitar pensar, otra vez, cómo serían sus caricias en otros sitios. Sacudí esos pensamientos morbosos de mi cabeza y lo miré a los ojos.

—Mañana..., ¿vendrás con ellas también? —Parecía que no era eso lo que quería decir.

—Claro. Por cierto... —me mordí el labio—, siento todo el discurso de antes. Me he dejado llevar.

—No importa, ya me lo compensarás. —Sonrió seductor.

—Buenas noches, Miki. —No pude evitar acercarme a él y darle un beso en la mejilla.

—Buenas noches, pequeña.

Se quedó petrificado por mi repentino acto de cariño. Asustado y asombrado a la vez. Eso hizo que me fuese riendo escaleras arriba.

Miki

Me subí en el coche sintiendo el roce de sus labios sobre mi mejilla. No me lo esperaba, y menos, que un beso tan casto me hiciera sentir tantas cosas. Un fuego recorrió mi pecho al tenerla tan cerca. La calidez y ternura de sus labios necesitaron toda mi fuerza de voluntad para no meterla en el coche y llevarla a mi cama.

¿Me había vuelto idiota?

«Tú no llevas a chicas a tu cama».

Me estaba dejando llevar. Seguramente, cuando me la tirara se me pasaría, ni me acordaría de ella. Aunque sentía que ella era diferente, hasta me había quedado embobado mientras hablaba. Su manera de expresarse, con tanta pasión y sinceridad, no me dejaba apartar la vista de ella.

Entré en casa de mis primos, los gemelos. Tenían que distraerme un poco.

—¿Qué tal, Miki? —saludó Nitca cuando me senté a su lado.

No era extraño encontrármela a ella allí, en verano dormía casi a diario con Murik.

—¿Dónde has llevado a la morena? —preguntó Zoria.

—No la llares así —protestó Nitca mientras le lanzaba un trozo de pan a la cabeza.

—Eiiii —respondió, sacudiéndose el pelo con la mano.

—Contesta, Miki, ¿qué tal? —apuró Murik, rebotando con el pie en el suelo.

—La dejé en casa.

—¿Y antes? —inquirió Zoria.

—No ha querido tomar nada conmigo.

—Lo sabía —dijo Nitca mientras todos se reían.

—Te ha rechazado, no me lo puedo creer. Cada vez me cae mejor —dijo Murik.

—Mañana lo haré yo, para que aprendas cómo se hace —dijo Zoria.

—Ni se te ocurra. Es mía. —Lo fulminé con la mirada.

—Ella no es de nadie —nos regañó Nitca—. ¿Por qué has tardado tanto en llegar, entonces?

—Hemos estado hablando —contesté como si fuera lo más normal.

Mis amigos me miraron como si me nacieran antenas. No solía hablar mucho con las chicas, pero siempre había una primera vez. Babette estaba haciendo que tuviera demasiadas.

—Ah..., hablando —dijo Murik pensativo.

Nitca negó con la cabeza y yo no contesté más a ninguno de sus comentarios, tenía suficiente yo solo para que ellos me metieran más mierda.

—Vamos, Zoria —dije.

Alcohol y mujeres eran la mejor distracción. Haría lo que mejor se me daba: emborracharme y follarme a cualquiera que estuviese buena.

Dabria

—No es solo que esté buenísimo, es su actitud, todo el rebosa sensualidad —dijo Inna.

Estábamos comiendo juntas y habíamos acabado hablando de mis nuevos amigos.

—Sí, lo es.

—Se acuesta con todas las que quiere, no hay una que le diga que no.

—Puedo entender por qué, pero dicen que juega con las mujeres.

—Él no engaña a nadie. No justifico su comportamiento, pero todas saben que solo es sexo.

—Cierto. Yo estoy totalmente a favor de un buen polvo.

Inna rio por mi comentario.

—La que me da pena es Galina, lleva desde el instituto enamorada de él. Debería pasar página, no es bueno aferrarse a un imposible.

—Tienes razón, pero, de todas formas, debe ser muy duro verlo cada día con una diferente y saber que nunca serás una de ellas.

—Sería peor verlo enamorado hasta las trancas y que no fuese de ella —replicó mi compañera.

¡Genial!

Ese era mi deseo más oculto, no quería hacerle daño a Galina; sin embargo, esperaba que él se enamorase pronto de mí.

—¿Tú te has acostado con él?

—No —respondió frunciendo el ceño—, mi relación es más con su primo. Zoria y yo nos lo pasamos bien de vez en cuando.

Sus palabras fueron un alivio. No debía importarme a quién se follara

Miki, pero prefería que Inna y yo no compartiésemos eso.

Estaba con el grupo en el Baltika tomando unas cervezas. Noté a Miki distante, se dirigía a mí lo menos posible y, cuando lo hacía, era para hacer un comentario estúpido. El día anterior había andado dos pasos y aquel retrocedí como los cangrejos, unos cinco.

Su indiferencia me ponía de mal humor, pero lo escondía hablando con Aleksei. Sus ingeniosos comentarios me ayudaban a distraerme y a no pensar en lo que le pasaba al idiota que estaba enfrente de mí, mirándome cuando creía que no lo estaba viendo. Encima, Borak y Mikola entraron con un grupo de amigos. La tarde no podía ir peor.

—Estáis todos —saludó el primero altivamente.

—¿Por qué no os vais lejos de nuestra vista, Borak? —soltó Murik.

—¿Nos vais a obligar? —preguntó Mikola desafiante.

—Shhhh, no venimos a saludaros a vosotros —respondió Borak.

—¿Qué haces con estos idiotas, preciosa? —Mikola fijó su sucia mirada en mí—. Yo te mostraré lo que es un hombre de verdad.

Tierra, trágame. Todas las miradas se posaron de repente en mí.

—¿Qué tal, Borak? —saludé.

Me mordí la lengua para no responderle a Mikola, el ambiente ya estaba bastante caldeado, pero vi cómo Miki apretaba la mandíbula, él no lo iba a dejar pasar.

—Tenéis tres segundos para largaros —respondió Miki serio.

—Me gusta mucho la vista —contestó Mikola, mirándome de arriba abajo descaradamente—. Aunque si la hermosura se viene conmigo, encantado.

Miki se puso de pie. Tenía miedo de que acabaran a golpes, así que hice lo mismo.

Miki

Había intentado toda la tarde no dirigirme a ella. Antes de salir de casa me había propuesto que su presencia no me afectaría, pero Borak y Mikola estaban dispuestos a joderme el día. La forma en la que miraban a Babette, sobre todo el último, hizo saltar una alarma en mi interior. Me levanté sin pensar lo que estaba haciendo. Lo único que quería era partirle la cara.

Mis amigos esperaban sentados, pero sabía que estaban tan alerta como yo.

Babette se levantó y se puso en medio. Fijé la mirada en ella.

—No vale la pena —susurró.

El intenso verde de sus ojos me hipnotizó. Me agarró la mano y, otra vez, sentí cómo esa corriente eléctrica me recorría el cuerpo.

—Vámonos de aquí —le pedí entrelacé mi mano con la suya, y salimos del local.

Me encantaba sentir el tacto de su piel. No quería soltarla, era adictivo. Mi intento de evitarla se fue al trasto con un simple roce. Estaba enfadado, pero con ella, por despertar en mí sentimientos que no podía controlar, por hablar con Borak, por sonreírle...

Ya en el coche, le pregunté:

—¿Por qué hablas con él?, ¿también quedas con él?

—¿Perdona?

—Ya me has escuchado. Borak es un imbécil, por no nombrar al segundo, y tú...

—Lo que ha pasado dentro no ha sido mi culpa. Que os lleváis como el perro y el gato no es un secreto, así que no quieras cargarme el muerto a mí —contestó enfadada.

No desvié la vista de la carretera, pero noté su intensa mirada clavada en mí. No la podía culpar, tenía razón, nuestro odio no era reciente, pero crecía al pensar que pasaba tiempo con ella.

Babette miraba por la ventana. Su rostro estaba fijo en algún punto en la oscuridad.

—Lo siento —me disculpé.

No se molestó en contestarme, asintió y siguió con los ojos fijos en la ventanilla. ¿Qué coño estaría pensando?

—¿No quieres poner música, pequeña? —le pregunté para aliviar la tensión.

—No quiero parecer maleducada.

—Pon lo que quieras, anda.

Buscó en el reproductor.

—¿Chopin? —Enarcó una ceja, sorprendida.

—¿Por qué tanto asombro? Me relaja.

—Uum. Me encanta.

Subió el volumen y cerró los ojos.

Me obligué, de nuevo, a fijar la vista en la carretera.

—¿Vendrás mañana? —pregunté parando el coche al lado de su edificio.

—¿Adónde?

—A mi casa, a jugar al billar.

—Por supuesto, iré con las chicas al salir del gimnasio.

Solo de recordar que pasaba la mayor parte del día allí, cerca de Borak, me hacía ponerme malo.

—Buenas noches, pequeña.

—Hasta mañana, Miki —se despidió saliendo del coche.

Llamé a Murik, que contestó al segundo pitido.

—¿Miki?

—¿Dónde estáis?

—Acabamos de llegar a casa.

—Bien, nos vemos mañana.

Entré en casa. Laryssa y Venyamin estaban sentados en el sofá comiendo palomitas.

—¿Ves una peli con nosotros? —preguntó mi hermana.

—No, me voy a dormir —contesté molesto.

No podía dejar de pensar en ella, ¡maldita fuera!

Me lavé la cara con agua fría para despejar la cabeza. Pensaba demasiadas tonterías últimamente.

Dabria

Nitca, Laryssa y Galina me esperaban en la sala mientras me cambiaba de ropa. Me puse unos vaqueros negros apretados y un *top* blanco de encaje. Agradecía ser joven y tener el pecho todavía en su sitio, ya que con aquella prenda no podía llevar sujetador; se ataba al cuello, tenía un escote hasta el medio del canalillo y se abrochaba con una lazada en mitad de la espalda. Laura lo eligió por mí, estaría encantada de vérmelo puesto tan pronto. Me calcé unas sandalias vaqueras de unos doce centímetros de plataforma, los tacones ya no eran un problema, mi querida amiga me había obligado a usarlos todo el verano. «Hasta que sean una prolongación de tus pies», decía constantemente. Cogí la chaqueta vaquera para cubrirme por el fresco de la noche y decidí pasar del maquillaje, por lo tanto, estaba lista.

Las chicas también se arreglaron, no demasiado, pero más de lo habitual. Los planes para aquella noche no eran fijos por lo que íbamos bien, tanto para la discoteca como para quedarnos jugando al billar. Algo intermedio. Bueno, mi *top* era más provocativo que intermedio, pero quería que el trapito hiciese su función.

—Al fin llegáis —dijo Murik cuando entramos en el salón.

—Hola, chicas —saludó Aleksei alegre.

La casa no podía ser de otra manera, una espectacular mansión, completamente de piedra con grandes ventanas chocolate, rodeada de una enorme finca con un gran muro de piedra. Por dentro estaba pintada en tonos beis que combinaban con el oscuro de la madera del suelo. Me impresionó que, pese a ser tan perfecta, rebosaba la calidez de un hogar de verdad. Era palpable en cada rincón. Las paredes estaban decoradas con fotos familiares. Niños soplando las velas, jugando en la playa o abriendo regalos.

—Hola —saludé, sentándome al lado de Galina.

—¿Dónde está el resto? —preguntó Nitca sentándose al lado de Murik.

—Abajo, jugando con las espadas —respondió Aleksei.

—Esgrima —me aclaró Galina.

—¿Esgrima?, ¿en serio? —No pude evitar mostrar la emoción.

—Sí, ¿te gusta?

—¡Oh! ¡Me encanta! ¿Hay tiempo para un pequeño combate? —casi rogué. Era uno de mis deportes favoritos. Saber que abajo ellos estaban practicándolo y que yo estaba allí sentada, me ponía mala.

—Eres una caja llena de sorpresas, Babette.

Sonreí ante el comentario de Murik.

—Ven, te llevaré abajo —se ofreció Laryssa.

—¡Suerte! —gritaron Aleksei y Nitca cuando nos alejamos.

Bajamos las escaleras y seguí a Laryssa hasta la puerta del fondo. Al abrir, dos chicos aparecieron combatiendo ante nosotros. Me emocioné como una niña pequeña al saber que sería la siguiente. Me hubiese puesto a dar palmadas si hubiera tenido la certeza de que no me tacharían de loca.

—Hola, chicas —saludó Zoria, que estaba sentado en un banco mirando el combate.

—¡Ya vamos! —gritó Venyamin.

—¡Babette quiere luchar! —gritó Laryssa lo suficientemente alto para que la escuchasen.

Los dos se pararon en seco y se quitaron las caretas. Zoria me miraba sorprendido.

—¿Cómo? —preguntó Miki.

—Puedes pelear contra Miki, ya he tenido bastante por hoy —se ofreció Venyamin acercándose a Laryssa para darle un beso.

—Genial —respondí impaciente.

Me acerqué a Miki, que aún parecía sorprendido.

—¡Os esperamos arriba! —gritó Laryssa.

—Pasadlo bien —añadió Venyamin.

—Yo me quedaré a mirar un rato —se recostó en el banco y cruzó los brazos sobre el pecho—, será interesante.

Al parecer a Zoria le divertía la situación, porque no dejaba de sonreír.

—Ven —dijo Miki—. Puedes cambiarte aquí, la ropa de mi hermana te servirá.

—No tardaré —contesté quitándome la chaqueta.

Me miró fijamente y tragó con fuerza. Le gustaba lo que veía.

—Te espero fuera. —Se alejó tan rápido que casi se llevó el biombo por delante.

No tardé mucho en cambiarme, estaba tan familiarizada con el traje como con mi pijama. Al salir, miré a Miki fijamente y, mientras me colocaba la

careta, le dije:

—Cuando quieras.

Miki

No me podía creer que quisiera un combate, que fuese a luchar contra ella. Cada vez me sorprendía más. No creía que supiese pelear bien; seguramente habría dado alguna clase para principiantes. No sería duro con ella, no le quería hacer daño.

—¿Estás segura?

—¿Dudas de mis habilidades, Mikhail?

—Tendré cuidado de no lastimarte. —Sonreí, pese a que no podía verme debajo de la máscara.

—Ten cuidado de no lastimarte tú.

¿Cómo podía estar tan *sexy* con ese puto traje? Solo a ella le podría quedar así de bien. ¡Increíble!

—Atiende, Miki —me advirtió atacándome con la espada, sin casi darme tiempo a pararla.

Empezamos a combatir, pero no puse empeño en derribarla, era demasiado pequeña y bonita.

—No soy una muñeca que puedas romper, Miki, y no me gusta que me dejen ganar —sonaba enfadada.

Su siguiente golpe tiró mi espada al suelo. Parecía que iba en serio y a mí no me gustaba perder, así que la recogí y empecé a jugar de verdad.

Su postura era perfecta, con movimientos rápidos y precisos. Era mucho más buena de lo que había pensado en un principio. Mi siguiente movimiento la desarmó, pero en su contrataque acabé con su espada en mi cuello.

—Muy rápida —observó Zoria.

—Sorprendido, ¿eh?

—Lo cierto es que mucho —reconoció mientras se levantaba—. Os dejo, chicos. Acaba con él, Babette.

La primera vez que no la llamaba «morena». Se había ganado su respeto. La chica que más rápido lo había conseguido, sin contar a nuestro grupo. Al parecer, a mí no era al único al que le afectaba nuestra nueva amiga.

Volví a centrarme. Babette no me ganaría el combate, nadie, aparte de mis amigos, conseguía hacerlo y ella no sería la excepción en aquello también.

Cuando realizó el siguiente movimiento, fui más rápido que ella y mi

espada acabó bajo su cuello, la primera vez. Era frustrante, la había desarmado dos veces y había llegado a su cuello una, solo una.

—Estate atenta, pequeña —la provoqué.

Demasiado rápido y sin entender cómo, acabé con su espada en mi cuello por segunda vez.

—Nunca bajas la guardia —dijo quitándose la careta y dando por finalizado el combate.

Yo también me quité la mía.

—Ha estado bien —le dije.

—¿Que ha estado bien?! ¡Me merezco que te arrodilles ante mí y me supliques piedad!

—¿Cómo? —pregunté confuso.

—Creías que no sabría ni como coger la espada —me acusó.

—Eres buena, me equivoqué —admití con resignación.

—Mejor que tú, de hecho.

—Repetiremos otro día, hoy no me esperaba...

—No te esperabas que una chica pudiese ganarte. Lo sé, Miki. —Se sacudió el pelo para deshacerse la coleta.

Tragué con fuerza y me removí inquieto, intentando frenar mi creciente erección.

—Nunca me ha ganado ninguna, menos una tan pequeña como tú.

—Yo no soy como las demás. —Me dio un cachete con la espada.

—Créeme, me estoy dando cuenta.

Lo decía en serio. Ella era... especial.

—¿Quieres ir primero o voy yo? —le pregunté cuando entramos en mi habitación.

—Iré yo.

—Esa puerta —dije, señalándole la del baño.

Babette dejó la chaqueta sobre mi cama y los zapatos enfrente y entró.

Podía haberla llevado a una habitación de invitados y dejar que se duchase ahí, pero quería tenerla cerca, me gustaba. Me gustaba y me frustraba a la vez, puesto que sabía que estaba desnuda, a pocos pasos de mí, sin poder tocarla.

Salí a la terraza a tomar un poco el fresco. Me vendría bien para ayudar a mi mente a no pensar idioteces.

«Me gusta».

«Solo será un buen polvo», debatí interiormente.

—¡Miki!

Su voz me sacó de mis pensamientos.

Entré en la habitación con rapidez, pero cuando la vi me detuve. Tenía miedo de que, si me movía, fuera para cogerla en brazos, tirarla sobre la cama y... Sacudí la cabeza al notar crecer de nuevo mi erección.

—¿Miki?

Estaba en la puerta del baño con tan solo una toalla cubriéndole su pequeño y perfecto cuerpo, el pelo mojado callándole por la cara y los hombros y consiguiendo que las húmedas gotas aún resbalaran por su cuerpo. Una imagen demasiado excitante, y yo no era de piedra.

Alcé mi mirada, pero fue una mala idea, estaba mordiéndose el labio inferior por uno de los laterales de una manera tan sensual que pensé seriamente si volver a salir a la terraza para comprobar si había sido mi imaginación jugándome una mala pasada.

—¿Sí? —Mi voz sonó más ronca, por la excitación que, estaba seguro, ella notaba en mi cuerpo.

—Necesito que me prestes unos calzoncillos.

Era mi turno de enfadar al pequeño diablillo que tenía en la habitación.

—¿Calzoncillos? —Enarqué una ceja, acercándome a ella, intentando no soltar una carcajada.

—Vamos, Miki, no puedo ponerme mis bragas, están sudadas. —Sonó algo molesta.

—¿Color? —pregunté acercándome con calma al armario.

—Es suficientemente bochornoso estar semidesnuda pidiéndote unos calzoncillos para que me importe el color. —Levantó la voz e hizo una mueca, arrugando los labios hasta juntarlos con la nariz. Me encantaba.

¡Lo había conseguido! Se había enfadado. Que se jodiera, por hacer que me pusiera duro como una piedra. La culpa era suya por salir así del baño, podía haberme gritado desde dentro.

—Aquí tienes —dije, tendiéndole unos bóxers negros.

Me los arrancó de la mano sin dejar de sujetarse la toalla contra pecho. Entró al baño y cerró de un portazo.

—¡Puedes dejar la ropa sucia en la cesta! —le grité, y comencé a reírme de la situación.

Me encantaría ver cómo le quedaban mis bóxers, solo mis bóxers. Imaginarla con ellos puestos hacía que mi erección volviera a crecer. ¿Qué

coño me pasaba? No la había tocado, y ni siquiera la había visto desnuda. No solía ponerme cachondo tan rápido.

—Puedes pasar. —Salió secándose el pelo con una toalla.

Me metí en el baño sin perder tiempo. Debería estar prohibida tanta belleza en una sola mujer.

«¡¿Es que no tiene un puto defecto?!».

Abrí el grifo de agua fría para que me calmase, pero saber que había estado justo donde yo estaba ahora, completamente desnuda, dejando correr el agua por su cuerpo, hacía que hasta quisiera ser agua. Pero ¿ser agua? Tenía que acostarme con ella antes de que me volviera completamente majara.

Me froté bruscamente la cabeza para alejar esos pensamientos típicos de un loco de manicomio.

Dabria

Dejé la toalla en el suelo y me dirigí rápidamente a mi bolso, de donde saqué un micro. Agradecí a los genios de la tecnología que hubieran inventado algo tan pequeño y tan efectivo, así podría colocarlo en cualquier lugar. Eché un vistazo por la habitación y me detuve en el cuadro que había encima de la cama de Miki, un lugar seguro y fácil. Quité el cuadro, desmonté la parte trasera y puse el pequeño dispositivo en una esquina de la parte baja, pegado al marco de madera, no a la foto, así no se notaría. Lo recompuse comprobando que todo quedaba en su sitio y lo colgué donde estaba.

Todos los micros estaban conectados directamente a mi ordenador. Si necesitaba que escuchasen algo, yo misma le pasaría la grabación o los conectaría con mi equipo. Después, salí a la terraza a esperarlo.

No tardé mucho en sentir su presencia a mi lado antes de verlo. Sus pisadas acercándose, su olor impregnando mis sentidos, dulce y seco, fresco y húmedo. Se apoyó en la barandilla y me observó.

—Es precioso —dijo al cabo de unos segundos.

—Lo es —contesté a pesar de que no era una pregunta y de que él lo había dicho mirándome a mí, sin molestarse en saber qué era lo que yo observaba.

—Vamos, llevan un rato esperándonos. —Me di la vuelta para entrar en su habitación y aumentar la distancia entre ambos.

Era guapísimo. Tenía las facciones muy definidas, uno de esos rostros con los rasgos tan marcados que no puedes apartar la vista de ellos por ser tan jodidamente perfectos, tan jodidamente atractivos.

—No ha sido por mi culpa —contestó, encogiéndose de hombros.

Salimos de la habitación y un gran perro blanco se acercó corriendo hacia nosotros, pero Miki hizo que se detuviese a pocos pasos antes de llegar.

—Es Zeus, no te hará daño.

—Es un dogo argentino, Miki, no un león. —Rodé mis ojos—. Deja que se acerque.

—Ay, ay, ay. —Suspiró—. Ven, Zeus.

El perro se acercó a nosotros y Miki lo acarició con cariño, este, por su parte, no dejaba de lamerle las manos. Me agaché a su lado y coloqué mi mano cerca de Zeus para que pudiera olerme. Cuando me dio suaves golpes con el hocico, lo acaricié.

Miki sonrió, parecía contento. Me gustaba compartir aquel momento con él. ¿Momento? ¿Acariciar a su perro? Me había puesto sentimental por culpa del chucho, nada más.

«Es trabajo. Es trabajo. Es trabajo. Es trabajo».

—Parece que a Zeus también le gustas —dijo Miki levantándose.

«¿También? ¿Le gusto acaso a él?».

Me levanté y no comenté nada al respecto, me limité a seguirlo escaleras abajo con Zeus pisándonos los talones.

—Veo que has conocido a la fiera —dijo Murik al ver al sabueso babeando detrás de mí.

—Y parece que le gustas —añadió Zoria.

—Ya te puedes considerar una más, Zeus no acepta a cualquiera —dijo Laryssa.

Miki se sentó en un sillón junto a Venyamin y yo hice lo mismo, pero a su lado.

—Hemos encargado *pizzas* —dijo Aleksei—. No creo que tarden en llegar.

—Me muero de hambre —dijo Miki.

—¿Cómo quedó el combate? —preguntó Zoria.

Antes de que pudiésemos contestar alguno de los dos, el timbre sonó.

—Ya voy yo —dijo Aleksei levantándose del sofá.

—Le he dado una paliza. —Miré a Miki de reojo.

—No cantes victoria, pequeña —respondió el aludido.

—¿Te ha ganado? —preguntó Murik.

—Sí, pero...

—No me lo puedo creer, habría que verte la cara —dijo Venyamin haciendo sitio en la mesa para que Aleksei dejase las cajas.

—Alguien tenía que enseñarle a no subestimar a una mujer. —Cogí un trozo de *pizza* de berenjena.

La comida no tardó en desaparecer, todos teníamos mucha hambre, en especial los chicos; comían demasiado deprisa. No me consideraba de las lentas, pero solía masticar para no atragantarme.

Unas horas más tarde, estábamos preparándonos para jugar al billar.

—¿Quién empieza? —preguntó Zoria, preparando las bolas en el triángulo.

—Empezaremos Babette y yo —sugirió Galina—. ¿Te parece?

Me extrañó que me eligiese de pareja, pero lo prefería, no necesitaba que me odiase antes de tiempo.

—Por supuesto. ¿Quiénes serán nuestros adversarios?

—Nosotros —dijo Aleksei señalando a Venyamin y a él alternativamente.

—Haz el honor, Babette, a ver qué tal. —Venyamin me tendió un palo.

Saqué con un golpe fuerte y seco, consiguiendo meter una bola de color por uno de los agujeros. Volví a tirar, pero no tuve tanta suerte. No era buena en eso, más bien tirando a mediocre.

Aleksei metió sin problema una bola de dos colores. Galina y Venyamin también lograron encajar algunas. Todos jugaban bien, se notaba que lo hacían habitualmente y, aunque mi técnica no era tan profesional, acabamos ganando la partida gracias a Galina.

—Nosotros somos los siguientes. —Zoria tiró de Miki para que se levantara.

—No ganarás esta vez, pequeña —me dijo al pasar por mi lado, rozando su cuerpo contra el mío.

Ese pequeño contacto hizo que me recorriera un escalofrío de placer.

—No os olvidéis de beber los chupitos —les dije a Aleksei y a Venyamin, señalando los pequeños vasos llenos de un líquido transparente que Nitca estaba colocando sobre la barra.

Al final resultó que era cierto que Zoria era el mejor jugando al billar. No podía decirse que los demás fuesen malos, pero solo Laryssa consiguió ganarle jugando de forma individual.

—¿Veis? Soy el mejor —dijo Zoria altivo.

—No te olvides de los chupitos —me susurró Miki en el oído, provocándome otro escalofrío de placer.

Ma separé de su cuerpo de forma algo brusca. Sentirlo tan cerca solo hacía que quisiera hacerlo todavía más.

Era perfecto, simplemente perfecto. ¿Cuántas veces lo había dicho ya?

Me fui directa a por el chupito que me ofrecía Aleksei, dejándolo con una sonrisa de satisfacción en la cara.

Acabamos jugando al Sing Star cuando el alcohol empezó a hacer que la puntería nos fallase. Cantábamos a pleno pulmón, lo hacíamos de pena, cada uno diciendo lo que mejor le sonaba, sin acertar la letra. Unos leían lo de antes, otros lo que tocaba luego y otros preferían ahorrarse el trabajo y no leer nada.

Eran las cuatro de la madrugada cuando escuché la voz de Aleksei informando de que se iba.

—¿Puedes dejarme en casa de camino? —le pregunté.

—Puedes quedarte a dormir si quieres —me ofreció Laryssa.

Miki me observaba desde el sofá con una mirada cargada de deseo, pero sin articular palabra. Se había pasado toda la noche haciendo lo mismo: observándome y rozándome cuando tenía oportunidad. No podía dormir en la misma casa que él sabiendo que no estaba en su cama. Quería hacerlo, y el alcohol solo me hacía desearlo más, así que lo mejor era marcharme.

—Lo mejor es que me vaya. Otro día me quedaré. —Fijé la mirada en Miki y me mordí el labio de manera sensual.

Salí de la casa con su mirada de deseo grabada en mi cabeza, después me monté En el coche y no me permití mirar atrás.

«Has hecho bien, Dab».

«Si te quedaras, ahora estarías debajo de su cuerpo».

«Solo es trabajo».

«También se puede disfrutar del trabajo».

Mierda, no quería pensar más en él.

16

Al día siguiente salí con Inna de fiesta. Nitca me había llamado por la tarde para avisarme de que tendrían que pasar unos días fuera. Los abuelos de Miki, Laryssa y los gemelos querían que los visitasen antes de empezar las clases.

Inna me gustaba, tanto como compañera de trabajo como de fiesta. Salimos con tres de sus amigas, nos emborrachamos y acabamos bailando en el Atenea, una de las discotecas de los Korsakov.

—Ese tío no para de mirarte —me dijo una de las chicas.

—Está bueno, ¿por qué no? —respondí pensativa.

Ella se rio y chocó su copa con la mía para animarme.

Levanté mi vaso hacia el chico y le guiñé un ojo. Él no dudó en acercarse.

—¿Qué tal, muñeca?

—Ahora mejor —coquetteé. Después me pegué más a él y empecé a moverme.

Pasé una de mis manos por detrás de su cuello, en la otra aún sostenía la copa. No tardó en hacer lo mismo, agarrándome por las caderas.

Llevábamos bailando poco rato cuando su boca buscó la mía. Tres horas más tarde, me encontraba en su cama. Miré al chico que dormía a mi lado con una sonrisa.

«Me has hecho pasar un buen rato», pensé.

Esperaba que aquello sirviera para aliviar la tensión sexual a la que me veía sometida, no creía poder permitirme muchos desahogos como aquel. Me di la vuelta y cerré los ojos. Esa noche soñé, cómo no, con unos ojos oscuros como la noche mirándome con deseo.

Durante la semana pasé la mayor parte del tiempo con Inna y Borak, que cada vez me caía mejor. Cuando estábamos solos era encantador, pero cuando había alguien con nosotros parecía otra persona, por eso me sorprendió la petición que me hizo el miércoles:

—Mañana tenemos una cena en mi casa, me gustaría que me acompañaras.

—¿Yo?

No sabía que decir, era una buena oportunidad, pero...

—Claro, eres mi amiga. Te recogeré en tu casa sobre las ocho y media, ¿te da tiempo?

—¿Me tengo que arreglar demasiado?

—No. Estaremos mi familia y unos amigos nada más.

—Quizás a tu familia no le guste que, a una cena íntima, lleves a alguien ajeno.

—Por eso no te preocupes, no le importará.

—Está bien, entonces. Si tú quieres, estaré allí.

—Serás con la única persona con quien de verdad esté a gusto.

—Gracias, supongo.

—Me caes bien —Se encogió de hombros y elevó ambas cejas—. Hacemos un buen equipo juntos.

Decidí ponerme un vestido corto de color verde, de tirantes anchos y pegado al cuerpo. Sencillo, formal y bonito. Me calcé unas sandalias negras con bastante tacón y una cartera a juego, odiaba estos bolsos donde solo te cabían las llaves y el móvil.

Borak no tardó en llegar.

—Estás preciosa —me halagó con una sonrisa al verme.

—Gracias. —Le devolví la sonrisa.

Después de unos quince minutos de camino, llegamos a una gran mansión blanca con tejado de pizarra, rodeada por un gran muro blanco con rejas negras. Estaba decorada con un gusto exquisito, todo detalle milimetrado. Quizá aquello era lo que la hacía tan fría. Parecía más un museo que un hogar. No podía negar que la casa era preciosa, pero le faltaba la calidez de la mansión Korsakov.

Sentí pena al pensar que Borak tuvo que crecer en un hogar donde lo importante era la apariencia.

—Ven, te presentaré —dijo, guiándome al salón.

Al entrar, las diez personas que se encontraban en él se quedaron mirándome. Agradecí que Borak pusiese su brazo sobre mi cintura, gesto que podía mal interpretarse, pero que me ayudaba a controlar los nervios.

—Ella es Babette Lévesque —me presentó—. Mis padres, Dusan e Idania. —Señaló al matrimonio que estaba sentado en uno de los sofás cerca de la ventana—. Ellas son mis hermanas: Dannika, Olena y Daria. Seguramente las hayas visto por el gimnasio, aunque suelen escaquearse mucho en verano.

—¿Qué tal, preciosa? Ella es Anesha —dijo Mikola, señalando a su acompañante.

—Encantada.

—Él es el hermano de Mikola, Vasyl; y ella su mujer, Vica —terminó Borak.

Saludé con la cabeza en su dirección. El padre de Borak fue el único que se levantó para tenderme la mano.

—Es un placer.

—El gusto es mío, señor Kostka —respondí.

Borak me ofreció una copa y nos sentamos con los demás. Sus hermanas no pararon de hacerme preguntas.

—¿Te gusta Rusia?

—¿Qué estudias?

—¿De dónde eres?

Contesté sin prisa a las preguntas de siempre. Borak parecía feliz, tenía miedo de que se comportara como un capullo otra vez, pero por el momento estaba siendo amable. Debió influir que nosotros nos quedáramos con sus hermanas, algo apartados de sus padres y del resto.

Al poco rato, una de las sirvientas entró para anunciar que la cena estaba lista. Pasamos al comedor y agradecí ver ensalada encima de la mesa.

—¿Estás segura de que no quieres probar el pollo? —insistió Dusan.

—De verdad, gracias.

—Deberías, está muy bueno —dijo Borak partiendo un pedazo y metiéndoselo en la boca.

Él sabía mis tendencias alimenticias, pero insistía en que todo lo que llevaba carne estaba más bueno que lo que no.

Al terminar el postre, nos retiramos al salón.

—¿Una copa, Babette? —me ofreció Idania.

—Claro.

—Es uno de los mejores vodkas del país. —Me tendió un vaso lleno hasta menos de la mitad de un líquido transparente—. Te encantará.

Me lo bebí tranquilamente mientras hablábamos de trivialidades, aunque mi mente estaba en otro lugar, esperando el momento oportuno. Cuando creí que había llegado, me disculpé para ir al baño un momento. Agarré mi bolso y salí, tenía que encontrar la forma de poner un micro.

Caminé decidida por el pasillo que me había indicado Borak. El baño quedaba a mi derecha, pero continué un poco más al ver una puerta abierta. Entré despacio, por si había alguien, aunque todos se había quedado en el salón.

Vía libre. Perfecto.

Debía ser el despacho de Dussan. Abrí rápidamente mi bolso y me dirigí hacia la mesa pensando cuál sería el mejor sitio para colocar el pequeño dispositivo sin que me llevase mucho tiempo. Me metí debajo de la mesa y pegué el chip a un saliente de madera que había en la parte superior izquierda. Observé un rato y moví la mesa para comprobar que no se veía ni se caía.

«Perfecto», pensé levantándome y saliendo de la habitación.

Ni dos semanas allí y ya había colocado dos micros, la misión no iba mal. Sonreí orgullosa para mis adentros, mientras volvía al salón.

—¿Te dedicarás toda la vida a bailar? —me preguntó Idania con desprecio.

—No. De hecho, creo que pronto me dedicaré a otra cosa.

—Babette está haciendo la tesis, estudió traducción e interpretación — aclaró Borak.

—Pues date prisa, las bailarinas solo gustan cuando son jóvenes y de carnes prietas, eso no dura toda la vida —dijo Idania.

—¡Mamá! —regañó Borak.

—He dicho lo que todos piensan, ¿o es que acaso a ti te importa otra cosa?

—Descuide, señora, tendré un trabajo estupendo al acabar mis estudios — me apuré en responder.

—¿Estás viviendo sola, Babette? —preguntó Dusan.

—Sí, he alquilado un apartamento cerca del gimnasio.

—No creo que te cueste hacer amigos aquí —comentó Vasyl.

—Lo cierto es que Babette ya los ha hecho, bastante buenos —soltó Mikola.

—¿Sí? ¿Quiénes son? —preguntó Vica.

—Los Korsakov —respondió Mikola sonriendo mientras Borak emitía un gruñido casi inaudible.

—También has llamado su atención, cómo no —respondió Idania cínicamente—. Tu belleza es poco usual, no hay muchas muchachas de color tan bonitas como tú por aquí.

—Miki es guapísimo, ¿verdad? —me preguntó Daria.

Agradecí el cambio de tema, no sabría qué responder a lo anterior. Por suerte, tampoco me permitieron contestar a aquello, pues Idania intervino, regañándole con voz fría:

—No digas estupideces, Borak es diez veces más guapo.

Borak emitió un pequeño suspiro.

De eso se trataba, estaba segura de que, desde que era un niño no habían dejado de compararlo. Preparándolo y regañándole para que fuera mejor que Miki. No quería pensar cuán horrible debía ser vivir bajo la sombra de alguien por culpa de tus propios padres. No poder ser tú mismo, siempre actuando bajo las influencias de los demás.

Borak me dejó en casa cerca de las doce de la noche.

—Gracias por invitarme.

—Espero que te lo hayas pasado bien.

—Desde luego.

—Entonces podré invitarte otro día —respondió con una dulce sonrisa—. Haces que se me pase el tiempo más rápido.

—Me alegra haberte servido de ayuda —lo dije sinceramente—. Buenas noches.

—Hasta mañana, Babette.

El jueves me sorprendió ver a Laryssa entrar a clase sola, pero hasta el final no pude hablar con ella. Me pidió que, como siempre, la esperara en la puerta al terminar y juntas nos fuimos al Baltika.

Ya sentadas allí, le pregunté:

—¿Cómo es que has venido tú sola?

—Nitca ha quedado con el resto en la playa y Galina está con su familia. Yo he venido con Venyamin. Mañana es el cumpleaños de una prima suya y hacen una cena familiar.

—Ah —dije dándole un trago a mi cerveza.

—Así podemos llevarte con nosotros de vuelta —añadió muy alegre.

—¿Llevarme? ¿Adónde?

—Dan un fin de semana de calor, seguramente el más caluroso de lo que queda del verano, siempre solemos aprovecharlo en la playa.

—Eso sería fantástico. Adoro la playa.

—¿Entonces es un sí?

—Por supuesto.

—Te recogeremos el sábado sobre las nueve, no queremos llegar más tarde de las once.

Miki

Estaba deseando llegar, pero los abuelos se habían empeñado en que pasásemos con ellos el jueves también. Así que no podía perder el tiempo, era el último fin de semana del verano y quería aprovecharlo.

Durante toda la semana no había podido parar de pensar en ella. Babette. La recordaba más que a las ganas de comer, por eso necesitaba aquello: mujeres y alcohol para olvidarme de la pequeña.

—Vamos, Miki —dijo Zoria—. ¡Mira qué morena!

¿Por qué tenía que decir eso? ¿Morena? Me fijé en la chica y me llevé una desilusión. No tenía nada que ver con ella, aunque la culpa era culpa mía por buscar a la pequeña diablesa en todas las chicas morenas que había en la playa. No tenía sentido pensar que podía encontrar a una igual, pero inconscientemente la comparaba con todas.

Recordé la última vez que la había visto, en mi casa. Tuve que pasarme una hora sentado agarrado a la silla para no levantarme y arrastrarla hasta mi habitación. Me había pasado la noche recorriendo su cuerpo. Saber que llevaba puestos mis bóxers me había vuelto loco, si a eso le sumábamos el maldito *top* de encaje blanco. Una bomba directa a mi entrepierna.

—Yo prefiero a la rubia —dije finalmente, siguiendo a Zoria.

—Vamos, Miki —me llamó Nitca desde la toalla mucho rato después—. Empieza a hacer frío.

La rubia que jugaba en mi equipo no paraba de mirarme. Seguramente la vería por la noche para jugar a otra cosa distinta al voleibol. Caería de la misma manera que lo hacían todas: una copa, un beso, un polvo, y después no volvería a verla. Esa era mi manera de divertirme.

Serían tres días perfectos: playa, alcohol y mujeres. Muchas mujeres. Rubias, a ser posible, rubias.

—¡Ya vamos! —grité, viendo cómo empezaba a recoger las cosas—. ¿Nos vemos esta noche, guapa? —pregunté acercándome a la rubia.

—Claro. Me llamo Tiana —dijo sonriéndome.

—Sobre las doce estaremos en Neptuno. Mi nombre es Miki.

—Lo sé.

Sonreí.

—¡Vamos, Zoria! —le grité al ver que no se separaba de la morena. Este soltó a la chica y se acercó a nosotros, después miró a Murik y le dijo:

—No sabes lo que te pierdes, hermanito.

—No empieces —soltó Nitca.

Zoria, Aleksei y yo éramos los solteros del grupo. Nos gustaba disfrutar de otra manera, según ellos porque aún no habíamos conocido a la chica perfecta para nosotros, ni queríamos. Nos gustaba nuestra vida de mujeriegos, no teníamos prisa por que se acabase. Aleksei iba más a lo callado, Zoria era demasiado escandaloso y yo simplemente tomaba lo que quería.

Estábamos cenando en la sala cuando el teléfono de Nitca comenzó a sonar.

—Dime, Laryssa. —Hizo una pausa—. Eso es genial. ¿Sobre qué hora llegaréis? Perfecto, estaremos en la playa. —Parecía contenta por lo que fuera que le estuvieran diciendo al otro lado—. Pasarlo bien en la cena. Un beso. —Y colgó—. ¿A qué no sabéis quién vendrá mañana con ellos? —preguntó emocionada.

—¿Quién? ¿Está buena? —preguntó Zoria.

—Ya lo creo. —Nitca empezó a reírse, después respondió—: Babette.

Genial. Todos mis intentos por no pensar en ella se fueron al traste por una puta llamada. No quería pensar cómo sería el día siguiente cuando la tuviese cerca.

—Desde luego, está más que buena. Mañana la veré en... —empezó Zoria, pero le di un cate para que se callase.

—¿A qué hora llegan? —preguntó Aleksei.

—Sobre las once —contestó Nitca.

Los días no iban a ser tan maravillosos como esperaba. Podrían ser mejores si la pequeña..., pero lo dudaba. Solo de pensar en ella en bikini se me hacía la boca agua, pero su carácter me irritaba, a la par que me gustaba, lo que me hacía enfadarme más. Nadie, excepto mi grupo, me trataba así. Estaba acostumbrado a que las tías hicieran lo que yo quería; en cambio, ella hacía todo lo contrario, la cosa que menos esperaba. Y eso me ponía más. Me replicaba, me llevaba la contraria, contestaba a mis vaciles, me desafiaba en lugar de sentirse intimidada. Y lo peor de todo era que mis encantos no parecían hacer efecto, al contrario de ella, que conseguía excitarme con solo una mirada.

Hacía poco más de una semana que la conocía, pero no tardé mucho en darme cuenta de que era diferente. Todos lo hicimos. Ya era una más, no parecía que acabase de llegar.

—A mí me parece bien que venga —respondió Aleksei a una pregunta que yo no escuché.

—A mí también, es maja —añadió Venyamin.

—Me voy a la ducha —le dije a mis amigos.

No llevábamos una hora en el *pub* y ya me había bebido tres copas. Me frustraba no parar de pensar en ella. Estaba ansioso por verla y al mismo tiempo quería disfrutar y dejar aquellos pensamientos a un lado. Divertirme con las tías que había a mi alrededor. Pero no era tan sencillo, porque había varias cosas que me preocupaban, como la forma en la que Aleksei hablaba de ella, la manera de mirarla y lo bien que se llevaban. Babette era para mí, lo había dejado claro desde el primer día.

Alguien se apoyó en mi hombro, evaporando mis raciocinios. Me giré y vi a la rubia de la playa. Sí, dejaría mis pensamientos a un lado hasta el día siguiente.

—Buenas noches, guapo.

—Hola, preciosa. —Pasé una mano por su cintura—. ¿Quieres una copa?

—Lo que quieras darme —respondió con voz melosa.

Me despertó el sonido del móvil. Debatí entre lanzarlo contra el suelo o contestar a la llamada.

—¿Qué? —respondí sin comprobar de quién se trataba.

—¡Levanta, tío! —Aleksei gritaba más de lo apto para mis dañados oídos—. Son las diez y media de la mañana.

—Bien, me ducho y bajo —respondí separando el móvil de la oreja—. ¿Ya han llegado?

—No, Venyamin ha dicho que aún les queda una hora. Busca a Zoria.

—Lo intentaré.

Me levanté de la cama sin molestarme en mirar si la rubia dormía o no. Cuando me estaba acabando de vestir, su voz me sacó de dudas:

—¿Ya te vas?

—Sí.

—¿Nos vemos esta noche?

—Estaré por allí —respondí seco.

—¿Nos vemos en la playa, entonces?

—Estaré con mis amigos. Quizá en otra ocasión.

Su cara me dejó claro que se estaba enfadando, pero mi tono tajante no daba pie a discusión.

Me fui sin mirar atrás. No me preocupaba cómo se quedara la chica. Lo habíamos pasado bien y ya, una más. Yo no repetía con ninguna, principalmente para que no pensaran cosas equivocadas. Lo único que quería ahora era ver a la pequeña morena de ojos verdes que me tenía loco.

Pasé por casa para darme una ducha. Era de los abuelos, pero siempre nos la dejaban, ellos apenas la usaban. A mi abuela le encantaba aquel lugar, donde nació y creció hasta que se casó. Me encantaba estar allí, pero no solíamos ir más que en verano. En invierno el pueblo estaba muerto. Al contrario que ahora, se transformaba. El turismo triplicaba su población ya que los jóvenes de diferentes partes de Rusia iban por la playa y las discotecas.

Al llegar, me encontré a Zoria tirado en el sofá.

—¿Dónde tienes el puto móvil?

—Me lo pasé en grande, Miki. La morena de la playa estuvo espectacular anoche —dijo sin hacer caso a mi pregunta.

Negué con la cabeza y tampoco le hice mucho caso.

—Me voy a la ducha. Nos están esperando en la playa.

Nuestros amigos estaban tumbados en la arena tomando el sol. Zoria posó su toalla y se lanzó de cualquier manera. A todos se nos notaba la resaca. A unos más que a otros, sin duda. Nitca dormía en la toalla con unas gafas de sol puestas. La de ella seguro que había sido de las peores. Para que después hablara de nosotros.

—¡Buenos días! —Me agaché para gritarle en el oído.

—Eres un imbécil —protestó, levantando la cara de la toalla.

—Ohhh, ¡¿tienes resaca?! —continué sin dejar de gritarle cerca.

—Cállate ya, joder —me regañó Zoria—. Me revienta la cabeza.

—Zoria, nadie te tiene culpa de que te emborraches hasta perder la conciencia —dijo Aleksei.

—Me lo pasé en grande, tío, pero ahora necesito dormir —contestó con la boca torcida de tanta presión que hacía contra la toalla.

—Ya sabemos cómo te lo has pasado, igual que ellos dos —dijo Murik señalándonos a Aleksei y a mí.

Pero la conversación de la noche anterior se vio interrumpida por la voz

de Nitca que, sentándose en su toalla y mirando por encima de mi hombro, dijo:

—Ahí llegan.

18

Me giré para ver a Laryssa, Venyamin y Babette acercarse caminando por la arena. No podía apartar la mirada de ella.

—Hola —saludaron los tres.

Estaba preciosa, con unos vaqueros muy cortos y una camiseta rosa claro de tirantes. Un gorro de paja y unas grandes gafas de sol ocultaban parcialmente su rostro. Parecía una niña, aunque ese pensamiento se desvaneció cuando comenzó a desvestirse.

—¿Nos habéis echado de menos, corazones?

No presté atención a las palabras de Laryssa, estaba demasiado ocupado admirando el cuerpo de Babette. El bikini blanco deslumbraba sobre su piel trigueña. La observé detenidamente, de abajo arriba. Tragué con fuerza. Estaba para comérsela. Sus pechos redondos, del tamaño perfecto para cubrirlos con mis manos, su estrecha cintura que daba paso a unas espléndidas caderas, unas piernas torneadas y su culo redondo y respingón. Su piel parecía tan suave... ¡Madre mía! Noté cómo mi excitación crecía, cómo mi boca se hacía agua y cómo mi mente pensaba miles de formas de hacerla mía. Muy a mi pesar, me obligué a alejar los ojos de ella cuando Nitca se tiró encima de mí.

—¡¡Miki!! Tú sí que me has echado de menos —dijo abrazándome.

—Estábamos más tranquilos sin tus gritos —le contesté, abrazándola también.

Adoraba a Laryssa, era de las pocas amigas que tenía junto a Nitca. El trato con la primera era estupendo, pero no dejaba de ser mi hermana pequeña, y de algunas cosas prefería no hablar con ella. Con la segunda era diferente, Nitca era mi mejor amiga desde que éramos niños. Bueno, era mi única amiga de verdad. Influyó que nunca nos hubiéramos acostado, de niños no pensábamos en eso y cuanto tuvimos la edad suficiente ella no me vio más que como su amigo. Le agradecía que nunca se hubiera querido acostar conmigo, si por mí fuera, lo hubiese hecho, echando a perder nuestra amistad. Ella siempre tuvo claro sus sentimientos hacia mí, al igual que rápido lo hice yo, dando paso a una amistad inquebrantable, pura y sincera. Nadie era capaz de decirme las cosas tan directas como ella, no le importaba gritarme o pasarse un día entero sin hablarme si yo no entraba en razón.

—¿Nos estabais esperando para jugar al voleibol? —preguntó Venyamin.

—Sí, vamos. ¡Zoriaaaa! —gritó Laryssa para despertar a nuestro primo.

—¿Por qué gritas, idiota? —protestó este.

Preferí no escuchar sus quejas. Miré a Babette, que se había sentado en la toalla cerca de mí y de Nitca. Sonrió, observando cómo peleaban mi hermana y Zoria, pero yo no podía quitar los ojos de ella, era preciosa.

—¿Cómo te va, Babette? —Prefería llamarla pequeña, pero no quería hacerla enfadar nada más llegar.

—Ahora, genial. —Cuando su mirada conectó con la mía, me perdí en la profundidad de sus ojos.

Nunca me ponía nervioso ni me quedaba sin palabras, menos con una chica. ¿Por qué con ella sí?

—¿Vosotros jugáis o no? —Murik se plantó enfrente de nosotros para que le prestásemos atención.

—Claro —contesté levantándome y ofreciéndole la mano a Babette.

Cuando su mano agarró la mía, una descarga eléctrica me sacudió. Su suave y tibia piel fue como un bálsamo. No quería pensar cómo sería si me tocara en otro sitio.

Al perder el contacto con ella sentí una sensación de hormigueo y vacío. ¿Qué mierda me pasaba? Vacío..., ni siquiera sabía a qué se refería la gente cuando decía esas cosas tan cursis.

Apuré el paso hacia el improvisado campo de volei para no pensar tantas estupideces. Babette era preciosa, en todos los sentidos, pero afectaba a mi sano juicio.

No jugamos demasiado tiempo, la fiesta de la noche anterior nos pasó factura. Los gemelos eran los mejores e iban juntos en el mismo equipo, así que ganaron.

Nos dirigimos al agua. Un chapuzón sería perfecto para aliviar el calor del juego y, en mi caso, de otras cosas.

No tardamos mucho en zambullirnos, todos excepto Babette, que parecía que contaba los pasos hasta que le cubrió por la rodilla. Me acerqué a ella lentamente. Hizo una mueca arrugando los labios, como en forma de beso, hasta tocar con su nariz y moverlos con rapidez. No era la primera vez que la hacía.

—Tienes un tic bastante raro, ¿sabes?

—¿Qué? —preguntó, desviando la mirada del agua hasta mí.

—La mueca que haces con la boca.

—Oh, es una manía —respondió, encogiéndose de hombros.

—Cuando algo te disgusta o no te agrada.

—¡¡Eiiii!! Eso no es cierto. —Parecía sorprendida de que yo lo supiese.

—Por supuesto que lo es, te he observado.

—Buen observador. —Intentó dar un paso más, pero se detuvo—. ¿El agua siempre está tan fría? —preguntó enfadada.

—No, normalmente está más fría. Hoy está buena —la corregí. Y, sin que se lo esperara, la cargué en mi hombro demasiado rápido para que pudiera oponerse—. Te ayudaré a decidirte.

—¡No! No lo hagas, por favor —suplicó, pataleando contra mi espalda—. Por favor, Miki.

—Así será más fácil, no te enterarás.

—No te atrevas, Miki, me las pagarás lo...

No la dejé terminar de hablar, me sumergí con ella sobre mi hombro.

Salí del agua al tiempo que Babette intentaba separar el pelo que se adhería a su cara, cubriéndole los ojos. Se abrazó a sí misma y comenzó a tiritar. ¡Mierda! No había sido tan buena idea como creía. Sus manos cerca de su boca unidas una con la otra, su perfecto cuerpo temblando ligeramente por el frío y el pelo callándole enmarañado por la cara... Era la viva imagen de una diosa. Demasiado perfecta, tanto que temía que se desvaneciese en cualquier momento.

Me acerqué a ella despacio y noté su fría mirada clavada en mí. Estaba enfadada.

—¡Eres un imbécil! Me estoy congelando —me gritó e intentó golpearme con el puño.

—No sabía que eras tan friolera —dije, agarrando sus muñecas para que no me golpease, y tiré de ella pegándola a mi cuerpo.

Ahora entendía por qué tiritaba de esa manera, estaba helada.

—Ven, acércate a mí, a ver si entras en calor.

—¿Cómo puedes estar tan caliente con esta agua?

Pasó las manos por mi cuello y saltó, enroscando sus piernas alrededor de mi cintura. Me quedé estático. Aquello no era buena idea, su cuerpo pegado al mío hacía que mi erección empezase a crecer. No solía ponerme cachondo con un simple roce, pero el efecto que causaba su piel contra la mía provocaba descargas eléctricas directas a mi entrepierna.

—No te quedes como un robot y abrázame, Miki. Pero ¡sal del agua de una

maldita vez!

Pedía demasiado. Yo quería darle todo lo que me pidiese y más, pero sus simples palabras las enrevesaba mi perversamente. Quería abrazarla, pero no de esa manera. Quería hacerle el amor hasta quedar agotado.

¿Hacer el amor? Yo no hacía el amor, solo disfrutaba del sexo, y parecía que me hacía falta un buen polvo para pensar con cordura.

¡Ella pidiéndome que le diera calor, cuando lo que yo necesitaba era un nuevo chapuzón!

Rodeé su cintura y caminé hacia la toalla con ella en brazos, intentando encerrar mis perversos pensamientos en un lugar apartado de mi mente. En ese momento, no eran bien recibidos.

—Bájame —me indicó al llegar a las toallas.

Hice lo que me pidió con calma. No tenía prisa por separarme de ella, al contrario, podía quedarme así hasta mañana. Tan pronto sus pies tocaron el suelo, se agachó en la arena, cogió un puñado y me lo restregó por la cabeza. Quería ponerme serio, pero no podía. Casi no llegaba a mi cabeza, tenía que ponerse de puntillas, provocando que sus pechos excitados por el frío rozasen mi torso desnudo. Puse cara seria para fingir un enfado que no sentía. Necesitaba otro chapuzón con urgencia. Que Babette se rozase con mi cuerpo de esa manera tan desinteresada me llevaba a pensar que lo hacía a posta para vengarse por haberla lanzado al agua. Los movimientos de su cuerpo rozando el mío en el lugar indicado no podían ser casualidad.

Volvió a agacharse a por otro puñado de arena para extenderlo por mi espalda. Tenía que parar, no podía dejar que me siguiese tocando o la tumbaría en la arena y me la follaría allí mismo.

—Como vuelvas a hacerlo, te lanzo al agua de nuevo. —Mi voz seria hizo que se detuviese en seco.

—Ogg, *merde, stupide garçon riche*⁵ —respondió enfadada en... ¿francés?

—¿Qué dices, pequeña?

—Que me las pagarás, Miki.

Se alejó de mí para coger su toalla.

Me fui directo al agua. No para limpiarme la arena, sino para que me bajase la erección antes de que alguno de mis amigos se diese cuenta. Sería bochornoso. Al volver, Aleksei y Babette hablaban animadamente. Una

sensación extraña recorrió mi cuerpo. ¿Y si a ella le gustaba Aleksei? No podía ser, tenía que ser mía. Más me valía darme prisa.

Me senté en mi toalla y la observé, aunque no me prestaba atención. Seguía inmersa en su conversación. ¿Qué tan interesante sería lo que le contaba Aleksei? Me enfadé, quería ser yo. A mi amigo le resultaría fácil enamorarse de ella, cualquiera lo haría. Cualquiera menos yo. El amor no estaba incluido en mis planes pero, aun así, no quería que ella fuese de nadie, solamente mía.

—¿Sabes algo de las tías de anoche? —Zoria se sentó a mi lado.

—No. —Desvié la mirada para ver si a Babette le importaba nuestra conversación sobre chicas, pero parecía que ni se había enterado—. Pregúntale a Aleksei.

—Aleksei, ¿tú sabes algo? —Zoria interrumpió la conversación, cosa que me alegró muchísimo.

—No, pero seguro que estarán esta noche —respondió este con indiferencia.

—Eso espero —dijo Zoria emocionado.

Aproveché para mirar a Babette, que me observaba con rostro enfadado, aunque no creía que lo estuviese realmente.

Al llegar a casa estaba de un humor de perros. Babette no se había separado de Aleksei, ni siquiera de camino a casa habían dejado de hablar. No tenía motivos para estar así, lo sabía, pero no podía evitar mirarlos con rabia. No quería verla cerca de ningún tío. Aleksei era uno de mis mejores amigos, pero a ella la quería para mí, y cada vez estaba más convencido de que a él le gustaba.

Me ofrecí a ir por la cena para no tener que verlos durante un rato. Nitca me acompañó.

Nada más arrancar, comenzó a parlotear como un loro.

—¿Qué ocurre, Miki?, ¿por qué estás tan enfadado? —me preguntó. No se le escapaba una.

—¿Yo? No estoy enfadado. —Intenté negar lo obvio.

—Suéltalo ya, Miki.

—No pasa nada, estoy perfectamente.

—Es por Babette. ¿Qué te pasa con ella?, ¿te gusta?

—Nada. No, bueno, sí. ¿A quién no le gusta? Está...

—No me refiero a eso. Te gusta. —Me miró seria.

—No digas tonterías —la contradije, molesto.

—Se nota, sobre todo en la manera de mirarla; como si fuese la única mujer sobre la tierra. Pero déjame decirte algo, Miki. Es buena, no es como las demás. No juegues con ella —su tono era serio.

—No tengo pensado, bueno... —intenté explicarme, pero me interrumpió.

—Solo digo que puedes follarte a cualquiera, pasa de ella. Aunque, de todas formas, creo que es ella la que pasa de ti —dijo con una sonrisa en la boca y dándome con el codo de forma juguetona.

—Yo puedo tenerlas a todas, Nitca, incluida a ella.

Su duda ante mi poder de seducción no llegó a ofenderme, pero sí me molestaba. No había chica que se me resistiera, nunca la hubo y nunca la habría. Yo era el duro, el que se resistía, el que elegía con quién, cuándo, dónde y cómo. Eso no lo iba cambiar una pequeña extranjera, por muy perfecta que fuese.

Creían que Babette era un ángel mientras que yo pensaba que era un demonio usurpando el cuerpo de un ángel, hasta me atreví a pensar que la mandaron del infierno para atormentarme por mis pecados.

—Con ella será diferente, estoy segura. Iré a por la comida mientras das la vuelta —me dijo abriendo la puerta.

⁵ Significa «Mierda, estúpido niño rico», en francés.

Dabria

Estábamos sentados en los sofás viendo algún programa basura en la televisión. En realidad, no estaba enfadada con Miki. Me molestó que me tirase al agua, por eso me subí a sus brazos, sabiendo el efecto que iba a provocar en él; justo el que yo deseaba. Me gustaba verlo celoso y era el momento perfecto para ponerlo a prueba. Aunque no quería que se enfadase con Aleksei por ello, era muy bueno conmigo y no se lo merecía.

El buen humor de Miki fue transformándose en uno de perro rabioso ante mi falta de atención. A mí poco me importaba, simplemente lo ignoraba cuando gruñía demasiado.

Después de pasar todo el día con ellos, me sentía como una más, incluso en algún momento me olvidé de cuál era el verdadero propósito. Solo era trabajo, trabajo, trabajo... Me repetía constantemente.

Murik y Zoria, a pesar de ser gemelos, no podían ser más diferentes. Justo en ese momento discutían porque Zoria había bebido de la cerveza de su gemelo, asegurando que era la suya.

—Basta, Zoria, ve a por otra a la cocina —lo regañó su hermano.

—Esta es la mía. La dejé aquí antes de sentarme —respondió Zoria tranquilamente.

—Te daré otra. A saber qué enfermedad puedes coger si bebes de su cerveza —le ofreció Laryssa a Murik, caminando hacia la cocina.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Zoria ofendido.

—No tiene que saborear tus babas y las de todas tus conquistas —replicó Venyamin.

—Más quisierais vosotros —le contestó el aludido y se acabó la cerveza que tenía en la mano.

La fachada de amigos divertidos y juerguistas, escondía perfectamente su sucio negocio. No dejaban de ser unos mafiosos sin escrúpulos, capaces de cualquier cosa para preservar el legado familiar y no ser descubiertos. El caparazón de niños ricos mimados no era suficiente para mí, sabía cómo tratar con esa gente. Haría que me considerasen una más para tener acceso a la mayor información posible.

Mientras los analizaba detenidamente, también me percaté de que Aleksei me miraba más de lo que me hubiera gustado, pues él no era quien tenía que enamorarse de mí. En otras circunstancias no me hubiera importado, era un tío guapo con el que no dudaría en pasar una noche, pero yo era para Miki. A Aleksei lo quería tener en la categoría de amigo, de amigo de verdad.

—¿Otra? —Laryssa me ofreció una cerveza.

—Claro.

Se dejó caer a mi lado al tiempo que escuchamos cómo la puerta se abría.

—¡Ha llegado la cena! —gritó Murik contento.

—Ya estamos aquí, ¿tenéis hambre, corazones? —Nitca dejó las bolsas de la comida encima de la mesa.

—Mucha. Empezábamos a pensar que os quedarais a cenar en el restaurante —dijo Venyamin.

—Se lo he propuesto, pero le dabais pena —añadió Miki posando más bolsas con comida y sentándose entre los gemelos.

—Esto es para vosotros. —Nitca comenzó a repartir, pasándole un recipiente de comida a los gemelos y a Miki.

—Esto es mío —dijo Venyamin sacando más comida y comprobando a quién le pertenecía—. ¿Quién ha pedido...? ¿Verduras? —Hizo una mueca de asco.

—Yo. —Me levanté para alcanzar mi comida.

—¿En serio vas a comer verduras? —Murik parecía asustado.

—Sí, aunque no solo son verduras también hay...

Zoria me interrumpió:

—¿Es por una dieta nueva de chicas?

No pude evitar soltar una carcajada.

—No estoy a dieta, soy vegetariana.

—Ah —dijeron Zoria y Murik a la vez.

—Si tengo que comer eso, prefiero no cenar —aseguró Aleksei.

—Pues está muy bueno —respondí antes de abrir la boca e introducirme una porción.

Me habían dicho que en Rusia no era habitual aquel tipo de alimentación, pero a mí me gustaba y pensaba disfrutarla.

—Eres más rara de lo que pensaba —dijo Miki sin mirarme.

Su comentario no me ofendió, estaba segura de que quería picarme, pero no entraría en su juego. Eso le molestaría más.

—Que te aproveché a ti también, Miki —le contesté con una sonrisa.

El resto de la cena transcurrió tranquilamente. Al acabar, lo recogimos todo. Era poco más que tirar las sobras y botellas vacías a la basura, por lo que no supuso un gran esfuerzo. Y, tras ello, me dirigí a mi habitación — bueno, a la que me habían asignado como tal—, dispuesta a darme una ducha. Nos iríamos de copas y yo me pondría irresistiblemente *sexy*.

Media hora más tarde, admiraba mi obra de arte en el espejo. Seguramente, Lau lo hubiese hecho mejor, pero no estaba nada mal.

Acordarme de mi mejor amiga hizo que añorase nuestras noches de copas, nuestros días de resaca y las cenas con el abuelo... Lo echaba de menos todo, mi vida en general.

Decidí ponerme un vestido dorado, color arena, exactamente. No porque me gustase el color, sino para que destacase el tono trigueño de mi piel. Laura me dijo que estaría irresistible con él. Tenía la espalda al descubierto y se abrochaba al cuello en una especie de collar. La tela, una imitación de satén, me quedaba bastante por encima de los muslos. Me calcé unas sandalias negras con un tacón exagerado para personas con vértigo.

Le estaría eternamente agradecida a mi querida amiga por hacerme practicar tanto, me había acostumbrado a ellos hasta el punto de poder correr una maratón. No era para tanto, obviamente.

Me delineé los ojos con una fina raya negra, un poco de rímel y los labios de color rojo. Un rojo llamativo y sensual, oscuro como la sangre y apetecible como la manzana de Blancanieves.

—Babette —me llamó Laryssa—, ¿estás lista?

—Voy.

Cogí mi bolso y la chaqueta que tenía preparada encima de la cama y salí de la habitación.

—*Wow!* Estás impresionante —me piropeó Nitca mientras me observaba.

—Vas dejar sin palabras a más de uno —añadió Laryssa.

—Y a vosotras que os sujeten bien, si no... —les dije, sonriendo mientras salíamos de la habitación.

Laryssa y Nitca estaban muy guapas. La primera de azul, la segunda de blanco y yo de dorado. Salimos de casa como Los ángeles de Charlie; dispuestas a conquistar la noche.

Sus chicos nos esperaban. Decía «sus» porque solo Venyamin y Murik aguardaron, no les quedaba de otra.

—Apurad, que nos están esperando —soltó Murik impaciente.

—Sabes que no es cierto, nunca lo hacen —lo contradijo Nitca, besando a su novio.

—No importa, los cogeremos en su segunda o tercera ronda —rio Laryssa.

Al llegar a la discoteca y leer el nombre, supe de inmediato que pertenecía a la familia Korsakov. Todas ellas tenían nombre de diosas y dioses griegos. Aquella hacía honor a Afrodita. Sobraba decir que no tuvimos que esperar para entrar, al contrario, los gorilas de la puerta se hicieron a un lado y unas chicas vinieron a por nuestras chaquetas nada más poner un pie dentro. Así era esa vida, sin complicaciones, teniendo todo lo que querían sin necesidad de pedirlo.

—Vuestros amigos están al fondo —nos informó una de ellas con una sonrisa radiante.

Todavía era pronto, pero estaba lleno. Apostaba a que mitad de la gente de la cola se quedaría sin entrar.

Fuimos abriéndonos hueco hasta que los encontramos sentados donde nos había indicado la chica. Los sofás intercalaban colores rojos y dorados, a juego con la elegancia del local.

Estaba claro que allí no podía ir cualquiera, mi yo normal se permitiría entrar una vez y como visita turística. Me dejaría el sueldo si saliese a discotecas como aquella.

La gente me impedía ver la mayor parte del local, pero podía admirar el techo, lleno de cristales dorados de diferentes intensidades, focos de colores alumbrando la pista y escuchar la música lo suficientemente alta para que no tuvieses que oír lo que decían a tu alrededor. Era perfecto.

Los chicos no estaban solos, un grupo de chicas los acompañaban. Zoria parecía encantado con una en sus brazos, al igual que Miki. Aleksei, en cambio, no era tan efusivo, charlaba y se reía con otra chica de al lado, ajenos a lo que sus compañeros hacían.

«Piensa, Dabria, esa rubia no te va a quitar al mafioso».

Mi mente empezó a cavilar, no podía fallar porque estaba segura de que, en cuanto me viera, sus ojos no se apartarían de mí.

No se dieron cuenta de que habíamos llegado hasta que Nitca nos saludó con la alegría que la caracterizaba. Fue ahí cuando Miki desvió su mirada de la rubia que tenía sobre sus piernas hacia mí. Me recorrió el cuerpo con lentitud, sin apartar su mirada ni un segundo. Al parecer, le gustaba lo que

veía. Se delató tragando fuerte antes de clavar sus ojos en los míos. Pasé mi lengua muy despacio por mi labio superior para, sin prisa, acabar mordiendo el inferior, todo sin despegar mi mirada de la suya. Sus ojos observaron mi boca, tornándose cada vez más negros y brillantes a causa del deseo. Justo lo que esperaba.

Un punto para Dabria, cero para el Korsakov.

Con el ánimo mejorado me senté al lado de Nitca, enfrente de Miki, que aún no había desviado su mirada de mí.

—Empecemos, Babette. —Nitca posó un chupito en mi mano.

Todos se tomaron un pequeño vaso con el mismo líquido transparente y lo alzaron en forma de brindis. Hice lo propio con el mío en dirección a Miki y me lo bebí de un sorbo al tiempo que los demás.

Para mi satisfacción, no tardó en echar a la rubia de sus brazos. No era que le prestara mucha atención, pero me alegró.

Otro punto para mí.

Después de bebernos tres rondas de chupitos me dirigí con las chicas a por una copa. *Gin-tonic* era mi bebida preferida, no quería más vodkas, por el momento.

En lugar de regresar a la mesa, nos quedamos en la pista. Algunos chicos se nos acercaban a bailar, pero solo yo los complacía. Las otras dos, fieles a sus parejas, se dejaban dar una vuelta por sus pretendientes y los desviaban de su camino.

—Nos alegra que hayas venido, Babette —dijo Nitca.

—Y a mí, lo estoy pasando genial. Gracias por invitarme, chicas.

—La pena es que mañana tengamos que volver —se quejó Laryssa.

—Habrás que aprovecharlo bien hoy —respondí, guiñándole un ojo.

—¿Ya le has echado el ojo a alguno? —preguntó Nitca con una sonrisa.

—Más o menos. —Sonreí—. No me he decidido del todo.

Bailamos un buen rato. Hacía mucho calor en el local, lo que ayudaba a bajar el alcohol sin problema. Acabábamos de pedir la cuarta copa y ya podía notar el efecto que estaba haciendo en mí.

—Vamos a por otra ronda de chupitos —sugirió Nitca al acabar nuestras copas—. Para apurar la decisión —dijo esto último cerca de mi oreja, para que pudiese escucharla bien.

Los chicos seguían en el mismo sitio, excepto Zoria, que estaba un poco alejado dándose el lote con la misma tía que había sobre sus piernas. De las

otras dos chicas no había ni rastro, solo estaban ellos con la mesa llena de pequeños vasos y botellas de vodka.

Nos sentamos en los sillones y Nicta empezó a llenar los chupitos.

—Por la ronda de pensar —dijo, sonriéndome cómplice.

—¿Cómo?, ¿ronda de pensar? —preguntó Venyamin.

—Cosas de chicas —expliqué.

—Tonterías de chicas —replicó Miki mirándome.

—Ya habló el amargado. Ten, te hace falta. —Me levanté para pasarle un chupito.

—Necesito más que esto. —Cogió el chupito de mis manos y me observó de arriba abajo con descaro.

Era demasiado guapo, ¡maldito fuera! La camiseta blanca se ceñía a sus músculos de forma tentadora. Siempre vestía de manera informal: vaqueros, camisetas y tenis. Aquel día tenía la barba un poco más recortada que la última vez que lo había visto y el corte de las patillas ayudaba a darle a su rostro un aire más duro.

Nos bebimos dos rondas más. Era hora de parar o acabaría a gatas. Por el momento, tenía el punto perfecto: demasiado contenta, demasiado habladora, demasiado atrevida y con demasiadas ganas de sexo. No con cualquiera, lo quería a él. Serena no me permitiría pensar así, lo correcto era enamorarlo poco a poco, no abrirle mis piernas a la primera de cambio, que era justo lo que quería hacer. No lo podía evitar, estaba muy bueno, y su voz rasgada y ronca solo incrementaba mi deseo. No me permití pensar lo que debería hacer, me limité a sentir. Ambos queríamos lo mismo, y lo sabía porque no dejaba de desnudarme con su profunda mirada.

—Voy a buscar a Galina a la entrada —nos informó Laryssa.

La amiga de Laryssa no había podido llegar antes. Los chicos dijeron que por asuntos familiares, pero no pregunté al respecto.

—Vamos a bailar, Babette. —Nitca me esperaba ya de pie, a pocos pasos.

—Parece que Babette está cansada, ¿eh, francesita? —dijo Miki.

—Sigue soñando, ruso. Voy en un rato, Nitca.

Las chicas se fueron bailar, los chicos se levantaron, seguramente a por más alcohol, así que solamente quedábamos los dos, uno frente al otro, rodeados por un aura de lujuria, deseo y tensión sexual palpable en el aire.

—Dicen que te sabes mover de verdad, ¿es cierto? —preguntó, enarcando una ceja.

—Ven a comprobarlo por ti mismo.

Me levanté, me coloqué justo enfrente con una de sus piernas entre las mías y le tendí una mano.

—¿Quieres que baile contigo? —Sonrió satisfecho.

—Así comprobarás por ti mismo lo buena que soy.

Nos dirigimos a la pista de baile de la mano. Lo conduje al fondo del local porque quería estar a solas con él y sabía que las chicas estaban por el otro lado, cerca de la barra principal y del centro. Pasé mis manos por su cuello, pegué mi cuerpo al suyo y tomé sus manos posándolas a ambos lados de mi cadera. Comencé a moverme al ritmo de la música. Acaricié su nuca de forma suave y meneé mi cadera haciéndola rozar donde su excitación crecía con fuerza. Lo hacía de forma delicada, para solo rozarlo cuando y donde yo quería.

Tardó poco en cambiar sus manos a la parte baja de mi espalda. Hacía presión para que no me separase, así que decidí darme la vuelta y me aparté el pelo para que mi cuello quedase expuesto ante él. No tardó en reaccionar. Sentí cómo agachaba su cabeza y su aliento acariciaba la curva de mi cuello justo antes de posar sus labios en él. Dejó unos pequeños y húmedos besos desde mi clavícula hasta detrás de mi oreja, donde se entretuvo dándome pequeños mordiscos.

No podía ni quería evitarlo, estaba demasiado excitada para pensar en otra cosa que no fuese él dentro de mí, así que me giré para enfrentarme a sus ojos negros cargados de deseo. Al conectar nuestras miradas sentí cómo se paraba el tiempo, cómo mi alma se sentía... ¿aliviada? Era como si lo reconociese y dijese «al fin». Tragué con fuerza cuando deslizó su mano por mi mejilla hasta llegar a mi cuello. La piel me quemaba de una forma extremadamente placentera que jamás había experimentado. Me acercó a él con una delicadeza casi dolorosa, sin dejar de observarme. Estaba segura de que experimentaba la misma sensación que yo. Nuestros ojos no se despegaron del otro hasta que nuestros labios se rozaron. Tuve que cerrarlos porque sentí una explosión en mi pecho que detuvo mi respiración. Aquello estaba lejos de lo habitual, no entendía por qué reaccionaba de esa forma. Su tacto me encantaba, su sabor era delicioso y las emociones se enredaban en mi interior llegándome a sentir nerviosa. Me besaba con ternura y exigencia, jugando con mi lengua y haciendo cada vez más presión sobre mis labios, como si fuese un elixir adictivo que al probarlo no eras capaz de parar. Nos detuvimos para

observarnos, pero no pudimos contenernos más, como si una fuerza superior nos atrajese. Nos besamos con urgencia, su lengua se abrió paso en mi boca de forma salvaje y lo agarré de la nuca para profundizar más el beso.

Él siguió apretando la parte baja de mi espalda con una mano para no dejar espacio entre ambos y enredó la otra en mi pelo. Al separarse nuestras bocas, aproveché para tomar su labio inferior entre mis dientes y tirar ligeramente. Miki respondió con un gruñido.

—Vámonos de aquí.

Abrió una puerta al fondo y me guio por un pequeño pasillo. Entramos en una de las habitaciones.

Todo el recorrido lo hicimos de la mano, pero Miki se separó de mí para cerrar con pestillo la puerta. En esos breves segundos pude ver que estábamos en una especie de despacho, pero no me dio tiempo a más. Tiró de mí y me pegó a la pared para seguir besándome con la misma intensidad.

20

Miki

Deseaba aquello desde el primer día que la vi, pero no pensé que sería tan increíble. Sus suaves labios encajaban a la perfección con los míos. Su húmeda lengua moviéndose al compás de la mía me hacía enloquecer. Normalmente las chicas se limitaban a adaptarse al ritmo de los hombres al besar, en cambio, ella no. Exploraba mi boca al tiempo que me dejaba hacer lo mismo, provocando que nuestro beso fuese adictivo. Ella y yo, los dos exigiendo más del otro, los dos dejándose hacer por el otro.

Sus manos acariciaban mi nuca, pero se separó lo suficiente para continuar besando mi cuello.

Si no me metía dentro de ella en menos de tres minutos, sufría el riesgo de correrme en los pantalones. La levanté por las caderas para que rodease mi cintura con sus piernas y acaricié sus muslos sin entretenerme demasiado, no tenía tiempo. La próxima vez exploraría todo su cuerpo, me entretendría horas acariciándola y viéndola gemir.

Masajeé sus pechos al tiempo que ella volvía a mi boca. Noté sus pequeñas manos apartarse de mi cabeza para encargarse de mis pantalones. Al notar su piel sobre mi erección, supe que no aguantaría mucho más.

Sabía que ella estaba tan lista como yo, pero quería escucharlo de sus labios.

—¿Qué quieres, pequeña? —Mi voz sonó ronca.

—Te quiero dentro de mí, Miki —susurró, mordiéndome el lóbulo de la oreja.

Saqué un condón del bolsillo de mis pantalones. Babette me lo quitó de las manos y lo rasgó con sus dientes. No podía separar la vista mientras me lo colocaba, era demasiado excitante. No quería pensar cuántas veces lo habría hecho, no se veía sumisa, con miedo o vergüenza; al contrario, sus manos, al igual que su cuerpo, se movían con una soltura extremadamente erótica.

Aparté sus bragas a un lado para poder introducirme en ella. No había tiempo de bajarla para que se las quitase.

—Aaah —gimió al introducirme en ella.

Buscó mi boca y comenzamos a besarnos al ritmo de mis rápidas

embestidas.

—Aaag —gruñí, tirando de su labio inferior.

Sus gemidos eran música para mis oídos.

—Mírame, Miki —me pidió con la voz excitada—. Quiero verte.

Nunca me habían pedido algo así, pero me resultó de lo más excitante.

Nos dejamos llevar a la vez que nuestros cuerpos se convulsionaban por el orgasmo, con la mirada del otro atravesándonos. En ese momento sentí una conexión que jamás creí posible. Había sido un polvo rápido y cargado de necesidad, carente de tacto o sensibilidad; sin embargo, me sentía conectado a ella de una forma más allá de lo físico. No sabía cómo explicarlo porque ni yo mismo lo entendía.

Esperamos a que nuestras respiraciones volviesen a la normalidad y, sin saber por qué, la besé en la frente antes de posarla con cuidado en el suelo.

Babette no perdió el tiempo, se arregló rápidamente la ropa y el pelo sin decir nada. Yo hice lo mismo, pero cuando abrió la boca, sus palabras me sentaron como un caldero de agua fría por la cabeza:

—¿Vamos?

Abrió la puerta y se dirigió a la pista en busca de sus amigas como si no hubiera pasado nada. Sin molestarse en mirarme o en tirar de mí por si me quedaba rezagado. Yo pensando en llevármela a mi cama para disfrutar de ella como era debido, y ella se iba a bailar con sus amigas y a saber con cuántos tíos. No sabía por qué me sentaba tan mal, con cualquier otra pagaría porque se fuera como lo había hecho ella. Pero ¿quién se creía para tratarme así? Estúpido de mí por creer que al follármela me la sacaría de la cabeza. Me había quedado con ganas de más, de mucho más.

Me obligué a caminar hacia mis amigos cuando lo que quería en realidad era subirla a mi hombro y llevármela de allí.

Los chicos notaron mi humor, pero los ignoré. Sin decir una palabra me bebí una de sus copas de golpe. Emborracharme me ayudaría a no pensar, a olvidar que después de echar el mejor polvo de mi vida, había desaparecido de mi vista sin darle importancia.

—¡Oye!, pídete una copa —me regañó Murik.

No me molesté en contestarle.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Venyamin.

Todos me miraron esperando una respuesta, excepto Zoria, que seguramente se habría marchado con la tía.

—Nada —contesté enfadado.

—¿Tan mal baila Babette? o ¿ha sido demasiado para ti? —se burló Murik.

Podía notar la mirada de Aleksei clavada en mí. Mi respuesta no le iba a gustar, pero prefería dejar claras las cosas. Era uno de mis mejores amigos y entre nosotros no había secretos. Le dejaría claro que era mía, y él nos dejaría el camino libre al darse cuenta de que no tenía posibilidades. No quería hacerle daño, pero cuanto antes se lo dijese, mejor. Antes de que empezase a sentir algo por ella.

—Me la he follado.

Mis amigos me miraron dudosos ante mi confesión.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Venyamin con asombro.

—¿Tan malo ha sido? —añadió Murik.

—Al contrario, ha sido el mejor polvo de mi vida.

—¿Entonces? —preguntó Aleksei, que hasta entonces aún no había abierto la boca.

—Que se ha ido, joder. Hemos follado y se ha ido como si nada —contesté enfadado.

Los tres se miraron entre ellos y empezaron a reirse, eso hizo que me enfadase todavía más.

—No le veo la gracia.

—¿Qué esperabas, Miki? —preguntó Murik—. Eso es lo que haces tú siempre.

—Ella solo te ha ahorrado el trabajo —añadió Aleksei.

—No con ella... Quería estar un raro más con ella —le confesé a mis amigos—. En mi cama.

Los tres me miraron como si me convirtiese en un extraterrestre.

No hice ningún comentario, pero cuando sus cómplices miradas de burla se posaron en mí me levanté para continuar bebiendo en la barra. No estaba de humor para que me tocaran las pelotas. No necesitaba que nadie me echase más mierda encima. La pequeña mulata me había jodido la noche y no quería pagarlo con ellos.

Dabria

No sabía en qué estaba pensando. No había sido buena idea. En aquel momento creería lo que había estado intentando evitar, que era un polvo más.

Me peiné el pelo con los dedos intentando calmar los nervios. ¡Maldito el

momento en el que me dejé llevar por él!

Su forma de besarme, de acariciarme y de follarme me volvieron loca. Una sensación extraña. Como si nuestros cuerpos se conociesen de siempre, como dos imanes que se atraen sin poder evitarlo. Hasta le había pedido que me mirase mientras nos corríamos. ¡Maldita fuera! Debía pensar que era una guarra, pero no pude evitarlo, necesitaba sentirlo al completo. Y vaya si lo conseguí. Sus ojos me habían abrasado el alma.

Me alejé de él cuando en realidad quería que me sacara de la discoteca para seguir en casa. Teniéndolo cerca no podía pensar con claridad. La mejor forma de remendar mi error fue haciéndole probar su propia medicina. Si yo no lo apartaba de mi lado sería el quien lo hiciera. De esa forma sabría que no era como el resto, que no podría manejarme a su antojo.

No debí caer en sus brazos antes de lo planeado, pero ya estaba hecho, y aunque me costase reconocerlo, no me arrepentía.

—Aquí estoy, chicas —saludé, empezando a bailar con mis amigas.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Nitca enarcando una ceja.

—Estaba con Miki.

No valía de nada mentir cuanto se iban a enterar de todas formas.

—¿Y qué hacías con mi hermano? —preguntó Laryssa.

—Nos hemos enrollado.

Mejor soltarlo cuanto antes para que no se me atragantasen las palabras. Evité mirar a Galina, no necesitaba ver tristeza ni odio en su mirada.

—Oh —dijo Nitca—. ¿En serio?

—Lo siento, Laryssa, yo... —empecé a disculparme.

—Oye, no tienes que disculparte. Mientras los dos lo paséis bien, por mí perfecto, pero debes saber que mi hermano está cada noche con una. Que hoy te haya tocado a ti no quiere decir que se vaya a repetir —explicó Laryssa.

—No se repetirá —añadió Galina.

—Apostaría que eso está a punto de cambiar —comentó Nitca sonriendo, pero Laryssa le regañó con la mirada. No quería ver sufrir a Galina, por eso no dejaba continuar a nuestra amiga.

Bailábamos como locas y en el cambio de canción nos bebíamos un chupito.

Venyamin, Murik y Aleksei se acercaron. No le di importancia al no ver a Miki con ellos, seguramente se había ido a terminar la noche con otra. Estuvieron buen raro esperándonos, no había forma de sacarnos del local.

Cuando las luces se encendieron y la música se apagó, dieron gracias a los dioses por tal acontecimiento.

Galina y yo subimos las escaleras de la mano, ayudándonos la una a la otra, no podía decir quién iba peor. Con la excusa de olvidarme de la metedura de pata con Miki acabé como una cuba. A duras penas conseguí quitarme los zapatos y meterme en cama, vestida. Nada más posar la cabeza en la almohada, me quedé profundamente dormida.

21

Me desperté al notar que alguien me zarandeaba.

—Mmmm —protesté.

—Vamos, Babette, es tarde —me llamó Nitca, más alto de lo que mi cabeza podía soportar.

—Está bien, ya voy. —Puse la almohada sobre mi cara.

—Te espero abajo para tomar un café, te hace falta.

Me duché en un tiempo récord, me cepillé los dientes y me limpié los restos de maquillaje. Me puse unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes encima del bikini, me calcé las Converse blancas y corrí escaleras abajo.

Nitca, Miki y Murik estaban sentados a la mesa de la cocina tomando lo que debía ser café. Su fuerte olor impregnó mis fosas nasales. Aspiré con gusto, adoraba el café.

—Buenos días.

Nitca me tendió una taza llena del maravilloso líquido marrón y Murik me saludó alegremente, mientras que Miki no se molestó ni en mirarme.

—Os veo en la playa —dijo, levantándose de la silla bruscamente.

—Yo...

No sabía qué decir, no entendía su comportamiento. Me sentía incómoda. Que se marchase por mi culpa de su casa...

Puto niño mimado, ya había logrado cabrearme en menos de un minuto, por la mañana y de resaca.

—No pasa nada, Babette, no es tu culpa —me animó Nitca.

—Debe ser la resaca —añadió Murik.

Nitca miró a Murik enarcando las cejas, este negó con la cabeza levemente. Tomé un sorbo de café mientras se transmitían algún mensaje que no logré entender.

Bajamos para la playa. El resto habían madrugado, se notaba que era el último día y querían aprovecharlo. Aleksei, Venyamin y Laryssa estaban en el agua, Zoria dormía sobre la toalla, mientras Miki y Galina jugaban al voleibol con un grupo de chicos.

—Si me tumbo empezaré a babear como Zoria —dijo Nitca mirando a su cuñado—. Mejor me voy al agua. ¿Venís?

—Quizá más tarde —contesté.

—Vamos a jugar al volei, Babette, así entrarás en calor para darte un chapuzón —dijo Murik caminando para darle un beso a su novia. Lo seguí—. ¿Hay sitio para dos? —preguntó al llegar a la red.

Miki se encogió de hombros y señaló a un chico del equipo contrario.

—La bola es de ellos —respondió, dignándose a abrir la boca.

—¡Claro! Pero la morena viene en mi equipo —sugirió el chico al que había señalado.

—Bien. —Murik se encogió de hombros, mientras Miki soltaba una especie de gruñido.

Crucé el campo y me situé al lado del chico que me había reclamado, este se presentó y me dio dos besos. Miki no dejaba de observarme de forma seria. ¿Qué estaría pensando?

El partido habría sido agradable si Miki no hubiera intentado darme celos con una rubia de su equipo. Coqueteaba con ella y me miraba de reojo para ver mi reacción. Lo que no sabía era que por mí podía tirársela ahí mismo. Cuantos más celos intentase darme, más indiferente me mostraría yo. No le podía dar lo que quería, y parecía que el ruso me quería a mí.

—Buena, morena —me halagó el rubio de mi lado.

Dejé que me llamase como quisiera, no me importaba. No lo conocía de nada, pero ver la cara de enfado de Miki cuando lo hacía y yo respondía con una sonrisa era estupendo.

Cuando el equipo de Miki ganó el partido, él corrió hacia la rubia para chocarse las manos y dirigirse al agua. ¡Asqueroso!

—Vamos, Babette —me animó Murik—. Será el último chapuzón del verano.

—Claro.

Corrí, tirando de él hacia el agua y me zambullí de golpe para no arrepentirme.

—¡Coño, está helada! —me quejé, saliendo a la superficie.

—No seas exagerada —respondió Murik.

No llevaba ni cinco minutos en el agua, pero estaba tan congelada que empecé a tiritar como el día anterior. Necesitaba envolverme en la toalla. No me molesté en mirar dónde estaba Miki, seguramente con su nueva conquista. Me equivoqué, al girarme para envolverme con la toalla, lo vi venir con Murik y sentarse en la toalla.

—¿Por qué no le has pedido al rubio que te calentara? —me preguntó en un

tono demasiado brusco.

No podía creer lo que acababa de decir. Sus amigos tampoco, todos lo miraban boquiabiertos.

—Aún estoy a tiempo —contesté de forma fría.

—Pues ve antes de que se marche.

—¿Qué te importa a ti si voy o no?

—No te creas tan importante. No me importas una mierda.

La conversación se iba calentando, cada vez subíamos más la voz y pronto llegaríamos a los gritos. Nuestros amigos nos observaban atónitos.

—¿Qué coño te pasa?, ¿por qué te portas como un imbécil?

—¿Yo? Eres tú la que se comporta como una puta.

Sus palabras me hicieron temblar de rabia. ¿Quién se creía para insultarme de esa manera?

—Anoche mientras follábamos no te importó mi sucio comportamiento, pero parece que ahora te afecta. Fue un polvo, Miki. ¡Un puto polvo! ¡Nada más!

—Claro. —Sonrió burlón.

—Si supiera que te ibas a poner así, no lo habría hecho. Olvídalo y ya está, ¿vale?

—No será difícil olvidarme de que te abriste de piernas como una zorra.

—Que te jodan, Miki.

Recogí mis cosas a la velocidad de la luz y casi troté hacia la casa. Entré en la habitación, me desvestí y me metí en la ducha esperando que el agua caliente me ayudase a relajarme. Me habría encantado tirarle un zapato a la cabeza. Estúpido y engreído niño rico y mimado. Me tomé mi tiempo. La rabia que tenía era arrastrada poco a poco por el agua que acariciaba mi cuerpo. Que se pusiese como un tigre enjaulado era buena señal, al fin y al cabo.

Salí envuelta en una toalla y me encontré a Laryssa sentada en mi cama.

—Lo siento, Babette —se disculpó antes de que me diese tiempo a abrir la boca.

—No tienes por qué disculparte, tú no tienes la culpa.

—Normalmente mi hermano no es así, no le afectan sus rollos de una noche. No sé por qué se ha puesto así contigo.

—En serio, no importa. Yo también siento lo que ha pasado, me he dejado llevar por la rabia.

—Esperaba que le dieras un guantazo, se lo merecía.

Las dos no echamos a reír. Laryssa no tenía la culpa de las insolencias de su hermano. Era amable, buena y dulce; mientras que él no era más que un maleducado, egoísta y egocéntrico mimado niño rico.

Miki

Babette me había puesto de muy mala hostia.

«¡Solo fue un polvo!».

Para ninguna era solo un polvo, todas querían más. ¿Por qué ella no quería más?, ¿por qué no quería repetir? Y, lo peor de todo, ¿por qué me importaba?, ¿por qué quería repetir yo?

Sus palabras me daban dolor de cabeza. Yo sí quería echar muchos polvos con ella. Igual más que sexo.

Mentira. Mentira. Mentira.

El mal humor me hacía pensar incoherencias, yo no quería más que sexo, y si ella no me lo quería dar, tenía a miles dispuestas.

Empecé a caminar arena arriba, pero vi por el rabillo del ojo cómo Nitca me pisaba los talones. Me tocaba aguantar su sermón.

—No tengo ganas de hablar.

—¿Por qué le has hablado así, Miki?

—Ha sido su culpa —me excusé.

—Ella no te ha hecho nada, no tenías que tratarla de esa forma.

—Me ha provocado. Ha hecho como si nada hubiera pasado.

—Es que no pasó nada. Follasteis, como con tantas otras. Se-xo —recalcó la última palabra—. ¿Qué diferencia hay?

—Ella, joder, todo en ella es diferente. —Al momento me arrepentí de las palabras que acababan de salir de mi boca.

—No me lo puedo creer.

Nitca intentó aguantar la risa, pero no lo consiguió, eso solo hizo que me enfadase con ella también.

—¿Qué te ocurre a ti ahora? —le pregunté molesto.

—Te gusta —dijo sin parar de reír.

—No, claro que no.

—Sí, sí, sí.

—No digas tonterías. —Mi tono siguió siendo hosco.

—Como tú digas. —Se encogió de hombros.

Huyendo de ella para no seguir escuchándola, entré en la casa y me fui

directo a la ducha. Quería largarme antes de verla. No soportaba tenerla delante y no poder tocarla.

No me podía gustar Babette, Nitca tenía que estar equivocada, pero ¿por qué me afectaba tanto si no? Habría pagado porque cualquier otra tía mostrara su indiferencia, en cambio, quería que ella corriera a mis brazos, que me besara y me pidiera que le hiciera el amor.

«¡Piensas tonterías, Miki!», me regañé a mí mismo.

Yo no hacía el amor, me limitaba a darle a mi cuerpo el placer que necesitaba sin que los sentimientos se mezclasen.

Salí de la habitación listo para marcharme.

Laryssa, Galina y Venyamin ya estaban en el salón, así podríamos ir marchándonos unos pocos, el resto que se fuese con Murik.

Mientras iban por el equipaje, mis sentimientos querían abrirse paso entre la cordura. Por un lado, deseaba que ella bajase las escaleras para venirse en mi coche también, por otro, quería desaparecer antes de verla.

—Ya estamos —dijo Venyamin bajando una maleta.

Metimos el equipaje en el maletero y arrancamos sin despedirnos. Estaba seguro de que mi hermana se había ocupado de esa parte.

Dabria

No dejé que me afectase la discusión con Miki. No iba negar que no me esperaba que me soltase toda esa sarta de insultos, pero con eso solo me demostraba que le interesaba. Intenté charlar animadamente durante el camino de vuelta. Los chicos no comentaron nada, cosa que agradecí. No estaba de humor para hablar de Miki.

Aleksei iba al volante, Zoria en el asiento del copiloto, Nitca, Murik y yo detrás. Nuestra querida amiga no calló durante todo el camino, para Aleksei fue maravilloso, ya que no le entraba el sueño, pero para mí y para Zoria fue un horror no poder echar una cabezada. Murik parecía inmune a la cantarina e incansable voz de su novia, llevaba roncando una hora.

Llegamos sobre las diez.

Rechacé educadamente su invitación a cenar, ambos estábamos demasiado enfadados como para encontrarnos. No teníamos que amargarle la cena a nadie.

El lunes me levanté temprano para ir al trabajo. Para ser una pantomima estaba encantada con él.

Borak me invitó a comer. Lo hicimos en el restaurante del gimnasio.

—¿Qué tal te fue el fin de semana?

—Fui a la playa con... —empecé, pero él me interrumpió.

—Con los Korsakov. No me lo digas.

—Exacto.

—¿Y qué tal te lo has pasado?

—Genial, excepto porque...

—Suéltalo, podré soportarlo.

—Me acosté con Miki.

Borak abrió los ojos exageradamente.

—Te creía más lista para caer como el resto.

—Oye, tengo entendido que tú tampoco eres un santo.

—No lo soy, tienes razón, pero a ti te creía diferente.

—Además, en este caso fue él quien cayó —dije tomando un bocado de mi comida.

—¿Qué quieres decir?

—Nos acostamos, pero después se enfadó conmigo.

—¿Se enfadó? ¿Tan mala eres en la cama? —Frunció el ceño.

—No lo hicimos en la cama...

—No quiero saber dónde te lo montaste con Mikhail. Ahórrate los detalles.

—Pues se enfadó porque no le hice caso, por actuar como si nada cuando acabamos de follar.

—No me lo creo. Eso es lo que Miki hace, no tiene sentido que se enfade —respondió pensativo.

—Eso creía yo también. —Me encogí de hombros.

Borak me observaba como si se tratase de una nueva especie de zoológico. Una de las que ya no existían. Pero no dijo nada.

No tenía por qué habérselo contado, pero me caía bien, me gustaba hablar con alguien fuera del círculo Korsakov, y a él no parecía importarle mientras no entrase en detalles. Siempre que estaba a solas conmigo, o con Inna, se comportaba como un amigo, lo malo era cuando estaba delante de Mikola o

alguno de los Korsakov, ahí se convertía en otra persona, en una que no me gustaba.

Al acabar las clases, las chicas me esperaron para irme con ellas.

—No sé si será buena idea —le dije, acercándome a ellas.

—No seas boba, vamos —me animó Laryssa.

—Pero ... —protesté.

—No lo puedes evitar siempre. Cuanto antes os encontréis, antes podréis arreglarlo —añadió Nitca.

—Seguro —dije de forma irónica.

—Te esperamos en la puerta —me informó Laryssa.

Nos sentamos en una de las mesas del Baltika, en nuestro lugar habitual, al fondo del local. Estábamos todos excepto Miki y Zoria. Los demás no hicieron ningún comentario sobre el motivo de su ausencia o dónde estaban.

El martes no tuve tan buena suerte, estaban todos, Miki y Zoria incluidos.

El primero ni me miró cuando me senté al lado de Aleksei. Por mi parte, no me molesté, como si no estuviera en la misma mesa que yo. Notaba su mirada clavada en mí. Él creía que no me daba cuenta, pero lo veía al voltear los ojos. Ambos evitamos hablarnos directamente, no pensaba ser yo la que diese el brazo a torcer, fue él quien tuvo la culpa.

El miércoles, Borak me invitó a cenar. Decidimos parar a tomarnos una cerveza en el Baltika. Mejor dicho, él lo decidió. El capullo de mi amigo lo hizo aposta.

Las chicas sabían que iría con él, por lo que al vernos allí no se sorprendieron. En cambio, el resto me miró con los ojos fuera de las órbitas. Sabía que estarían allí, pero no que el imbécil de Borak se quisiera pavonear por delante de ellos, pese a mis advertencias antes de entrar.

—Hola, chicos —los saludé al pasar.

Todos me respondieron, excepto Miki, que me miraba apretando la mandíbula.

—Mejor nos sentamos allí —dije, señalando una mesa bastante alejada de mis amigos.

—¿Por qué? —preguntó divertido mirando a Miki, que parecía a punto de echar humo por las orejas.

—No quiero otro numerito. —Lo miré seria.

Nos tomamos una cerveza, pero no soportaba estar bajo las atentas miradas de mis amigos, sobre todo la fría mirada de Miki. Borak protestó por irse,

pero no me importó, a mí no me divertía tanto la situación como a él.

—Puedes quedarte si quieres —le dije seria—. Si tan divertido te parece esto, hazlo, pero yo me largo.

—Está bien, voy a pagar —aceptó, levantándose y alzando las manos en son de paz.

—Espérame en la barra, voy a despedirme de ellos —le indiqué señalando con la cabeza hacia los chicos.

—Nosotros nos vamos —informé, quedando al lado de Nitca.

—Mañana te recojo a las nueve. —Nitca me sonrió.

—Claro, pasadlo bien.

Antes de girarme, la voz de Miki me detuvo:

—Seguramente lo pases mejor tú que nosotros. ¿Qué eres?, ¿el nuevo juguetito de Borak?

Otra vez tratándome como una fulana. Ese tipo no se cansaba.

—Si esto fuera un juego, Miki, yo sería la ganadora, no el trofeo —le respondí mirándolo con una sonrisa de suficiencia.

Todos me contemplaban perplejos, excepto Nitca y Laryssa, que intentaban aguantar la risa. Miki, en cambio, podría matarme con su mirada. Me fui antes de que contestase.

Miki

—Esa sí que ha sido buena, Miki —se burló Venyamin.

—Te ha dejado sin palabras, eh. —Rio Zoria.

Su actitud me sacaba de mis casillas. Cuanto peor la trataba yo, más arisca e indiferente me respondía ella. No soportaba verla con nadie, y menos con Borak, fuésemos claros. Era mi enemigo desde que tenía recuerdos, que él estuviese con ella me volvía loco.

—Estás celoso —me acusó Laryssa.

—Admítelo, Miki, te gusta —añadió Nitca.

—Dejadme en paz —contesté de forma brusca.

No quería reconocerlo, pero estaba celoso. Nunca me había pasado, pero al verla entrar con Borak la rabia se abrió paso en mi interior. Quería ser yo quien estuviese con ella, a quien le sonriera, llevarla a cenar... Debería admitir que me gustaba, otro sentimiento nuevo. ¡Si solamente con mirarme hacía que el suelo temblase bajo mis pies! Se estaba apoderando de mis pensamientos y acciones, cosa que me enfurecía, pero no podía evitarlo, no

sabía cómo ni si quería hacerlo.

Al día siguiente, como todas las tardes, fuimos tomarnos unas cañas al Baltika. Al verla entrar algo dentro de mí se removió. Ella pasó de largo para sentarse con Aleksei y Nitca, lo más alejada de mí que le permitió la mesa. Su imagen del día anterior entrando con Borak vino a mi mente. Sentí la rabia correr por mis venas y solté lo primero que se me ocurrió:

—¿Te has cansado de Borak?

—Lo que me está empezando a cansar es tu estúpido comportamiento, Miki.

—¿Ya te lo has tirado? ¿Qué tal fue?

No sabía por qué lo seguía haciendo, pero me divertía molestarla, que se enfadase, que hiciese esa mueca que tanto me gustaba y que me mirase como si quisiera arrancarme la cabeza.

—¿Qué es lo que te molesta?, ¿qué salga con otros?, ¿es eso?, ¿estás celoso?

—Más quisieras, pequeña.

—¿Sabes, Miki? Si tanto te molesta, invítame tú a salir, así te asegurarás de que no acabe en una cama que no sea la tuya.

Sus palabras me dejaron de piedra. ¿Por qué al final siempre era yo el que quedaba como un imbécil? Lo peor fue que no se molestó en negar que se había acostado con Borak. No podía haberlo hecho, ¿o sí? No le contesté. ¿Qué podía decir?, ¿que quería estar con ella a cada momento?, ¿que no podía dejar de pensar en ella?, ¿que me volvía loco al recordar cómo me sentí en sus brazos? No podía, ella me había dejado claro que solo fue sexo, lo mismo que habría tenido con Borak. No podía arriesgarme a su rechazo.

Cogí mi cerveza y bebí un buen trago.

El silencio que reinó durante nuestra pequeña disputa se fue llenando con las voces de mis amigos.

El resto de la tarde me evitó. Me lo tenía merecido, por gilipollas. ¿Cómo no iba a hacerlo si no hacía más que provocarla con insultos?

Suspiré cuando se marchó con Aleksei. Debía ser yo quien la llevase a casa, sin embargo, me quedé en la puerta mirando cómo se alejaban.

Noté que alguien me agarraba del brazo, pero antes de girarme para ver de quién se trataba, rompió el silencio:

—Si sigues así, solo conseguirás alejarla.

—¿Más todavía?

—Hasta que ya no te quiera ni ver. —Rio Nitca.

—¿Y qué hago, Nit?

—Empieza por aceptar que sientes algo por ella.

—Creo que eso está más que claro, pero, y ¿si ella no siente lo mismo?

—Decide tú si vale la pena intentarlo.

Por supuesto que valía la pena, la recompensa sería tenerla. En caso de que no lo consiguiese... Prefería no pensar en eso. Lo que tenía claro era que si seguía comportándome como un gilipollas, la perdería antes de tenerla.

Solo la idea de tenerla para mí, que ella sintiera lo mismo, me provocaba mariposas en el pecho.

¿Mariposas? Estaba peor de lo que creía. Me estaba volviendo tan cursi como Murik y Venyamin.

Al llegar a casa, mi padre me estaba esperando.

—Avisa a los chicos, tenéis que recoger la mercancía.

—¿A qué hora llega?

—Sobre las tres de la mañana. Debe ir directa para Tallin. Borak y Mikola os acompañarán.

—¿Has llamado a Vladik?

Vladik era un inspector corrupto, nuestro aliado desde hacía años. Se encargaba de dejarnos las carreteras libres a cambio de un buen fajo de billetes. Tenía mucha mano y muchos compañeros como él dispuestos a vender su lealtad por un buen precio.

—Todavía no.

—Lo haré yo —dije, metiendo la mano en el bolsillo y caminando hacia las escaleras.

—Quiero que la lleves tú mismo. Son más de ciento cincuenta millones de rublos en cocaína y heroína.

—De acuerdo. Voy a llamar a los chicos, te avisaré cuando la dejemos.

Subí las escaleras hablando con Murik.

—A las dos te recojo, tenemos trabajo.

—Bien —respondió, y ambos colgamos.

Marqué el número de Vladik, que no tardó en contestar. Sabía que cuando llamábamos era por trabajo y él estaba tan metido en la mierda como nosotros.

—Mikhail —saludó.

—Vladik, quiero vía libre hasta Tallin.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Necesito hacer unas llamadas.

—Date prisa, la merca llega sobre las tres de la mañana y no quiero tenerla parada. Debe salir cuanto antes.

—Te llamo en un par de horas.

Después de darme una ducha, me metí en cama. Necesitaba descansar un rato, nos esperaban unas once horas de coche hasta volver a casa.

Mi móvil no tardó en sonar.

—¿Sí? —contesté sin mirar quién era.

—Todo listo, Mikhail, pero los de la frontera quieren más dinero del estipulado.

—Le daré lo que piden si todo sale como debe.

—¿Quién llevará la merca?

—Yo.

Poco antes de las tres, recogí a Murik y nos dirigimos a la nave. Borak y Mikola nos esperaban al lado del coche fumándose un cigarro.

—Id saliendo para comprobar la ruta —les ordené.

—Bien, ¿dónde quedamos? —preguntó Borak.

—En Tallin. Os mando ahora la ubicación de la nave donde debemos dejar la mercancía.

—Nos vemos allí —se despidió Mikola.

Siempre trabajábamos así: dos de nosotros iban abriendo camino y otros dos detrás, de coche escoba, para asegurarse de que todo iba bien. Algunas veces se nos unía un tercero, pero en pocas ocasiones nos veíamos en peligro como para llevarlo. El que iba con la merca siempre solía ser yo. No había persona en quién confiase más que en mí mismo.

El camión no tardó en llegar y, tras comprobarlo, nos pusimos en marcha.

Esa vez decidimos camuflar la mercancía, era demasiada para arriesgarnos a llevarla destapada. Sabía que no habría problemas, pero nunca estaba de más prevenir. Si alguien abría el camión creería que eran simples electrodomésticos, cuando en realidad estaban llenos de cocaína y heroína.

Completamos el trabajo con éxito, no lo dudaba.

Ahora que íbamos de vuelta solo pensaba en ver a Babette. Murik iba al volante esa vez, mientras que yo echaba una cabezada en el asiento del copiloto.

—Vaya compañía me haces, tío —se quejó Murik despertándome.

—¿Cuánto queda?

—Unas dos horas, todavía.

—¿Por qué me despiertas entonces?

—Me aburro —respondió, encogiéndose de hombros.

—Yo soporté tus ronquidos en la ida —protesté—. Me las pagarás.

Murik se echó a reír.

—¿Vendrás al Baltika? —le pregunté saliendo del coche para cambiar de asiento. Él se quedaba en su casa, yo iría a la mía a dormir un rato.

—Probablemente.

Por muchas ganas que tuviera de verla, sabía que hasta después de trabajar no iría al Baltika, así que yo dormiría unas cuantas horas.

—Levanta...

Me di la vuelta para seguir durmiendo.

—Joder, Miki, despierta. —Sentí el impacto de algo blando en mi cabeza —. ¡Arriba! —gritó finalmente, destapándome.

—¿Qué prisa tienes, Zoria?

—Son más de la nueve de la noche.

—Me he quedado dormido.

Me levanté y me fui directo hacia la ducha. En quince minutos estaba listo. Cogí las llaves de mi coche y salí con Zoria pisándome los talones.

—¿A qué viene tanta prisa ahora?

—Tú lo has dicho, es tarde.

—¿Cómo ha ido?

—Perfecto. ¿Y Murik?

—Estaba sobando, pero cuando salí a buscarte entraba Nitca, así que hay dos opciones: que no tarden o que no aparezcan.

Todos estaban sentados en nuestro lugar de siempre, excepto Nitca y Murik, que se habrían decantado por la segunda opción. Mis ojos se posaron directamente en ella, en su oscura melena recogida en un moño desordenado, dejando que algunos mechones de pelo acariciasen su cara.

En el movimiento de sus labios al hablar, el brillo de sus blancos y pequeños dientes cuando se reía, y, sobre todo, en sus ojos. Lo que más me llamaba la atención no era su color verde esmeralda, si no la profundidad de su mirada, su intensidad, su brillo. Cuando me miraba era como si hurgara en mi interior, desnudándome el alma.

Giró la cabeza hacia Laryssa, sin saludarme siquiera. No esperaba otra

cosa. Desde que follamos me había comportado como un cabronazo. Cogí una silla de otra mesa y la situé a su lado.

—Hazme un hueco, anda —le dije a Venyamin.

Me senté entre Babette y él, que no se molestó en mirarme. Cogí la cerveza que me pasó Zoria y le di un trago antes de hablar:

—Buenas, pequeña.

—Ey —respondió sin mirarme.

Intenté meterme en la conversación que mantenía con mi hermana y Aleksei, pero se limitó a contestar con monosílabos.

—¿Qué tal el día?

—Bien.

—¿Te gustan las clases?

—Sí.

Estaba seguro de que se mordía la lengua para no mandarme a la mierda, pero seguí insistiendo:

—¿Vendrás mañana a la fiesta?

—Sí.

No sabía qué decirle. Después de una hora de intentos, seguía respondiendo con no más de una palabra.

—¿Quieres otra cerveza, Babette? —le ofrecí.

—No, ya me marcho.

—¿Te llevo? —Parecía una especie de orden en vez de una pregunta.

—No —respondió tajante.

—Quiero hablar contigo.

—Ya has dicho suficiente estos días.

—Por favor —le pedí, posando una mano en su rodilla.

Miró mi mano sobre su pierna, después a mí fijamente y suspiró.

—Vamos —me respondió levantándose de la silla.

No creí que aceptaría. Sonreí satisfecho, viéndola caminar delante de mí hacia la salida y al coche sin mirar atrás. Una vez dentro, antes de que me diese tiempo de arrancar, Babette ya tenía la mano sobre el reproductor de música.

Recorrimos la mitad del camino con Bon Jovi rompiendo el silencio. Ella se limitaba a mirar por la ventana mientras yo me debatía sobre cómo empezar a disculparme.

—Babette.

Prefería llamarla «pequeña», pero no podía forzar las cosas, debía ir con cuidado. Mi pequeña. ¡Sonaba bien!

—¿Uuum? —preguntó, girando la cabeza para mirarme.

—Lo siento, siento haberme portado...

—¿Como un cabrón? —atajó.

—Exacto —respondí, sonriendo de lado.

—Te pasaste de la raya, Miki.

—Lo sé, y lo siento.

—¿Qué quieres ahora?, ¿qué seamos amigos? —preguntó con sorna.

—Eeem —comencé a rascarme la nuca—. Algo así.

—Será un alivio para el resto. —Volvió su mirada hacia la ventana.

¿Amigos? Yo no quería ser su puto amigo. No podía ser amigo de alguien que hacía que temblase con solo una mirada. Ella no era como Nitca ni como Galina, ellas dos, junto con mi hermana, eran mis únicas amigas. Pero con mi pequeña había una gran diferencia: mis ganas de besarla a cada momento.

—Buenas noches, Miki —se despidió cuando me paré al lado de su edificio.

—Espera, ¿te recojo mañana para ir a la fiesta?

—Mejor nos vemos allí.

Salió del coche sin darme tiempo a contestar. ¡Genial! Era obvio que seguía molesta conmigo. Podía que solo hubiera aceptado llevarnos bien porque salíamos en el mismo grupo. Ella misma había dicho que sería un alivio para los demás. Negué con la cabeza para deshacerme de esa idea.

Dabria

Sonreí satisfecha al entrar en mi apartamento. Sin duda, Miki estaba interesado en mí. Poco a poco iba cayendo en mis brazos. Se equivocaba si pensaba que conmigo podía hacer lo mismo que con las otras. Pobre iluso, no sabía cuán confundido estaba. Yo estaba allí para acabar con él, no para enamorarme. Esta vez él sería la víctima. Mikhail Korsakov se había convertido en la presa. Una presa demasiado apetecible. Cualquiera mujer estaría encantada en sus brazos. ¿Por qué negarme ese placer si se me presentaba? Era importante disfrutar del trabajo.

Era sábado por la tarde. Me levanté del sofá para prepararme para la fiesta. Me arreglé a conciencia, quería estar espectacular, tanto, que cuando Miki me viese no pudiera apartar los ojos de mí. Me puse un vestido rojo, pegado al cuerpo hasta mi cadera, desde donde la tela bajaba al caer hasta los pies. Tenía un pronunciado escote en pico acabando atado a mi cuello. La espalda al descubierto hasta la curva de mi trasero. Me calcé unas sandalias plateadas demasiado brillantes, muy altas y, aunque pareciese mentira, cómodas gracias a sus múltiples tiras que acababan abrochándolo a mi tobillo. Me hice un moño alto, el típico que se hacía con una rosca, fácil y elegante. Me maquillé de manera sutil, pero resaltando mis gruesos labios de un rojo intenso, igual que el vestido y finalmente admiré mi trabajo en el espejo. Lo hice bastante bien para ser Laura la que se ocupaba de aquello siempre.

Me puse unos pendientes largos, plateados, a juego con una pulsera. La pulsera de Pandora de cuerda negra no iba demasiado bien con mi vestimenta. A regañadientes, después de un debate interno, decidí quitármela. Se contaban las veces que lo había hecho, era el último regalo que me había dado mi abuela antes de morir.

El timbre sonó, así que cogí mi cartera plateada donde no cabía gran cosa y un pañuelo negro para taparme del frío.

Subí al coche de Venyamin. Laryssa y Galina ya estaban dentro.

—Estás guapísima —me piropeó Laryssa.

—Eso espero, llevo toda la tarde intentándolo —bromeé.

La fiesta era en uno de los restaurantes más lujosos de San Petersburgo.

Las familias más poderosas de Rusia se juntaban para despedir el verano. El dinero, el poder y el glamour estaban presentes en cada uno de sus invitados, que posaban con sonrisas fingidas ante las cámaras. Nunca me había visto en un evento de tanta clase, solo en las páginas de las revistas.

Subí las escaleras al lado de Galina. Los *paparazzis* se aglomeraban en las vallas de seguridad sin dejar de disparar sus *flashes* cegadores a toda persona que pusiese un pie en la escalera. Apuré el paso para entrar cuanto antes, aquello me ponía nerviosa.

Buscamos a nuestros amigos con la mirada. Más bien, ellos buscaron, yo me concentré en calmar mis nervios. Estaban acostumbrados a esos eventos... Se desenvolvían como peces en el agua, en cambio, yo me sentía como un pollo en una piscina.

El local era precioso. Estaba decorado en tonos beis. Al mirar hacia arriba vi el gran techo abovedado del que colgaban grandes lámparas de araña color champán. Mis tacones repiqueteaban en el suelo de mármol. Miré hacia abajo disimuladamente para comprobar que no había dejado ninguna grieta.

«¿Cómo algo puede ser tan fuerte y tan delicado a la vez?».

A mi izquierda había una gran barra de madera oscura que ocupaba todo el lateral, desde el inicio hasta casi el final, donde había un pequeño palco improvisado con unos cuantos músicos. Los camareros pasaban con bandejas llenas. Estaban vestidos de traje negro, pero la chaqueta era sustituida por unos llamativos chalecos de color verde botella, a juego con la pajarita.

Observé a la gente al pasar, se agrupaban en corros para elogiarse entre sí.

—Estás guapísima —escuché decir a una mujer con la sonrisa más falsa que podía dar.

Pasé por el lado de la madre de Borak. Las que estaban con ella debían ser sus amigas, todas con la misma sonrisa dejando entrever sus blancos dientes, las tetas operadas y el pecho hinchado de meter la barriga hacia dentro para que no se le notase la tripa en esos vestidos tan ceñidos.

—Gracias, señora Kostka —respondí educadamente.

Nuestros amigos estaban en el centro del salón. Pude ver a Nitca sonreír con Murik, a Zoria hablando con su madre y a Miki ofreciéndole una copa a su padre. Habían ido todos, la familia Korsakov y amigos al completo. Formaban un gran grupo, pero podía ver cómo cada uno se las arreglaba para hablar con quien más le apeteciese.

—Hoy estás de muerte, morena —me elogió Zoria cogiéndome la mano y

haciendo que girase sobre mí misma.

—Gracias —le respondí con una sonrisa—. Tú tampoco estás nada mal.

—Estás preciosa —me susurró Miki desde atrás. Pude notar su cálido aliento rozar mi nuca.

—¿No puedes acercarte por delante como una persona normal? —fingí que me molestaba.

—Yo no soy como el resto, pequeña. —Me sonrió.

El traje le sentaba de muerte. La mayoría de las mujeres creíamos que un hombre en traje era lo más *sexy*, pero Mikhail Korsakov se salía del prototipo. Era elegante pero desenfadado, amable pero exigente.

Me habría encantado desabrocharle la corbata para besar su cuello, recorrer con mis manos su duro pecho, sentir la calidez traspasar su camisa, bajarle despacio la chaqueta por los hombros, sentir sus músculos contraerse con mi tacto, desabrocharle los botones de la camisa, uno a uno, a la vez que pasaría mi lengua desde su cuello hasta la goma de sus bóxers... Sacudí mi cabeza. No podía pensar en sexo, menos cuando tenía al culpable observándome como si yo fuera la presa y él un león.

Me acerqué a las chicas para que me entretuviesen antes de que mis bragas acabasen empapadas. Poco después, nos hicieron pasar al comedor. Grandes mesas redondas estaban colocadas con los nombres de quienes debían ocuparlas. Me recordó a las bodas en Madrid; las mesas estaban enumeradas y debías sentarte en la que te correspondía. Las sillas estaban tapizadas alternando tonos verde y dorado. Los manteles eran beis, sencillos, a juego con las servilletas, y en el centro de la mesa había un candelabro con tres velas verdes encendidas.

Nuestra mesa contenía los nombres de cada uno de nosotros; del grupo al completo y el mío.

Me senté al lado de Nitca, y Miki lo hizo entre Zoria y yo. No podía protestar, habíamos quedado en ser amigos. Pero con él vestido de traje no era la mejor forma de empezar.

¿Cómo podía fingir ser su amiga si quería abalanzarme sobre él?

—Babette —escuché.

Conocí su voz incluso antes de levantarme para saludarlo.

—¿Qué tal, Borak? No te he visto antes.

—He llegado tarde. Estás preciosa —me elogió, dándome un beso en la mano como un caballero.

—Gracias —respondí haciendo una reverencia a la vez que sonreía.

—Guárdame un baile.

—Por supuesto.

Borak se alejó hacia su mesa. Cuando me senté, noté la mirada de Miki clavada en mí. Me giré y vi que tenía la mandíbula apretada. Estaba celoso otra vez.

—Parece que os lleváis cada vez mejor.

—Se está convirtiendo en un buen amigo.

No respondió, cogió la copa de vino y le dio un largo trago.

La cena estaba exquisita, y por suerte pude alejar los pensamientos morbosos. La velada pasó entre risas y chistes por parte de todos.

—Como sigas bebiendo no podrás levantarte —le regañó Murik a su hermano.

—Es la mejor forma de olvidarme de cuánto me aprieta la corbata en la nuez —se excusó Zoria tirando de la susodicha para aflojarla.

—No digas estupideces —soltó Venyamin.

—No será hoy la primera vez que me saquéis a rastras de esta fiesta.

Los nervios se habían ido disipando, me sentía cada vez más cómoda. No importaba lo glamurosa que fuese la fiesta o que ellos fueran los más famosos, seguían siendo igual que siempre, como si estuviésemos en el Balitka tomándonos unas cerezas.

Al terminar la cena fuimos de regreso al salón.

—Empieza la fiesta —informó Zoria.

—Para ti se está acabando, dirás —lo corrigió Laryssa.

—Aquella... —dijo mirando a un grupo de chicas que estaban cerca de la barra—. Sí, me gusta. —Se alejó de nosotros y se fue directo a por su presa.

—Me gustaría presentarte a alguien —me dijo Aleksei.

—Claro. ¿De quién se trata?

—Ya lo verás.

Nos acercamos a un grupo de hombres y mujeres, muchos de ellos estaban antes con los Korsakov. Aleksei se acercó a un señor mayor, con el pelo y la barba blanca.

—Abuelo —saludó, posando una mano en el hombro del señor.

—¡Oh! Ven aquí. —Tiró del brazo de Aleksei y lo abrazó con efusividad. Sonreí ante esa muestra de cariño.

—Quiero presentarte a alguien —dijo Aleksei separándose y tirando de mi

mano para que me acercase.

—¿Quién eres tú, hermosa joven? —El abuelo me sonrió con dulzura.

—Me llamo Babette Lévesque, señor, encantada de conocerlo —lo saludé, tendiéndole la mano.

—¿Francesa? Oh, ven aquí —respondió en francés, y tiró de mí para darme un abrazo—. Por fin alguien de mi tierra.

—Os dejo un rato —dijo Aleksei.

—¿Usted también es francés, señor?

—Sí, de París. ¿Y tú?

—De Marsella. ¿Lo echa de menos?

—Mucho, cada día, pero menos de lo que añoraría a mi familia.

El señor Bonnet era adorable, me recordaba a mi abuelo, un señor grande y fuerte con un corazón de oro. Hablamos bastante. El tiempo me pasó muy deprisa charlando con él.

—Suegro, ¿no piensa dejar a la joven divertirse?

—Por supuesto, solo le robaré unos últimos minutos para un baile.

—Soy Sacha Volkov, el padre de Aleksei —se presentó, tendiéndome la mano.

—Es un placer.

Al acabar la pieza, la madre de Miki se acercó a mí a paso apurado.

—Babette, nos encantaría verte bailar con Viktor. Es un excelente bailarín —me informó, mirando por encima del hombro a un chico rubio que charlaba con Miki y Aleksei.

—Será un honor. —Caminé tras ella.

—Viktor, ella es Babette.

El chico me tendió una mano y sonrió con amabilidad.

—He oído hablar mucho de ti.

—Espero que todo bueno. —Le devolví la sonrisa.

Miki y Aleksei nos observaban sin decir nada. Fue Dara la que habló de nuevo:

—Iré a presentaros, vosotros poneos de acuerdo, pero recordad que tengo predilección por el tango.

—En ese caso, no tenemos elección —le dije a Viktor.

—¿Quieres alguno en especial?

—*¿Dance me to the end of love?*

—Buena elección. —Hizo un movimiento con su brazo para que me

agarrase de ganchete.

—Un momento.

Busqué a Nitca con la mirada.

—Nitca, necesito tu ayuda.

—Claro —me respondió—, ¿de qué se trata?

—Necesito recoger el vestido para no pisarlo al bailar.

—Por supuesto, espera un segundo.

Salió disparada hacia la barra y en menos de cinco minutos tenía el vestido recogido con unos imperdibles en la cintura, dejando mis piernas al aire.

—Te debo una —le agradecí, besándola en la mejilla.

—Me bastará con verlos a todos boquiabiertos.

Tras una breve presentación llena de elogios, la gente formó un gran círculo en el salón para dejarnos espacio. Viktor se acercó a los músicos para pedirle la pieza. Cuando volvió al centro, tomó mi mano y nos colocamos para empezar. Posé mi brazo izquierdo sobre su hombro a la vez que él posaba su derecho en la mitad de mi espalda desnuda. La otra mano la unimos a la altura de nuestras miradas y nos acercamos hasta juntar nuestro pecho.

Cuando la música empezó a sonar, dejé de escuchar el poco ruido que hacía la gente, transportándome a otra realidad en la que solamente existíamos la música, mi pareja y yo. Dejé la música inundar mi alma y comencé a seguir sin esfuerzo los pasos de Viktor, que resultó ser un excelente bailarín.

Al girarme, vi a Miki observándome embobado y me vinieron a la mente las palabras que siempre decía mi abuela: «Incluso la mujer más fea y malvada de la Tierra, puede enamorar a cualquier hombre si sabe cómo bailar».

Había llegado el momento de comprobar si sus palabras eran ciertas.

Miki

Los pies se me anclaron al suelo, los vellos se me pusieron de punta y mis ojos perseguían sus movimientos como si estuviera hipnotizado. Me arrepentí de no haber tomado las clases de baile en serio, en ese momento sería yo quien estuviera ahí, agarrando su espalda desnuda, tomando su mano para hacerla girar, siendo el objeto de su seducción. Eso era lo que parecía, un juego de seducción en el cual Babette hacía que su cuerpo se moviera sensualmente para enloquecer a su pareja. A todos los hombres en general. Conmigo lo estaba consiguiendo.

Observé a la gente a mi alrededor, ninguno apartaba la vista de la pareja. Se escuchaba algún murmullo de aprobación, pero no separaban la vista.

Al dar una vuelta, el profundo verde de su mirada penetró directamente en mí, provocándome un torbellino de sensaciones. Fue, en ese preciso momento, cuando me di cuenta de que la necesitaba a mi lado, que cada poro de mi piel anhelaba una caricia suya.

«¿Será amor lo que siento?».

Nunca había estado enamorado, pero decían que la persona amada se convertía en el timón de tu vida, en el sol de tu alma y en la luna de tu corazón. Los más cursis decían sentir mariposas revolotear en el pecho, y yo las empezaba a sentir cada vez con más fuerza.

Su cuerpo desprendía deseo, hermosura y perfección. Movía cada parte de manera sensual, transformando lo vulgar en sensual. Sus movimientos eran sutiles, sin esfuerzo, pero cargados de energía. Ahora entendía sus palabras, cobraban vida al verla bailar.

—Es preciosa, ¿verdad, Miki? —comentó mi madre poniéndose a mi lado.

—Tanto que a veces pienso que puede desvanecerse en cualquier momento, como un ángel —contesté sin dejar de mirarla.

—Entonces conviértete en su cielo.

Las palabras de mi madre eran profundas, sabía que sentía algo por ella, la verdad era que todos se habían dado cuenta, quizá ella también.

—Miki —Murik pasó una mano por delante de mi cara—, ¿estás ahí?

—No, se ha quedado embobado —añadió Venyamin.

—No ha desviado la mirada ni un segundo —se burló Aleksei.

—Saca las manos de los bolsillos y aplaude —me ordenó Nitca, dándome un golpe en la cabeza.

No me había dado cuenta de que el público aplaudía con efusividad. Muchos de ellos silbaban y gritaban halagos. Viktor agarró la mano de Babette y juntos hicieron una reverencia. Mi pequeña sonrió alegre y dio las gracias al público. La gente dejó de aplaudir, se dispersó por el salón, algunos hacia la barra y otros agarrando a su pareja para bailar.

Busqué con la mirada a Babette y la vi alejarse con Viktor hacia la barra donde mi madre los esperaba con los brazos abiertos. Este llevaba el brazo por encima de los hombros de mi pequeña, y vi cómo se acercó a su oído. Los celos me hacían temblar, así que decidí no mirar más, no era momento para una escena.

—Será mejor que te des prisa —me advirtió Venyamin.

—¿Eh?

—Cuanto más sigas con nosotros, más te alejarás de ella —explicó, mirando hacia la pista.

—Algunos no pierden oportunidad. Tendrás que pedir turno —añadió Murik posando su mano en mi hombro con una gran sonrisa en la cara.

—¿Te estás burlando de mí? —Se me escapó una risa, arruinando mi propósito de mostrarme enfadado.

—No, solo digo que no eres el único interesado en ella —respondió.

—Lo sé —dije mirando con rabia cómo Borak bailaba con Babette.

Muy poco después, me acerqué a ella justo a tiempo para pedirle el siguiente baile.

—¿Puedo ser el siguiente, pequeña?

—Claro. Nos vemos luego, Borak —se despidió de él con una sonrisa—. Creía que no te gustaba bailar —comentó, agarrando mi mano para salir de la pista.

—Contigo me gustará. —Paré de caminar y tiré de ella para que hiciera lo mismo.

—¿Sabes cómo hacerlo, al menos? —me desafió con la mirada.

—Enséñame.

La verdad era que solo sabía bailar lo básico, lo que habíamos aprendido con catorce años en las clases que obligatoriamente nos mandaban tomar. Nunca necesité aprender más, era suficiente para los eventos, y en las discotecas nada tenía que ver.

Una canción lenta empezó a sonar. Babette me guio hacia la multitud de parejas que ocupaban la pista de baile.

—Bien —dijo, quedándose frente a mí, posó una mano en mi hombro y con la otra me agarró la mano izquierda—. Pon tu brazo derecho en mi espalda, de forma que el mío parezca apoyado en el tuyo.

Hice lo que me pedía. Ella se acercó hasta que nuestros pechos se rozaron.

—¿Es un sacrificio para que te perdone? —me preguntó, estirando el cuello para mirarme a los ojos.

—No lo había pensado, pero ¿me perdonarás entonces?

—Procura no pisarme.

Bajó la cabeza y la pegó a mi barbilla.

Empecé a seguir sus movimientos mientras su dulce olor y su suave tacto

invadía mis sentidos.

—¿Te ha gustado? El baile, quiero decir.

—Demasiado. Pero debería estar prohibido que bailaras así —bromeé.

—Pero ¿qué dices? —preguntó molesta.

—También debería estar prohibido ser tan hermosa —añadí.

—Estás loco —dijo riéndose.

—Creo que tú sabes perfectamente cómo volverme loco —le susurré al oído.

—Aún no has visto nada —me respondió trasladando su mano de mi brazo a mi nuca.

Si fuera otra no dudaría en llevármela en ese mismo momento a la cama. No lo hice, no por falta de ganas, sino porque ella me importaba y quería hacerlo bien.

—¡Oh! Estaba buscando a la joven que ha bailado el tango y mira dónde está. —Mi abuelo se acercó a paso decidido.

—¿Y para qué, abuelo? —le pregunté, separándome a regañadientes de Babette.

—Para pedirle un baile, ¿para qué si no?

—Pero si todavía no ha acabado la canción —protesté.

—No importa, te la devolveré pronto —me respondió, ofreciéndole la mano a mi pequeña.

Babette rio con ganas, al pasar por mi lado me guiñó un ojo y le dijo a mi abuelo:

—Será un placer, señor, su nieto me ha pisado unas diez veces.

—Jajaja, entonces he llegado para rescatarte.

Fui a por una copa a la barra y observé cómo Babette y mi abuelo se reían a carcajadas.

¿Podía estar más hermosa?

A saber lo que le estaría contando. Parecía contenta, y eso me hacía sonreír.

Al acabar la canción, bueno, la canción y media, mi abuelo vino directo hacia mí con ella del brazo.

—Aquí la tienes, Miki. —Me ofreció la mano de Babette mientras ella sonreía.

—Ha sido un placer, señor Korsakov. —Le dio un beso en la mejilla.

—El placer ha sido mío, hermosa Babette. Espero verte pronto.

¿También los abuelos estaban embobados con ella?

Dabria

El viejo Korsakov era muy simpático, no había parado de bromear durante el poco tiempo que habíamos bailado. Me recordaba a sus nietos.

—¿Vamos a buscar al resto? —le pregunté a Miki.

—Claro, allí están —señaló hacia el final de la barra.

Pasó una mano por mi cintura y nos encaminamos hacia el grupo. La gente nos observaba al pasar, pero a Miki parecía no importarle, a algunos los saludaba con un gesto de cabeza y a otros ni siquiera eso.

—No tan rápido, preciosa —se escuchó decir a una voz.

Noté cómo el brazo de Miki se tensaba a mi alrededor y, antes de que me diese tiempo, contestó sonando más tranquilo de lo que parecía:

—Ya tiene pareja, Mikola.

—¿Tú? No me hagas reír, Miki —se burló.

—No bailarás contigo —aseguró Miki.

—Ella no es tuya —respondió él sonriendo.

—Estoy cansada, Mikola, quizá más tarde —contesté.

Caminé enfadada con Miki pisándome los talones.

—¿Qué te ocurre? —Agarró mi mano para que parase de caminar.

—Soporto a Mikola tan poco como tú, pero en una cosa tiene razón: no soy tuya, no soy de nadie.

—Yo lo soporto menos, créeme.

—No vuelvas a contestar por mí.

—Lo siento, es que...

—Ni que fuésemos críos para andar con peleas de machos.

—¿Por qué peleáis? —preguntó Nitca, observándonos con las cejas levantadas.

—Miki cree que aún está en el instituto.

—¿Si no he hecho nada! —soltó él exasperado.

Nitca comenzó a reírse. Yo caminé para ponerme en medio de Laryssa y ella, mientras, Miki agarró a Murik del brazo y se lo llevó a la barra.

Estaba mal acostumbrado a coger, hacer y decir todo lo que le diera la gana sin que nadie protestara, pero yo no era una pieza de ajedrez que podía mover a su antojo. Lo que más apreciaba de mí era mi libertad, mi poder absoluto de decidir qué hacer. Me gustaba hacer las cosas por mí misma, para

que ahora viniese un mimoso niño rico a cambiarlo. Eso no se lo permitiría, ni siquiera por toda aquella pantomima.

—¿Puedo llevarte a casa o intentarás tirarme del coche en marcha? —me preguntó Miki cuando llegó la hora de irnos.

—Tendrás que averiguarlo, aunque yo de ti evitaría los barrancos, son muy tentadores.

Entramos en el coche deprisa, las noches cada vez eran más frescas.

—¿Estás enfadada?

—Molesta.

—¿Por qué? Siento lo que pasó con Mikola, pero lo detesto.

—Ya lo has dicho, y ya lo sé; pero no te da derecho a decidir por mí.

Miki suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Si quieres que nos llevemos bien, tienes que tener clara una cosa: no soy una muñeca que puedes gobernar a tu antojo. En mi vida mando yo. Yo decido lo que quiero, cuándo lo quiero y con quién lo quiero. Lleva mucho tiempo siendo así para que tú intentes cambiarlo.

—Lo siento, ¿vale? Es mi forma de ser, estoy acostumbrado a hacer lo que me da la gana sin preocuparme por lo que piensen los demás.

No esperaba tanta sinceridad. Había reconocido que era un consentido, eso era bueno.

—Conmigo las cosas no funcionan así.

—Me estoy dando cuenta de ello, créeme. Pero dame tiempo para acostumbrarme.

Aparcó en la puerta de mi edificio, salió del coche y lo rodeó para aguantar mi puerta mientras salía. Yo lo miré interrogativa.

—Te voy a acompañar arriba —dijo como si fuera obvio.

—No es necesario —respondí mientras abría la puerta del portal.

—Tengo que asegurarme de que no tuerces un pie con esos tacones.

Se acercó al ascensor, en cambio, yo me dirigí a las escaleras. Me miró sin comprender cuando empecé a subir.

—¿Qué haces?

—No me gustan los ascensores. —Sujeté mi vestido para no enredarlo en los pies y caer de bruces.

Escuché las fuertes pisadas de Miki por las escaleras y al momento mis pies dejaron de tener contacto con el suelo.

—¿Qué haces? —Pasé mis manos por detrás de su cuello.

—Cumplir mi misión.

Comenzó a subir las escaleras conmigo en brazos de forma decidida.

—Vivo en el séptimo.

Sus cejas se juntaron y se quedó quieto.

—¿En serio? —Solté una carcajada—. Mentirosa. —Sonrió.

—Tenías que ver tu cara de terror. Por suerte para ti, vivo en este —dije señalando el número tres, pintado en la pared—. Al fondo, el tercero E.

—Muy graciosa.

Me dejó en el suelo con cuidado y caminamos hacia mi puerta.

—No te voy a invitar a pasar —dije entrando en mi apartamento.

—No esperaba otra cosa. —Sonrió.

—Buenas noches.

—Hasta mañana, pequeña —se despidió alejándose hacia el ascensor—.

Mañana te vendré a buscar.

—¿Qué?

—Descansa.

Pude escucharlo reír mientras entraba en el ascensor.

Cerré la puerta y me fui directa a prepararme para dormir. Los ojos me picaban de tener las lentillas tanto tiempo puestas. Era lo que más odiaba, esos pequeños plásticos verdes. Maldita la hora en que alguien los había creado, sin ofender a quien realmente los necesitaba.

24

El timbre sonó, pero no le hice caso, sería alguien que se habría equivocado. Me di la vuelta en cama, pero volvió a sonar, esta vez acompañado de unos golpes en la puerta.

Me levanté y averigüé por la mirilla quién me reclamaba con tanta insistencia.

Miki. Mierda.

Corrí al baño, me lavé la cara y me coloqué las lentillas a la velocidad de la luz.

Los golpes seguían, insistentes. Me miré en el espejo, me sequé las manos con rapidez en el pijama y corrí a abrirle.

—Estaba empezando a pensar que no querías abrirme.

—No pensaba hacerlo hasta que he temido que tirarás la puerta abajo.

Me hice a un lado para que pasase.

—¿Todavía estabas durmiendo?

—Por supuesto, Miki, es domingo. ¿Qué quieres? —pregunté entrando en la cocina.

Encendí la cafetera. Hasta que me tomase un café bien cargado no despertaría del todo, aunque quizá me hiciera falta una dosis doble para aguantar a Miki ya por la mañana.

—Invitarte a comer.

—Aún es hora de desayunar. ¿Café?

—Sí.

Me observaba detenidamente. Incluso pude notar su mirada fija en mí cuando le di la espalda para coger dos tazas.

—¿Galletas, magdalenas, cereales? —pregunté al tiempo que vi lo que podíamos desayunar.

—Lo mismo que tú.

—Magdalenas —dije sacando un paquete y dejándolo sobre la mesa.

Estaba sentado en una silla, parecía totalmente cómodo. No era que me extrañase, era un experto en mujeres, conquistador nato según muchas; pero verlo en mi cocina con aire despreocupado me resultaba algo intimidante, sobre todo si tenía en cuenta que no llevaba más que un *short* y una camiseta de manga corta, sin nada debajo, y, lo más obvio, que yo también era una

mujer.

—¿Qué planes tenías para hoy? —preguntó, tomando una magdalena.

—Descansar.

—Ninguno, perfecto. Así no tienes excusa para negarte.

—No me hacen falta excusas para no salir contigo, Miki.

—Pero lo harás. Mi abuelo me matará si llego sin ti.

—¿Qué tiene que ver tu abuelo en esto?

—Comeremos todos en mi casa para despedir a los abuelos. Me dijo que te viniera buscar.

—Ya..., entiendo, es por tu abuelo que debo ir.

—Sabe que te mueres por mis huesos, no quiere que sufras —dijo sonriéndome.

—Entonces iré cuando le aclares que es al revés.

Demasiado coqueteo para ser tan pronto. Miki dejó atrás su actitud hosca e irritante.

—Es mejor que lo hagas tú, pequeña, a mí no me creerá.

Me levanté y dejé la taza en el fregadero.

—¿Puedo ir en vaqueros o...? —Miki se empezó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Es una comida familiar, pequeña, puedes venir como te dé la gana.

—Pues..., ¿qué te parece si voy sin nada? —pregunté despacio y bajo, con tono sensual, tirando de mi camiseta hacia arriba para dejar al descubierto mi costado.

Ahora ya no se reía. Se quedó quieto y tragó con fuerza.

—Lo sentiría por mi abuelo, pero no iríamos a comer —respondió con la voz ronca de deseo.

«Conmigo no se juega, Miki, y se te acaba de olvidar». Sonreí y dejé caer la camiseta.

—¿A qué hora me recoges? —pregunté. Levantó una ceja de forma interrogativa—. No estoy lista —aclaré, señalándome con los brazos.

—Tranquila, no tengo prisa.

—De acuerdo, iré a ducharme.

Al salir de la ducha miré en el armario qué ponerme. Me decidí por unos vaqueros negros ajustados, sin duda servían para todo. Me puse una blusa verde aceituna, mis Nike de color negro y la cazadora de cuero a juego. Me coloqué la pulsera de Pandora, el reloj, un poco de rímel, y lista para

enfrentarme al nuevo humor de Miki.

Escuché la voz de la televisión, así que caminé hacia el salón, donde lo encontré sentado con la espalda recostada en el sofá y haciendo *zapping*. Solo le faltaba un bol de palomitas sobre el regazo.

—Cuando quieras —le dije apoyándome sobre el marco de la puerta con una mano.

—Una chica rápida.

—No quería que esperases demasiado, pero sabiendo que estabas tan cómodo me habría dado un baño de espuma.

—En otra ocasión nos daremos ese baño, ahora no, tenemos prisa.

Su mirada era más oscura, más brillante, seguramente estuviera imaginándose lo mismo que yo. Por lo que lo más sensato era salir a la calle, el aire fresco nos vendría bien.

—Vamos —lo animé, cogiendo mi pequeña mochila de encima del sofá.

—Has hecho bien en ponerte pantalones —dijo Miki llegando al último tramo de escaleras. Me extrañó que no protestara por no haber bajado en ascensor, pero no le di importancia.

—¿Por?

—Ya lo verás —respondió sonriendo con arrogancia.

Al abrir la puerta del edificio vi una preciosa Yamaha roja que hizo que me temblasen las piernas de emoción, que se me cayese la baba con solo mirarla y que la adrenalina subiera por mis venas antes de montarla.

—¡Oh Dios!

—¿Tienes miedo? —No me había dado cuenta de que había dicho lo último en alto.

—¿Miedo? —pregunté acercándome para tocarla—. Lo que estoy es impaciente por escuchar rugir este monstruo.

Miki me miró con una sonrisa y se montó.

—¿A qué esperas? Sube —me animó, tendiéndome un casco negro y rojo.

—Solo subiré en esta preciosidad si la conduzco yo —le aseguré dando un paso adelante para verlo mejor al hablar.

—Estás loca. —Negó con la cabeza mientras se reía.

—Venga, échate hacia atrás.

—¿Estás de broma? ¡De eso nada! —Ya no sonreía, cada vez estaba más serio, junto con algo más. ¿Miedo?, ¿preocupación?

—En absoluto —respondí, cruzándome de brazos.

—Es mi moto, nadie la conduce excepto yo, y los chicos alguna vez —me explicó como si fuera un niño pequeño que no quisiera prestar una pelota.

—Bien, pues discúlpate con tu abuelo, dile que me destrozaste el corazón y que me he quedado llorando hecha bolita en mi cama.

—No digas tonterías, sube.

—Olvídate. Que disfrutéis. —Le di el casco y me di la vuelta para caminar hacia mi portal.

—No lo puedes decir en serio. —Tiró de mi brazo para que me diese la vuelta.

—Totalmente —aseguré, intentado aguantar la risa al ver su cara ponerse pálida.

—Está bien.

Creí ver una gota de sudor correr por su frente.

Eché a correr nada más escuchar sus palabras, me subí en la moto y me puse el casco. El gruñido del motor fue música para mis oídos, podía notar la adrenalina agolpándose en mi pecho.

—Date prisa.

—¿Estás segura de que sabes conducirla? —me preguntó, subiendo detrás de mí y colocándose el casco.

—Tranquilo, no te arrepentirás. —No pude evitar sonreír.

—Ya estoy arrepentido.

Parecía realmente angustiado, lo que me hizo más gracia todavía.

—Tú solo agárrate, yo me encargo del resto —le dije incorporándome al tráfico—. Ah, y no te aproveches.

El rugir de la moto, la inclinación perfecta de nuestros cuerpos como si fuésemos una parte de ella, la pieza irregular que faltaba para formar un todo proporcionado. El viento en mi cara, el frescor por el cambio de clima removiendo mi pelo, haciendo que mis ojos pestañearan más veces por minuto de lo habitual. La gente, los coches, la ciudad... seguían su ritmo, y yo me acompañé a él.

Era octubre y pronto llegaría el frío polar del que tanto hablaban, al que tanto temían.

Todo sería perfecto si no fuese por las continuas protestas de Miki. Sentí su mano tensarse en mi vientre e imaginé su cara más pálida que un folio. Su voz estaba cargada de preocupación.

«Ten cuidado».

«Se va a poner en rojo».

«Ve más despacio».

A la mayoría de las sugerencias no contesté, pero estaba empezando a molestarme de verdad. Adoraba andar en moto y lo echaba de menos muchísimo para que él me arruinase el momento.

Mientras trataba de disfrutar al máximo la conexión con el monstruo, no paraba de incordiarne. Más molesto que un grano en el culo.

—¿Quieres callarte ya? Intento disfrutar del paseo, y tú deberías hacer lo mismo.

—No sé cómo me has convencido para esto —dijo mientras frenaba para que nos abriesen la reja de su casa.

—Puedo llegar a ser muy persuasiva.

En la entrada estaban saliendo los gemelos y Nitca de sus coches, que cuando vieron acercarse la moto, se detuvieron, esperándonos. Cuando me quité el casco me miraron entre preocupados y divertidos.

—¿Te encuentras bien, Miki? —preguntó Nitca.

—¿Te ha pasado algo? —añadió Murik.

—Ahora sí —respondió bajando de la moto y soltando todo el aire contenido desde que salimos de mi casa.

—Ha sido fantástico —comenté—. Me encanta tu monstruo.

—¿Qué le has hecho para que te deje la moto? —me preguntó Zoria asustado.

—No puedo decírtelo, Zoria, las mujeres tenemos nuestros recursos —contesté guiñándole un ojo a Nitca.

—Entonces ha tenido que ser espectacular —dijo Zoria.

—Ni te imaginas cuánto —añadió Miki con una tristeza fingida.

—No me lo puedo creer, casi no nos la prestas a nosotros —protestó Murik entrando en la casa.

Caminé detrás de Nitca con una sonrisa en mi rostro, al final el día no había empezado tan mal. Un paseo en moto era la mejor forma.

—Me debes una.

Sentí su aliento sobre mi piel. Demasiado cerca, para que solamente yo lo escuchase; demasiado lejos, para provocarme un escalofrío.

—Aquí estoy, no te debo nada.

A Miki no le dio tiempo a protestar porque Zoria avisó de nuestra llegada a gritos.

—¡Ya hemos llegado, familia! ¡Ya estamos aquí!

—No grites de esa manera —le regañó su madre saliendo del salón.

—Conseguiré dejarnos sordos antes de llegar a viejas —dijo la madre de Miki, que también se acercaba.

Entramos y me encontré con más gente de la que esperaba. Una comida familiar en la que había olvidado lo principal; que su familia era enorme. Poco a poco fui recorriendo con la mirada a cada uno, y me alegré sumamente de haberlos estudiado a conciencia, sentía como si ya los conociera. La mayoría de los hombres tenían la vista fija en el televisor. Fútbol, ¿cómo no? Respecto a eso, todos éramos iguales.

Me alegré de que Murik protestase, quería ver el boxeo. Se lo agradecía porque me encantaba el boxeo y odiaba el fútbol.

—Me alegra que hayas venido, Babette —dijo Dara.

—Sentaos mientras acabamos de preparar la comida —nos ofreció la madre de los gemelos—. A no ser que queráis ayudar.

—No es buena idea, soy una pésima cocinera.

Me fijé en la tele y vi cómo el australiano le asestaba un gancho a Paquiao. Me acerqué para sentarme al lado de Egor.

—¡Vamos! Pensé que lo dejarían KO en el primer asalto.

—No creo que aguante mucho más —respondió Egor con una sonrisa.

—Es más duro de lo que parece, ya va por el tercer asalto y sigue en pie, increíble.

—¿Por qué no me sorprende que te guste el boxeo? —me preguntó Miki sentándose en el reposabrazos del sofá, a mi lado.

—¡Tenías que esquivarlo! —solté enfadada.

Miki se rio, y pude notar su mirada sobre mí.

—¿Qué? Era obvio que iba a cargar su derecha para darle un gran gancho con la zurda —expliqué desviando la mirada para observarlo.

—Para nosotros que lo vemos desde aquí resulta más fácil —replicó Venyamin desde otro sofá.

—No estoy de acuerdo, él debe conocer sus movimientos mejor que nosotros, es quien pelea, al fin y al cabo. Debes conocer a tu enemigo para poder acabar con él, no esperar a que se canse de luchar para hacerlo. Cuando dos leones se pelean no esperan un fallo del otro para ganar, intentan ser mejor, anticiparse a sus movimientos para vencer sin apenas un rasguño.

—¿Los estás comparando con animales? —inquirió Zoria.

—¿No lo somos, acaso?

—Es Paquiao —intervino Murik—. Nadie le gana.

—En realidad, creo que algún buen boxeador podría llegar a ganarle si no le temiera a su nombre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Miki.

—Tienen miedo porque saben que es el mejor y no confían lo suficiente en sí mismos como para intentar quitarle ese puesto. Contra otros hacen un combate fantástico, contra él se cagan en los pantalones.

—Es demasiado bueno, Babette —me contradijo Egor.

—Por supuesto que lo es, y él lo sabe, y todos lo sabemos. Pero hay muchos que también son buenos y no son capaces de demostrarlo. Me gustaría verlos pelear con máscaras para comprobar mi teoría. Al no saber que se enfrentan al mejor, alguno acabaría venciéndolo, estoy segura. Pero mientras le teman, no le ganarán.

—Me asombras. Defiendes tus ideas con buenos argumentos, no te dejas intimidar por tantos hombres —me halagó su abuelo.

—Oh, ellos no son leones, ¿verdad, Zoria?

—¿Sabéis que Miki le ha dejado conducir su moto a Babette? —preguntó Nitca enarcando las cejas con efusividad.

—¿En serio? Te estás ablandando —respondió Anzor entrando al salón y señalando a Miki con su dedo índice en forma de advertencia.

—Él es Anzor, Babette, mi cuñado —me presentó Miki. Me levanté para tenderle la mano.

—¿Y qué tal?, ¿le has dado caña? —me preguntó el abuelo haciendo con la mano el gesto de acelerar la moto. No pude evitar soltar una carcajada.

—No lo que deseaba, Miki no paraba de protestar.

—Me encantaría verte la cara —dijo Venyamin mirando a Miki.

—Estaba más blanco que un papel —intervino Nitca.

—Es un exagerado —añadió su abuelo—. Estoy seguro de que eres una piloto excelente.

—¡Hola! —La hermana mayor de Miki entró en el salón con una enorme barriga—. ¿Cómo estáis?

—Mejor que tú —respondió Zoria.

—¡Oye! —protestó.

—Esta vez Zoria tiene razón, cada vez te pareces más a una bola —añadió Miki.

—Ignóralos, estás preciosa —la animó su marido dándole un beso en la mejilla.

—¿Lo chantajeas con dejarlo sin sexo? —preguntó Zoria preocupado.

Ella se sentó en el sofá haciendo oídos sordos al comentario de su primo, posó sus ojos en mí y preguntó:

—¿Quién es el maleducado que no me presenta a nuestra invitada?

—Oh, lo siento, soy Babette. —Me acerqué a ella y me agaché para darle un beso en la mejilla—. Enhorabuena.

—Soy Kalina. Me alegro de conocerte al fin, he escuchado hablar mucho sobre ti.

—Vamos a comer —ordenó Laryssa—. Hacedme caso si no queréis que venga la abuela a buscaros.

Como por arte de magia, todos se levantaron y caminaron hacia la cocina. Yoroslav se acercó a mí.

—No hagas caso, mi mujer es un cielo.

—Ahí lo tienes, la prueba de quién lleva los pantalones —explicó Egor—. Pero, por lo general, mi madre se comporta con las visitas. —Posó una mano sobre mi hombro.

—Déjala, papá —lo regañó Miki—. Solo quiere asustarte.

—Ya lo comprobará ella misma —respondió Egor.

Entramos en la cocina y todos se fueron sentando en la parte del comedor mientras que Yoroslav me agarró la mano y me guio hasta el fondo, donde pude ver a la temida Raisa Korsakova. Tenía un mandil floreado encima de su pulcro traje verde. Cuanto más nos acercábamos, más claro podíamos escuchar las órdenes que le daba a las sirvientas y a sus nueras.

—Adora la cocina, pero es un poco exigente, todo tiene que ser a su manera.

—Claro. —Sonreí.

—Cariño, mira, ella es Babette. —La señora se giró, aún sosteniendo una cuchara de madera en la mano.

—¡Ah! Tú eres la rara. Te imaginaba de otra forma —dijo observándome de arriba abajo repetidas veces.

—Eeem.

No entendía por qué había dicho eso, pero opté por no preguntar ni contestar.

—Raisa, por favor —la regañó su marido.

—Es un placer. —Me tendió una mano—. Pero para mí sigue siendo rara, no comer carne. A quién se lo cuente...

—¿Me imaginaba de alguna forma en especial por ser vegetariana?

—Sí, un saco de huesos con los pies arrastro y el rostro demacrado. La falta de alimento debería hacer eso, en cambio, eres preciosa. —Negó con la cabeza como si no lo entendiera—. Aunque un buen filete no te vendría mal para crecer un palmo.

—Bueno, vamos a comer —dijo Yoroslav negando con la cabeza.

—No tan rápido, llevad esto. —Nos entregó una bandeja con pan a cada uno.

Nos miramos y comenzamos a caminar con nuestra bandeja correspondiente, a la vez que reíamos con ganas.

Miki me miraba serio mientras me acercaba para ocupar la silla que estaba entre Kalina y él.

—¿Qué? —pregunté mientras dejaba la bandeja de pan en el centro de la mesa.

—¿Cómo ha ido? —se interesó, asustado.

—No he escapado corriendo, todavía. —Me acerqué a él para decir la última palabra.

Eran una familia agradable, muy unida. No dejaron de hablar en toda la comida, las voces se alzaban unas sobre otras para ser escuchadas. El que más gritaba se llevaba la satisfacción de ser escuchado o una severa reprobación de la abuela, que provocaba un silencio absoluto en la voz cantante.

No me libré del interrogatorio de la abuela, ni de Kalina, que resultó ser tan cotilla como esta.

—¿A qué se dedican tus padres? —me preguntó Raisa.

—Tienen un gimnasio en Marsella. Mi madre es la profesora de baile mientras que mi padre lleva el papeleo e imparte alguna clase.

—Ahora lo entiendo, el talento te viene de familia —comentó Dara.

—Llevo haciéndolo toda la vida, bailar es parte de mí.

—¿Estás contenta en el trabajo? —me preguntó Kalina.

—Mucho —respondí pinchando un pedazo de alcachofa.

—En cambio, no quieres dedicarte a ello —añadió la abuela.

—Necesitaba un trabajo para poder estudiar aquí, es algo temporal.

—¿Cuánto tiempo estarás en Rusia?

Noté cómo Miki se tensaba ante la pregunta de Lyov.

—Sobre un año. Regresaré al terminar el curso, o puede que pase el verano aquí, depende.

—¿Podéis dejarla respirar? —pidió Miki serio aún por la pregunta de su tío.

—Solo queremos... —empezó Kalina.

—No me importa, Miki —lo regañé.

—Si seguís así no querrá volver —protestó él.

—Cambiamos de tema luego —intervino Anzor mirando divertido a su cuñado—. Ya tenemos nombre para el pequeño.

—Eso es fantástico —Dara sonó alegre.

—Tenías miedo de que no lo eligieran hasta verle la cara —acusó Laryssa.

—No, pero... —Dara trató de buscar una explicación, pero su marido la interrumpió:

—Admítelo, claro que lo teníamos, saldrá de cuentas en menos de dos semanas.

—Se llamará Lesta —informó Kalina con una sonrisa de oreja a oreja.

—Quizá sería mejor que lo pensarais un poco más —se burló Miki.

—Quizá sería mejor que te callaras la boca, Mikhail, el nombre es tan bonito como lo será tu sobrino —lo regañó su hermana.

—No hagas caso, es precioso, cariño —le dijo Dara a su hija.

—Bueno, ¿qué os parece un torneo de esgrima? —sugirió Murik.

Todos asintieron y empezaron a barajar posibles parejas, derrotas, pérdidas.

—Te quedarás, ¿verdad? —me preguntó Anzor.

—Y no a mirar, precisamente —aclaró Zoria.

—El otro día le pateó el culo a Miki —añadió Murik.

—Entonces apostaré por ti —dijo su abuelo guiñándome un ojo.

—No se arrepentirá —contesté.

—No me ganarás esta vez —contradijo Miki.

—¿Quieres apostar? —pregunté levantando una ceja.

—Buena idea —dijo Varinka—. Nos dividiremos en grupos, mujeres contra hombres.

—¿Estás segura, mamá? —preguntó Murik.

—¿No nos crees capaces de ganar? —preguntó Nitca.

—¿Qué queréis apostar, señoras? —preguntó Egor divertido.

—¿Por qué no eliges tú, Raisa? ¿Qué te apetece que hagan si pierden? —le

preguntó Varinka a su suegra.

—Lo consultaré con Kalina, vamos —ordenó la abuela levantándose.

Después de pocos minutos, volvieron a aparecer por la puerta, ambas mirándose cómplices.

—Durante una hora y media Babette os enseñará a bailar lo que nosotras queramos —informó Kalina sonriente.

—Bueno, si ella no tiene ningún inconveniente —dijo Raisa mirándose seria—. ¿Qué dices, niña?

—Será un placer —contesté, y todas empezamos a reír a carcajadas.

—De eso nada —protestó Venyamin.

—Yo paso —añadió Zoria.

—¿Estáis locas? Llevo sin acudir a clases de baile desde que tenía catorce años —se unió Lyov.

—¿Tenéis miedo? —preguntó Dara.

—Claro que lo tienen —añadió Varinka—. ¿Ahora no te apiadas de nosotros, Murik?

—De acuerdo —accedió Miki haciendo que el resto de los chicos lo mirasen con los ojos como platos.

—¿Estás seguro, primo? —preguntó Zoria preocupado.

—Como no ganes, Mikhail, te arrancaré las pelotas —lo amenazó Venyamin.

—Entonces, ¿hay trato? —los apuró Laryssa.

—Por supuesto —zanjó Miki sonriendo.

—Espero que estés seguro de lo que haces —le advirtió Anzor.

—Un momento. Si ganamos nosotros, ¿cuál es la recompensa? —preguntó Egor.

—¿No te parece suficiente con no tener que asistir a las clases de baile, hijo? —preguntó Yoroslav.

—Venga, vamos, a prepararse —nos ordenó Kalina emocionada.

Todos nos levantamos, y sin orden, como si de gallinas nos tratásemos, nos dirigimos escaleras abajo.

—Míralo por el lado positivo, aprenderás a bailar —le dije a Miki que caminaba a mi lado.

—No cantes victoria, pequeña. —Pasó su brazo por mis hombros.

Entramos en la sala donde ya había peleado una vez y, de nuevo, la adrenalina, en menor medida que al montar al monstruo aquella mañana,

empezó a instalarse en mi cuerpo. Nervios, euforia, excitación, una mezcla de sensaciones acumuladas en mi interior al pensar en sostener de nuevo la espada en mis manos, escuchar el frío metal rasgar el aire y ver la cara de Miki cuando lo derrotase. No podía esperar.

—El abuelo y yo seremos los árbitros —empezaron murmullos de protesta en contra de la noticia, pero Raisa los hizo callar.

—Yo estaré vigilando que no hagan trampas, no os preocupéis.

—No necesitamos trampas para ganarles —replicó Nitca.

El jurado empezó a formar los grupos, las parejas que pelearían en primer lugar, mientras el resto nos escondimos detrás del biombo para cambiarnos.

Cuando salimos listos, nos colocamos apiñados enfrente de los tres miembros del jurado. Pese a que Kalina parecía disfrutar como una niña, se tomaba muy en serio su doble papel, de presentadora y jurado. Resultaba gracioso verla tan dispuesta con su enorme barriga dándonos órdenes a todos.

—Los primeros seréis Zoria contra Dara, y Laryssa contra Liov. El resto a los bancos —ordenó Kalina—. Vosotros, ahí. —Colocó a la primera pareja en el lado derecho del tatami—. Y vosotros —dijo a la segunda pareja—, aquí. Quiero un juego limpio, si no, seréis descalificados.

—A mi orden —anunció Raisa en el centro de las dos parejas—. Tres, dos, uno, empezad.

La primera en atacar fue Laryssa, pero su tío fue más rápido y la esquivó con facilidad. Sin embargo, Dara se lo puso más difícil a Zoria, que acabó perdiendo el combate.

Para las semifinales quedamos Miki contra Nitca y Egor contra mí.

—No te dejaré ganar —me dijo Egor.

—No hará falta.

Y así fue, acabé venciendo. Pese a sus esfuerzos, no consiguió desarmarme ni una sola vez.

Miki también ganó, por lo que nos enfrentamos otra vez. Solo que aquella vez era diferente, él no me dejaría ganar, lucharía sin concederme ninguna ventaja, lo que me llevaría a hacerlo mejor.

—Mas te vale ganar, cuñadito —lo amenazó Anzor.

—No lo creo —contradijo el abuelo—. ¡Sigo apostando por ti, Babette!

Se oyeron las risas de las chicas ante algún comentario que no había logrado escuchar. El abuelo se sentó para mirar el combate, no haría de árbitro aquella vez, al igual que Kalina, que ante la insistencia de los gemelos de que

no era neutral, tuvo que dejar a su abuela ocupar el lugar que tanto deseaba, no sin antes mirar de forma asesina a sus primos.

—A mi señal —anunció Raisa.

—¿Asustada, pequeña? —me preguntó Miki.

—Más quisieras.

Miki atacó primero, pero lo esquivé con destreza. La primera vez me costó desarmarlo, pero fue suficiente aliciente para hacerlo de nuevo. Un pequeño despiste por mi parte me costó que la espada volase de mi mano. ¡Maldita fuera! No estaba dispuesta a perder.

—Huelo tu miedo —se burló mientras recogía mi espada.

Después de un rato peleando, lo desarmé una tercera vez.

—¿Asustado? —le pregunté imitando su tono de burla.

—No me desarmarás una vez más —me aseguró.

—No.

Tras mi contestación me moví lo suficiente para que intentase desarmarme, pero lo que consiguió fue acabar con mi espada en su cuello.

—Era hora de acabar, ¿no crees?

Las chicas empezaron a gritar y aplaudir mientras los chicos bombardeaban a Miki a reproches.

Me quité la careta a la vez que aparté la espada de su cuello. Miki me observó negando con la cabeza, pero no parecía enfadado, más bien divertido.

—Tendremos que buscar un día para las clases —dijo Dara alegre.

—Nunca me dejéis volver a fiarme de él —pidió Venyamin señalando a Miki.

—Nos las pagarás —soltaron los gemelos a la vez.

—¿Por qué no nos dijiste que era tan buena? —protestó Anzor.

—Estabais seguros de que perderíamos, así que... —replicó Nitca.

—Es injusto, Miki sabía que perdería —se quejó su padre—. Como la otra vez.

—Esperaba ganar —se disculpó este, encogiéndose de hombros.

—Pues ya ves que no —replicó Venyamin, que era el más enojado de todos.

—No os preocupéis, estaréis monísimos meneando las caderas al ritmo de la salsa. O de una bachata —empecé a decir pensativa.

Todos me miraron con horror, a Miki con ganas de matarlo y a Raisa con mirada de corderos degollados, para que los absolviese del castigo. Las

chicas empezaron a reírse y yo no pude evitar unirme a ellas.

—Vamos a la piscina un rato, necesito relajarme —sugirió Murik.

—Nosotros tenemos que llevar a los abuelos a casa, así que vamos a arreglarnos —explicó Egor.

—Nosotros también nos vamos, cenaremos con los padres de Venyamin —aclaró Laryssa.

Solo quedábamos los gemelos, Miki, Nitca y yo.

Murik iba de primero, seguido de Zoria. Ambos continuaban regañando a Miki, que seguía disculpándose, intentando aguantar la risa para que sus primos no se enojasen más.

—Nitca, no tengo bañador.

No era que fuese tan pudorosa, pero ponerme en lencería de encaje delante de Miki no me parecía lo más oportuno.

—Solo estamos nosotros.

Tendría que mostrar mi lencería entonces.

Miki

Podía entender el enfado de los gemelos, yo estaría igual si ella no estuviera a mi lado. Pero ahora incluso me resultaba gracioso. Cuanto más me regañaban, más ganas tenía de reírme. Perder la apuesta no me importaba en absoluto, incluso podría gustarme si tuviese a mi pequeña de pareja.

Me desvestí quedándome en bóxers y dejé la ropa esparcida por el suelo húmedo por el vapor del agua caliente de la piscina. Miré hacia atrás, donde Babette se desvestía sin prisa, dejando la mejor vista que pudiera tener.

—Si no te das prisa, te tiraré vestida —bromeé.

—Déjame, perdedor —me vaciló mientras se quitaba la última prenda, provocándome una sacudida en la entrepierna.

No pude apartar los ojos de su cuerpo. El conjunto de encaje celeste resaltaba su piel trigueña, invitándome a acariciarla, no solamente con mis manos.

No podía dejar seguir a mis pensamientos, sería bochornoso que al girarse la recibiera mi gran erección. Pensé rápido e hice lo primero que se me ocurrió: la cogí en brazos y, antes de que pudiera protestar, me tiré con ella al agua. Fue una pena que tuviese que despegar mis brazos de su cuerpo, pero la dejé ir. El agua estaba perfecta, como siempre, ni demasiado caliente ni fría. Aunque me habría ido mejor que estuviese helada.

—Ya me iba a tirar sola —protestó apartándose los mechones de pelo que se le pegaban a su preciosa cara, haciendo que pareciese una niña.

Comencé a reírme, lo que hizo que se enfadase. Se acercó e intentó llegar hasta mi cabeza para hundirme con las manos. Me reí más fuerte al ver que apenas me alcanzaba.

—Eres demasiado pequeña —me burlé, apartando la cabeza a un lado para que no me alcanzase ni con la punta de los dedos—. Además, esta vez el agua está caliente.

—Aaaag.

Era más que obvio que se frustraba al no conseguir su propósito.

Sin esperarlo, posó sus manos sobre mis hombros, se impulsó y enroscó las piernas en mi cintura. ¿Por qué siempre acababa haciendo eso? No era

bueno para mi masculinidad.

Comenzó a alzar los brazos, consiguiendo su tan ansiado propósito: mi cabeza. Miré hacia arriba y me di cuenta de que había sido un error, sus redondos pechos quedaban a la altura de mi cara. Si inclinaba la cabeza ligeramente hacia delante podría rozarlos con la punta de la nariz, aspirar su aroma y besar su delicada piel, que parecía estar llamándome a gritos. Dejé que sus manos hundieran mi cabeza. Era lo más sensato, ya que podía notar cómo mi erección crecía de nuevo.

Al salir del agua, el rostro de Babette estaba a escasos centímetros del mío.

Levanté la mano para acariciar su mejilla. Mi mirada se perdió en la profundidad de sus ojos. Ella no se separó; al contrario, me observaba con tanta intensidad que parecía ver mi interior. Atraídos por una fuerza externa, nuestros rostros se fueron acercando, nuestros labios se fueron entreabriendo y nuestras miradas no perdieron detalle. Una batalla: negro contra verde, cada cual quería penetrar en su adversario.

Sentí su respiración sobre mi boca, el roce de su nariz sobre mi mejilla y...

—¡Babette! —gritó Nitca.

La ahogaría por aquello. Lo juraba.

Nos separamos y Babette me salpicó a la cara sonriendo antes de caminar junto a su amiga.

Miré hacia mis primos y los vi reírse satisfechos, estaba seguro de que habían tenido algo que ver, y ellos mismos me lo confirmaron poniéndome morritos.

Había empezado su venganza, pero yo había pagado el precio más caro, estaba a punto de probar sus labios. Desde aquella noche en la discoteca no soñaba con otra cosa. Pero como decía el dicho, lo bueno se hacía esperar, y con mi pequeña sabía que todo el tiempo de espera valdría la pena.

Miré en su dirección y la vi haciendo el muerto, totalmente relajada, hablando con Nicta. Preferí no molestarlas, no era necesario que la atosigase, debía darle su tiempo.

Me acerqué a mis primos sin dejar de mirarla.

—Pareces un psicópata —me acusó Murik—. A mí me daría miedo si me mirases así.

—Cállate —le respondí, golpeándolo despacio en el pecho.

—A mí también me gusta mirarla, es tan... —me picó Zoria.

—Es mía —gruñí.

—Ella no es de nadie, Miki —se burló Zoria.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Murik subiendo el tono de voz para que las chicas lo pudieran escuchar y evitando que la conversación con Zoria continuase.

—Por mí nos quedamos a ver una peli.

La idea de Nitca nunca se me había hecho tan apetecible.

Después de largo rato en la tibieza del agua, decidimos que ya era hora de salir, bueno, Nitca dejó claro que pareceríamos pasas si nos quedásemos más tiempo a remojo.

—¿Puedes llevarme a casa para cambiarme? —me preguntó Babette, envolviéndose en una toalla.

—Puedes usar algo mío. —Ella me miró sorprendida—. No será la primera vez. —Acabé sonriendo de lado.

Subimos a mi cuarto y abrí la puerta, pero dejé pasar a ella primero.

—Coge lo que quieras en el armario mientras yo me ducho, ¿o prefieres hacerlo tú primero?

—Ve tú —respondió acercándose al armario con paso lento, con... ¿vergüenza?—. ¿Puedo cogerte un chándal?

—Y unos bóxers también —le ofrecí, recordando la última vez cuando ella misma me pidió unos.

—Métete en la ducha, Miki —me advirtió.

Hice lo que me dijo. Me duché rápidamente y salí con solo una toalla enrollada a la cintura. Ella me observó detenidamente desde la alfombra y sonrió.

—¿Lo haces para provocarme?

—En absoluto. —Me acerqué a ella.

—No juegues con fuego —me susurró al oído pasando una mano por mi pecho desnudo, con tal delicadeza que pensaría que fue fruto de mi imaginación si la piel no me ardiese allí donde ella me había tocado—. Podrías quemarte.

Una descarga eléctrica sacudió mi cuerpo cuando su piel rozó la parte baja de mi vientre, allí donde la toalla marcaba el límite.

¿Cómo un simple roce podía hacerme sentir tantas cosas? Me froté la cara con las manos al verla desaparecer tras la puerta del baño. Me estaba

volviendo loco.

Fui directo al armario. Un chándal también fue mi elección, ya que no íbamos a salir de casa, quería estar cómodo. Babette también eligió uno. Era tan diferente del resto... Otra hubiese exigido que la llevase a casa para vestirse con algo que le asfixiara las entrañas con tal de estar *sexy*, en cambio ella saldría por esa puerta con un chándal de hombre demasiado grande para su pequeño cuerpo.

Sentí la fuerte respiración de Zeus tras la puerta y decidí abrir antes de que comenzase a ladrar. Me subí a la cama y mi gran perro se recostó a mi lado.

Quince minutos más tarde, la puerta del baño se abrió y mi pequeña salió con mi chándal gris. Le quedaba demasiado grande, como había supuesto. La sudadera bien podría utilizarla de vestido; el filo le llegaba a sus rodillas. Estaba tan graciosa que no pude evitar soltar una carcajada.

Me fulminó con la mirada.

—¿Te parezco graciosa? —Me levanté y caminé hacia ella.

—Estás adorable, como una niña enfurruñada —dije cogiendo una de sus manos y acercándola a mí.

—Claro, una niña de circo. —Vi sus labios curvarse en una sonrisa que no dejó acabar de formarse.

—Estás preciosa. —Con la otra mano acaricié su mejilla, apartando los mechones de pelo mojado que se adherían a su piel.

Empecé a acercarme, pero antes de continuar con el momento mágico de la piscina, Zeus nos reclamó refregándose con nuestras piernas.

—Zeus. —Se agachó para acariciarlo—. Parece que a tu perro también le gusto. —Me miró con una sonrisa pícaro.

—Y él parece gustarte más que el dueño. —Rodé los ojos, asegurándome de que ella me viera.

—¡Oh! Mucho más, desde luego —dijo de forma exagerada—. Tengo que secarme el pelo.

—Claro, te llevaré con Nitca.

Obvia era la razón, yo no usaba secador.

Dabria

Dos intentos fallidos de besarnos. Suponía que a la tercera sería la vencida.

Miki me guio hacia la habitación donde estaba Nitca. Cuando nos abrió la

puerta, me apretó la mano de forma cariñosa y se dirigió a su amiga:

—Te la dejo un rato.

—Iba siendo hora —respondió ella, regañándole de forma cariñosa.

Entré en la habitación y Nitca me observó seria.

—Deja de mirarme así y déjame un secador, anda.

—En el baño está. Pero... ¿qué llevas puesto? —Caminó detrás de mí.

—Es de Miki. —La miré y le advertí—: Deja de reírte.

—Le gustas —soltó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué dices? —Fingí no saber a qué se refería.

—No te hagas la tonta, le gustas y lo sabes tan bien como yo.

—Tú misma me dijiste que a Miki no le gusta nadie, ¿recuerdas?

—Eso era antes de que aparecieras.

—Intentamos llevarnos bien, como amigos.

—De eso nada, él no te ve como a una amiga, y tú tampoco.

Tras nuestra breve conversación y haberme secado el pelo, bajamos al salón, donde los chicos se encontraban jugando a la *Play*.

—Pedimos pasta a un italiano, ¿os parece bien? —preguntó Murik.

—Claro —respondimos las dos al unísono.

—¿Puedo? —pregunté sentándome al lado de Miki.

—Serás la siguiente. —Me sonrió.

Nitca se sentó al lado de su chico. Los tres miramos cómo Zoria y Miki luchaban por ganar, pero fue el primero quien lo consiguió.

—No te preocupes, no tenías nada que hacer, soy demasiado bueno —dijo Zoria alegre.

—Toma, pequeña. —Me pasó su mando, ignorando a Zoria.

Jugamos un rato, pero no tardé en perder, no era buena a los videojuegos, pero me gustaba echar una partida de vez en cuando.

El timbre sonó cuando Nitca estaba a punto de ganarle a Zoria, pero dejaron los mandos tan pronto como Miki posó las bolsas sobre la mesa.

—Seguiremos con la barriga llena —explicó Zoria empezando a comer.

—Están deliciosos —dije tras probar mis tallarines con salsa de champiñones.

—Me alegro de haber acertado —contestó Miki probando un bocado de su lasaña.

—¿Lo has elegido tú? —pregunté sorprendida.

—Pensé que te gustaría. —Se encogió de hombros.

—Es mi comida preferida. ¿Quieres probar? —Alcé el tenedor lleno de comida hasta su boca.

—La verdad es que... —Hizo una mueca rara.

—Vamos, abre la boca, Mikhail, la salsa es de champiñones, no de cucarachas.

Hizo lo que le pedí. Lo observé mientras masticaba y tragaba, pero no fue tan buena idea, me pareció verlo un poco pálido.

—No comentes —lo atajé antes de que abriera la boca—. Sigue comiéndote la lasaña para quitarte el mal sabor.

Más que obvio que no le había gustado nada. ¡Pobre! La había probado solo porque yo se lo había pedido y casi se desmaya del asco.

Comimos casi en silencio absoluto, salvo algún comentario de halago hacia la comida o de Zoria hacia sí mismo.

—Acabad la partida para ver una peli —dijo Miki levantándose del sofá.

Cuando empezó a recoger, Murik y yo nos levantamos para ayudarlo.

—Lo siento, Miki, no quería ver la sangre desaparecer de tu rostro —me disculpé cuando vi salir a Murik de la cocina.

—Me cuesta creerte, pequeña bruja. —Me dio un beso corto y rápido en la mejilla antes de seguir a su primo.

De regreso a la sala, Nitca leyó en la pantalla un montón de títulos.

—He perdido —informó antes de que Zoria abriera la boca—. ¿Qué os apetece ver?

—Saw, un pequeño maratón —pidió Zoria—. ¡Me toca elegir ya que soy el campeón!

Ninguno protestó, nos acomodamos en los sillones y apagamos la luz mientras Nitca esperaba con el mando en la mano para darle al *play*.

Los gemelos y Nitca estaban en un sillón, Zoria un poco alejado de la pareja, mientras que Miki y yo ocupábamos el otro. Él estaba recostado hacia un lado con los pies en el suelo, yo tenía mis pies debajo del culo y la cabeza apoyada hacia atrás. Separados, a una distancia prudente, la justa para no tocarnos pero la necesaria por si teníamos miedo estirar un brazo y alcanzar al otro.

Vi la primera película entera, pero a mitad de la segunda notaba mis párpados demasiado pesados. Tuve que dejar de concentrarme en la película para esforzarme en abrir los ojos.

—Voy a por palomitas —dijo Murik—. ¿Queréis algo?

—Chocolate —pidió Nitca.

—Algo de beber —dijo Miki.

—Helado —añadió Zoria.

—¿Babette? —preguntó Murik, al ser la única que no había pedido nada.

—No, gracias.

Cuando Murik volvió con las cosas y se sentó, me permití cerrar los ojos un rato y recostarme un poco más hacia atrás.

—¿Tienes sueño, pequeña? —Miki se incorporó para hablarme al oído y no molestar al resto.

—No —mentí y abrí los ojos con todas mis fuerzas.

—Mentirosa —dijo arrastrándome con él para recostarme a su lado. Pasó un brazo por detrás de mi cabeza, haciendo que me apoyase en su pecho—. ¿Mejor?

—Mucho —respondí cerrando los ojos de nuevo.

Miki comenzó a acariciarme el pelo. Poco a poco me fui relajando, acostumbrándome a la tibieza de su cuerpo, a la serenidad de su olor. Pasé mi brazo por su cintura y acomodé una pierna sobre la suya, así ya estaba lista para dormir. Me rendí ante mi lucha de sueño y, poco a poco, no, más bien mucho a mucho, fui cayendo en los brazos de Morfeo.

Miki

Solo tenerla en mis brazos viéndola dormir hizo que mi corazón bombease sin control. Su dulce olor, su suave piel y la calidez de su cuerpo pegado al mío hizo que me sintiera sereno, tranquilo, feliz; como hacía mucho tiempo. Cuando estaba con ella me sentía el hombre más afortunado del mundo, cuando no, no podía alejarla de mis pensamientos. El cúmulo de sensaciones que me provocaba una sola mirada suya, la electricidad al rozar su piel o el vacío que sentía cuando no la tenía cerca se escapaba a mi entendimiento.

Miré su rostro relajado con una sonrisa de bobo y supe que la quería. Mi pequeña era lo que necesitaba para ser feliz, para estar completo.

—Miki, la película está aquí —se burló Murik.

—Shhh, está dormida —lo regañé.

—A ver, a ver —dijo Zoria levantándose del sofá.

—Para, Zoria. —Nitca lo empujó para que se sentase de nuevo.

—No ves que se ha quedado embobado —añadió Murik.

—No me importa lo que digáis —contesté en voz baja, sin dejar de acariciar a mi pequeña.

—Ahora sí, Miki, reconócelo —advirtió Nitca.

—¿El qué? —pregunté, aun sabiendo a que se refería.

—No importa que no lo hagas, se te nota a kilómetros que estás enamorado.

—No puedo creerlo —dijo Zoria al ver que no negaba lo que decía su cuñada—. También te he perdido a ti. —Se llevó las manos a la cara con dramatismo.

—Ya te llegará —le dije.

—¿Lo admites? ¡Estoy perdido! ¡No me lo puedo creer!

Todos se reían, excepto Zoria, que parecía realmente afligido por la noticia. No me importaba que supieran lo que sentía por ella, al contrario, me gustaría decirles a todos que era mía, pero todavía no lo era.

—Será mejor que os dejemos —sugirió Nitca apagando la televisión.

—¿Vais dormir ahí?, ¿por qué no la llevas para cama? —me preguntó Murik.

—Me matará si se despierta en mi cama.

—Seguramente —dijo Nitca—. Os traeré una manta.

—Te matará igual. —Estuvo de acuerdo Zoria al pasar por nuestro lado.

—No seas aguafiestas —lo regañé.

Nitca nos echó una manta por encima y se fue con los gemelos. Me moví con cuidado de no despertarla para acomodarme mejor. Sería la primera chica con la que durmiera sin tener sexo. Me encantaba la idea.

—Buenas noches, mi pequeña —susurré, y la besé en la frente muy despacio.

Me desperté con la luz del sol pegándose en la cara. Las galerías no tenían persianas y las cortinas no eran lo suficiente tupidas. Noté un vacío a mi lado, no necesitaba comprobar que Babette no estaba. Dormir con ella había sido maravilloso, hasta juraría que había descansado mejor que en años. Me levanté y la busqué con la mirada, pero no la encontré.

Entré en la cocina, pero tampoco estaba. En su lugar encontré a mi padre mirando por la ventana con una taza de café en la mano.

—Buenos días, papá, ¿has visto a Babette? —pregunté acercándome a él.

—Ahí la tienes —señaló con la cabeza hacia fuera.

Cierto. Estaba en el jardín jugando con Zeus. Sonreí, gesto que a mi padre no le pasó desapercibido.

—Parece que a Zeus le gusta —comenté.

—¿Qué tienes con ella? —Mi padre siempre había sido muy directo, cuando quería saber algo.

—Nada.

—Probaré de otra manera. ¿Qué quieres tener con ella? —me observó mientras respondía.

—No sé. Ella es diferente..., es especial. —No le podía ni quería mentir.

—¿Estás enamorado?

—Quizá sea pronto para confirmarlo, pero sé que no quiero estar lejos de ella, me hace sentir demasiadas cosas.

—¿Y? ¿Cuál es el problema?

—No es como las demás, no sé cómo va a reaccionar.

—¿Y a qué esperas para comprobarlo? —me preguntó señalando con la cabeza hacia el jardín.

Salí por la puerta de la cocina y caminé hacia ella. Babette le tiraba la pelota a Zeus. No se dio cuenta de mi presencia, estaba de espaldas. En

cambio, mi perro al verme corrió hacia mí con la pelota en la boca.

—Mi perro acabará queriéndote más que a mí.

—¿Se te han pegado las sábanas, Miki? —preguntó acercándose a nosotros.

—No fui yo quien no sobrevivió al maratón —respondí con una sonrisa. Ella hizo esa mueca que tanto me gustaba, a la que caractericé de mueca de disgusto.

—¿Quién se queda dormido con Saw? —añadí para picarla un poco.

—No pude evitarlo. —Se encogió de hombros.

—¿Qué vas a hacer hoy? —pregunté tirándole la pelota a Zeus.

—Tengo clase. Estaba esperando a que despertaras para despedirme.

—Desayunamos y luego te llevo, ¿quieres?

—¡Oh, sí! Me muero de hambre. Pero luego puedo coger un taxi hasta casa.

—¿No puedes decir un «gracias, Miki», en vez de protestar por todo? —la regañé.

—Uuum, sí, podría —respondió pensativa—. Vamos, que llevo más de una hora muerta de hambre —añadió tirando de mí hacia el interior de la casa.

—¿Qué quieres desayunar?

—Un café bien cargado, un zumo de naranja, arándanos o piña y un *croissant*, magdalena, bollo... —respondió sonriéndome.

—Un desayuno completo.

—Después tengo un día duro, necesito energía.

Preparé dos cafés y los coloqué en la mesa, junto con una bandeja con *croissants* y otra con magdalenas. Abrí la nevera y saqué la jarra de zumo que cada mañana preparaba el servicio, fui al frutero y cogí fruta variada.

—De-li-cio-so —dijo Babette entre bocados de placer tras probar el *croissant*.

No pude evitar reírme, era demasiado expresiva.

—Pruébalo —me animó acerándome el tenedor con un pedazo de *croissant* —. Abre la boca, Miki —añadió impaciente.

Hice lo que me pidió, de nuevo, pero sin darme tiempo apenas a saborear, preguntó ansiosa:

—¿Y? ¿A qué está bueno? No son champiñones —dijo con una gran sonrisa.

—Gracias a Dios —contesté con menos entusiasmo que el de ella.

Lo que de verdad me gustó fue que ella me lo diera. Parecía cursi, pero me

asombraban las cosas que me gustaban de ella. Lo hacía todo tan natural, era muy espontánea y efusiva. Para mí fue un gesto íntimo, algo que no había hecho con nadie, muy cursi, lo sabía. El día anterior no me había dado tiempo a pensar en la intimidad del momento, el asqueroso sabor ocupó toda mi concentración para no vomitar.

—Cuéntame algo de ti —le pedí tomando una magdalena.

—¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa.

—Está bien. —Hizo una pausa para tomar un trago de café—. Me llamo Babette Lévesque y tengo veinticuatro años. Soy hija única. Estudio traducción e interpretación. Trabajo impartiendo clases de baile en un gimnasio. Adoro el baile y la esgrima y, al igual que tú, las motos y los coches. Soy vegetariana. Mi comida favorita es la pasta con salsa de champiñones y me encanta el chocolate negro —soltó como si se presentara en clase.

—Eso ya lo sabía, casi todo, como que eres testaruda, tienes tan mal perder como yo, no te gusta que te digan lo que hacer y eres demasiado expresiva, ¡ah!, y cuando no te gusta algo siempre haces la misma mueca.

—Muy observador —dijo con media sonrisa—. Y... odio las flores, así que no se te ocurra venirme con un ramo —soltó una carcajada antes de contestar.

—Lo tendré en cuenta. ¿Estás contenta aquí?

—Siempre quise venir aquí, y me encanta, pero... a veces me siento sola. No es mi hogar realmente, y eso lo echo de menos —respondió pensativa.

—Estamos nosotros. —En realidad las palabras que quería decir eran: «Me tienes a mí», pero las modifiqué un poco.

—Sois mis amigos, Miki, muy buenos amigos, y os quiero, créeme. —Lo de querer compensó la palabra «amigos» que tanto odiaba que usara entre nosotros, aunque pensándolo bien no quería que me quisiera como su puto amigo—. Pero cada uno tenéis vuestra vida, vuestra familia, en cambio yo llego a casa y solamente me tengo a mí. Sea para reñir un rato, para escuchar que alguien está viendo la tele, para que me regañen, me hagan reír o me abracen.

—Pensaba que eras una chica dura e independiente y, mira, nada más... —le dije para hacerla reír.

—Tú ríete, caprichoso niño rico mimado, pero es cierto. Estoy feliz de estar aquí, no me arrepiento, pero echo de menos...

—La calidez de tú hogar —acabé por ella.

—Exacto. Ahora llévame a casa, que tengo clase, anda —comenzó a levantarse.

—Tengo que ducharme primero —dije para meterme con ella, me gustaba hacerla enfadar.

—De eso nada. —Me empujó hacia la puerta—. Luego vuelves y haces lo que te plazca, pero ahora me llevas a mi casa.

El camino hacia la casa de Babette fue en silencio, pero un silencio agradable. Cada vez me sentía más a gusto con ella. Disfrutaba incluso viendo cómo miraba por la ventana, cómo hacía temblar su pierna cada vez que nos deteníamos en un semáforo en rojo o cómo tarareaba por lo bajo la canción que sonaba en ese momento.

Aparqué enfrente de su edificio y me bajé detrás de ella.

—Puedes irte —dijo girándose para hablarme.

—Te espero y te llevo a la universidad.

—No es necesario —respondió abriendo la puerta del portal.

—¿Y arriesgarme a que me culpes por tu impuntualidad? Ni de broma.

—Como quieras.

No me molesté en discutir que tomásemos el ascensor, la seguí por las escaleras, al fin y al cabo, me dejaba una buena vista de su trasero. No podía quejarme. Abrió la puerta y la dejó abierta para que entrase. Ella fue directamente a la que supuse que era su habitación mientras me gritaba.

—No tardo, ponte cómodo. —Noté un deje de ironía en su tono que me hizo reír.

Caminé por la sala echando un vistazo. No tenía muchas cosas, algún cuadro, un Bonsái, pero lo que me llamó la atención fue una estantería llena de libros que ocupaba parte de la pared. Tomé alguno de ellos para ojearlos, pero lo devolví a su sitio, ya que no entendía ni el título.

Saqué un libro rojo de terciopelo bastante grueso y al abrirlo me extrañó que fuese de poesía. Pude reconocer que estaba en francés y que las páginas parecían gastadas de pasarlas muchas veces. No imaginaba que mi pequeña leyera poesía. Cada día descubría algo nuevo de ella.

Me senté en el sillón con el libro en la mano, pero tras dos frases decidí que le pediría que leyera para mí en alguna ocasión. Encendí la tele y esperé haciendo *zapping*.

—¡Miki!

Supuse que me llamaba desde el pasillo, ya que su voz sonaba cerca.

—¡Estoy en la sala!

—Vamos. —Asomó la cabeza por la puerta y me sonrió.

El corazón se me agitó al verla. Me levanté y me acerqué despacio, parándome a escasos centímetros de su cuerpo. Ella no se movía, me miraba directamente a los ojos y, como siempre que lo hacía, pensé que podía atravesarme el alma. Mis ojos alternaban entre los suyos y sus labios, mientras una de mis manos pasó a su cintura para acercarla más a mí y la otra la acerqué a su mejilla. Una última mirada a sus labios antes de... Cuando creía que nada nos interrumpiría, esa vez noté su cuerpo moverse, se puso de puntillas y me susurró:

—Si lo haces llegaré tarde.

—¿Me estás chantajeando para que no te bese?

—No. Te recuerdo lo que me prometiste —respondió separándose.

—Vamos, anda. —La tomé de la mano para salir.

La verdad era que me importaba una mierda si llegaba tarde a clase, menos todavía si era por besarla.

—¿Trabajas mañana y tarde? —le pregunté camino de la universidad.

—Sí.

—¿Comes allí?

—Casi siempre.

—Entonces te invito a cenar.

—¿Iremos con los chicos?

—No, solo tú y yo.

—¿Me estás pidiendo una cita, Miki?

—¿Aceptas, pequeña?

—No has contestado a mi pregunta —dijo enarcando una ceja.

—Sí, es una cita. —Estaba seguro de que lo hacía aposta, pero contesté de igual forma—. ¿Qué me dices?

—No sé.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté parando al lado de la universidad.

—Que quizá.

Me sonrió y salió del coche.

Negué con la cabeza prometiéndome a mí mismo que lo haría. Como que me llamaba Mikhail Korsakov que esa noche cenaría conmigo.

Me dirigí a casa para preguntarle a mi padre cómo iban las cosas, podía evadir o posponer mis responsabilidades, pero no abandonarlas.

—¿Sabemos algo de la nueva mercancía? —Mi padre estaba sentado en su despacho con mi tío Lyov.

—Sí, mañana llegarán dos camiones más para pasar a Estonia —respondió mi padre.

—¿Lo haré yo? ¿Y quién más?

—Sí, tú. Avisa a tus primos, a Venyamin o a Aleksei, para que te acompañen —respondió mi padre de nuevo.

—¿Borak y Mikola?

—Como prefieras —respondió mi tío esta vez—. El miércoles tenemos una reunión con los italianos.

—¿Quiénes?

—Los Kostka, los Kovalenko y nosotros. Como siempre, Miki —explicó mi padre serio.

—No me fio de ellos.

—Ni nosotros tampoco —coincidió mi tío Liov—. Pero las cosas siempre han sido así.

—Las cosas pueden cambiar.

—No provocaré un escándalo, y menos sin pruebas —aseguró mi padre.

—Podrías hablar con las grandes familias.

—No por ahora. Ten paciencia, Mikhail —me regañó para que dejase de replicar.

—Lo arreglaré todo para mañana.

Llamé a Borak para avisarle de que estuviese listo en la madrugada, Mikola no vendría. Aunque prefería no trabajar con ninguno de ellos, quería que alguno estuviera con nosotros, por si decidían jugarlosla. No podrían mientras estuviésemos en el mismo saco de mierda. Estaba seguro de que cuando nos la jugasen sería algo gordo, no un simple chivatazo.

Al acabar llamé a Zoria y a Aleksei, así iríamos dos en cada coche.

Hablé con Vladik para que nos despejase las carreteras, así lo dejaba todo listo para que no me llamasen cuando estuviera con Babette. Ella no sabía en qué consistían realmente nuestros negocios y quería que siguiese siendo así.

Cuanto más lejos de mi mundo, mejor. Egoísta por mi parte, pero no quería mezclarla; era lo único sano, por decirlo de alguna manera, en mi vida, y no quería contaminarla. Me dije que solo era por su bien, pero lo cierto era que tenía miedo de que si se enterara no quisiera seguir con lo que aún no habíamos empezado.

Decidí ir hasta el Atenea para ver cómo iban las cosas mientras llegaba la hora de cenar.

Al llegar al Baltika, me senté con los chicos y pedí una cerveza.

—¿Qué tal?

—Sin novedad —respondió Murik.

—¿Está todo listo? —preguntó Aleksei.

—Sí, a las tres llega la merca.

—Entonces, ¿a las tres menos diez me recoges en casa? —me preguntó Zoria.

—No. Yo iré con Borak, así que tú recoge a Aleksei, o al revés, cómo veáis. A no ser que prefieras ir tú con Borak.

—Olvídate. —Negó con la cabeza.

Continuamos la mayor parte de la tarde charlando de cosas sin importancia.

Llevaba una hora mirando el reloj cada cinco minutos, con la esperanza de que las agujas avanzaran más deprisa. Cuando por fin marcaron la hora que deseaba, casi salté de la silla.

—¿Adónde vas? —me preguntó Murik extrañado.

—A recoger a Babette.

—Vendrá para aquí, como siempre —dijo Zoria.

—Quiero llevarla a un lugar —expliqué.

—¿Quieres decir que tienes una cita..., cita? —preguntó Aleksei.

—No estoy seguro —dije rascándome la cabeza. Ese tema era algo incómodo, siempre era yo el que se metía con mis amigos, no al revés.

—¿Cómo? No lo entiendo —inquirió Murik—. No sabes si tienes una cita, pero vas a recogerla.

—Porque no me dio una respuesta clara, su palabra exacta fue: «quizá» —respondí, encogiéndome de hombros.

—Suerte, entonces —dijo alzando su cerveza hacia mí.

—Nos vemos.

Salí rápidamente del Baltika. Arranqué el coche y en menos de cinco

minutos me encontraba aparcado en la puerta del gimnasio. No perdí el tiempo, entré al edificio con paso decidido. Inna estaba sentada tras el mostrador de recepción. Me alegraba que fuera ella y no la otra chica, que parecía a punto de devorarme con su mirada lasciva cada vez que me veía. En cambio, Inna era bastante agradable.

—¿Qué hay, Inna? —Levantó la vista del ordenador y me observó confundida.

—Buenas, Miki, ¿puedo ayudarte en algo?

—¿Sabes dónde está Babette?

Pareció sorprendida con mi pregunta, pero enseguida relajó el ceño para contestarme con voz amable pero seria:

—Dando clase.

—¿Dónde es? ¿En qué clase?

—No puedes molestarla durante el trabajo, espera ahí. —Me señaló los sofás de la entrada—. La clase está por acabar.

—Quiero verla. Si no me dices dónde está, yo mismo la buscaré. —Estaba empezando a perder la poca paciencia que tenía.

—Miki, te he dicho que no puedes —respondió seria.

—Bien, no te necesito para encontrarla. Cuando escuches las protestas de los otros profesores por irrumpir en sus clases, será tu culpa. —Me di la vuelta, dispuesto a hacer lo que acababa de decirle.

—La tercera puerta a la derecha —soltó a regañadientes—. De todas formas, la clase ha acabado. —Miró hacia las escaleras por donde empezaban a bajar algunas mujeres.

—Muy amable.

Al llegar a la primera planta, vi salir a Nitca, Galina y a mi hermana por la puerta que Inna me había indicado. Caminé hacia ellas sin prisa.

—¿Qué haces aquí, Miki? —me preguntó Laryssa.

—¿Babette? —pregunté sin responder a su pregunta.

—Dijo que quería practicar un rato. —Nitca me miró de forma cómplice.

—Iré a convencerla de que lo deje para mañana —dije pasando entre ellas.

Galina me miraba con expresión triste, pero no podía sentirme culpable por lo que sentía. Tenía que superar lo que sentía por mí, pasar página. Me gustaría que se enamorara de alguien que le correspondiera.

—¿Nos vemos luego? —preguntó Laryssa.

—Espero que no. —Sonreí y le di la espalda a las tres chicas.

—Pasarlo bien. —Sentí la voz de Nitca alejándose hacia los vestuarios.

Subí dispuesto a apagarle la radio y mandarla a la ducha, pero cuando asomé la cabeza por la puerta entreabierta me quedé estático.

La música oriental impregnaba el ambiente, ella se encontraba frente al espejo. Dejaba fluir su cuerpo como un torrente de agua embriagando el aire con cada movimiento. El suave y seco repiqueteo de las monedas, que colgaban del pañuelo de su cadera, se sincronizaba con los movimientos perfectamente acordes de sus brazos y vientre. Estaba tan absorta que no se percató de mi presencia, ni siquiera cuando me apoyé en una esquina de la pared de la entrada, fuera del alcance del espejo, por supuesto.

Me hacía sentir muchas cosas con solo mirarla. Se veía contenta y concentrada. Enfadada y alegre. Fuerte y delicada. Disfrutaba lo que hacía, evadiéndose de la realidad, pero sin dejar que su cuerpo fallase en ningún movimiento. Un ángel flotando en el aire, un ángel directo a robarme el corazón.

En una de sus vueltas me descubrió y clavó sus profundas esmeraldas en mí antes de hablar, menos sería de lo que intentaba sonar.

—Es de mala educación espiar a la gente, Miki. —Sonrió de lado.

—Venía a buscarte para cenar, pero no he sido capaz de interrumpirte —respondí acercándome a ella.

—Entonces ya que estás, aprovecha el tiempo. —Tiró de mis manos hacia delante.

—Oh, no, no, no. No pienso bailar. —Negué con la cabeza al entender sus intenciones.

—Es el precio por espiarme. —Se dirigió al ordenador—. Cierra la puerta —me ordenó girando la cabeza para asegurarse que lo hacía.

Hice lo que me pedía. Si iba a bailar, por lo menos que nadie me viera. Me acerqué de nuevo hasta el medio de la habitación.

—Probaremos con una bachata —me informó, colocándose enfrente de mí.

Dabria

Miki estaba cayendo en mis garras antes de lo que esperaba. Lo cierto era que había pensado que me resultaría más difícil, pero parecía que dentro de poco lo tendría comiendo de la palma de mi mano.

—Sostenme de la cintura así —le indiqué, posando su mano derecha en la parte baja—, y la otra así —dije, agarrándole la izquierda con la mía pegada a nuestros hombros.

—No me gusta bailar, Babette —dijo separándose un poco de mí.

—Conmigo te gustará, lo prometo. Pégate a mí —ordené juntando nuestros cuerpos.

—No sé bailar. —Noté cómo su cuerpo se tensaba contra el mío, estaba segura de que era por la cercanía, no por el miedo.

—Tú solo mírame a los ojos y déjate llevar. —Sonreí levemente para darle ánimos.

Comencé a moverme al ritmo de la música. Tracé círculos con mis caderas de forma sensual. Su mirada clavada en la mía, su tenso cuerpo poco a poco iba dejándose guiar, sus movimientos se acompañaban a los míos. Vi cómo tragaba con fuerza cuando mi cadera se pegaba demasiado a la suya.

Había elegido la bachata porque era un baile muy *sexy*, sabía que Miki se pondría nervioso y excitado con tanto roce. Algo malévolo por mi parte, pero un poco de diversión no iba mal.

—¿Bien? —le pregunté sin dejar de bailar.

—Teniendo en cuenta que me has obligado, no está mal del todo.

—No eres tan mal bailarín como dices, me has engañado.

Era cierto, bailaba mejor de lo que decía.

—Tengo una buena motivación —contestó sonriéndome.

La canción había llegado a su fin. Me separé de él, bueno, lo intenté, ya que me rodeó la cintura con los brazos pegándome de nuevo a él.

—¿Quieres seguir? —pregunté con inocencia fingida.

—No, quiero mi recompensa.

—¿Cuál se supone que es? —Enarqué una ceja.

Se acercó despacio, tanto que pensé seriamente si acortar yo la distancia.

Su nariz rozó la mía, entreabrí los labios esperando que me besara, pero su boca se desvió para susurrarme al oído:

—La cita.

—Ah —articulé sin moverme. Pensé que me iba a besar, quería que me besara.

—Ya puedes dejar de babear, pequeña, no voy a besarte.

Sus labios rozando mi piel junto con su ronca voz eran la combinación perfecta para provocar que un escalofrío de placer recorriera toda mi columna vertebral. Sabía cómo provocar a una mujer, su fama de mujeriego no era en vano. Le sobraban armas de conquista y sabía emplearlas. Y como ya he dicho, yo era una mujer, así que, si quería jugar, que así fuera. ¡A nadie le amarga un dulce!

—Como si no lo desearas.

Pasé mi mano lentamente por su nuca, rozando con las yemas su cálida piel. El gesto hizo que nuestros cuerpos quedasen completamente pegados, ya que, al sobrepasarme en altura una cabeza, me tenía que poner de puntillas para acariciarlo. Me desvié lentamente para pasar por su lado rozando su pecho, pero antes de que nuestros cuerpos perdieran contacto, me tomó de la mano y volvimos a la posición inicial, tan pegados que ni el aire podía abrirse paso.

—Entonces, ¿por qué negarnos lo que tanto queremos? —preguntó con la voz ronca.

Su mirada se desvió de mis ojos a mi boca una fracción de segundos antes de posar sus labios sobre los míos. De forma lenta, ejerciendo la presión exacta, me obligó a abrir la boca, dejando paso a su lengua. Cálida, exigente, dulce, húmeda. El beso se volvió más intenso, nuestras lenguas bailaban al son de diferentes ritmos, queriendo imponerse uno sobre el otro. Rodeé su cuello con mis brazos para profundizarlo más. Aproveché el pequeño espacio creado para coger aire y tomar su labio inferior entre mis dientes. Lo mordí suavemente provocando que un gruñido saliera de su garganta, igual que la primera vez.

Nos separamos, pero Miki apoyó su frente en la mía sin alejar sus manos de mi cuerpo.

—Me vuelves loco —susurró con la voz todavía ronca.

Me separé de él. Recorrí su cuerpo de arriba abajo, me di cuenta al momento de que había sido una mala idea. Cada poro de su piel desprendía

deseo, excitación. Sus ojos demasiado oscuros y brillantes, su respiración todavía irregular, sus músculos tensos, perfectamente visibles bajo la camiseta, y su segura creciente erección en el bajo vientre provocaron que una ola de calor y deseo recorrieran mi cuerpo, ya de por sí encendido.

Me puse de puntillas y le besé la punta de la nariz, gesto que suavizó sus músculos. ¡Esperaba que también los míos!

—No es muy galán por tu parte besarme antes de la cita.

—Ha sido tu culpa, pequeña bruja, me has provocado. —Me reí ante el nuevo nombre que me había puesto.

—Iré a ducharme.

—Te espero abajo —me dijo mientras salíamos de clase.

Antes de bajar las escaleras, hizo algo que no esperaba, me dio un apretón en la mano. No era la primera vez que lo hacía. Tal muestra de cariño, sin intención sexual, ni deseo ni lujuria, solo cariño, me desconcertaba. Me obligué a fingir una sonrisa. No sabía si me gustaba. Era bueno para mi trabajo, pero algo se me había revuelto en el estómago cuando lo hizo. Prefería no pensar por qué.

«Es solo trabajo, es solo trabajo, es solo trabajo...», me repetía constantemente mientras caminaba hacia la ducha, mientras me duchaba, mientras me vestía y mientras me dirigía hacia mi cita.

Al bajar las escaleras, pude verlo en los sillones de la entrada. No estaba sentado, se encontraba de pie hablando con una chica rubia, con una melena que le caía sobre los hombros perfectamente planchada. Su corta falda dejaba a la vista unas piernas largas y esbeltas, la blusa abotonada justo para dejar entrever unos grandes pechos sobresaliendo... En definitiva, un pibón.

Me acerqué a ambos y me di cuenta de que era realmente guapa, y alta, me sacaba una cabeza. La envidia de cualquier mujer y la perdición de cualquier hombre.

Miki parecía inmune a sus encantos, o cansado de ellos, no quería saber cuál era la verdadera respuesta. Cuando me vio, su expresión se relajó y me sonrió.

—Miki. Hola —dije lo segundo mirando a la chica. Me coloqué al lado de ambos, él enseguida me rodeó con un brazo para acercarme más hacia su cuerpo.

—Ella es Monic.

—Soy Babette —la saludé tendiéndole la mano—. Encantada.

Esta me miró de arriba abajo, haciéndome un escáner exhaustivo. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados. Las ganas de arrancarme hasta el último pelo saltaban a la vista, pero se reprimió y escupió unas pocas palabras antes de salir del gimnasio:

—No puedo decir lo mismo.

Al menos fue sincera, dejó claro que no era de su agrado. Sabía que eso podía ocurrir debido a los corazones rotos que el idiota de Miki había ido dejando por ahí, pero mis ojos se abrieron por la sorpresa de tal grosera sinceridad.

—Creo que no le he gustado a tu amiga —le comenté ya en el coche.

—Sí —coincidió, rascándose la nuca—. Aunque lo que no le gusta es que me gustes a mí.

—Voy a tener enemigas por ser tu nuevo capricho, genial. —Hice una mueca de disgusto.

—Ahí está el problema, que tú estás muy lejos de ser solo un capricho. —Clavó sus profundos ojos negros en los míos para dejar claro que hablaba en serio.

—¿Adónde vamos?

No era momento para hablar de sentimientos.

—Aquí —señaló el restaurante que quedaba en la siguiente calle, al mismo que había ido con las chicas la primera vez.

—Hace frío —me quejé al salir del coche.

—Esto no es frío, pequeña. —Pasó un brazo por mis hombros, igual que hizo enfrente de Monic, y me atrajo hacia él frotando mi brazo.

—Era la excusa perfecta para que me agarraras. —Me reí y pasé una mano por su cintura.

—No la necesitas.

Me besó en la frente y entramos en el local. Tras atravesar la puerta nos separamos, pero Miki cogió mi mano.

Su belleza volvió a cautivarme como la primera vez. Recorrí el local con la mirada.

—Veo que te gusta —dijo observándome.

—Me encanta.

Un camarero apuró el paso en nuestra dirección al percatarse de la presencia de su jefe. De forma disimulada, pero no imperceptible, irguió la espalda e hinchó el pecho antes de llegar.

Pobre, su acción de nada valió ya que un señor, bastante mayor que él, le hizo un gesto y fue él quien se acercó a nosotros.

Había una diferencia clara entre Miki y Laryssa. Pese a ser hermanos que compartían muchas cualidades, tenían claras diferencias. Ella destellaba bondad y dulzura, mientras que él desprendía arrogancia y poder. Imponía temor, incluso sin desearlo. El trato que le daba la gente era de respeto hacia ambos, pero con una mezcla de miedo hacia Miki.

—Buenas noches, Mikhail, que gusto verte —lo saludó el viejo camarero estrechándole la mano.

Que lo tutease no me pasó desapercibido, se trataba más que de un simple camarero.

—Buenas noches, Afanasi —respondió Miki amable—. Me alegro de verte tan bien como siempre.

—Oh, mejoro con la edad, como los vinos —bromeó el señor.

—Afanasi —dijo Miki echándome una mirada—. Ella es Babette.

—Es un placer, señor —lo saludé tendiéndole la mano.

—El placer es mío, señorita —respondió con una gran sonrisa—. ¿Vais cenar?

—No podré marcharme después de oler tales delicias.

—Entonces, acompañadme.

Nos sentamos en una mesa al fondo del local, cerca de una gran ventana. Afanasi nos entregó las cartas.

—¿Vino? —nos ofreció.

—¿Babette? —preguntó Miki mirándome.

—Sí. Blanco, por favor —respondí mirando con una sonrisa a Afanasi, que me la devolvió al instante.

—Bien, ahora vuelvo.

Miki abrió la carta, yo no me molesté en hacerlo, estaba esperando su pregunta, que no tardó en llegar.

—¿Qué te apetece, pequeña?

—Te dejo elegir por mí.

Mientras Miki le pedía al camarero, yo me dedicaba a mirar por la ventana. San Petersburgo era precioso, tanto de noche como de día, pero apenas había visto nada aparte del gimnasio y la universidad.

—¿Qué piensas? —me tendió la copa con un poco de vino, no me di cuenta cuando lo habían servido. Le di un trago antes de contestar.

—Delicioso —comenté antes de responder a su pregunta—. Llevo cerca de un mes aquí y no he visto prácticamente nada.

—Entonces mañana empezamos.

—¿Cómo?, ¿me acompañarás? —pregunté sorprendida.

—De mi mano lo conocerás mejor que con las guías.

—Cada museo, cada palacio, cada iglesia, cada plaza, cada lago... —
¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar?—. Quiero verlo todo.

—Lo verás, confía en mí.

Por extraño que pareciese, ya lo hacía.

—Bien. Cuéntame algo de ti esta vez.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó tomando la copa en la mano.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis

—¿Qué estudiaste? ¿A qué te dedicas?

—Administración y dirección de empresas, y *marketing*. Le ayudo a mi padre en el negocio familiar.

—¿En qué consiste el negocio?

—Pues... —Pude notar su mano apretar con demasiada fuerza la copa y los músculos de su cara contraerse—. Poseemos una gran cadena de restaurantes, discotecas y casinos. Ocio y diversión, en general.

—Supongo que para la clase alta.

—Principalmente, sí, pero no solamente.

—¿Te gusta?

—Se me da bien. Nunca he pensado ni me he dedicado a otra cosa.

El camarero llegó con nuestra cena. Salvado por la campana.

Miki se fue relajando poco a poco cuando me concentré en la comida en vez de seguir interrogándolo.

—Buena elección —le agradecí tras probar un bocado.

Berenjenas rellenas de verduras y quinoa, deliciosas.

—¿Por qué no comes carne? —me preguntó, metiéndose un pedazo de Strogonoff en la boca.

—No necesito matar a ningún ser vivo para alimentarme, aparte de que nunca me ha gustado demasiado.

—Así es como debe ser, ¿por qué cambiarlo?

—Que deba serlo no quiere decir que sea como yo quisiera que fuese.

—¿Para qué alterar el orden de las cosas?

—Aporta felicidad.

—Uuum —dijo pensativo—. Yo no sería capaz, adoro la carne.

Seguí disfrutando del delicioso menú.

—¿Cómo era tu vida en Francia?

—Al final siempre acabamos hablando de mí —respondí llevándome la copa de vino a los labios—. Facultad, casa, ayudar en el gimnasio a mis padres...

—¿Una niña buena?

—¿Qué quieres saber, Miki? —pregunté mirándolo más seria.

—Qué solías hacer, con quién solías salir...

—Me encanta salir con mis amigos tanto de fiesta como a tomar un café, o simplemente quedar en casa viendo una comedia americana. Pero lo que te interesa no es eso, ¿me equivoco?

—No. ¿Salías con alguien? ¿Novio?

—Disfruto del sexo tanto como tú, no te voy a decir que soy una mojigata cuando es mentira. Pero no tenía nada serio. No tengo novio.

—No te cortas un pelo —dijo abriendo la boca con asombro—. Eso se puede mal interpretar.

—¿En serio quieres hablar de mis líos?

—Tenía curiosidad. —Frunció el entrecejo como si de verdad no le gustara hablar de eso.

—Si estuviera con alguien, no me acostaría contigo.

—Claro. —Parecía más tranquilo—. Como si pudieras resistirte a mis encantos.

—La verdad es que parece ser tú el que no puede resistir los míos.

Sonrió negando con la cabeza, pero no dijo nada.

«Golpe bajo, ¿eh, Miki?».

—Ven, quiero enseñarte algo —dijo al acabar de cenar.

—¿El qué?

—Ya lo verás.

Me guio de la mano hacia unas escaleras en la entrada del local, no me había fijado en ellas, ya que la puerta de acceso estaba cerrada. Llamó al ascensor y yo me puse nerviosa.

—¿Podemos ir por las escaleras? —pregunté alejándome de la máquina de metal.

—Son diez pisos, Babette, no pienso ir por las escaleras.

—Por favor, me dan pánico.

—No pasa nada, vienes conmigo —dijo guiñándome un ojo.

—Eso no me deja más tranquila.

Era cierto, nada podía hacer que le perdiera el miedo a esos chismes. Me di la vuelta decidida a ir por las escaleras, pero la fuerte mano de Miki me arrastró al interior. Cuando las puertas se cerraron, noté mi corazón bombear a cien por hora, hasta creí escuchar su fuerte latido. Las manos empezaron a sudarme y sentí la sangre abandonar mi rostro. No me moví del sitio, temía desmayarme en el intento, simplemente esperé a que las puertas se abrieran otra vez. Vi por el rabillo del ojo cómo Miki aguantaba la risa. Respondí con la mirada más intimidante que fui capaz.

—¿De qué te ríes, idiota?

—Lo siento, pero es que tu cara... Tenías que verte, parece que has visto un hombre con tres cabezas.

—Te arrancaré la tuya al salir de aquí como no pares de burlarte de mí.

Se acercó y me pasó una mano por la mejilla, despacio me atrajo hacia él, hasta que mi mejilla reposó en su pecho. Me envolvió con sus brazos, acariciándome con ternura.

—Ya llegamos, pequeña. Verás cómo ha merecido la pena.

No me molesté en contestarle, me separé bruscamente y salí lo más rápido que pude de la maldita caja metálica.

29

Una enorme terraza se abría camino bajo mis pies, adornada con barandillas de piedra que la recubrían. El gran espacio estaba poco ocupado, algunas plantas y unos sillones con una mesita de café en el centro. La paciencia no me dejó percatarme de muchos detalles mientras alcancé el balaustre con ambas manos.

Impresionante, aquella imagen era digna de ser pintada por uno como Van Gogh.

El esplendor de la ciudad al alcance de mis ojos. Todos los edificios de San Petersburgo inmersos en la oscuridad de la noche, iluminada por las tenues farolas que se elevaban como puntos amarillos superpuestos para resaltar en un cuadro la magnificencia de la ciudad.

—¿Te has quedado sin palabras? —me preguntó, colocándose detrás de mí, pegando su pecho a mi espalda y pasando ambos brazos por mi cintura.

—No encontraría las adecuadas para describirlo, aunque quisiera.

—Es uno de mis lugares preferidos —confesó, dejando descansar su barbilla en mi cabeza.

—Será uno de los míos también a partir de ahora.

Pasamos un rato en silencio. No tenía nada que decir ni ganas de hablar, simplemente desvié mi mirada de izquierda a derecha captando nuevos detalles con cada recorrido, intentando grabarlos en mi memoria. Miki me dejó disfrutar de las vistas, parecía no incomodarle nuestro silencio. Supuse que él también estaría absorto en sus propios pensamientos.

El tiempo cada vez se ponía más frío. No pude evitar que un escalofrío recorriera mi cuerpo, y a él no le pasó desapercibido. Se pegó más a mí y me susurró al oído:

—Quiero enseñarte algo más antes de marcharnos.

Depositó un suave beso en la curva de mi cuello y me giró para guiarme hacia la otra parte de la terraza.

Era prácticamente igual que la anterior, pero en vez de ser todo de piedra, el balaustre era de cristal.

A través de él se podían ver las montañas escondiéndose o abriéndose paso en la ciudad. Los grandes árboles apenas parecían más que masas verdes y esponjosas; también podía apreciarse alguna masa de agua extenderse por

los parques.

Al día siguiente empezaría a ver la ciudad, me prometí a mí misma, aunque fuera sola.

—¿Podemos quedarnos un rato más?

—Todo lo que quieras, o lo que te permita el frío —se burló.

Nos sentamos en el suelo apoyados contra la gran cama con dosel.

Sí, en el otro lado había una especie de sala mientras que en ese había una cama. Solo las había visto en las películas, típicas casas ricas con camas en los jardines y cerca de la piscina. No debía extrañarme que ellos las tuvieran también, al fin y al cabo, nadaban en dinero, ¿no?

Miki no dijo nada por mi rara elección de preferir el suelo que la seguramente mucho más cómoda cama, pero la verdad estaba mejor ahí, en el suelo, aunque fuera duro y frío.

Me apoyé en su pecho, dejando descansar mi cabeza. No protesté cuando se sentó detrás de mí, haciendo que quedase en el medio de sus piernas. Tener todo su cuerpo rodeándome me daba calor. Sí, quería pensar que solo me daba calor.

—¿Vienes mucho aquí?

—Intento escapar de vez en cuando.

—¿Escapar? —Fruncí el ceño, aunque no pudiera verme—. No parece un lugar para estar solo. —Sobre todo por la cama.

—Este no es mi picadero, pequeña. —Supe que sonrió, aunque no podía verlo—. Me gusta estar aquí. Solo.

—¿Solo? ¿Y eso?

—Puedo decir que es mi lugar para pensar. Me gusta observar la ciudad desde aquí, tan cerca y tan lejos a la vez, como tantas cosas en la vida. Me gusta observar el horizonte, intentar perderme en él cuando las cosas se ponen feas, desear que la oscuridad me trague como a las montañas cuando algo no sale como deseo o tomarme una copa observando la iluminada ciudad cuando el momento así lo requiere.

—La intensidad de tus palabras raya lo sensible. Podría pensar que no eres el chico duro que aparentas ser.

—No me importa que veas todas mis caras.

—¿Todas? —Hice que mi tono sonase trivial, pero su respuesta era importante.

—No, no todas. —Noté los músculos de sus brazos tensarse a mi

alrededor y algo de nerviosismo en su voz—. Se que te gusta la fachada de chico malo.

—Como a todas, supongo —respondí con naturalidad para que no se percatase que había notado su cambio—. Entonces..., ¿soy la primera chica que traes aquí? Quiero decir, en plan cita.

—Sí. Eres la primera chica que traigo aquí en todos los planes. También eres mi primera cita y..., bueno..., la primera en muchas cosas.

—Debo sentirme orgullosa. Babette Lévesque consigue la primera cita con el guapísimo mujeriego Mikhail Korsakov —comenté imitando la voz de un periodista.

—No te burles, muchas pagarían por ello.

—Un precio demasiado elevado, supongo, tanto como para que únicamente un padre demasiado rico y aburrido acceda al capricho de su malcriada hija, que seguramente sea irremediabilmente guapa después de pasar cinco veces por quirófano.

—Vaya, tienes en mucha estima a la clase alta. Espero no entrar en esa categoría.

—No, tú vas en otra, no tienes las tetas operadas. Jajaja.

—¿Y? ¿Cuál es tu primera opinión de mí?

—Insolentemente guapo, groseramente atractivo, insoportablemente *sexy*. Un caprichoso niño rico con el físico de un dios y la arrogancia de un guerrero.

—Vaya. —Parecía sorprendido con mi insólita descripción—. No sé cómo sentirme ¿herido o halagado?

—Puedes experimentar una mezcla de ambas.

—Soy más que eso —me aseguró.

—Desde luego. Posesivo, mandón, celoso, gruñón...

—¿Algo bueno? —inquirió haciéndome cosquillas.

—Tendré que conocerte mejor para averiguarlo —respondí retorciéndome de la risa.

—Pronto modificarás algunos términos.

—Estoy segura de que te asegurarás de que así sea.

Me levanté y le tendí la mano para que hiciera lo mismo.

—La próxima vez veremos el amanecer.

Vi un leve abismo de ¿miedo?, ¿culpa? en su rostro, pero curvó la boca en una ligera sonrisa al incorporarse.

Caminé hacia las escaleras con Miki de la mano.

—No pienso montarme de nuevo —le aseguré mirando al ascensor.

—No ha sido para tanto —protestó.

—No te pido que me acompañes, pero yo bajaré por las escaleras — afirmé sin dar pie a más discusión y empezando a bajar con paso decidido.

—Está bien, espérame al menos —gritó desde arriba.

Recorrió el pequeño camino que nos separaba, me tomó de la mano y bajamos los diez pisos con los resoplidos de Miki como único sonido. Se me hacía gracioso que le resultase tan molesto la simple acción de bajar por las escaleras. Un chico joven que con tan solo un chasquido de dedos tenía el mundo a sus pies echando humo por las orejas por esa nimiedad.

—¿De qué te ríes? ¿Ha sido una venganza por hacerte subir al ascensor?

No me había dado cuenta de que estaba riéndome.

—Cambiamos los papeles. —Recordé cómo se había reído de mí cuando subimos en el ascensor.

—Soy muy vago, ¿sabes? No me gusta hacer algo si pueden hacerlo por mí.

—Ya sé que eres un niño mimado, sumamente rico, acostumbrado a que le cumplan todos sus caprichos.

—No es cuestión de dinero, sino de comodidad.

—La comodidad no debe tener prioridad en nuestras vidas, menos siendo tan jóvenes.

—¿Quieres decir que la comodidad está mal?

—La comodidad lleva a la monotonía, y esta al aburrimiento. La mezcla de las tres hace que no le prestemos atención a los pequeños detalles que llevan a una vida plena y feliz.

—¿Crees que no soy feliz? —preguntó mirándome curioso.

—No me concierne a mí catalogar el grado de felicidad de los demás.

Miki no soltó mi mano en todo el trayecto hasta el coche. La gente nos miraba con curiosidad, diría que más bien lo miraban a él, extrañados, y a mí, curiosos.

—Al final nuestra cita no ha sido tan mala, ¿no crees?

—Ha sido típica —respondí con sarcasmo.

—Mentirosa, te ha encantado —dijo mirándome de reojo—. Me he esforzado mucho. No pisotees mi ego.

—Me alegra haber sido la primera.

—Y a mí que lo seas. —Posó su mano en mi rodilla de forma cariñosa.

Tras aparcar en la puerta de mi edificio, Miki me siguió por las escaleras sin protestar.

Era una zona céntrica, muy concurrida, por lo que aparcar era muy complicado; pero a él no le importaba dejar el coche de cualquier manera. El mito de que los hombres amaban sus coches más que a sus mujeres parecía no abarcar a los hombres de la mafia. La razón era simple: podían reemplazarlo por otro al instante.

—Bueno, has cumplido todos los requisitos de una cita, alternando el orden, pero... —dije, introduciendo la llave en la puerta de mi apartamento.

—¿Requisitos? —Enarcó una ceja, sonriente.

—Claro, protocolo de caballero. —Le guiñé un ojo—. Recoger a la chica, llevarla a cenar a un bonito restaurante, traerla sana y salva hasta la puerta de su casa y conseguir el ansiado beso de despedida.

—Entonces aún me queda lo último —dijo pegando su cuerpo al mío.

—Claro que no. No aguantaste las ganas y me besaste al principio.

Di un paso atrás para separarme un poco, pero me choqué con la puerta. Miki sonrió descaradamente, acorralándome con ambos brazos sobre la pared a la altura de mi cabeza.

—Estoy haciendo el esfuerzo ahora.

Sus ojos se tornaron oscuros, cargados de deseo. Desvió la mirada hacia mis labios y yo pasé mi lengua por ellos. Miki tragó con dificultad.

—Puedo ayudarte. —Acerqué mis labios a su oreja a la vez que lo acariciaba desde el pecho hasta la nuca—. ¿Prefieres qué sea yo la que te bese?

Rocé con los labios el lóbulo de su oreja, aspiré su aroma despacio para que sintiera mi cálida respiración en su cuello. Pegué mi mejilla a la suya, pero... de repente estaba sobre mí, una mano sobre mi cintura, otra en mi cuello, su pecho pegado al mío y sus labios devorando los míos con exigencia. No era un beso suave, sino duro, agresivo, posesivo. Su lengua uniéndose a la mía, dando, exigiendo, tomando, recibiendo..., expresando lo que las palabras no podían.

Paramos de besarnos. Nuestras respiraciones agitadas, nuestras frentes pegadas, nuestros cuerpos totalmente excitados, mis manos sobre su pecho, y las de él, una en mi cintura, y la otra sosteniendo mi mejilla.

—Si seguimos, no podré parar —confesó con la voz ronca por la excitación.

—¿Y quieres parar?

—Realmente no —curvó los labios en una media sonrisa—, pero quiero hacerlo bien.

—Es bueno saberlo.

—Buenas noches, pequeña. —Me besó en la frente y se alejó para dejarme entrar.

—Buena noches, Miki —me despedí, aunque dudaba que me hubiera escuchado.

Entré a mi apartamento decidida a comprobar los micros. Con los dos que había colocado en la casa de Miki ya eran cuatro. Había sido una suerte quedarme dormida en el salón y que no decidiera llevarme a un cuarto.

Esa noche, sobre las cinco de la mañana, Miki dormía como un niño. Con delicadeza me aparté de su cuerpo y fui en busca del despacho. No sabía dónde estaba, pero supuse que tenía que ser por el lado contrario a la cocina. Los presentimientos de las mujeres no fallaban. La segunda puerta que había abierto era el gran despacho de la familia Korsakov. Sin más demora, saqué un pequeño *chip* del calcetín y, con mucho cuidado, me agaché para colocarlo debajo del escritorio.

Trabajo hecho.

Al volver al salón, algo me dijo que los Korsakov y los Kostka eran muy diferentes. Los segundos llevaban los asuntos como eso simplemente, en cambio, para los primeros era algo más familiar. Por lo que me vi en la obligación de colocar otro pequeño dispositivo en el salón. Me fijé en un cuadro que ya llamara mi atención en otras ocasiones, mejor dicho, una foto. Una gran foto de los cinco miembros de la casa. Miki no debía tener más de quince años, sostenía a su hermana pequeña en brazos con una enorme sonrisa de adoración. Dara estaba sentada sobre las piernas de su marido mientras que Kalina abrazaba a su hermano desde atrás. La foto plasmaba la felicidad absoluta de la familia, seguro que nadie la movería de ahí.

Tuve que subirme a una silla para poder alcanzarla, Miki estaba de espaldas a mí. La descolgué y agradecí que estuviese cubierta por un marco sencillo. Me bajé de la silla y realicé la misma maniobra que en la habitación de Miki, para que cuando la limpiasen no vieran el *chip*. Coloqué la foto y la silla en su sitio y, comprobando que todo estaba en orden, sobre todo el gran hombre que dormía a pierna suelta a menos de cinco pasos, me volví a acurrucar en el sofá, en sus brazos.

Después de una rápida ducha, me pasé tres horas escuchando las grabaciones antes de irme a dormir.

Miki volvía a mover mercancía, exactamente aquella noche. Ahora comprendía su reticencia a quedarnos a ver el amanecer; tenía trabajo. Hablaba de cantidades de dinero desorbitantes pero el producto era el mismo que la otra vez. El inspector corrupto que le allanaba el camino también era el mismo. Vladik.

Miki parecía ser el que más en contra estaba de las otras dos familias, no creía que su padre y su tío se fiasen, pero él dejaba clara su postura constantemente. Por otro lado, en la mansión Kostka el odio hacia los Korsakov se palpaba hasta por micro. La sorpresa fue que al que menos le agradaba la situación era a Borak. En la penúltima grabación escuché cómo insistían en que de ese negocio no se podían enterar los Korsakov. Mi amigo no parecía estar de acuerdo, con eso se había ganado una buena reprimenda de su padre y burlas de Mikola. Escuché la voz de este último en algunas de las conversaciones y era igual que la familia de Borak. No entendía cómo él era tan diferente, no le agradaba Miki, pero tampoco lo odiaba como intentaba hacer creer. Todo lo que hacía era fingir, ponerse una máscara impuesta por su familia. Una máscara que lo asfixiaba. Actuaba como los demás esperaban que fuera, no como era realmente. El real me agradaba tanto como me desagradaba el actor. Aunque parecía que progresaba, ya que conmigo cada vez se regía menos por el guion.

Estaba contenta con los avances, pero necesitaba más: nombres, lugares, cantidades, fotos... Todo.

Al llegar allí, creí que me enfrentaría a tres grandes familias unidas, metidas en la mierda por igual. Cada vez estaba más segura de que no. Obviamente todos estaban metidos hasta el fondo, pero la mierda que los recubría era diferente, más oscura y espesa en los Kostka y Kovalenko.

Lo último que escuché fue la alarma de Miki, a este llamando a Zoria y la puerta cerrarse a los quince minutos.

Me refregué los ojos, llevaba demasiado tiempo frente al ordenador. Decidí apagarlo e irme a la cama, al día siguiente tenía clase y se me hacía bastante tarde.

Miki

—¿Desde cuándo te has vuelto tan idiota para reírte solo? —Las palabras de Borak me sacaron de mis pensamientos.

«Desde que conocí a mi pequeña». Esa sería la respuesta correcta, pero no se la iba a dar a él.

—Cállate, Borak.

—Como quieras, de todas formas, ya sé el motivo.

—¿De qué hablas?

—Es demasiado buena para ti, Mikhail.

—¿Te crees una mejor opción?

—En absoluto, incluso es demasiado para mí. Para cualquiera de nosotros. Hasta para el santo de Aleksei.

—Es mía —gruñí. No me gustaba hablar con él.

—No es de nadie, y parece que tienes mucha competencia.

—Aléjate de ella —amenacé apretando el volante.

—Vamos, Miki, podemos compartirla, puede que ya lo hayas hecho sin saberlo.

—Hijo de puta. —Le lancé una mirada de odio—. ¿Te has acostado con ella?

—Estás celoso. —Borak se empezó a reír—. Tranquilo, todavía no.

—Púdrete, Borak, nunca será tuya. —Seguí apretando el volante.

Odio. Eso era exactamente lo que sentía por el imbécil que estaba sentado a mi lado. Si no fuera porque estábamos dentro del coche, le partiría la cara de diversión que tenía en esos momentos.

Lo peor era que ella no sabía lo imbécil que era, y me reventaba verlos juntos.

—Parece que está bastante limpio —dijo Borak.

—Para eso pagamos. Vladik sabe lo que tiene que hacer.

Nosotros íbamos delante de los camiones, Aleksei y Zoria iban atrás. No esperaba tener problemas para pasar la merca.

El viaje se me hizo eterno, supuse que por la compañía. Llegamos a la frontera sin problemas, pero allí vimos cómo una patrulla paraba al primer

camión. El conductor se bajó y le explicó al policía, que no hizo caso e indicó a sus hombres con un gesto que lo abrieran.

—Mierda —maldijo Borak cuando un policía se acercó a nosotros.

Salí metiendo mi HK USP Compact en la parte trasera de mis vaqueros.

—¿Qué ocurre, agente?

—Tenemos que mirar la mercancía.

—¿No le han enseñado el papel?

—Sí, pero debo comprobarla.

—Nosotros lo haremos, jefe —se ofreció uno de los subordinados que ya había visto en otras ocasiones. Este hizo un asentimiento con la cabeza.

Me acerqué y yo mismo le abrí el camión.

—Recuerda quién soy —lo amenacé entre dientes para que los demás no pudieran oírnos.

Después de inspeccionar el camión ante la atenta mirada del jefe, el policía bajó conmigo pisándole los talones.

—Todo en orden, señor.

—Bien —contestó, no muy convencido.

No me gustaba dejar cabos sueltos y parecía que Vladik había dejado uno. Tendría una charla con él al volver.

Nos pusimos en marcha de nuevo y, sin más contratiempos, acabamos el trabajo.

Paramos en un bar por exigencia de Aleksei, no era persona si no desayunaba. Mientras esperábamos le mandé un WhatsApp a mi pequeña, prefería escuchar su voz, pero seguramente estuviera en clase.

Miki:

¡Buenos días, pequeña!

Tardó unos veinte minutos en contestar, empezaba a pensar que no lo haría cuando mi móvil emitió un conocido pip.

Babette:

¿Miki? No recuerdo haberte dado mi número.

Miki:

Tengo mis contactos. ¿Qué tal las clases?

Babette:

Podía ser mejor, el profesor nos dejará sordos. Cree que para que le prestemos atención es necesario un micrófono, y unido a su potente voz, hasta las paredes chirrían.

Miki:

Jajaja. Tendrás que buscar la manera de que lo deje.

Babette:

Estoy en ello.

Miki:
¿Nos vemos a la tarde?

Babette:
Trabajo. ¿Nos vemos en el Baltika?

Miki:
Te recojo allí, como ayer.

Babette:
¿Impaciente? Iré con las chicas, no te preocupes.

Miki:
No sabes cuánto, pequeña.

De regreso dejé que fuera Borak quien condujera para poder echar una cabezada, así no tendría que aguantar sus asquerosos comentarios.

Llegamos sobre las seis de la tarde. Después de dejar a Kostka en su casa, llamé a Vladik. Nos vimos en el sitio de siempre. El Atenea a esas horas todavía estaba cerrado, por lo que era un buen lugar para negociar.

—¿Quién era ese inspector de policía?

—No lo sé, Mikhail, te dije que no lo sé.

—No te pago por tu ignorancia, Vladik —respondí serio.

—No ha pasado nada, todo ha salido como siempre.

—El tipo era listo, no tenía la cara de miedo y de idiota que tenéis todos. Estoy seguro de que no le creyó a su subordinado cuando dijo que todo estaba bien.

—No dio señales de lo contrario.

—¿Tú lo harías? No, al menos que quisieras acabar con una bala entre ceja y ceja. No es tan idiota, y eso no me gusta.

—Pero...

—Averigua quién es y tráemelo —le ordené, levantándome de la silla.

—Lo intentaré.

—Hazlo o tú lo pagarás. —Mi tono no daba pie a discusión—. Quiero saber cuántos más hay dispuestos a jugarlosla.

—Bien, te avisaré cuando lo sepa.

—Antes de viernes lo quiero aquí. —Le di el último trago a mi Vodka y me marché del local.

Sabía lo que necesitaba para calmarme.

Dabria

—Cuéntame, ¿qué pasó?

—¿A qué te refieres?

Obviamente quería saber sobre Miki y yo, pero era gracioso lo impaciente que estaba. Llevaba persiguiéndome desde que su turno había acabado. Así que ahí estaba, comiendo en un restaurante cerca del gimnasio con Inna interrogándome.

—¿Qué pasó con Miki? —preguntó rodando los ojos.

—Te refieres a eso —respondí como si me acabase de dar cuenta.

—Claro que me refiero a eso, no te hagas de rogar y cuéntame.

—Fuimos cenar y luego me llevó a casa. Una cita de lo más normal.

—«Miki» y «cita» no van juntos, menos aún acompañada de «normal».

—Es cierto. La cena estaba buenísima, charlamos un rato y después me llevó a casa.

—¿No hubo besos o algo especial? —inquirió, poniendo una mueca de sorpresa.

—Pues...

—Hay que sacártelo todo con cucharilla, chica. Cuéntame todo, Babette — me amenazó con el tenedor.

Le acabé contando todo con pelos y señales, desde que entró en la clase y bailamos, hasta que me dejó en casa. También añadí que me escribió por WhatsApp

—¿Más contenta ahora que lo sabes todo? —le pregunté con una sonrisa.

—Nunca pensé verlo. Le gustas. Quiero decir que le gustas en serio. — Hizo énfasis, moviendo ambas manos.

—Nos estamos conociendo, Inna. —Intenté aplacar su entusiasmo.

—A Miki no le interesaba conocer a nadie hasta que apareciste tú. De hecho, nunca repite con ninguna, y tú ya te lo has tirado.

—Lo he embrujado —solté, moviendo las cejas arriba y abajo.

—Ya lo creo. Pero... ten cuidado, él también te puede embrujar a ti —me miró con preocupación.

—No te preocupes, le das demasiada importancia, solo fue una cita.

—No te engañes, estáis empezando algo. No quiero que salgas lastimada, he visto demasiadas chicas llorando por él.

—No soy como el resto —le aseguré negando levemente con la cabeza.

—No, pero eso no quiere decir que no te puedas enamorar de él como el resto. De todas formas, que él te de su corazón antes que tú.

—¡Vamos, Inna, solo fue un polvo y una cita!

—Es mi deber avisarte como buena amiga —dijo pinchando con fuerza en la ensalada.

—Lo sé, lo tendré en cuenta. —Le sonreí de forma amable.

Cuando terminamos de comer, decidimos dar un paseo, Inna no trabajaba hasta el día siguiente y a mí me quedaban unas cuantas horas para empezar las clases de la tarde.

Al acabar la última clase del día, a la que acudían mis amigas religiosamente, se acercaron con una sonrisa.

—¿Te esperamos o vendrá Miki? —preguntó Nitca ampliando su sonrisa hasta casi hacer chocar las comisuras con las orejas.

—Esperadme —respondí disimulando la sonrisa que asomaba a mis labios, dándome la vuelta para apagar el equipo de música.

—Bien, porque queremos saberlo todo con lujo de detalles sobre vuestra cita —añadió Laryssa.

—Estuvo bien, no os diré más —respondí caminado con ellas hacia la puerta.

—Buen intento. Nos vemos abajo —Nitca sonrió.

Como suponía, tuve que narrar mi cita con Miki una vez más, saltándome algunos detalles. No tenía por qué refregarle a Galina nada cuando ella estaba enamorada de él.

—¡Guau!, va en serio —dijo Laryssa más para ella misma que para nosotras.

—Te lo dije, le gustas y él a ti también —me susurró Nitca para que solo yo lo escuchase.

Negué con la cabeza y rodé los ojos, ninguna respuesta sería la adecuada para Nitca.

Entramos en el Baltika y nos abrimos paso entre la gente para llegar adonde estaban los chicos siempre, al fondo. Todos parecían contentos con sus cervezas en mano y riendo de alguna idiotez que apostaría que había dicho Zoria. Miki estaba recostado hacia atrás en uno de los sillones pegados a la pared, con un pie sobre su rodilla en una postura de completo chico malo. Unos vaqueros, una camiseta negra pegada al cuerpo y unos tenis a juego.

¿Cómo se podía ser tan malditamente guapo?

Su pelo cortado poco más que al uno, la barba de dos días sin afeitarse, su sonrisa tan blanca que parecía de un anuncio de dentífrico, y sus ojos negros

como el carbón. Por no hablar de su postura, totalmente tranquilo y ajeno a las reacciones femeninas que provocaba su cuerpo. ¡Sí! Desgraciadamente yo también entraba en esa categoría.

Desvió los ojos hacia nosotros, posando su mirada en mí. Un escalofrío me recorrió, pero me recompuse de inmediato. Estaba empezando a hartarme de las incontrolables reacciones de mi cuerpo. Sonrió y me guiñó un ojo. Me obligué a alejar mis pensamientos y correspondí con una pequeña sonrisa.

Cada uno buscó un hueco donde sentarse. Nitca y Laryssa al lado de sus novios, Galina se quedó lejos de Miki, podía intuir por qué.

—Vente, pequeña. —Miki tiró de mi mano para sentarme a su lado.

Apostaría que sentí primero sus labios contra los míos que mis posaderas sobre el asiento. Me separé antes de que Miki introdujera su lengua en mi boca. No era el momento. Lo miré seria mientras él lo hacía divertido y con aire juguetón.

Zoria me hizo un hueco entre los dos negando con la cabeza.

—¿Qué tal, chicos? —pregunté a ambos.

—Unos mejor que otros —respondió Zoria tomando su cerveza para darle un trago.

—¿Qué tal tu día? —me preguntó Miki ignorando a su primo y centrando su atención en mí.

—Bien. —Cogí la cerveza que me ofreció Nitca—. Esta es la mejor parte, acabarlo así —dije moviendo la cerveza de lado a lado.

—El sábado es la cena con las debutantes para la Gala Befic HPR (Hambre de los Pobres en Rusia) —comentó Laryssa—. Tú serás una de ellas, Babette.

—¿Cómo? —Debía ser la única que no sabía qué era.

—Es una gala benéfica para recaudar dinero contra el hambre en Rusia. El dinero va destinado mayormente a orfanatos, centros de acogida o refugios. Intentamos disminuir el porcentaje de huérfanos y vagabundos en nuestro país.

¡Vaya! Mafiosos, terrorista, narcos y asesinos con corazón, eso sí que era nuevo. Aunque, ¿qué esperaba encontrar?, ¿animales?, ¿monstruos con garras?, ¿demonios con cuernos? Siempre los había calificado como personas egoístas que solo se importaban ellos mismos y sus grandes bolsas de dinero. Podía, solo podía, que estuviera algo equivocada.

—¿En qué consiste? —pregunté, todavía sorprendida.

—Cada año una marca es elegida para representar la gala, diseñan

vestidos exclusivos que se subastan en ella. Las chicas colaboramos desfilando con los vestidos. Hay dos tipos de pujas: la primera consiste en pujar por cada vestido, quien más ofrezca se lo lleva; la segunda es una especie de competición donde pujan por la chica que más les gusta. Quién obtenga la puja más alta posará durante todo el año para la firma, junto con quien pujó —explicó Laryssa—, y abrirá el baile en la gala.

—¿Quieres decir que nos subastamos nosotras? —pregunté atónita—. Y supongo que quienes pujan son los hombres.

—Yo no lo diría así, y sí, en la segunda puja son hombres; no les interesamos a las mujeres sino a los jóvenes —añadió Galina—. Es la tradición. Aparte, todos salimos ganando. Las chicas hacen de modelos, la marca consigue modelos gratis y el chico obtiene a la chica. Y lo más importante es que el dinero va íntegro para la causa.

—No tienes por qué hacerlo —me dijo Miki posando su mano en mi rodilla.

—Lo sé —le contesté acariciando la mano que tenía sobre mí.

—Mañana puedes venir a cenar a casa, mamá estará encantada de explicártelo todo —me invitó Laryssa.

—Claro. ¿Quién fue la pareja ganadora del año pasado?

—Monic y Mikola —respondió Nitca con asco.

—¿Tú no pujaste por Monic? —le pregunté a Miki, y todos se echaron a reír.

—Nooo —respondió con cara de pánico—. Nunca he pujado por ninguna, pero quizá lo haga este año —respondió mirándome.

Murik abrió los ojos como platos ante el comentario de su primo.

—No podemos pujar por nuestras novias.

—No es una norma —contradijo Miki.

—No está escrita, pero no debe hacerse para no llevarlo a un ámbito personal —explicó Nitca.

Murik se rio burlándose de Miki.

—El problema lo tienes tú, no yo —dijo mirando de reojo a su primo—. Por ahora —añadió para que solo yo pudiera oírlo.

Todos parecían sorprendidos por el cambio de Miki, pero no dijeron nada, salvo el comentario de Murik y las cómplices miradas hacia nuestras manos entrelazadas.

—¿Me invitas a cenar esta noche? —me preguntó, ignorando a sus amigos.

—Claro. Un bocata.

—Podré soportarlo, ¿nos vamos?

—Está bien —respondí pensativa.

¿A qué venía tanta prisa? No creía que los chicos tardasen en marcharse, y siempre lo hacíamos todos juntos.

—Nos vemos mañana —se despidió Miki.

—Adiós, chicos. —Centré mi mirada en Nitca y añadí—: ¿Me recoges como siempre mañana?

—Claro, se puntual —dijo guiñándome un ojo.

Antes de salir del local, pagó la cuenta en la barra dejando una buena propina. A veces se me olvidaba que para ellos el dinero era el menor de sus problemas.

No soltó mi mano hasta que entramos en el coche. Cuando intenté abrocharme el cinturón, su mano me lo impidió, se abalanzó a mi boca como un león salvaje, exigiendo una bienvenida a su lengua de forma brusca e inmediata. Una de sus manos pasó a enredarse en mi pelo mientras que la otra acariciaba mi cintura. Algo empezaba a cosquillear en la parte baja de mi vientre, y un poco más abajo. Correspondí al beso de la misma forma, como dos animales en celo anhelando aplacar nuestro deseo. Nos detuvimos con las respiraciones entrecortadas y los rostros todavía juntos. Alcé mi mirada para encontrarme con la suya: más profunda, oscura y brillante.

—¿Para esto tenías tanta prisa? —pregunté con media sonrisa.

—No creo que hubiera podido aguantar más —me explicó encogiéndose de hombros.

Me dio un beso corto y atrapó el cinturón para colocármelo. Sosteniendo mi mano bajo la suya encima del cambio de marchas se dirigió rumbo a mi apartamento. Al llegar aparcó en línea amarilla. Como siempre, la calle estaba llena de coches, y como siempre, no le importaba dónde dejarlo.

—No deberías aparcar aquí —le regañé saliendo del coche.

—La multa no será un problema, aunque dudo que me la pongan —dijo entrando al edificio tras de mí.

—La soberbia no es una virtud, Miki —dije mirándolo por encima del hombro.

—Pero sí lo es la sinceridad.

Negué con la cabeza, no tenía remedio.

—Mira si encuentras algo que te guste para cenar —le dije entrando en la

cocina—. Ahora vuelvo.

Dejé el bolso de deporte con la ropa del gimnasio en la entrada de mi habitación y abrí el armario.

Una de las cosas que más me gustaba de estar en casa era que podía ponerme cómoda. Tener a Miki en la cocina no iba impedir que lo hiciera. Saqué unos pantalones de pijama cortos de algodón gris, una camiseta blanca fina, pero de manga larga, la estiré y la miré bien. Laura me mataría, pensé sonriendo con malicia.

Me cambié rápidamente, la camiseta era demasiado grande, casi cubría todo mi pantalón. Me recogí el pelo en un moño desordenado y me reí de mi imagen en el espejo, así averiguaría si solo le interesaba por mi físico.

—¿Has encontrado algo? —Miki estaba con la nevera abierta, un paquete de lonchas de queso en la mano y el ceño arrugado.

—Algo —respondió con un suspiro.

—Podemos pedir algo, si quieres —sugerí.

—Por favor. —Lanzó el queso dentro de la nevera—. No quiero ser grosero, pero me he mareado al ver tu nevera.

—No suelo comer en casa —me defendí.

Pidió a un bar de comida china a domicilio. Ambos elegimos arroz tres delicias, yo vegetariano, y Miki con todo lo que pudiera llevar.

—¿Qué quieres ver? —pregunté encendiendo la tele.

—Pon lo que quieras.

Busqué algo aceptable. Las imágenes sangrientas de *The Walking Dead* aparecieron en la pantalla, así que paré de buscar; no era fanática de la serie, pero me gustaba seguirla siempre que podía.

—Dime algo en francés —me pidió Miki de repente. Enarqué una ceja sin entender.

—¿Por qué? —pregunté con curiosidad.

—Me gustaría aprender tu idioma. Tú dominas el mío perfectamente, me parece justo poder chapurrear alguna palabra para disminuir la ventaja —respondió sonriéndome. Solté una carcajada.

—Bien, *¿que veux-tu savoir?*⁶

—¿Eh?

—¿Qué quieres saber? Eso es lo que he dicho.

—Cualquier cosa.

—Mikhail Korsakov *est un enfant capricieux et riche*⁷ —comencé a hablar sonriendo.

—¿Qué me has llamado?

—*Il est aussi arrogant, dominant et trop sexy* —continué.

—Continúa —pidió, abalanzándose sobre mí.

Tiró de mis piernas hacia abajo para recostarme y se tumbó encima de mí. Posó una mano en mi cadera y con la otra me acarició la mejilla.

—*Si vous continuez comme ça, j'ai besoin que tu m'embrasses*.⁸

—No sé qué coño estás diciendo, pero suena endemoniadamente *sexy*.

Su nariz rozó la mía. Sus labios se posaron sobre los míos, al principio con suavidad. Con una lentitud que rozaba el éxtasis, nuestras bocas se entreabrieron para dejar a nuestras lenguas saborearse. Poco a poco el beso se fue haciendo más exigente, más primitivo, como en el coche, pero con la ventaja o el inconveniente de que estábamos en casa. Solos. Miki, yo y nuestro deseo.

Por mi parte noté el calor concentrarse en la parte baja de mi vientre, sus manos introducirse bajo la camiseta de pijama acariciando mi abdomen, unos escalofríos de placer recorriendo mi columna y olas de calor abrasando cada centímetro de piel donde sus manos me habían tocado. Gemí en su boca al tiempo que su mano subía por mi costado.

El timbre sonó cuando Miki casi alcanzaba uno de mis pechos. Emitió un gruñido frustrado y se separó a regañadientes.

El horrible piiiing fue mi salvación. Estaba a punto de caer en la tentación. Miki era para mí como la manzana para Eva: cuanto más cerca lo tenía, menos podía controlar mi deseo de tenerlo todavía más cerca, exactamente entre mis piernas. ¡Eso era! ¡Tenía falta de sexo!

—Ahora vengo —dije levantándome deprisa, antes de que dejase al repartidor colgado y acabase lo que habíamos empezado.

La mirada que me lanzó antes de desaparecer no ayudaba a mis alocadas hormonas a estabilizarse. No sabía a cuál de los dos le estaba costando más reprimir las ganas.

⁶ Significa «¿Qué quieres saber?», en francés

⁷ Significa «Es un niño caprichoso y rico», en francés.

⁸ Significa «Si sigues así, necesito que me beses», en francés.

Miki

Me pasé las manos por el pelo y me revolví en el sillón, intentado calmar mi excitación. Siempre me había considerado sexualmente activo, pero con ella era algo incontrolable, como un animal salvaje queriendo aplacar su instinto de apareamiento. Con solo una mirada hacía que mi cuerpo temblara, con un roce de sus labios me tenía listo para embestirla de cualquier manera posible. Joder. Sacudí la cabeza intentando alejar su imagen gimiendo contra mí. El momento había pasado y tocaba cenar, aunque no era de comida de lo que tenía tanta hambre.

Babette entró en el salón con una bolsa en la mano y, con una mirada cómplice, la dejó sobre la pequeña mesa.

—¿Qué quieres beber? —preguntó dejándome una vista perfecta de su trasero.

—Lo que cojas para ti está bien. —Intenté concentrarme en la televisión.

Casi al instante, mi pequeña volvió con dos vasos en una mano y dos botellas bajo el brazo contrario.

—Lo siento, pero solo tengo esto —dijo señalando las botellas.

Una, obviamente, era de agua y la otra de un color morado oscuro. Que no fuera zumo de arándanos, odiaba los arándanos y su asqueroso zumo.

—¿Agua o zumo de arándanos? —preguntó, señalando una botella y luego la otra.

—Agua —respondí deprisa.

—¡Oye! Ya te lo he dicho, paso poco tiempo en casa, aparte de que compro lo que a mí me gusta —respondió llenando dos vasos con agua.

—En la lista de la compra siempre deberías incluir cerveza y Coca-Cola —le sugerí, entregándole un recipiente de aluminio con la cena.

—Lo tendré en cuenta, para que no protestes la próxima vez.

Sus palabras hicieron que una sensación nueva recorriera mi cuerpo. ¿Felicidad? ¿Ternura? Tenía que empezar a controlar mis pensamientos o acabaría en el lado de los cursis pronto.

Comimos mientras Babette me explicaba la serie. Aseguraba que no era fan de tal crueldad, pero no podía creerla. Parecía saber cuántas veces necesitaba

masticar el hombre sin ojos el brazo de la persona que estaba gritando porque le acababan de hincar los dientes hasta el occipital. Admiraba su entusiasmo al explicarse, incluso en cosas tan triviales o asquerosas como un programa de televisión. Vivía lo que contaba como si hubiera algo más detrás de la caja negra que estaba colgada en la pared, emitiendo imágenes más sangrientas de las que estaba acostumbrado a ver, que no eran pocas.

—¿Trabajas mañana? —me preguntó.

—Claro.

—Bueno, supongo que al ser hijo de papá no tienes que madrugar.

—No se me ofrece ningún trato especial —fingí estar ofendido.

—Desde luego que no, pero yo sí tengo que madrugar —dijo, apagando la tele.

—¿Nos vamos a la cama? —pregunté con una sonrisa juguetona.

—Claro que me voy para cama. Si quieres puedes irte a tu cama —remarcó la palabra «tu», para dejar claro que no iba a dormir con ella, y se levantó.

—Está bien, ya me voy, aunque puedo dormir contigo sin problema —le ofrecí levantándome del sofá.

—El problema es que ambos sabemos que no podemos simplemente dormir —lo soltó de manera natural, como si hablar de sexo con ella no me incrementaran las ganas de tenerlo—. Cuando estamos cerca somos peor que imanes, gatos en celo o leones salvajes.

—Vaya, pequeña, qué mente más perversa —dije, acercándome a ella.

Intuyó mis intenciones, por lo que se dio la vuelta, camino a la puerta.

—Buenas noches, Miki. —Abrió con una gran sonrisa.

Me coloqué frente a ella para despedirme, entonces hizo algo que me sorprendió. Se puso de puntillas, acarició mi mejilla y, sin apartar su mirada de la mía, me besó de forma extremadamente suave, exquisitamente dulce, sin prisa, como esperando a que se derritiera un caramelo en su boca. Creía que lo estaba consiguiendo.

Por segunda vez esa sensación se abrió paso en mi interior, esa vez con más fuerza. La acerqué más a mí para poder saborear mejor su boca o para evitar espacio entre nuestros cuerpos. Por ambas cosas, pero no la quería lejos.

Su mano ardía en mi mejilla. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al experimentar una forma totalmente nueva de besar. Esa vez el sexo no era el

objetivo y, por extraño que pareciera, me gustaba. Era agradable sentirla tan cerca, no solamente de cuerpo, sino de sensaciones, de sentimientos; como si al juntar nuestras bocas de aquella manera nos confesásemos cosas que con palabras no sabríamos.

—Mañana te recojo en la universidad —dije al separarnos.

—Tengo que trabajar al salir de clase.

—Entonces te llevaré al gimnasio.

Debería haber añadido: «Y te raptaré durante el resto del día», porque era lo que de verdad quería hacer.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. —La besé en la frente y salí.

—¡Está allí a las once! —gritó mientras me alejaba.

Subí al coche y con mi pequeña en la mente conduje hacia la casa de los gemelos.

Aleksei me abrió la puerta.

—¿Quién gana hoy?

—Pelea de hermanos. Apuesto a que Zoria le pateará el culo de nuevo.

Al llegar al salón vi a mis primos discutiendo como dos niños pequeños, Murik se esforzaba en ganar, como todos nosotros, pero Zoria era el mejor. Venyamin bebía de su cerveza sin prestarle atención, yo haría lo mismo si llevase horas aguantándolos.

—¿Qué tal te ha ido, Miki? —preguntó este cuando me senté a su lado.

—Bien. —Cogí una cerveza de la mesa y la abrí.

—¿Bien?, ¿has ido muy rápido?, ¿o te ha mandado a la mierda? —preguntó Zoria sin desviar la vista de la pantalla.

—No me ha dejado dormir con ella —solté resignado.

—Follar y marcharse, perfecta para ti —comentó Murik.

—Tampoco hemos follado.

Mis amigos me miraron como si me nacieran cuernos. Estaba empezando a hartarme de ver mi reflejo desfigurado en sus miradas.

—Entonces, ¿qué habéis hecho? —preguntó Venyamin.

—Hemos cenado y hablado —respondí como si hiciera eso con todas las chicas, como si fuera normal.

—Cenar y hablar —repetieron los gemelos a la vez. Estar nueve meses en la misma bolsa les había dejado alguna secuela, al fin y al cabo.

—¿Dos cenas en una semana sin sexo? —preguntó Venyamin pensativo,

más para sí mismo que para mí.

—Lo mismo pienso yo. —Aleksei no había abierto la boca hasta entonces, parecía enfadado—. ¿Qué quieres de ella?

—¿Qué te ocurre? —solté a la defensiva.

—¿A mí? ¿Qué coño te pasa a ti? Babette no es otra zorra más.

—Ya lo sé.

Aleksei no me dejó continuar.

—Entonces, ¿por qué no la dejas en paz? No eres bueno para ella.

—¿Lo eres tú?, ¿te crees mejor que yo? —Mi paciencia se había agotado y comencé a gritar como él.

—No he dicho eso, pero...

—Sé que te gusta. Desde que llegó la comes con la mirada, pero ella no es para ti.

—¿Es para ti? ¿Por qué coño te tiene que interesar la misma que a mí cuando hay miles de chicas dispuestas a dártelo todo?

—Porque no quiero nada de ninguna, y lo quiero todo de ella —confesé bajando la voz.

—Te equivocas, quieres lo mismo de todas —replicó, negando con la cabeza.

—Basta —ordenó Murik dejando el mando sobre la mesa—. Tranquilizaos los dos.

—No me importa ninguna, solo la quiero a ella. —Mi tono continuaba bajo pero firme. Sabía que le hacía daño con mis palabras, pero era cierto, no podía mentirle.

—Y ¿cómo no? Miki siempre consigue todo lo que quiere. No importa a quién lleves por delante si consigues tu propósito.

—Por supuesto —respondí de forma brusca.

—Vete a la mierda, Miki —soltó antes de marcharse dando un portazo.

—¡Espera! —gritó Venyamin corriendo detrás de él.

—Mierda. —Me froté la cara con fuerza.

—Sabías que sentía algo por ella, siempre lo supiste —dijo Murik sentándose enfrente mía.

—Sí —admití.

—Y no te importó —añadió Zoria.

—Porque yo también lo siento —me sinceré con ellos.

—Entonces valora si merece la pena enfrentarte a un amigo por ella —dijo

Murik.

—Quiero a Aleksei como a un hermano, pero no puedo controlar lo que siento por Babette. No puedo pararlo, simplemente no puedo.

—Haz que merezca la pena y él lo entenderá —intentó consolarme Murik.

Le di un largo trago a la cerveza, no sabía qué contestar. Sabía que Aleksei sentía algo por ella, pero no pensé que fuese demasiado importante, o eso era lo que quería creer. Nunca nos peleábamos, menos por una tía. Sin embargo, no podía explicar lo que sentía por mi pequeña. No quería ponerle un nombre, calificarlo como algo que todavía no sabía qué era. Solo era consciente de que arremetía a la velocidad de un tsunami y con la intensidad de un rayo.

—Yo también me voy —me despedí levantándome.

—Estará bien —me dijo Zoria, apoyando una mano sobre mi hombro.

Asentí y salí de casa de mis primos directo a la mía. Entre la pelea con Aleksei y mi pequeña, me costaría pegar ojo. Lo que recordé antes de quedarme dormido fueron unos ojos verdes observarme con intensidad.

Me levanté temprano con una erección más marcada de lo habitual, mis sueños habían sido demasiado calientes. Desde que tuve sexo por primera vez, hacía muchos años, nunca había pasado tantos días seguidos sin echar un polvo. No creía poder resistirme mucho más con ella. Saber que tenía las mismas ganas que yo hacía que me volviera loco.

Una ducha de agua fría me vendría bien, teníamos una reunión importante donde mi erección no sería oportuna.

A las ocho y media, entré en la cocina. Mi padre, como siempre, se encontraba mirando hacia el jardín con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo una taza de café. Vestía un traje negro que, junto a su erguida postura y sus anchos hombros, le daban ese aspecto de poder y riqueza.

—Toma algo rápido y vámonos.

—Esto me valdrá —dije cogiendo una tostada de la mesa—. Vamos.

Camino a la salida nos encontramos con mi hermana, completamente lista para ir a la universidad.

—Buenos días, cielo —la saludó mi padre con un beso en la mejilla—. ¿Te llevamos?

—Prefiero conducir —respondió moviendo las llaves enfrente nuestra.

—Ten cuidado —dije rodando los ojos.

—Siempre lo tengo Os quiero. —Abrió la puerta y caminó hacia su coche sin mirar atrás.

Laryssa era muy diferente a mí. Era amable, buena y cariñosa. Pese a ser la pequeña de los tres, la más consentida por todos, era la que menos alarde de riqueza hacía; al contrario, le gustaba llevar una vida de lo más normal.

No quería decir que su vida no fuera lujosa y que midiera el dinero que gastaba, pero no necesitaba gastar demasiado para ser feliz. Su coche no valía más de tres millones y medio de rublos, mientras que mi moto costaba el triple. Ella era feliz con su coche mientras que yo tenía varios y me aburría de ellos.

Para Laryssa todos éramos iguales, le gustaba ser tratada como una más, al contrario que a mí; me gustaba ser respetado, adorado y temido. Las tres cosas a la vez y por separado.

Aleksei podría tener razón, Babette era demasiado buena para mí, para

cualquiera de nosotros lo sería, pero sobre todo para mí. Sin embargo, eso no me iba a parar. Una cualidad muy marcada era que era egotista. El más egoísta de todos. Al final iba a tener razón mi pequeña con su sutil descripción.

Llegamos a la mansión Kostka diez minutos antes de las nueve de la mañana. Probablemente los italianos aún no hubieran llegado. El mayordomo nos hizo pasar al salón. Borak estaba junto a su padre sentado en un sillón hablando con sus invitados: Mikola y su hermano, que ocupaban el sofá de enfrente.

Nuestro trato con Borak era doble y contradictorio. Por un lado, los negocios nos obligaban a soportarnos mientras que, fuera de eso, nos evitábamos para no golpearnos. Con Mikola era todavía peor, el trato era igual de malo en los negocios que fuera, eran los mayores que nos obligaban a comportarnos.

—Bueno días —saludó mi padre.

—No creo que tarden en llegar —nos informó el padre de Borak, levantándose para acercarse a mi padre.

Después de diez horribles minutos de charla de cortesía, el timbre sonó. Dos hombres con trajes grises oscuros y camisas blancas se acercaron al salón. Al llegar a nuestra altura, pude ver que eran muy parecidos, sin duda padre e hijo.

Mi padre fue el primero en acercarse a saludar. Así era como debía ser, y nadie osaba contradecir nuestras costumbres.

—Señor Fossati —saludó extendiéndole la mano—. Soy Egor Korsakov, un placer conocerle.

—Lo mismo digo, señor Korsakov. Este es mi hijo Biagio —respondió en un aceptable ruso.

—Mucho gusto —respondió tendiéndole la mano al joven—. Este es Mikhail, mi hijo.

Me acerqué para darle la mano a ambos como anteriormente había hecho mi padre, con la diferencia de que yo me limité a asentir con la cabeza en vez de anticiparme. Todavía no sabía si sería un gusto conocerlos. Tras las presentaciones y un cordial ofrecimiento del dueño de la casa a desayunar, que rechazaron alegando estar impacientes, pasamos al despacho.

—Bueno, ¿qué propone entonces, señor Fossati? —preguntó mi padre.

—No es un secreto que tienen el control de todo Rusia, así como que su negocio se extiende a países vecinos, llegando incluso a Europa.

—¿Y? —inquirió Dusan.

—Normalmente, en este negocio no nos abastecemos desde dentro, no sé si me entiende. Lo que quiero decir es que, a pesar de ser los jefes, siempre buscamos otro sitio o recurrimos a otra persona en busca de mercancía.

—En cambio ustedes tienen todo dentro —continuó el hijo en un ruso menos fluido.

—No todo —lo corregí.

—No por necesidad. Por ambición. Os gusta ver cómo crece el negocio, pero sé, de buena fuente, que ha sido más que sostenible durante años como yo digo —dijo el señor Fossati.

—Es cierto, pero ¿qué tiene que ver eso con ustedes? —preguntó mi padre.

—Quiero que sean ustedes los que traigan la mercancía a mi país, que traigan sus productos, que lo hagan sus hombres. Estoy cansado de tratar con una persona para cada cosa, así que se encargarían ustedes de todo hasta que la mercancía tocara la frontera, donde nosotros los reemplazaríamos —explicó el señor Fossati.

—¿Quiere trabajar para mi padre? —le pregunté.

—No, exactamente. Quiere que sea su socio —explicó Biagio.

—Yo no tengo socios, señor Fossati —respondió mi padre.

—Eso puede cambiar. Además, no le propongo ser socio respecto a su imperio en Rusia. Mírelo como si abriéramos un nuevo negocio los dos, donde cada uno tiene su función, nos complementamos. Todos saldríamos ganando —contestó el padre.

—¿Qué ganaríamos nosotros con esa unión? —preguntó Vasyl.

—Dinero, señor Kovalenko, se llevarían un tanto por ciento de las ganancias —respondió Biagio.

—¿Qué porcentaje ofrecen? —preguntó Borak.

—Un cuarenta por ciento para ustedes y un sesenta para nosotros —respondió Biagio—. Aunque podemos hablarlo.

—Un setenta para nosotros y un treinta para ustedes, y así podemos empezar a hablar —le ofrecí serio.

—Me parece excesivo lo que pide, joven Korsakov —contradijo el mayor de los Fossati.

—Si quiere el trato, empiece por aceptar que nos llevaremos el setenta por ciento —respondí sin dar lugar a discusión.

—Está bien —aceptó finalmente.

—Pero, padre... —protestó su hijo, pero el viejo lo calló levantando una mano.

—Parece que tu padre comprende que los riesgos que correremos serán muy superiores a los vuestros, así como la cantidad de hombres que tendremos que pagar, por eso las ganancias deben ser mayores para nosotros —expliqué, mirando al joven, que no creía que fuese mucho mayor que yo.

—Cierto —su padre me miró fijamente—. Entonces, señor Korsakov, ¿acepta?

—No puedo darle una respuesta hoy mismo, necesito tiempo para hablarlo con mis compañeros —respondió mirando primero a Dusan y luego a Vasyl.

—También queremos pruebas de que podemos fiarnos de ustedes —dije.

—¿Qué clase de pruebas? —preguntó Biagio.

—En el contrato dejarán constancia de que, si nos la juegan, nos quedaremos con todo su patrimonio, incluido los negocios y propiedades de Bastia. —Ambos me miraron con sorpresa.

—¡Vaya! Las malas lenguas no le hacen justicia a su hijo, señor Korsakov —dijo el señor Fossati.

—Como comprenderá, no me fio ni de mi sombra —le aclaré—. Si está seguro de adónde pertenece su lealtad, no tendrá problemas.

—Desde luego, se hará como digas —aceptó fijando su vista en mí—. No tengo nada que temer.

—Bien. Hablaré con mi abogado para que redacte el contrato y, si está de acuerdo en todo, seremos socios en poco tiempo —concluyó mi padre.

—Por mi parte lo considero ya socio, señor Korsakov. Confío en que el contrato nos beneficiará a ambos, pese a las duras cláusulas de su hijo.

—En tal caso, empiece a llamarme Egor —dijo con una sonrisa.

Tras charlar un poco sobre el tiempo que estarían en Rusia, Dusan, Vasyl y mi padre acabaron organizando una cena. El viernes en el Bol'shoy Yedyat, con mujeres y hermanas incluidas. Estaba seguro de que a Laryssa no le haría gracia, odiaba las cenas de negocios. Tampoco eran de mi agrado, en parte porque Mikola y Borak, junto con sus insoportables hermanas, eran invitados indiscutibles.

El momento de despedirnos se me hizo eterno. Si no me daba prisa llegaría tarde a recoger a Babette. Tras dejar a mi padre en casa, me subí en mi Yamaha, aceleré a fondo y vi desdibujarse los edificios a mi paso.

Dabria

—Espero encontrar otro piso pronto —me dijo David finalmente.

No había tenido oportunidad de saber qué era la típica vida de estudiantes, pero escuchar a David no me dejaba ganas. Insistía en que esa era, con creces, la peor experiencia que había tenido en ninguno de los pisos que había estado.

—Puedo ayudarte a buscar algo, y hay un sillón muy cómodo en mi apartamento, por si necesitas escapar.

—Tu ayuda me vendría bien. Respecto al sillón, es muy tentador, pero tengo que apañármelas, aparte de que a Miki no le haría gracia verme en tu sofá.

—En mi sofá no manda nadie más que yo —le respondí recogiendo las cosas.

—Sí, pero en sus puños no, y no quiero que los estampe en mi cara —bromeó.

Al llegar a la puerta, David y yo nos quedamos estáticos mirando lo mismo.

Miki.

Apoyado sobre la moto, con unas gafas de sol oscuras, el pelo casi rapado y la barba de un par de días. Una camiseta blanca se ceñía a su torso bajo la cazadora de cuero. Llevaba unos vaqueros gastados, y sus manos descansaban en los bolsillos. Su semblante era serio, se limitaba a alzar la cabeza para saludar a alguna persona, chicas sobre todo, mostrándole el poco interés que tenía en ellas. La viva imagen de un perfecto chico malo.

Cuando me vio, una pequeña sonrisa asomó a sus labios, pero al ver a David a mi lado se volvió poner serio; aunque está vez apretó la mandíbula y tensó los músculos de los brazos.

Estaba celoso. ¡Qué raro!

—Ahí lo tienes. Ve antes de que no espere a verme en tu sillón —me ordenó David.

Me reí ante la cara de fingido terror que puso mi amigo.

—Nos vemos mañana. Después de clase puedo ayudarte a buscar.

—Genial, pásalo bien con tu *bad boy* —respondió con su acento americano.

David caminó hacia la derecha, hacia el aparcamiento de estudiantes. Yo continué de frente, puesto que Miki no se había molestado en aparcar bien,

cosa que no me extrañaba. Simplemente había apoyado la moto enfrente del edificio, sin importarle si molestaba o no. Típico de él.

—¿Quién era ese? —me preguntó cuando llegué a su lado.

—¡Ah! Se llama David. Follamos unas cuantas veces, la última hace poco, en el baño de chicas —contesté con naturalidad.

Apretó las manos formando puños, los músculos de la cara se le contrajeron y de los ojos le saltaban chispas. Intentó abrir la boca para decir algo, pero parecía no encontrar las palabras adecuadas. Estallé en una sonora carcajada. Me acerqué y le tomé las manos tirando de ellas para que se relajase.

—Era una pequeña mentira —le susurré al oído—. David es un buen amigo.

—¿No te lo has follado? —preguntó, todavía tenso, pero capaz de articular alguna palabra.

—Nada de sexo, solo un buen amigo. —Le sonreí.

—Bien —respondió no muy convencido.

—¿Estabas celoso? —pregunté levantando una ceja.

—Claro que no. —Negó con la cabeza—. Anda, sube.

Se quedó mirando detenidamente mi vestimenta. Creía que no había elegido la adecuada para un paseo en moto. Al levantarme no me paré a pensar en si iría en su preciosa bestia a buscarme, por lo que me puse un vestido azul de algodón, de manga larga y largo hasta poco más abajo de las rodillas. Unos tenis blancos con unos calcetines altos a juego y una chaqueta de lana del mismo color del vestido. En Rusia cada vez hacía más frío.

—Mi falda no es impedimento para un paseo en moto.

—¿Estás segura de eso?

—Ya lo verás, dame el casco —pedí extendiendo la mano.

—Esta vez conduzco yo.

Me puse el casco, me subí la falda lo máximo para evitar que se me viera el culo y me monté detrás de Miki. Ya colocada tiré un poco de la falda hacia abajo, en un intento fallido porque cubriera mis muslos. Me pasé la chaqueta por encima de las piernas y me pegué más a él, evitando así que se me vieran las bragas. Rodeé su cintura y antes de escuchar el rugido de la Bestia, dije:

—¿Ves? Ya estoy. —Acaricié su vientre por encima de la camiseta.

—¿Me estás manoseando los abdominales?

—En absoluto.

—Aprovechada.

—Arranca, y procura no pensar que voy en braguitas sobre tu moto, pegada a tu trasero.

—Pervertida.

—Sé que te pone.

—No sabes cuánto —dijo antes de poner en marcha la moto con un sonoro rugido.

—Miki —alcé la voz para que pudiera escucharme con el ruido del tráfico —, ve más despacio, no puedo ver nada.

—Tengo prisa por comprobar si a solas también tienes esa lengua perversa.

Pese a su comentario, bajó la velocidad. Se abrió paso por Nevsky Prospekt. Nunca había circulado por aquella zona, ya que el gimnasio quedaba a la izquierda de la gran avenida. Una gran plaza asomó al final de la calle, con un enorme edificio a su alrededor. Recordaba haberlo visto cuando estudié los planos de Rusia. ¡Claro! Era la Plaza del Palacio, y el gran edificio el Palacio de Invierno.

Nos bajamos de la moto para continuar andando, la plaza era peatonal. Miki me tomó la mano y, como una simple pareja más, deshicimos el camino hasta la plaza.

—Por tu cara de sorpresa es obvio que no has estado aquí. Me parece imperdonable que no hayas venido.

—Así que empezaremos por la Plaza del Palacio —comenté, observando de un lado a otro.

—Me alegra que sepas dónde estás, al menos. Es la plaza central de San Petersburgo, así como del antiguo Imperio Ruso. Aquí tuvieron lugar muchos acontecimientos importantes, como el Domingo Sangriento o la Revolución de Octubre. Ese edificio —señaló uno de gran tamaño de color blanco y azul— es el Palacio de Invierno, es de estilo barroco, la plaza le debe su nombre a él.

—Vaya, ¿te has estudiado una guía? —bromeé.

—Me gusta saber dónde vivo, por qué se hicieron los edificios y qué utilidad tenían. Ahora son patrimonio histórico y concentraciones de turistas, pero antiguamente eran mucho más.

Paseamos por el lugar observándolo todo con detenimiento. Miki resultó ser un gran guía. Me explicaba cada cosa, lo que me hacía apreciar su belleza con otros ojos. La pasión con la que hablaba incita a saber más, su entusiasmo

era contagioso. Estaba segura de que le apasionaba la historia más de lo que quería admitir. Contaba los acontecimientos como historias en las que él deseara ser el protagonista.

Tomé tantas fotos como pude, quería tener un recuerdo de mi estancia en Rusia, ya que seguramente no volviera.

—¿Y esto? —le pregunté al lado de una figura que se alzaba en medio de la plaza.

—Es la Columna de Alejandro, fue diseñada por Auguste de Montferrand. Recibe su nombre en honor al emperador Alejandro I. Fue erigida tras la victoria rusa en la guerra contra la invasión francesa de los ejércitos de Napoleón.

—Ven, saquemos la última foto por hoy —lo animé, caminando hacia la gran columna.

Miki caminó hacia una pareja y, tras una breve conversación que no logré escuchar, volvió a mí. Hasta ese momento en casi todas había salido yo sola, excepto en alguna que alargaba el brazo para cogernos a ambos en la pequeña pantalla. Fue la chica quien esperó pacientemente con el móvil de Miki en la mano a que nos colocásemos. Este se acercó y, sin avisar, me alzó por la cintura y comenzó a dar vueltas lentamente. Mis ojos se abrieron por la sorpresa y empecé a notar el calor acumularse en mis mejillas.

—Sonríe, pequeña, no querrás salir con cara de ogro —me advirtió, mirando a la chica que nos apuntaba con el móvil.

—Estás loco. —Pasé los brazos por detrás de su cuello y sonreí.

—Falta lo mejor —dijo acercándose peligrosamente a mi boca.

Comenzó a besarme de forma dulce, saboreando, sin prisa. El beso no duró lo que me hubiese gustado, estaban esperando a que nuestro momento de romanticismo acabase. Me bajó con cuidado y nos acercamos a la pareja que sonrieron cómplices a Miki.

—Muchas gracias —dijo tomando el móvil que le entregaba la chica.

—De nada. Míralas, te encantarán —comentó lo último dirigiéndose a mí.

—Déjame verlas —le pedí a Miki caminando hacia la moto.

—De eso nada, pequeña.

—¿Cómo que no? —protesté. —Son mías, fruto de mi maravillosa idea.

—Yo soy tan protagonista como tú —insistí haciendo un puchero.

—No hagas eso, no te pega, y no voy a ceder. Así que deja de insistir.

Me colocó el casco. No protesté más, pero me fue inevitable hacer una

mueca de disgusto que le sacó una sonrisa. Subimos en la moto y esa vez no protesté por la velocidad, si no se daba prisa llegaría tarde al trabajo.

Tan pronto se detuvo enfrente del gimnasio, salté a toda prisa con la intención de llegar a la entrada en breves segundos. Cuando apenas me había alejado, su voz me detuvo:

—Si que te he aburrido para que casi te tires de la moto en marcha.

Emití un gruñido de frustración, no tenía tiempo para eso. Aun así, me di la vuelta para despedirme de forma menos grosera.

—Lo siento, es que en cinco minutos empieza la clase.

Miki empezó a reírse a carcajadas. Le di un puñetazo con rabia por hacerme perder más tiempo.

—Dame un beso y te dejaré marchar. —Tiró de mi muñeca para acercarme a él, que todavía seguía a horcajadas en la moto.

Me acerqué lentamente y, en el instante en el que mis labios iban a tocar los suyos, desvié mi trayectoria y le besé la comisura.

—Hasta esta noche. —Me separé antes de que pudiera detenerme. Esa vez sí escapé al trote hacia el gimnasio.

Subí de dos en dos las escaleras con cuidado de no caerme de bruces. Me cambié rápidamente en el vestuario. Había aprendido a dejar algo de ropa allí para alguna ocasión como aquella.

Entré en clase pasados cinco minutos, pero las mujeres no le dieron importancia a mi pequeño retraso. De hecho, no creía ni que se hubieran dado cuenta, estaban absortas en sus propias conversaciones.

Después de dos clases con mis queridas mamás, como yo las llamaba, me di una ducha y bajé a comer. Casi todos los días lo hacía en el gimnasio, excepto algunas veces que salía con Inna o Borak a algún restaurante cercano.

Entré con menos ánimo del que tendría si Inna me acompañara. No tenía objeción alguna en comer sola, pero me alegraba enormemente tenerla como compañía.

Pedí agua, arroz con tofu y setas. Mientras me servía la bebida, Borak se sentó a mi lado.

—Babette, me alegro de verte. —Me dio un sonoro beso en la mejilla.

—¿Me acompañas o ya has comido?

—Te acompaño —respondió sirviéndose él también de mi agua en un vaso vacío.

—¿Cómo te va?

—A mí como siempre, en cambio, creo que tú tienes cosas que contarme. Sé que esta semana has salido bastante con mi querido amigo.

—Las noticias vuelan.

—¿Y qué? Aparte de follar como conejos, ¿habéis hecho algo interesante?

—Lo interesante es que todavía no hemos follado —solté con brusquedad—. Aparte no tengo por qué contarte nada si eres tan grosero.

—Vaya, pues eso sí que es interesante —dijo rascándose la barbilla, pensativo.

—Deja de hacer el idiota —lo regañé.

—No creo que la falta de sexo sea por falta de ganas. Lo que no me encaja es que las reprima, lo que me lleva a pensar que le gustas. Aunque también cabe la remota posibilidad de que no lo pongas cachondo, o que tú me desees a mí. Hay varias posibles respuestas.

Era habitual que hiciera algún comentario obsceno respecto a los dos. Ya estaba acostumbrada, ni siquiera me molestaban. Al principio, su interés en mí era enteramente sexual; sin embargo, nuestra relación había progresado rápidamente a una simple y grata amistad. Cada día estaba más cerca de ser un verdadero amigo, siempre que estuviésemos los dos, o con Inna, se sentía cómodo para dejar su papel de villano. Una rara y divertida amistad, llena de comentarios sucios por su parte y palabras groseras o malsonantes por la mía.

Cariño, sinceridad y bromas.

El CNI nunca se equivocaba en sus investigaciones; sin embargo, con Borak todo el mundo parecía empeñado en tacharlo de algo que no era. Era cierto que la imagen que él mostraba a los demás era esa, la maldad. Pero si profundizabas más, aunque fuera solo un poco, podías darte cuenta de que era una persona bondadosa, amable y, sobre todo, infeliz. Sufría en silencio, por eso había creado esa máscara. Para protegerse de sus padres, empeñados en que fuese una copia del pequeño Korsakov; de sus amigos, para ser aceptado como un igual, y de sus enemigos, para ser temido. Pero, por encima de todo, para protegerse de sí mismo, porque si dejaba caer esa máscara, todo lo que era hasta ese momento desaparecería y no estaba preparado para dejarlo ir.

—¿Podemos dejar de hablar de sexo mientras como? —pedí, señalando mi hasta ahora apetecible plato.

—Normal que se te vaya el apetito, te imaginas cómo será el postre. —Me guiñó un ojo y se llevó un pedazo de albóndiga a la boca.

—Seré una de las ayudantes en la gala benéfica —le comenté cambiando de tema.

—¿Modelo? Te pega más correr detrás de un caballo que posar como una pura sangre.

—Correría más rápido que ninguna si el premio fuera cortarte las pelotas.

—Babette, me alegra que quieras ayudar, lo digo en serio, pero serás la novedad. Carne fresca y jugosa. —Sonrió con malicia.

—¿Por qué dices eso? —pregunté con temor.

—Eres diferente a todas las chicas de aquí. Una especie exótica, un diamante en bruto que desean pulir los hombres, y el fiero tigre contra el que luchan las mujeres. Tu belleza es demasiada para no tentar a cualquiera, o para no ser envidiada y odiada por las mujeres.

—Entonces encárgate de ser tú quien me lleve antes de que acabe mal parada.

—No podrías recompensarme si se diera el caso. Estoy seguro de que obtendrás la puja más alta —dijo sonriéndome.

—Considérate recompensado con mi amistad.

—No tienes que preocuparte de eso, Miki no permitirá que nadie te lleve.

—No puede pujar por mí. Nitca me lo dijo, y aunque no sea su novia, no estaría bien visto.

—Eso no es un problema para él. No le importan las reglas, normas o

protocolos si con eso consigue lo que quiere.

—Tú no olvides lo que te he dicho —pedí mirándolo fijamente.

—Inna quiere que vayamos cenar mañana, ¿podrás tener al sabueso lejos de tus faldas por unas horas?

—Por supuesto que iré con Inna —lo recalqué bien— a cenar, pero tengo que ocuparme de echar a dos —volví a hacer énfasis en la última palabra— sabuesos.

Los ojos de Borak se abrieron con sorpresa. Miró su reloj y dio unos toques en la esfera.

—Date prisa, yo de ti no quisiera dar motivos a tu jefe de despido. La puntualidad es una virtud extremadamente importante de la que tú, mi querida extranjera, careces.

—Mierda —maldije comprobando la hora—. Es tu maldita culpa. —Me levanté deprisa y salí del restaurante sin molestarme en despedirme.

Después de las clases me despedí de las chicas, pronto las vería en casa de Miki. Laryssa se ofreció a esperarme, pero su hermano había dejado claro que él iría a recogerme.

Me di una ducha rápida y caminé a mi apartamento para cambiarme de ropa. Esa vez me pondría algo mona.

Elegí una falda de tubo vaquera, de color negro, y larga, hasta debajo de las rodillas. Un *top* del mismo color, de manga larga y cuello redondo, que me quedaba un poco por encima de la cintura, pero como la falda tenía el talle alto no dejaba mucha carne al aire. Me calcé unos zapatos rojos, con tacón de aguja y corte salón. Lo que más me gustaba de ellos era el gran lazo que adornaba a la altura del tobillo. Cogí el abrigo rojo, a juego con mis preciosos zapatos, largo hasta mitad de los gemelos, no demasiado gordo y lo suficiente informal para dar el toque de distinción entre cena de empresa y familiar. El pelo me lo dejé suelto, bastante alborotado, no me gustaba que se me pegase a la cabeza como si me hubiese lamido una vaca. Respecto al maquillaje, no me esmeré demasiado, un poco de brillo en los labios y rímel fueron suficiente. Agarré mi bolso y bajé cuando Miki me llamó por el telefonillo.

Lo vi apoyado en el coche. Al abrir la puerta me sonrió y se acercó. Tiré del cuello de mi abrigo como si esa simple acción lo hiciese crecer. El frío cada vez era más intenso, estaba segura de que pronto comprobaría hasta donde.

—Estás preciosa, pequeña. —Se agachó para besarme, pero lo esquivé—.

Me has hecho la cobra. —Fingió estar ofendido mientras me arrimaba a él de forma peligrosa.

—No quiero que te comas mi *gloss*. Para una vez que me lo pongo...

En realidad no me importaba en absoluto, simplemente era por molestarlo.

—Eso sí que es nuevo, ¿no lo llevas en el bolso?

—No lo he creído necesario, llegaré a la cena impecable. —Sonreí con malicia.

—No me lo creo, lo haces para molestarme. Pero sabrás... que también participo en el juego. Cuando menos te lo esperes, mis labios devorarán los tuyos. Antes de la cena, te lo aseguro.

—No sabes cuán impaciente estoy. —Me mordí el labio.

No había peligro de que me besase, por eso lo hacía. No era tan estúpido como para hacerlo con el horrible tráfico de San Petersburgo. La carretera estaba atestada de coches. La gente conducía con ansia hacia sus casas, bien fuera después de una larga jornada de trabajo o de un par de cañas que le hubieran sucedido a este, pero la hora de recogida era la misma para ambas categorías.

Llegamos a la mansión Korsakov en veinte minutos. Miki aparcó en el garaje, supuse para no tener frío al salir, lo que le estaba muy agradecida. Hasta entonces no había estado ahí. Claro estaba que era excesivo, tantos coches innecesarios en una casa no eran más que caprichos y vicios de sus dueños, pero eso no hizo que casi se me haya caído la baba.

Sin esperarlo, paseé entre ellos, observándolos con paciencia. Noté su presencia detrás de mí, seguramente observando mi reacción.

—Estoy segura de que no te llega el tiempo para disfrutar de todos como se merecen.

—Intento hacerlo.

—Me gustaría probar este —dije acariciando el morro de un porche deportivo blanco.

En segundos, Miki me dio la vuelta y me besó. Sus labios devoraron los míos salvajemente. Me pegó al capó del coche. Sentí su creciente erección en mi vientre. Mis ansias eran tan grandes como las suyas, así que lo atraje más hacia mí.

—Creo que el Volvo es una mejor opción, estaremos más cómodos.

—Puedo adaptarme —dije besando su cuello.

Gimió en mi oído, lo que provocó que el calor se acumulase más abajo de

mi vientre. Acarició mi cintura con una mano mientras que enredaba la otra en mi pelo. Su mano subió hacia uno de mis pechos, y entonces fui yo la que gemí. Volvimos a besarnos con necesidad.

Cuando la tensión sexual era tal que nuestros cuerpos no pensaban más que en aliviarla, un inconfundible ruido sordo hizo que nos separásemos de golpe. Miki sonrió mientras yo me arreglaba la ropa y el pelo de forma apresurada. Un Aston Martin Rapide, de color berenjena, entró cuando la puerta del garaje se abrió totalmente. Aparcó unas cuatro plazas a nuestra derecha. La puerta del copiloto se abrió y de él salió la hermana mayor de Miki con su enorme barriga. Su marido hizo lo mismo y juntos caminaron en nuestra dirección.

—¡Babette! —exclamó Kalina—. ¡Qué alegría verte!

—Lo mismo digo. —Le di un beso en la mejilla—. ¿Cómo va el pequeño?

—Genial, en poco más de una semana lo tendré entre mis brazos y me libraré de esta enorme barriga.

—Si estás preciosa, Kal. —Miki la levantó en brazos con cuidado—. Redonda como una pelota, pero preciosa.

—No te pases conmigo, Mikhail. Sigo siendo tu hermana mayor y puedo patearte el culo. Aunque esté como una pelota no te librarás de un buen tirón de orejas —lo regañó.

—Hazle caso, las hormonas suelen ponerla más agresiva de lo que ya es —le advirtió Anzor poniéndole una mano en el hombro a su cuñado.

—Veo que le estabas enseñando tus joyitas a Babette —dijo Kalina cuando Miki la dejó en el suelo—. ¿Ya has visto su diamante?

—Kal —la atajó Miki en un tono entre serio y asustado. No podría decir cuál predominaba sobre cual.

—Veo que no. En aquella dirección lo encontrarás —me animó Anzor, señalando con la mano hacia la izquierda, mientras Miki negaba con la cabeza.

Caminé ansiosa con Miki pisándome los talones. Llegué a la esquina más oscura del garaje, la más cercana a la entrada de la casa. En una plaza demasiado grande para él, pero demasiado pequeña para correr el riesgo de ser rayado, apareció ante mis ojos un Lamborghini Veneno Roadster de un rojo tan intenso que dolía mirarlo. Cerré fuertemente los ojos y los volví a abrir. A veces la mente te jugaba malas pasadas. No era el caso. Esa vez no era una ilusión, era completamente real. Me obligué a cerrar la boca antes de que se me cayese la baba. A paso lento, temiendo que pudiera desaparecer en cualquier momento, me acerqué y lo acaricié con la yema de los dedos, desde

el foco derecho hasta el izquierdo dando la vuelta para poder tocarlo todo.

Miki me observaba entre divertido y orgulloso.

—Eres cruel, Mikhail, ¿de verdad no ibas enseñármelo si ellos no dicen nada?

—No. —Ni siquiera se molestó en mentir.

—¿Y no te sientes culpable!? No puedo esperar para probarlo, es un privilegio que muy pocos llegan a tener, ¡un sueño! —dije emocionada. La cara de Miki se transformó en miedo, tanto que podía olerse.

—No. —Negó con la cabeza enérgicamente—. No, no, no.

—¿Puedo verlo por dentro? —No contestó a mi pregunta, y cuando empezó a hablar fue como si lo hiciese para el mismo, no para mí:

—Mi coche, no puedo. Mi coche, no puedo...

Me acerqué para escucharlo mejor. Parecía aterrado, no pude evitar echarme a reír.

—¿Miki?, ¿me estás escuchando?

—Tú riéte lo que quieras, pero no conducirás mi coche. Este no —aseguró.

—Claro que lo haré, pero no hoy. Puedes estar tranquilo por ahora.

—Ni hoy ni nunca, no te dejaré mi coche. ¡Malditos! Si yo no quería enseñártelo era por esto. —Se pasó una mano por la cabeza, frustrado.

—¿Por qué? Puedo conducir tan bien como tú.

—No puedo dejártelo, entiéndeme. Nadie lo conduce más que yo, lo trato mejor que cien sirvientes a su zar. No me pidas que te lo deje. ¡No lo haré de ninguna manera!

—Miki. —Posé mis manos sobre sus hombros para que me mirase—. Por favor, haré lo que quieras, pídemelo lo que quieras. —Lo miré intensamente a los ojos—. Por favor.

—Juegas sucio. No vale poner esa cara y esa voz de ángel porque no puedo negarte nada. —Me agarró de la cintura y me pegó a él.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un me lo pensaré, pero me quedo con que harás lo que te pida. —Sonrió pícaro—. ¿Verdad, pequeño demonio?

—Claro, empezaré ahora mismo. —Enredé mis brazos en su cuello.

—Aún no te he pedido nada. —Parecía confundido.

—No con palabras, pero tu cuerpo me lo pide a gritos.

Sin esperar su respuesta lo besé.

Un beso lento, suave y dulce, saboreándolo sin prisa.

Al llegar al salón, Anzor y Kalina me sonrieron.

—Me alegro de que hayas venido, Babette —me saludó Dara.

—¿Qué dices del diamante de mi hermanito? —preguntó Kalina.

—Me he quedado sin palabras.

—Supongo que estarás ansiosa por probarlo —comentó Anzor.

—Tanto como está Miki porque no lo haga —respondí desviando la mirada hacia él.

—Algo me dice que te saldrás con la tuya —dijo Murik—. ¿Tú qué crees, Miki?

—Que ellos dos —señaló a su hermana y a su cuñado— me las pagarán.

—Conseguiremos llegar a un acuerdo donde pueda probarlo sin que la salud de Miki corra peligro —dije sonriéndole, y él me acarició la mano.

—Voy a mirar cómo va la cena —informó Dara—. Babette, cariño, puedes dejar el abrigo en el colgador del pasillo.

—Gracias. —Caminé detrás de ella, quitándome el abrigo.

Sentí la mirada de Miki en mi espalda hasta que desaparecí tras la puerta de la sala.

La cena estaba exquisita. El tiempo transcurría deprisa con las bromas de Kalina. Tenía mucho sentido del humor y no se cortaba al decir lo que pensaba. No tenía pelos en la lengua a la hora de hablar. Era sincera y directa, rozando a veces la grosería. Todos se quedaron de piedra ante sus preguntas.

—Babette, dijiste que eras de Francia, ¿no es así?

—De Marsella, sí.

—Pero tus padres son de fuera, quiero decir, que los franceses no son mulatos. —Me señaló con las manos.

—Tienes razón, los franceses no son mulatos. —Sonreí para tranquilizar a los demás—. Pero mi abuela materna no es francesa, es turca. Así que soy una mezcla, mitad francesa mitad árabe.

—Extraña, diría yo, pero fascinante.

—Espero haber heredado lo mejor de ambas partes —comenté con una sonrisa.

—No me cabe la menor duda —añadió Dara con una gran sonrisa.

—Le encantarás a nuestro diseñador de la gala —comentó Kalina emocionada.

—Sí, esperemos que no se note demasiado su predilección —dijo Dara.

—¿Por qué lo dices? —pregunté sin comprender.

—La sangre llama a su tierra —me explicó Laryssa con voz de narrador de Disney.

—El diseñador es Iskander Murab —me informó Kalina—. Al igual que tu abuela, él también nació en Turquía.

—Bueno, nosotros vamos abajo un rato mientras habláis —nos interrumpió Egor.

—¿Te quedas bien? —me susurró Miki para que solo yo pudiera escucharlo.

—Sí.

—Si son demasiado para ti, llámame. —Asentí.

Se acercó y me besó en la mejilla con ternura antes de levantarse y seguir a los demás.

Su familia observó a Miki y luego a mí. No dijeron nada, aunque por su expresión bien sabía que miles de preguntas cruzaban sus mentes.

—Babette accedió a ser una de las modelos de la gala, pero no le explicamos mucho sobre el asunto —dijo Laryssa.

—De hecho, solo le contamos lo más importante por encima —añadió Nitca.

—Vale, vale. Ya se lo explico yo —interrumpió Dara—. La gala será en un mes. Es benéfica. El dinero que se recauda va destinado principalmente a los orfanatos y refugios, aunque una parte se guarda para los pobres del mundo en general. Digamos que aportamos nuestro grano de arena en esta gran lucha.

—Participan las familias más acomodadas de la alta sociedad rusa. Las jóvenes modelan con los trajes, las demás mujeres se encargan de la organización y los hombres se limitan a firmar los cheques y elegir el vino para la cena —explicó Kalina con naturalidad.

—La función de los chicos tampoco es más que pujar por una chica. Puedes ver en ello un acto machista donde la mujer se vende al mejor postor, pero es una vieja tradición y da mucho dinero, que es lo más importante —añadió Laryssa.

—No te dejes engatusar por el feminismo. En este caso, Babette, no hay nada de irrespetuoso en lucir un par de vestidos si con eso conseguimos que cientos de niños tengan donde dormir y qué comer —dijo Nitca.

—No tengo problema en pasearme delante de unos cuantos chicos con la testosterona por las nubes —respondí.

Dara y Kalina soltaron una carcajada.

—Como ya sabes, este año Iskander Murab se hará cargo. Luciréis los diseños que él elija. Cada chica tendréis que modelar dos o tres vestidos, uno de noche largo, uno de noche corto y una lencería, eso es seguro. El otro vestido, si lo hubiese, lo elige él. El diseñador elegirá un color para cada una, que lo representará en toda la gala, eso quiere decir que solo vestiréis del color asignado —continuó explicando Dara.

—Para abrir la gala las debutantes siempre hacen un espectáculo. He pensado que, como tú eres profesora de baile, podemos hacer algo con eso. Hablaré con Iskander para saber su opinión, ya que el espectáculo de apertura sirve también de agradecimiento al diseñador —informó Kalina—. ¿Te parece bien?

—Claro, por mí no hay problema.

—En dos semanas empezaremos con las fotos. Se nos hace un reportaje para dar en el muestrario individual y para poner en grande decorando el local —añadió Laryssa.

—¿Tienes alguna pregunta, Babette? —preguntó Nitca.

—¿Algún inconveniente? —quiso saber Dara.

—En absoluto, estaré encantada de ayudar en lo que pueda.

—Vale la pena, te lo aseguro —dijo Kalina agarrando mi mano en gesto cariñoso.

—Ah, Babette, todo lo que se refiere a la gala se mantiene en secreto, es sorpresa. No puedes comentarlo con nadie, ni con mi hermano —me advirtió Laryssa.

—Soy una tumba. —Sonreí.

—Ahora será mejor que nos marchemos, se nos ha hecho tarde y mañana tenemos clase —sugirió Nitca, poniéndose de pie.

—El sábado es la cena de debutantes, Iskander vendrá a conoceros. A partir de sábado queda un mes justo para organizarlo todo. Confío en que pongáis todo de vuestra parte para que salga perfecto. —Dara nos mostró una sonrisa, pero sus palabras fueron firmes.

Bajamos a buscar a los chicos. Estaban jugando al billar. Murik se proclamaba campeón de la noche.

Murik y Nitca se ofrecieron a llevarme a casa, pero la mirada de Miki fue suficiente para contestar a su pregunta. Tomó mi mano y me guio hasta el garaje.

—Mañana cenaré con Inna y Borak —le informé.

—No. —Su expresión se tornó seria.

—¿Perdón?

No podía haber dicho eso.

—No vas a cenar con Borak —aseguró.

—Sí, voy a cenar con Inna y con él. No te estoy pidiendo permiso, te informo que lo voy a hacer.

—No te quiero cerca de él —soltó enfadado.

—Lo veo difícil, es mi amigo.

—Borak no tiene amigos —se burló de forma maliciosa—. Puedes ir con Inna.

—¿Puedo? Puedo hacer lo que me dé la gana. ¿Acaso te crees mi dueño?

El ambiente se estaba calentando. Miki estaba enfadado y con cada palabra que decía solo conseguía que yo lo estuviera cada vez más.

—No cuando se trata de Borak, pequeña. —Negó con la cabeza rítmicamente.

—Se trate de quien se trate, es mi vida. Yo digo si debo o no con quién estar, si quiero o si puedo. No es tú decisión, es mía.

—¡Tú no lo entiendes! —casi gritó—. ¡No lo conoces!

—El que no lo entiendes eres tú, no puedes manejar mi vida —aseguré con voz firme.

—Puedo y lo haré, yo puedo hacer lo que me dé la gana. Las cosas siempre se hacen a mi manera. ¡Si digo que no quiero que estés con él, no lo harás! —Subió el tono de voz hasta gritar la última frase.

Me miraba de forma seria, con el rostro apretado por la rabia. A pesar de que debería asustarme con su semblante frío y sus gritos, no me amedrenté ni entré en su círculo de chillidos.

Le contesté con tono firme y serio, pero tranquilo:

—Te equivocas si crees que puedes darme órdenes, Mikhail. Que te quede bien claro que nadie, ni siquiera tú, puede decidir por mí —lo interrumpí cuando quiso hablar—. Nos veremos cuando cambies de opinión. Si no lo haces, da por finalizado lo que fuera que hubiera entre nosotros.

Salí del coche antes de que contestase, completamente enfadada porque la arrogancia del pequeño Korsakov había florecido. Si creía que podía doblegarme como a cualquier fulana o alguno de sus hombres, estaba muy equivocado. Podía irse a su casa a patalear por no conseguir lo que quería. Tendría que recapacitar por lo que había hecho si quería continuar con lo que

estábamos empezando.

Esperaba no equivocarme, si no, tendría que tragarme mi orgullo y ser yo la que suplicase perdón.

miki

Golpeé el volante y resoplé mientras Babette entraba en el portal sin mirar atrás. ¡Maldita fuera! No quería que estuviera con ese imbécil. ¿Por qué no lo podía entender?, ¿por qué no podía hacerme caso? Pisé el acelerador a fondo y esperé a que la velocidad me ayudase a relajarme. No pensaba dar el brazo a torcer esta vez. Tendría que hacerme caso, y lo haría, como todo el mundo. Claro que ella no era como todos. Se empeñaba en llevarme la contraria mientras que otros se cagarían en los pantalones solo de pensar en negarme algo. Y ¿para qué negarlo? Por eso me gustaba, porque desde el principio me había retado, se había enfrentado a mí sin dejarse intimidar. Aun estando ella sola en San Petersburgo y no medir mucho más de metro y medio, prefería enfrentarse a mí y a una jauría de leones antes de ceder. Cabezota.

Esa vez no pensaba dar el brazo a torcer. No vería más al idiota de Borak o se enfrentaría al más fiero de los leones en su versión humana. ¿Quién se creía? No había nacido todavía la mujer que pudiera negarse a Mikhail Korsakov. Ella volvería a mí como máximo a la tarde siguiente. Aunque por la mañana ya tendría un mensaje suyo, estaba seguro.

Entré en mi habitación con el teléfono en la oreja. Necesitaba una distracción para descargar el mal humor.

—Vladik —no me molesté en saludar—. ¿Cómo va lo que te pedí?

—Mañana podrás hablar con él. Me ha costado mucho traerlo hasta aquí —respondió el inspector al otro lado del teléfono.

—Me importa una mierda lo que te haya costado, mándame un mensaje y tráemelo al sótano del Hera tan pronto llegue.

—No tiene por qué ser de esa manera, puedes hablar con él en otro lugar —intentó convencerme Vladik.

—Se hará a mi manera. Espero tu mensaje.

Lo que no esperé fue a que me respondiera. Colgué y tiré el móvil encima de la cama para irme a dar una ducha.

Por la mañana me desperté temprano. Abrí los ojos y me quedé mirando el techo con los brazos tras la nuca. Hice pegar la artística foto que habíamos sacado: ella sonriendo con la cabeza hacia atrás mientras yo la miraba

embozado con una media sonrisa. «Preciosa» se quedaba corto al describirla.

Cogí el móvil y comprobé si me había enviado algún mensaje. Negativo.

Mi mal humor fue en aumento desde ese momento y creció a medida que seguía sin señales de ella.

Hablé con mi padre para comentarle que teníamos una presa. Yo me haría cargo, pero nos gustaba estar informados de todo entre nosotros, por pequeños y simples asuntos que fueran no los escondíamos.

A las once entré en casa de mis tíos cansado de no hacer nada. Esperé sentado en el sofá dándole tiempo a mis primos a levantarse y a Babette a arrepentirse, pero pasaba el tiempo, mis primos seguían durmiendo y mi pequeña sin muestras de tal sentimiento.

—¡Murik, levanta! —le grité.

Hice lo mismo con su gemelo, a quien tuve que zarandearlo un par de veces para que despertase. Les informé de que a la tarde llegaría Vladik con el maldito inspector. Ellos, al contrario que este, estaban de acuerdo conmigo. Las cosas funcionaban así, quien no estaba con nosotros estaba en nuestra contra, y eso tenía un precio.

El mejor lugar para cobrárnoslo era el Hera. Otra de nuestras discotecas, la más alejada del centro de la ciudad, la más asequible para moteros y drogadictos. En otras palabras, no era para gente pija, incluso a la del montón le daba respecto acudir ahí. Macarras, bandas, pequeños camellos y muchas zorras que te la chupaban por una raya ocupaban el lugar cada noche.

El sótano lo habíamos habilitado para llevar nuestra cacería. Totalmente insonorizado, suficientemente alejado de preguntas, perfecto para hacer hablar a quien se negara.

—Levantaos, tenemos que mirar cómo le va en el laboratorio.

—Deberían tener listo el fardo de prueba dentro de dos semanas —dijo Zoria.

—Vamos a asegurarnos de que así sea —respondí.

Nos dirigimos al hospital Zabyvchivost. Su sótano era enorme, por lo tanto, podía realizar la doble función sin correr riesgo: Investigar nuevos medicamentos y crear drogas de diseño. ¿Quién pensaría que en el laboratorio de una de las empresas farmacéuticas más populares del país se creaban drogas? Nadie, y a los pocos que se le pudiera pasar esa idea por la cabeza tenían demasiado miedo para decirlo. Pensándolo bien, era difícil encontrar un alma no corrompida por el dinero o no dispuesta a corromperse. La buena

voluntad de las personas tenía precio, al igual que sus ideales y su honor. Las personas eran el motor; los billetes, su combustible. Cuanto más cargases el depósito, más manejables se volvían.

Esperamos a que Murik comprobara lo que decían los químicos. Todo iba como estaba pensado, en dos semanas estaría listo para salir a la venta el primer fardo. Siempre que fabricábamos una droga nueva, probábamos con un primer fardo para comprobar los beneficios que generaría. Siempre tras ser supervisada por mi primo, nuestro genio.

—Todo en orden, Miki —nos informó Murik quitándose la bata blanca—. Será un éxito.

Normalmente lo era. La gente consumía y probaba mucho, por lo que seguido de ese primer fardo iban miles más. Primero recorría nuestros países, de ahí pasaba a los vecinos, para acabar atravesando fronteras tan lejanas como Francia o España. El narcotráfico no entendía de fronteras o límites, ahí todos hablábamos el mismo idioma.

Antes de regresar a comer, nos desviamos al Hera. Nos tomamos una copa con los encargados del local y los informamos de que regresaríamos más tarde con la presa.

—No hay problema, Mikhail, todo estará listo —me aseguró uno de mis encargados.

—Miki, pasa por Nitca a su casa —me pidió Murik cuando estábamos llegando al centro de San Petersburgo.

—De acuerdo.

Después de pitar tres veces el claxon, apareció Nitca con su habitual sonrisa. Entró en la parte trasera junto a Murik.

—Hola, chicos. —Puse el coche en marcha cuando vi por el retrovisor que iban a besarse.

—¿Y Babette, Miki? —preguntó Murik cuando acabaron su muestra de afecto.

—No lo sé —respondí seco.

—¿Cómo que no sabes? ¿Está trabajando?

—Supongo, no lo sé —respondí de mala gana.

—¿Qué pasa?, ¿te has cansado de ella tan rápido? —preguntó Zoria burlón.

—Vete a la mierda. Hemos peleado —confesé finalmente.

—¿Por qué? —preguntó Zoria.

—¿Qué has hecho? —inquirió Murik.

Resoplé, frustrado. No tenía ganas de hablar del tema. Antes de que pudiera contestar, Nitca se me adelantó. Babette se lo debía haber contado.

—Porque Babette va a cenar con Borak e Inna.

—Ah —dijo Zoria—. Apuesto a que no es por Inna.

—No estoy para tus tonterías, Zoria —gruñí.

—Escúchame, Miki —empezó Nitca—, te diré lo mismo que le he dicho a ella. Si no llegáis a un consenso, lo que estuvierais empezando no funcionará. Si ambos no cedéis, se acabó.

—¿Qué quieres decir?, ¿qué tengo que alegrarme de que salga con Borak?, o ¿debo acompañarlos?

—A mí tampoco me gusta su relación, no la comparto ni la apruebo, pero la respeto —explicó mi amiga—. Hazlo tú también.

—Imposible. Lo odio, no lo soporto, lo detesto. ¡Estamos hablando de Borak, Nitca! No sé cómo puedes sugerirlo siquiera —contesté a la defensiva.

—Entonces prepárate para el retroceso.

—Ella volverá a mí. Lo hará como lo hacen todas.

—Si tan siquiera tú te creyeras tus palabras... —susurró para sí misma, aunque pude escucharla perfectamente.

—Ten cuidado, Miki, quizá decida no regresar. —Miré a Murik con rabia.

El camino hasta casa de mis primos fue corto. Lo agradecí, no necesitaba más consejos. Lo que necesitaba era que Vladik me llamase de una maldita vez o, en su defecto, que lo hiciera la culpable de mis problemas. Lo primordial era descargar mi furia.

Poco después de comer, su nombre apareció en la pantalla de mi móvil. Quedamos en vernos en media hora en el Hera. Me apresuré al coche, los puños me picaban con ansia.

Recogí a los gemelos. Nos llevó menos tiempo llegar del que debería, mis ansias provocaron que el pie derecho pesase más sobre el acelerador.

Entramos en la tan conocida habitación. Vladik y la presa esperaban sentados tras una mesa, el segundo maniatado. Por el momento no lo amordazaría, no había peligro de que lo escuchasen.

Eché un vistazo alrededor. Todo seguía en su sitio, del techo colgaban anillas para que fuera más cómodo para nosotros golpear con el látigo. Al fondo había un armario de cristal repleto de instrumentos de tortura, muchos de ellos usados en otras ocasiones; sin embargo, lo más común eran los puños

y los cuchillos. Aquella ocasión no sería diferente. Me quité la chaqueta y la lancé a un sillón apartado, remangué mi camiseta y despacio caminé hasta quedar enfrente del maldito inspector.

—¿Quién eres? —le pregunté. Me miró con osadía, pero sin decir palabra —. Solo harás que me divierta más.

El primer golpe fue directo a su nariz. La sangre brotó al instante. Emitió un gruñido con la mirada fija en mí.

—Habla. —Siguió sin contestar. Dos golpes más, uno al ojo derecho, otro a la mandíbula—. ¿Quién es? —le pregunté a Vladik esta vez.

—Es inspector en la comisaría de la frontera.

—¿Sabes quién soy? —le pregunté a mi presa, sin prestar atención a Vladik.

—El insolente Mikhail Korsakov. El heredero del imperio de mierda, construido a base de desdicha ajena. Los cimientos más sólidos son los incontables cadáveres de gente inocente. La putrefacción puede olerse incluso en un mar de billetes recién salidos al mercado.

—El mismo dinero que acepta la que dice ser tu gente. Los que se creen los buenos son los que piden el precio más alto.

Sus palabras no me afectaban, estaba acostumbrado a escuchar toda clase de insultos.

—La mitad de ellos se ven obligados a aceptarlo, tienen miedo.

—Y tú, ¿no tienes miedo? Te crees más valiente, pero para mí eres un incauto.

—¿No quieres vivir? ¿Quieres morir? —preguntó Zoria desde atrás, de forma tranquila.

—Sí y no. Pero vivir una vida impuesta por los vuestros sería peor que la muerte.

—No te creas mejor que ellos. Mientras tú formas parte de mis cimientos, mientras los bichos se comen tu asqueroso cuerpo, ellos viven una vida llena de lujos y comodidades.

—Acabarán comiéndoselos los bichos, igual que a mí, igual que a ti. Con la gran diferencia de que los bichos que os coman a vosotros morirán tras el primer bocado. Incluso los carroñeros notan el veneno.

Volví a cargar mi puño, una y otra vez, hasta que Zoria me interrumpió:

—Miki, para o lo matarás.

—¿Quién más hay como tú? —volví a preguntar.

—Nadie.

—¿Estás seguro? —Asintió—. Colgadlo —ordené señalando a las anillas. Murik y Zoria hicieron lo que les había pedido.

—No es necesario que lo mates —pidió Vladik.

—Largo. Ya has hecho suficiente.

—Pero, Mikhail —protestó.

—Te llamaré si te necesito. Fuera —lo corté para poner fin a sus estúpidas quejas. Después miré de nuevo a mi presa—. Dime, inspector, si esto te aclara las ideas.

—Las tengo claras. Sé que este es mi final.

Los primeros latigazos los soportó sin quejas. Al quinto, los gritos se abrieron paso en su garganta.

—¿Cuántos hay como tú?

—Ninguno.

—Mentira. No pondrías tu vida en peligro por una causa perdida.

Apuré su respuesta con otro latigazo.

—Los has comprado a todos, no queda nadie.

—Entonces morirás por nada. Con lo fácil que es cooperar. Pago bien a quienes nos ayudan.

—No me importa tu sucio dinero.

—¿A quién ibas a informar? Si no me equivoco, tu superior no tiene escrúpulos en hacerse la vista gorda. —Volvió a mantenerse en silencio—. ¿Quién coño quiere joderme?

—Menos personas de las que te mereces —escupió con odio.

Alcé el látigo sobre mi cabeza y empecé de nuevo. Uno, dos, tres... Perdí la cuenta, sus gritos no me afectaban, la sangre impregnaba su dañada espalda deslizándose hacia sus vaqueros. Pronto se quedaría inconsciente. No hice más preguntas, tenía la experiencia suficiente para saber cuándo no iban ser contestadas. Sabía que moriría y prefirió llevarse el secreto a la tumba. Lo admiraba, no muchos soportaban más de diez latigazos sin hablar. Podía probar otras tácticas, pero no valdría más que para seguir tiñendo el suelo y mi camiseta de rojo. Siendo sincero, disfrutaba más con los quejicas y llorones que cantaban antes de silbar el látigo. En la mafia nos apiadábamos más de los fuertes, los que morían por lo que creían. Nos ensañábamos con los débiles, pero los peores parados eran los traidores y los polis. ¡Basura asquerosa!

—Admiro tu valor, aunque no te libraré de la muerte. —Saqué la pistola de detrás del pantalón, la pegué a su sien y disparé—. Vámonos. —Los gemelos dejaron las cartas sobre la mesa y me siguieron sin molestarse en mirar el cuerpo—. Sacadlo de aquí y que limpien —ordené indicando con la cabeza hacia dentro.

Los dos hombres que esperaban en la puerta asintieron y se perdieron de vista en el interior de la habitación.

—Tráenos una botella de Vodka —pidió Zoria al camarero.

Nos sentamos en unos sofás al fondo del local. A esas horas el Hera todavía no había abierto sus puertas, cuando lo hiciera la tranquilidad del ambiente sería substituida por un bullicio de personas.

Saqué el móvil del bolsillo con la esperanza de ver alguna señal de mi pequeña en la pantalla. Nada. Estaría en el gimnasio, quizá me llamase después.

—Ten. —Murik me tendió un vaso.

Las horas pasaban, el alcohol cada vez rascaba menos en mi garganta y mi móvil seguía sin sonar. A esas alturas estaría sentada en un restaurante pijo degustando un caro menú con la compañía de una de las personas que más odiaba. ¡Maldita fuera!

Pasé la mano por mi cabello y me acabé el trago, para, acto seguido, volver a llenar el vaso. Al menos el alcohol me ayudaría a olvidarme de ella un rato.

Zoria coqueteaba con un par de tías que se sentaron en nuestra mesa. Murik se había marchado hacía un rato, y yo simplemente bebía un trago tras otro con la esperanza de que su rostro desapareciera de mi mente, al menos por diez minutos. No estaba acostumbrado a que las mujeres ocupasen mis pensamientos por tanto tiempo, menos si no me hacían caso.

Una preciosa morena de grandes ojos azules se me acercó y con paso decidido se sentó en mi regazo, pasando los brazos alrededor de mi cuello.

—Hola, Miki.

—¿Nos conocemos?

—Llevo queriendo hacerlo mucho tiempo —respondió de forma sensual.

—Claro —añadí con ironía y di otro largo trago.

—No me digas que no quieres divertirme —dijo, acariciándome el cuello y pegando sus tetas más a mí.

—Ya lo estoy haciendo. —Alcé mi vaso para que lo viera.

—Haré que disfrutes de otra manera. —Acercó su boca peligrosamente a la mía. Me eché hacia atrás para que no me alcanzase.

—¿Qué te pasa? —preguntó molesta.

Ni yo mismo lo sabía. Simplemente no quería que me besase ni que me tocara. No quería acostarme con ella.

—No quiero compañía —respondí serio. La chica protestó cuando la bajé de mis piernas.

—Vamos, nos lo pasaremos bien —insistió, tratando de acercarse de nuevo.

—Te he dicho que no. Déjame solo.

Le di otro trago a mi bebida, sin importarme la mirada de odio que me lanzó la morena antes de desaparecer de mi vista.

Me refregué los ojos. No me reconocía, un mes antes estaría tirándome a esa morena y ahora no era capaz de dejar que me tocara otra mujer. Solo la quería a ella. Sus besos, sus caricias, quería todo de ella; mientras que ella prefería estar con otro.

¡Maldita fuera ella, maldito yo y maldito lo que me hacía sentir!

Intenté levantarme a por otra botella, pero perdí el equilibrio. Demasiado tiempo bebiendo sentado, o sentado bebiendo demasiado tiempo.

—¡Eiii!, ¿adónde vas? —preguntó Zoria.

—A por otra botella.

—Siéntate, iré yo. —No lo hizo, mandó a una de sus zorras a por ella.

Lo último que recordaba era a Zoria ayudándome a entrar en casa.

El dolor de cabeza era insoportable. Me cambié de postura y seguí durmiendo hasta que la voz de mi madre me despertó.

—Son las siete de la tarde, Mikhail. ¿Hasta cuándo piensas dormir?

—El necesario para que me pare el dolor de cabeza.

—De eso nada, tenemos una cena con la familia Fossati.

—Pero, mamá... —me quejé.

—Te traeré una pastilla. En menos de dos horas tu aspecto debe estar como si no te hubieras bebido el bar entero anoche.

Salió de mi habitación dejando la puerta abierta para regresar en menos de dos minutos con un vaso de agua y una pastilla.

—Que no tenga que volver —me advirtió.

Podía ser una mujer menuda, pero con un carácter tan fuerte como el de mi padre. Si tenía que volver no le importaría sacarme a rastras de la cama y meterme ella misma en la ducha. Podía enfrentarme a cualquiera, menos a mi madre. El respeto, junto con el cariño y su perseverancia, me obligaban a tenerle miedo cuando debía.

Esperé un rato tirado en cama para que el comprimido blanco hiciera su efecto. Cuando conseguí levantarme sin riesgo de que me explotase la cabeza, me dirigí a la ducha.

Mientras esperaba en el sofá a que mi madre y Laryssa estuvieran listas, me di cuenta de que la ducha había contribuido bastante a aliviar el dolor. ¿O sería la pastilla? No importaba, casi estaba perfecto. Ojeé el móvil. Babette no me había llamado ni lo haría. Ya no me cabía duda de que si no la llamaba yo, la perdería.

—Para haber llegado a gatas, tienes buen aspecto.

Laryssa entró en el salón y se sentó a mi lado.

—Hace falta más que un poco de alcohol para acabar con tanta perfección —dije señalando hacia mí mismo.

—Sé de una mujer que puede hacerlo.

—Respecto a eso, ¿sabes qué va a hacer esta noche? ¿Dónde está?

—Claro que lo sé, Miki, soy su amiga, pero llámala tú si te interesa tanto.

—Laryssa se hacía de rogar.

—Lo haré, pero dame alguna pista para allanar el terreno.

—Saldrá con Nitca y con los gemelos. No sé si también iré Aleksei, la verdad es que no lo he visto mucho estos días. Seguramente los veamos en el Atenea después de la cena.

—Gracias, mi preciosa hermanita. —Le revolví el pelo.

—Compénsame sacándonos pronto de la cena.

Una horrible cena, no por el menú, sino por la compañía. Los miembros principales de las tres familias estábamos allí, junto con los italianos. La señora Fossati resultó ser bastante agradable, congenió muy bien con mi madre, lo que pareció molestarles a las otras dos arpías, aunque lo escondían con falsas risas y elogios hacia la italiana.

En esas ocasiones era cuando más agradecía que mi hermana saliera con uno de mis mejores amigos. Con la compañía de Venyamin se hizo más soportable la presencia de Borak y Mikola. Biagio no me desagradaba, pero parecía incómodo con tanta tirantez entre nosotros cuatro. No me importaba, solo pensaba en salir de allí antes de que la corbata me ahogase.

Hacía un rato le había mandado un mensaje a mi pequeña, quería asegurarme de que no se marchara antes de que yo llegase. Nuestra conversación había sido bastante escueta. Moría con las ganas de verla.

Entramos al Atenea con Mikola y Borak, no por ellos, por Biagio; sentía una especie de obligación. Nos habíamos ofrecido a llevarlo de fiesta, no sería justo obligarlo a elegir un bando. Pero no quería decir que tuviera que hablar con ninguno de los otros dos, simplemente soportar su cercanía. Todo eso me importaba bien poco cuando miré hacia el lado donde se encontraban nuestros amigos. Era sinónimo de perfección, toda ella. El vestido negro se pegaba a su pequeño cuerpo de forma tentadora. Su larga melena suelta de manera salvaje poco por encima de la cintura.

Se giró y clavó sus ojos en los míos. Por un momento me olvidé de la gente, solo existíamos los dos. No me di cuenta de que había empezado a avanzar en su dirección hasta que una voz me detuvo a pocos metros de ella.

—Borak, ¿quién es la chica morena?

—Babette —respondió este mirando hacia mí con una sonrisa.

—Es... bellísima. ¿La conoces?

—Sí, aunque Miki mejor. ¿Por qué no se la presentas?

Respiré profundamente antes de responder, intentando calmar las ganas de partírle la cara a ambos.

Le lancé una mirada de odio a Borak. Tenía dos razones para no arrancarle

la cabeza en ese mismo instante: que Babette me odiase por pegarle a su amigo o que me rechazase si me hacía el gallito delante del italiano.

No podía decirle lo que quería, que era mía, porque estaría mintiendo; además, tenía miedo de que me rechazase o me ridiculizase si optaba por la segunda opción.

—Ven te la presentaré yo. ¿Vienes o te quedas, Mikhail?

¿Quedarme? Por supuesto que no. Estaba a dos metros de la tía que me volvía loco, pegada a un idiota que quería tirársela.

—Hola, me alegro de veros —saludó Babette cuando llegamos, alternando su mirada de Borak a mí.

—Babette, este es Biagio Fossati —los presentó Borak. El aludido le tendió la mano a mi pequeña.

—*È un piacere*¹⁰ —saludó Babette tomándole la mano con una sonrisa.

—El placer es mío, *bellissima* —dijo con cara de idiota—. Me gustaría invitarte a una copa, a solas.

Mi cuerpo se puso rígido, una sensación extraña me golpeó el estómago. Antes de contestar, Babette se pegó a mí y enlazó sus dedos con los míos.

—Me halaga tu invitación, pero me temo no poder aceptarla. Sería una falta de respeto hacia Miki. —Acabó sonriendo, primero al italiano y luego a mí.

La diferencia era que clavó su mirada en la mía, y como para darme permiso, entrecerró los ojos asintiendo. La conexión que sentí en esos momentos con ella fue más allá que cualquier cosa que hubiera experimentado con nadie, no hacían falta palabras. Sin perder tiempo, pasé un brazo por encima de sus hombros y la atraje hacia mí, dando rienda suelta a mi orgulloso y posesivo carácter.

—Lo siento, Biagio, ella es mía.

—Entonces eres muy afortunado, te envidio. —Su actitud seguía siendo amable, todos sabíamos que no se podía hacer nada respecto a la mujer de otro.

Borak se rio, pero me alegraron sus siguientes palabras más que todas las que le había escuchado en toda mi vida:

—Aquella rubia no te quita ojo —dijo señalando a una chica cerca de la barra—. Vamos a invitarla a un trago.

Dabria

Miki y yo nos quedamos solos. Su brazo se relajó a mi alrededor y tiró de mí para que quedase frente a él.

—Babette —empezó a decir, pero lo interrumpí.

—Shhh. —Me puse de puntillas y lo besé.

—Me gustaría que esas palabras fueran realidad —susurró en mi boca.

—Pueden serlo —respondí dándole un beso corto y alejándome un poco de él.

—¿A qué te refieres? No te gusta mi posesividad ni mis celos.

—Es cierto. Pero es tu forma de ser, la respeto, siempre y cuando no quieras controlar mi vida.

—¿Estás dispuesta? —pregunté sorprendido.

—Estoy dispuesta a que grites a los cuatro vientos que soy tuya, puedo hacerlo contigo si lo deseas, siempre y cuando recuerdes que no soy un objeto. Tengo mi propia vida y quiero que respetes mi forma de hacer las cosas.

—Lo intentaré.

—Seguiré viendo a mis amigos, aun sabiendo que son tus enemigos. Quiero que lo entiendas.

—Has aceptado mi forma de ser, sabes que no soporto verte con otro.

—Que lo respete no quiere decir que lo acepte. Intenta hacer lo mismo si quieres que funcione. No puedes cambiar mi forma de ser, como yo no puedo cambiar la tuya, por eso ambos debemos ceder.

—Lo intentaré —accedió resignado—. Pero... eres mía, recuérdalo.

—No se puede olvidar lo que se siente. Y yo siento que te pertenezco. —
Posé mis manos en sus hombros.

—Los otros te desean —dijo acercando su rostro al mío—. No lo soporto.

—Mira a tu alrededor, las tres cuartas partes de las chicas del local quieren matarme por estar entre tus brazos. Probaré diciendo que a la mitad de ellas te las has tirado; sin embargo, no estoy celosa. No me importa tu pasado porque yo soy tu presente y tu futuro. Sé que solamente me deseas a mí, como yo solamente te deseo a ti.

Miki se abalanzó sobre mi boca, devorándola con pasión, más que eso, con necesidad ferviente.

—Prometo intentarlo. Prométeme tener paciencia, por favor. —Acaricié mi cuello con ternura.

—Estoy segura de que reñiremos muchas veces —dije sonriendo. Antes de que Miki pudiera protestar, nuestros amigos se acercaron a nosotros.

El resto de la noche pasó entre tragos y risas con los demás. Aparte de algún que otro beso o caricia, no demostramos nuestro amor, necesidad o lo que fuera, abiertamente. Eso sí, con Miki siempre cerca de mí, y el resto de los chicos alejados lo suficiente para su tranquilidad.

—Mañana es la cena para la gala, pero puedes invitarme a comer antes — le sugerí de camino a mi casa.

—Lo haré. Y cuando acabe la cena te secuestraré hasta lunes por la mañana —respondió con una sonrisa juguetona.

—No puedo esperar.

Paró el coche enfrente de mi portal. Bajamos los dos, ya que insistió en acompañarme hasta la puerta.

—Duerme bien, pequeña. —Depositó un beso en mi frente y se alejó para verme entrar.

—Igualmente, Miki —dije antes de cerrar la puerta.

Bien merecido me tenía un día como aquel. Tumbada en una hamaca, con el sol bañando mi cuerpo mientras me bebía un mojito bien fresco en la piscina.

Vi al camarero acercarse con el tercero de la tarde. ¿Por qué no? Estaba de vacaciones, podía tomarme los que quisiera. Pero cuando iba alcanzar la decorada copa, se le escurrió de las manos.

¡Genial! El ruido no fueron los cristales al hacerse añicos, sino el timbre que no paraba de sonar. ¿Timbre? ¿En una playa? Maravilloso, un sueño maravilloso.

—¡¿Sí?! —grité, acercándome a la puerta, aunque creía saber quién era al que parecía habersele pegado el dedo al timbre.

—Pequeña, tienes un problema, duermes demasiado.

—Enseguida te abro, Miki, pero quita el maldito dedo del timbre o te lo cortaré, ¡lo juro! —Corrí hacia el baño a ponerme los plásticos verdes pensando que mataría al que había tenido tan fantástica idea.

Abrí la puerta y me separé para dejarlo pasar.

—Buenos días, pequeña. —Tiró de mi mano para darme un gran beso en la boca.

—No son ni las diez de la mañana, dijiste que pasarías por mí para comer. —Hice una mueca de disgusto.

—Lo he pensado mejor. Iremos a dar un paseo, aprovecharemos para seguir visitando, entre semana tu agenda está muy apretada.

—¿Eso son café y *croissants*? —pregunté señalando dos vasos de plástico

y una bolsa de papel que sostenía en una bandeja.

—Exacto. —Los separó de mi mano justo cuando iba alcanzarlos—. Vístete y desayunaremos por el camino.

—¿Puedo desayunar primero?

—No, tenemos poco tiempo y mucho que ver. Date prisa —respondió con una sonrisa orgullosa—. Abrígate, hace frío.

—No tardo. —Si seguía insistiendo, solo conseguiría que se me enfriara el café.

Me duché el cuerpo y me vestí deprisa: unos vaqueros, una camiseta y un jersey gordo de lana negro. Me calcé las Ugg que me había regalado mi abuelo, rojas de lazos, y cogí mi abrigo. Metí dinero en el bolsillo de los pantalones, el móvil y las llaves iban en el abrigo, no quería cargar con el bolso. Me recogí el pelo en un moño desordenado, y lista. Después de comer me harían todo lo necesario para parecer una princesa.

—Si está frío me compras otro. —Le arranqué mi café y le di un trago.

—¿Típica adolescente que no vive sin su dosis de cafeína?

—Lo segundo es cierto, pero... ¿adolescente? —Me reí y caminé hacia la puerta con Miki pisándome los talones.

—No, tu altura y tu preciosa cara son de niña. Tu sentido de vieja gruñona —se burló.

—Así que soy una vieja que parece niña. Cualquiera pondría en juicio tu buen gusto. —Le di un mordisco al *croissant*: delicioso.

—Solo cara de niña, tu cuerpo no.

—Claro, tengo más tetas y más culo.

—Entre otras cosas.

Mi humor había mejorado notablemente al terminar el café y el *croissant*. Un defecto desde siempre; no podía hacer nada con el estómago vacío.

El trayecto me resultó familiar. La gran Avenida Nevski era fácil de recordar, era la más grande y concurrida de San Petersburgo.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

Miki estacionó el coche en un *parking* subterráneo. Los sábados había mucha gente, imposible encontrar uno de los pocos huecos que había por la calle.

—Ponte el abrigo. —Su tono autoritario no me irritaba tanto con el estómago lleno.

Hice lo que me pidió, no porque me lo ordenase, sino porque temía que el frío me calara los huesos. Subimos las escaleras y cuando salimos agradecí que estuviera detrás de mí, si no, me habría caído a rolos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó con su pecho pegado a mi espalda.

—Has dicho que hacía frío, pero esto es demasiado, me quedaré congelada en cualquier momento.

El aire seco acariciaba mi cara de manera que la suave brisa me congelaba cada poro.

—No tardará en nevar. Mañana o pasado, a lo más tardar —dijo subiéndose la cremallera hasta el cuello—. Tienes que acostumbrarte, solo está empezando. —Pasó un brazo por mis hombros y comenzamos a caminar.

Sin prisa, pero a paso decidido, dejamos atrás la avenida. Mantuvimos un buen ritmo a lo largo del canal Griboyédova.

Como en la otra ocasión, Miki hizo de guía. Eso me gustaba, su admiración por la historia de su ciudad era contagiosa. Recorrimos los cinco kilómetros que medía el canal para finalmente admirar sin prisa la Iglesia de la Resurrección de Cristo, que estaba situada en la orilla del canal.

—Es una de las iglesias más significativas de la ciudad, de «estilo ruso», en la que su decoración multicolor destaca en la arquitectura de la ciudad —me explicaba mientras observaba embobada el monumento—. Fue construida donde el zar Alejandro II de Rusia fue asesinado, en un atentado el trece de marzo de 1881.

—¿Podemos entrar?

—Claro.

Cuando me pareció que lo había observado todo minuciosamente y que a Miki no le quedaban historias, abandonamos la abarrotada iglesia.

—¿Qué te apetece comer?

—¿Ya? —pregunté confusa.

—Babette, llevamos cerca de tres horas ahí metidos.

—No quería perder detalle, parece construida a base de magia. Es increíblemente maravillosa.

—Seguramente sus constructores eran brujos, los hombres comunes no saben hacer cosas tan bellas.

—Tienes razón. ¿Te parece si comemos en un bar cerca? Así puedo disfrutar del paisaje un rato más.

—Miki, diles a tus chicas que no me dejas ir a la peluquería —le pedí de

camino al salón de belleza.

—¿Mis chicas?

—Tu madre, tus hermanas y Nitca, así no tengo que nombrarlas una por una cuando hablamos de ellas.

—No me enfrentaré a la ira de «mis chicas», como tú las llamas, por muchas ganas que tenga de estar contigo.

—Genial, eres un cobarde. —Me crucé de brazos, molesta—. Odio que me toquen el pelo, las uñas, que me unten de crema...

—Si me enfrento a ellas, perderé. Además, ¿qué pensarán cuando vean a la nueva debutante en vaqueros y con pelo de leona?

—Bien, esta tarde seré un juguete más. —Mostré mi sonrisa más falsa.

Miki se rio, pero no contestó. Abrí la puerta y salí antes de que pudiera detenerme.

—¿Es así como te despides?

—Hasta la noche, Miki, disfruta de tu tarde libre —me despedí con la mano.

—Acércate, dame un beso. —Se inclinó en el asiento para mirar por la ventanilla.

—No puedo hacer eso, debo comportarme. Las chicas buenas no les dan besos a los chicos guapos que solo quieren aprovecharse de ellas.

—Babette, déjate de juegos.

—Adiós. —Agité la mano una vez más y me giré, de camino al salón.

Inspiré profundamente y abrí la puerta.

¹⁰ Significa «Es un placer», en italiano.

—Babette, cariño. —Dara se acercó a paso apurado para besarme en la mejilla—. Entra, no hay tiempo que perder.

—Laryssa y Nitca han apostado sus zapatos preferidos a que no vendrías —me dijo Galina.

—Quiero los negros de Versace —le advirtió Laryssa.

—Babette, ¿por qué has venido? Estoy segura de que prefieres plantar tomates que pasar la tarde aquí. —Nitca parecía confusa y enojada a la vez.

—La verdad es que Miki no me ha dejado faltar, os tiene miedo.

—Cobarde —gruñó entre dientes.

—Lo mismo he dicho yo.

—Entonces la apuesta se anula —dijo Nitca.

—Mi hermano sabe que le cortarías las bolas sino te traía. Así que disfrútalo. —Kalina me sonrió con burla.

—Si apuestas, debes contemplar la opción de perder y cumplirla llegado el momento.

—Gracias, Galina. Cállate, Galina —respondieron ambas a la vez.

Después de tres horas, tres largas e interminables horas entre mascarillas, cremas, depilación, masajes..., parecía una princesa.

De forma sutil, realzando, no exagerando, mis grandes ojos ahora verdes y mis gruesos labios. Me fascinaba mi imagen en el espejo. Daba igual lo mucho que girase la cara para verme desde otra perspectiva, o cuan cerca me mirase, no encontraba el más mínimo defecto.

Apenas se notaba el maquillaje sobre mi piel, pero los pómulos se veían más definidos. Las falsas esmeraldas destacaban bajo mis oscuros párpados y largas pestañas. Los labios me los habían pintado de un rojo oscuro, tan oscuro e intenso como las cerezas maduras.

Debía reconocer que el resultado era fabuloso.

Con las uñas no pudieron hacer mucho más que pintarlas del mismo tono que mis labios, me negué rotundamente a que me pusieran cualquier tipo de uñas postizas. Reconocía que las mías eran cortas y descuidadas, debido a que me las mordía día sí día también, pero eran mías. No soportaría unos plásticos pegados a ellas, me las hubiera acabado arrancando antes de ponerme el vestido. El peinado era sencillo pero elegante. Un moño alto, desordenado e

informal, dejando que muchos pelos rebeldes escaparan cayendo sobre mi rostro.

Kalina había insistido en elegir el vestido de las tres, más bien se había otorgado la elección sin preguntar, puesto que los vestidos los tenía en su casa, donde más tarde nos iríamos a vestir.

No quería correr el riesgo de que anduviésemos por la calle, según ella podrían vernos y ya no causaríamos sorpresa. Sería lo peor que nos podía pasar, que alguien nos viera listas unas horas antes de lo debido. Una tragedia que le podía alterar los nervios y hacer que se le adelantase el parto.

Todas le cumplimos el gusto a Kalina, fuera cual fuera. Lesta podía nacer en cualquier momento. Fuera dicho que también lo utilizaba para chantajearnos, conseguía lo que deseaba sin discutir. Alegaba que hacía lo que realmente le gustaba y emocionaba en otros cuerpos, ya que el suyo no estaba en condiciones.

Una limusina negra nos llevó al hotel donde tendría lugar la cena.

El vestido que Kalina había elegido para mí era arrebatadoramente hermoso. Color burdeos y escote de corazón, con el corpiño de terciopelo muy ajustado. La falda de gasa caía hasta los pies con el vuelo justo para que no se enredase en mis piernas.

Ella misma había elegido también nuestra ropa interior y joyas. En mi caso, un conjunto de encaje negro, con suaves medias de liga. Los zapatos, de color negro con tacón de cristal, se abrochaban con una fina cadena de plata al tobillo. Un brazalete y unos aros de oro blanco eran mi único complemento. Para poder salir sin sufrir hipotermia, un abrigo de un pelo suave y largo, del mismo color que el vestido, caía justo a la altura de mi cadera, y el cuello me llegaba por debajo de la barbilla.

—Vamos, mis niñas —nos animó Dara al llegar—. Sois las más bellas.

—Si no has visto a nadie más, mamá —protestó Laryssa rodando los ojos.

—No hace falta, no he preparado a nadie más que a vosotras —aseguró Kalina orgullosa.

Sí, Kalina también venía. No fuimos capaces de obligarla a quedarse en casa.

El hotel era el mismo donde había sido la cena para despedir el verano. Su elegancia era igual, mientras que el decorado era completamente distinto. Las paredes estaban adornadas con enormes fotos de Monic y Mikola.

El uniforme de los empleados era el mismo, salvo que el color verde fue

sustituido por un intenso azul.

La reunión tendría lugar en una de las salas del hotel, así solo tendríamos que cruzar un pasillo para cenar. A la cena sí asistirían las parejas, en la reunión solo estaríamos las debutantes, o el ganado, como me gustaba llamarlo para mí misma.

En menos de media hora estábamos todas esperando impacientemente a que nuestro anfitrión apareciese. La estancia era muy amplia, con sillones alrededor de una pequeña mesa colocados estratégicamente en semicírculo. Al otro lado de la mesa había un sofá biplaza, en el cual descansaba Kalina tranquilamente. Agradecía que mis amigas me hubieran sentado entre ellas. No tenía especial interés en conocer a las demás, sobre todo viendo cómo Monic me lanzaba rayos por los ojos.

—Aquí estás —dijo Kalina levantándose con la vista fija en la puerta.

Todas nos giramos para observar cómo nuestro «protector» se acercaba a paso decidido. Al llegar a Kalina le dio un ligero abrazo y besó sus mejillas.

—Me alegro de verte. —Me pareció escuchar algo como eso.

—Buenas a todas, bellezas. Antes de nada, deciros, agradecereros, que os prestéis para esta honorable causa; es un placer para mí trabajar con gente como vosotras.

—Para nuestras, ahora tuyas, chicas, es un placer hacerlo, y también te lo agradecemos a ti por ser su protector este año —respondió Kalina.

—En ese caso, no hay tiempo que perder, dijiste que la gala será en un mes. A partir de ahora el tiempo es oro, el más insignificante segundo perdido es fatídico para nosotros —exageró Iskander.

—Estoy de acuerdo. —Ambos tomaron asiento—. Este año son veinte jóvenes. Ya sabes en que consiste tu trabajo como su protector, así que conócelas primero para poder designar su color representativo.

—Dame al menos el día de hoy, Kalina, no me atosigues —se burló Iskander.

—Por supuesto. Sabes también que las chicas hacen un homenaje a su protector, puede ser: cantar, bailar, actuar... Por eso hemos pensado que, como este año tenemos el honor de tener a una debutante con sangre de tu tierra y un don para el baile, sería fabuloso un baile de temática oriental. No sé si te agrada la idea...

Iskander interrumpió a Kalina.

—Será un honor para mí. Estoy seguro de que la susodicha es una joven

morena con un precioso vestido burdeos. —Me sonrió, hice lo mismo en respuesta.

—¿Cómo no estar seguro si es negra? —susurró la chica de al lado de Laryssa no lo suficiente bajo para no escucharla; sin embargo, opté por lo contrario.

—Ignórala, no se merece más —me susurró Galina.

—Empezaré a presentártelas. —Kalina empezó nombrando por el lado derecho.

La morena que se había burlado de mí respondió al nombre de Polina. La aplastaría como a una polilla.

Escuché cómo Iskander formulaba a las chicas algunas preguntas.

—Ella es Babette Lévesque.

Había llegado mi turno.

—No solo compartimos descendencia, por lo que veo. *Ce n'est pas comme ça?*¹¹

—*Oui, c'est.*¹²

Según me había dicho Kalina, llevaba años viviendo en París.

—Interesante coincidencia, ¿qué te ha traído por aquí?

—Estoy de Erasmus.

—También es la profesora de baile del gimnasio Kostka —añadió Kalina.

—Respecto a eso, ¿te importaría enseñar a tus compañeras nuestra danza?

—En absoluto, será un placer, siempre que ellas quieren aprender.

—¿Podrás conseguirlo en un mes?

—Sabes que es un baile muy complicado, pero prometo intentarlo. Ensayaré con ellas todas las horas que me queden libres, por su parte —hice una pausa para mirar a mis compañeras—, ellas deben insistir tanto como yo lo diga.

—Completamente de acuerdo. ¿El resto estáis de acuerdo?, ¿os comprometéis a ensayar duramente hasta la gala? —preguntó nuestro protector.

La mayoría asintieron o respondieron con un monosílabo afirmativo, salvo el grupo de Polina, que no parecía agradarle la idea. Ni a Monic, pero ella no podía opinar.

—Otro asunto menos, entonces. Bien, el lunes empezamos. Cada una acordad la cita que mejor os venga para tomaros las medidas. Os diré vuestro color, entonces —informó Iskander—. Diseñaré tres vestidos y una lencería

para cada una de vosotras: un vestido de noche largo, uno corto, la lencería y el traje con el que bailareis —continuó explicando.

—Si alguna detesta algún color que se lo diga al señor Murab. Si tenéis alguna pregunta para él o general es momento de hacerla —dijo Dara.

El resto del tiempo pasó entre preguntas, quejas de los tonos que peor sentaban o cómo les gustaría que fuesen sus vestidos. Acordamos las citas para el lunes, el lugar y el horario de clases donde ensayaríamos. La madre de Borak no tardó en poner a nuestra disposición su complejo deportivo, lo que me suponía un alivio.

—Disfrutad de la cena, entonces —se despidió nuestro protector abriendo las manos.

Como en una clase de primaria, nos dimos la vuelta para encaminarnos a la puerta. Viendo la impaciencia de las demás, nosotras cuatro nos quedamos al final.

—Babette, me gustaría hablar contigo, si no tienes prisa. —Iskander me hizo una seña para que me acercase.

—Nos vemos luego —me despedí de las chicas.

Me senté en el lugar que antes ocupaba Kalina, e Iskander a mi lado.

Muchas de las mujeres, entre ellas Kalina, Dara y la madre de Borak, estaban en las mesas del fondo tratando algún asunto del que no tenía la menor idea.

Iskander empezó su conversación en árabe. Sonreí. Demasiados bellos y dolorosos recuerdos asaltaron mi mente.

—Lo sabía —respondió cuando le contesté en un árabe tan perfecto como el suyo.

Resultó ser tan cotilla como una maruja de Madrid. Me preguntó un poco de todo: ¿Por qué había elegido Rusia?, ¿qué estudiaba?, ¿cuándo había aprendido a bailar?, ¿quién me había enseñado?, ¿de dónde venía mi descendencia árabe?...

Cuando creyó que era suficiente, nos acercamos, todavía sin parar de hablar, al abarrotado salón.

—Me envían a buscarte, mi hermano está echando humo por la cabeza —nos interrumpió Kalina.

Me preguntaba en qué momento había abandonado ella la habitación.

—Discúlpala, pero es cuestión de salud que vaya a socorrerlo —añadió explicándole a su amigo.

—¿Dónde está?

—Allí, tras el corro de gallinas. —Sacudió la mano en dirección a un grupo de chicas—. Es la primera vez que acude a esta cena, lo ha hecho por Babette, la primera chica que...

Dejé de escuchar la voz de Kalina al acercarme al lugar que me había señalado. No creía ni que la imaginación de Laura fuese capaz de asimilar lo que veía. Como en una escena de comedia americana, en la que el capitán de fútbol estaba rodeado de sus bellas animadoras, cada cual haciendo más el ridículo que la de al lado, estaba Miki. Pero él no sonreía. Sostenía la copa en la mano tan fuerte que corría peligro de quebrarse, su rostro estaba serio y contraído y sus ojos mostraban pavor. No se molestaba en agrandar, al contrario, parecía empeñado en ignorarlas. Sin embargo, ellas insistían. ¿No se daban cuenta de que su mirada vagaba en mi busca? Sonaba algo egocéntrica, lo sabía. Rodeé al grupito y lo llamé desde atrás cuando estaba acercando un trago a sus labios.

—¿Estás ocupado, Mikhail?

Apartó el vaso de inmediato, se giró y me miró con una gran sonrisa. Dio un paso hacia atrás para alcanzarme y rodearme con un brazo, haciendo que quedásemos frente al grupito.

—Mi pequeña —susurró para que solo yo lo pudiera escuchar—. Chicas, ella es Babette, mi novia. —Al menos cuatro pares de ojos se clavaron en mí con sus cuatro correspondientes bocas abiertas—. Así que, ahora, quiero dedicarme a ella.

Miki me empujó para que caminase fuera del círculo, dejando a las chicas estáticas. Si antes no me odiaban, estaba segura de que ahora sí.

—Gracias por hacer que me odien —dije con sorna.

—Lo acabarían haciendo tarde o temprano, yo solo lo he agilizado. —Se encogió de hombros dándole la más mínima importancia.

—¿Tu novia? —Enarqué ambas cejas.

—Soy tuyo, no tengo por qué esconderlo. Además, era la mejor manera de ahuyentarlas.

—No creo que sea una barrera firme —me burlé.

—Debería serlo, por una noche al menos.

—Me las pagarás por usarme para librarte de las arpías.

Miki hizo que me detuviera, me miró a los ojos y me besó. Fue un beso dulce y corto.

—Vamos a por una copa. —Tomó mi mano para dirigirnos a la barra.

Nuestra copa debía esperar a después de la cena. Dara nos informó que estaba por servirse.

Esa vez las mesas eran alargadas, clasificadas por edades. Nos sentamos con nuestros amigos, pero las chicas no dejaron de lanzarme miradas de odio, así como Mikola lo hacía con Miki. Los dos los ignoramos, concentrándonos el uno en el otro y en escuchar a los que de verdad nos interesaban.

La comida estaba deliciosa. Dara había pedido que me hiciesen un Strogonoff vegano que hizo que se me cayese la baba. Después del postre, una señora que no conocía dio un discurso de agradecimiento a nuestro protector, y a nosotras, las protegidas. Al acabar las formalidades llegó el momento de divertirse. Caminamos al salón de baile donde los músicos empezaban a tocar.

—¿Me concedes este baile? —Estiré la mano hacia Miki.

—Todos. No voy a bailar con nadie más. —Tomó mi mano, posó la otra en mi cintura y comenzamos a movernos al son de un hermoso bolero.

Sus palabras resultaron ciertas al acabar la noche. Solo se había separado de mí para dejarme bailar con Iskander un par de piezas. En un momento creí que Borak me pediría un baile, pero negué con la cabeza cuando me observaba; sonrió burlón, solo quería enojarme. Idiota.

—Ya podemos irnos, mi pequeña —comentó alegre mientras nos poníamos los abrigos.

—¡Mikhail! Me alegra que hayas venido —lo saludó la señora que había dado el discurso tras la cena.

—Y a mí, señora Poliakova. —Me miró de reojo.

—Monic no me comentó que vendrías —soltó la frase mirándome a mí, no a él.

—No tenía por qué saberlo, la razón de mi presencia es ella. —Me señaló con un ligero movimiento de cabeza—. Babette, ella es Nadenka Poliakova, la madre de Monic.

—Un placer, señora Poliakova. Soy su novia. —Aguanté la risa ante la cara de horror que puso.

—Igualmente. —Fingió una sonrisa—. Buenas noches. —Tocó el hombro de Miki y se marchó.

Miki soltó una carcajada y me pegó a él.

—Veo que también te gusta marcar territorio.

—Era la mejor forma de librarte de otra arpía. —Le di un casto beso en

los labios.

Fue una suerte que el coche estuviera en el garaje, me hubiera quedado petrificada nada más poner un pie fuera del hotel.

—Duerme conmigo esta noche. —Miki me observó de reojo, no muy seguro de mi respuesta.

—Me encantaría. —Le acaricié la mano que llevaba sobre el cambio de marchas.

Sonrió satisfecho y... ¿alegre?

El joven Korsakov no sabía de quién se estaba enamorando. Iba cayendo a pasos agigantados. Lo que no me agradaba era que a mí también me gustase estar con él, incluso se me olvidaba la razón por la que lo hacía. Nadie me había dicho que no pudiera disfrutar un poco yo también, ¿no? Pero mi abuelo me había advertido que... bah, bah, bah. No tenía de qué preocuparme, podía separar los sentimientos y el amor. Sexo y trabajo. No podría amar a alguien como él.

¹¹ Significa «¿No es así?», en francés.

¹² Significa «Sí, es», en francés.

La habitación de Miki estaba igual que la última vez. Los muebles eran de madera clara y un edredón negro cubría la enorme cama. Dejé mi abrigo sobre una silla al tiempo que él hacía lo mismo con su chaqueta y la corbata. Despacio, se acercó a mí, posó las manos sobre mis brazos desnudos y comenzó a acariciarme.

Levanté la mirada y me encontré con unos profundos ojos negros cargados de deseo, brillantes de excitación. Nos fuimos acercando hasta que nuestros labios se unieron en un cálido beso. Abrí la boca para dejar paso a su húmeda lengua y una descarga eléctrica sacudió mi cuerpo. Miki se separó, cortando el beso de forma algo brusca. Juraría que él había sentido lo mismo. Lo observé esperando a que dijera algo.

—Si no quieres llegar hasta el final, dime que pare ahora. No seré capaz de hacerlo después.

Sin dejar de mirarlo di un paso atrás. Me llevé una mano a mi espalda, justo donde estaba la cremallera del vestido, y la bajé. Lo dejé caer a mis pies y salí de la montaña de tela que se había formado a mi alrededor.

—No quiero que pares. Quiero ser tuya. En todos los sentidos.

Ví cómo la nuez se le movía al tragar con fuerza mientras me abrasaba con la mirada.

Miki

Perfecta. Sí, esa era la palabra que la describía tal y como era. Perfecta.

Verla en ropa interior delante de mí. Segura y tímida, inocente y lujuriosa, sumisa y salvaje. Extraña combinación que provocó una explosión de emociones en mi interior. Juraría que estaba preciosa con ese vestido rojo, pero que me matasen si la imagen que tenía delante no era la más bella que había visto en toda mi vida.

Su pequeño y perfecto cuerpo cubierto solo por un conjunto de encaje negro, su piel trigueña parecía más suave que el terciopelo o la seda y las medias que llegaban hasta lo alto de sus muslos realzaban la perfección de sus piernas.

Llevó las manos a su pelo y lo deshizo, dejando lo que fuese que lo estuviera sosteniendo en una de las sillas.

¿Me estaba poniendo nervioso? No... Sí.

Me acerqué a ella. Sin tacones apenas me llegaba a la altura del pecho. Sonreí, era tan pequeña... Pasé una mano por su nuca y con la otra acaricié su cintura atrayéndola hacia mí. Bajé hasta su boca sin dejar de mirarla a los ojos. Cuando nuestros labios se rozaron una sensación de alivio y reconocimiento se instaló en mí al sentirla tan cerca. Nuestros labios encajaban como si fuesen esculpidos para estar juntos. Su dulce sabor se entremezclaba con el agrio de la ginebra. Mi lengua buscó la suya para profundizar más.

Babette enredó sus manos en mi cuello pegando por completo su cuerpo al mío. La subí a mi cintura para llevarla a la cama sin dejar de besarla, la posé con cuidado y me acomodé sobre ella, manteniendo el peso de mi cuerpo sobre mis codos. Dejé sus labios para seguir con su cuello, al tiempo que con una mano acariciaba sus pechos.

Busqué el broche del sujetador y me deshice de él. Volví a lo que estaba haciendo, metí el ya excitado pezón en mi boca y lo lamí, tiré de él con suavidad, provocándole un gemido. Hice lo mismo con el otro, tomándome el tiempo necesario. Volví a su boca. Babette desabrochó mi camisa y tiró de ella hacia atrás para que me la quitase.

—¿Impaciente, pequeña? —Sonreí.

—Un poco.

Se incorporó para alcanzar mis labios, esta vez era ella quien marcaba el ritmo. Me empujó para cambiar la posición y quedarse encima. Recorrió mi cuello con sus labios y se detuvo a mordisquear el lóbulo de mi oreja. Dejé escapar un gruñido. Acarició mi pecho con las manos para luego sustituirlas por su boca. Me desabrochó el pantalón de forma lenta, mi erección temblaba por salir, la ayudé a quitarme los pantalones quedando así en bóxer. Otro gruñido salió de mi garganta, esta vez más fuerte, cuando su mano se coló entre la tela de los bóxers y acarició mi miembro. Si no la separaba acabaría corriéndome en los calzoncillos y, aunque moría por hacerlo, no de esa forma.

Tiré de ella suavemente y la coloqué debajo de mí de nuevo.

—Déjame que sea yo quien te haga disfrutar.

Asintió, acarició mi mejilla y me besó con dulzura.

Nos tomamos nuestro tiempo para conocernos con besos y caricias. Me encantaba cómo reaccionaba su cuerpo, recibía cada caricia con más pasión que la anterior. Se mordió el labio y gimió cuando introduje un dedo en su

interior. Era tan expresiva. Agarró las sábanas y arqueó la espalda cuando sintió mi lengua jugar con su clítoris. Gimió con fuerza cuando llegó al final. No aguantaría más, su cuerpo temblando en mis brazos, sus mejillas rosadas por el placer y sus ojos brillantes cargados de excitación me hacían temblar.

Me deshice de la única prenda que quedaba entre nosotros y me coloqué entre sus piernas, poco a poco, sin dejar de mirarla a los ojos, entré en ella. Sin duda la sensación más maravillosa que había experimentado nunca. Babette encogió sus piernas hacia atrás para que pudiera llegar más adentro. Gimió cuando me sintió completamente. Comencé a moverme con una lentitud que requería toda mi concentración. Tomó mis manos y las posicionó a ambos lados de su cabeza, lo suficientemente alejadas para estar cómodos sin dejar de entrelazarlas. Ese simple gesto removió algo en mi interior, la besé con dulzura al ritmo que marcaban mis caderas.

Cuando sentí el final aproximarse fijé mi mirada en la suya, que me observaba con la misma intensidad. Un sonido animal salió de lo de más profundo de mi interior al tiempo que ella gritaba de placer cuando nos corríamos.

Antes de salir de ella, la besé en la frente. No sabía por qué lo había hecho, pero no pude evitarlo.

—Absoluta y completamente mía, pequeña.

La atraje hacia mí y la acomodé en mi pecho, la rodeé con los brazos y sentí cómo poco a poco se iba quedando dormida. Aspiré su dulce aroma y me di cuenta de que acababa de experimentar lo que se sentía al hacer el amor.

Desperté en mitad de la noche sintiendo los brazos vacíos y el cuerpo destemplado, miré al lado para comprobar mis sospechas: mi pequeña no estaba. Me incorporé para mirar en el baño, pero la luz estaba apagada. Me levanté y me puse los bóxers. Antes de salir de la habitación, me di cuenta de que la puerta de la terraza estaba abierta.

Me acerqué y la vi sentada en el sillón, recostada hacia atrás con las rodillas encogidas y los pies bajo su trasero, la barbilla apoyada en la mano que descansaba sobre el reposabrazos del sofá. Llevaba mi camisa puesta.

Lo que más me llamó la atención fue su expresión, no pude descifrarla, sus ojos estaban fijos en el exterior; sin embargo, parecía sumida en sus pensamientos, ajena a los primeros copos de nieve que comenzaban a caer. ¿Confusa, triste, enfadada o asustada? Me atrevería a pensar que una mezcla de todas.

—Babette —me senté a su lado—, ¿estás bien?

—Me he despertado y no he podido evitar salir, cuando vi que estaba nevando me senté a observar un rato. Es magnifico, ¿verdad?

Dabria

Recordar lo que había sentido cuando nos acostamos me cayó como un jarro de agua helada. Todo lo que Miki me hizo sentir, y no me refería al placer físico, sino a lo que despertó en mi interior. Millones de sensaciones revoloteando en mi estómago cual mariposas de todos los colores y tamaños. Me sentí chocolate derritiéndose en sus brazos, sentí fuego quemando en mi piel. Nuestra unión fue más allá de lo carnal, mi cuerpo reaccionaba a sus caricias como si las reconociese, como si las anhelase durante años. Al mirarme a los ojos mientras me investía sentía como si desnudase mi alma, y cuando me perdía en sus ojos negros era como si me dijese lo que con palabras no había hecho.

Me regañé por dejarme llevar, no podía sentir nada por él. ¿Cómo había podido ser tan idiota? Sabía de sobra quién era, a qué se dedicaba y, sobre todo, sabía quién era yo y a qué había venido. No podía permitirme tener ningún sentimiento hacia él.

«Trabajo, Dabria, trabajo», me repetía constantemente.

No me di cuenta de la presencia de Miki hasta que se sentó a mi lado y empezó a hablar. ¡Maldita fuera! No era el momento, estaba enfadada conmigo misma por sentir lo que sentía.

Tiró de mis pies y me acercó hasta subirme a sus piernas. Me rodeó con los brazos y al momento volví a sentir mi piel quemar bajo su cálido tacto.

«Es un papel, así que límitate a interpretarlo lo mejor que puedas».

Cambié mi posición quedando a horcajadas sobre él.

Me miraba con deseo, sus negros ojos recorrían mi cuerpo casi desnudo. La camisa que había tomado prestada para salir a la terraza estaba abierta, por lo que mis pechos casi se veían al completo. Con las manos recorría allí donde su mirada lo había hecho segundos antes: cintura, cadera, muslos. No tardó en juntar nuestros labios, esta vez con dureza y necesidad. Le respondí con la misma pasión, ya ordenaría mis sentimientos más tarde.

Devoré su cuello con fervor, al tiempo que él se entretenía con mis pechos. Gemí cuando mordisqueó primero un pezón y luego otro. Me levanté con facilidad para quitarme las bragas. Pese a que ya estaba lista Miki introdujo un

par de dedos, no sabía si para comprobarlo o para torturarme. Metí la mano bajo su bóxer y acaricié su miembro, este tembló bajo mis manos cuando lo acaricié. Me sentí satisfecha cuando Miki gruñó en mi oído.

—Como sigas así, acabaré en tu mano —dijo con la voz ronca.

—No me importaría, pero ahora te quiero dentro de mí.

Pasé las rodillas sobre el sofá para que Miki pudiera quitarse los bóxers. Me deslicé hacia abajo sintiéndolo entrar en mí y ahogué un gemido mordiéndome el labio. Despacio, comencé a cabalgar sobre él, apoyé las manos en sus hombros mientras me sostenía la cintura.

Entre besos, gemidos y placer, mucho placer, acabamos temblando uno en los brazos del otro, con nuestros cuerpos convulsionándose hasta el final.

Miki se levantó conmigo en brazos, todavía sin salir de mi interior. Lo rodeé con brazos y piernas cual mono, descansando la cabeza sobre su hombro. Pese a no querer sentir nada, me aportaba calma y seguridad, una extraña y creciente sensación de paz.

Me dejé con cuidado sobre la cama, separándonos, y se tumbó a mi lado, pegando su pecho a mi espalda.

—Buenas noches, mi pequeña —dijo depositando un beso en mi cabeza.

Así, en forma de cucharilla, entre el calor de sus brazos, aspirando su aroma adictivo y varonil, me quedé dormida.

Me despertó la estruendosa música de un teléfono.

—¿Sí? —contestó Miki con voz soñolienta—. Bien, te veo en un rato, mamá. —Se apoyó en un codo y me miró con una sonrisa—. Mi sobrino va a nacer, Kalina está en el hospital.

—¡Vaya! Eso es fantástico.

—Sí. —Se acercó y me dio un beso corto—. Tengo que ir al hospital, ¿me acompañas?

—No sé si debería, el bebé aún está por nacer, la familia estaréis allí...

—Mi familia te adora, y yo... Me gustaría que estuvieses. —Su profunda mirada clavada en mi de nuevo.

—Miki, ¿por qué has hecho eso? —dije señalando al techo.

Obviamente ya había visto la foto el día anterior, aquella que nos había echado la pareja mientras Miki no paraba de darme vueltas. Pero no era momento de preguntar mientras me retorció de placer.

—¡Ah! Eso —respondió restándole importancia—. Soy un depravado sexual y me gusta observar a mis presas —soltó una carcajada.

—¡Vamos! —lo animé a hablar. No respondió, se subió encima de mí y comenzó a besarme—. Para, Miki, tenemos que irnos.

No hizo caso de mis palabras, recorrió con pequeños besos mi rostro, mi cuello y siguió bajando.

—Si no vas a contestarme, vámonos al hospital.

—Solo un rato —pidió entre beso y beso.

—Lo digo en serio, Miki, si tu sobrino nace y no estás, Kalina te matará. Vamos a ducharnos. —Lo empujé para que se quitara de encima de mí.

Me levanté y entré en el baño antes de que pudiera detenerme. Sentí el agua caliente caer por mi pelo, cerré los ojos y dejé vagar mi mente. Un ruido sordo me sobresaltó, abrí los ojos y vi a Miki entrar en la ducha. No había sido buena idea no echar el pestillo.

—¿Qué haces aquí?

—Ducharme, obviamente. Tú misma has dicho que tenemos poco tiempo. Así podemos hacer dos cosas a la vez.

Antes de que pudiera abrir la boca para protestar se pegó a mí y comenzó a besarme. Mi cuerpo reaccionó al instante, me pegué más a él, mis pezones se endurecieron al rozar su pecho, noté el calor acumularse en mi entrepierna cuando bajó sus labios por mi vientre.

Como una leona en celo me dejé llevar por mis instintos más salvajes, cediendo al increíble placer que experimentaba mi cuerpo cada vez que estaba con él.

—Tengo que pasar por casa, necesito cambiarme —le dije cuando puso el coche en marcha.

—Yo te veo preciosa así. —Sonrió de lado.

—Parece que utilizar tu ropa se está volviendo una mala costumbre. —Hice una mueca de disgusto.

Me miré al espejo, parecía una niña de cinco años. Tenía puesto un abrigo de Miki, debajo llevaba uno de sus calientes chándales. La verdad era que estaba cómoda y calentita, pero no presentable, lamentablemente.

Esperaba tener un tiempo para asimilar lo que sentía, para regañarme por solamente pensar en sentir algo por él. Supuse que era normal confundir sentimientos cuando pasabas tanto tiempo con una persona, sobre todo si esta te atraía más que a la abeja la miel. Sin embargo, yo no me podía permitir siquiera el lujo de confusiones. Había viajado a Rusia por una misión, estaba con él para cumplirla, nada más, y pensaba hacerlo. Cuantas más caricias, más

me acercaba a mi objetivo, cuantos más besos, más me acercaba a mi hogar, y cuando me ofreciera su corazón, lo entregaría en bandeja de plata.

Siempre había sido una persona racional, sabía lo que tenía que hacer, cuál era mi deber y hasta dónde debía llegar para conseguirlo: hasta el final.

Vestida ya con mi ropa, suspiré profundamente y caminé hacia el salón, donde un Miki más relajado y feliz de lo habitual me esperaba con una sonrisa.

Miki

Hacía mucho tiempo, a decir verdad no recordaba cuánto, que no me sentía de aquella manera. Era difícil de explicarlo, me notaba completo. Mi pequeña era la pieza que faltaba en mi vida.

Sonreí al verla bajar del coche. Llevaba un abrigo gris de lana muy gordo que le llegaba por debajo de las rodillas a juego con un gorro del mismo color. Se subió el cuello del abrigo para que cubriera su barbilla y bajó más el gorro para que le cubriera las orejas cuando sintió el frío golpear su rostro. Sonreí, si seguía así solo se le verían los ojos.

—Conseguirás bajar el gorro hasta que te sirva de bufanda —me burlé.

Me miró entrecerrando los ojos, algo enfadada. La tomé de la mano, pero me resultaba incómodo, con las enormes manoplas que llevaba puestas apenas podía doblar los dedos. No pude evitar soltar una carcajada.

—Ven aquí, mi pequeño robot. —Pasé una mano por sus hombros y recorrimos el pequeño trecho hasta el hospital.

—Joder, no puedo soportarlo —se quejó—. Es demasiado.

—Te acostumbrarás, acaba de comenzar.

—Eso es lo peor.

Cuando llegamos a la planta donde estaba mi hermana, la tercera, Babette ya se había quitado los guantes, el gorro y el abrigo, que posó sobre una silla. Hice lo mismo.

—¿Cómo está Kalina?

Mi hermana charlaba con mi madre, que se levantaron con el sonido de mi voz.

—Miki, Babette, ¿cómo estáis? Kalina está bien, se la llevaron hace una media hora para la sala de partos.

—¿Cuándo vino?

—Poco después de llegar de la cena le empezaron unas molestias, sobre las cuatro rompió aguas y ya se vinieron.

—¿Por qué no me avisaste?

—No era necesario estar todos aquí cuando no había llegado el momento.

—¿Papá? ¿Dónde está?

—Con Venyamin, han bajado a la cafetería.

—Entonces iremos con ellos, no hemos desayunado. ¿Vamos? —pregunté mirando a mi pequeña.

—Prefiero quedarme con ellas un rato, si no te importa —contestó.

No esperaba esa respuesta.

—Claro, te subiré un café y un *croissant*.

—Más te vale —me amenazó con una sonrisa.

La besé en la frente bajo las atentas miradas de mi madre y de mi hermana, que me observaban curiosas.

—No criticar demasiado en nuestra ausencia —lo dije porque a Laryssa le molestaba que la tomasen por chismosa.

Sabía que Babette era amiga de mi hermana, pero pensaba que no querría separarse de mí. ¡Vale! Ese era yo.

Me gustaba que estuviera con mi familia, que le agradara, que se sintiera como una más. Sin embargo, no estaba acostumbrado a que las mujeres quisieran separarse de mí, al contrario, tenía que escapar de ellas. Y aunque me hacía feliz verla formar parte de mi vida y relacionarse con mi familia, me hería mi enorme ego.

Sobre las cuatro de la tarde nos avisaron de que acababa de nacer. Ambos estaban bien, pero teníamos que esperar un rato para verlos. Entramos todos juntos en la habitación con una enorme sonrisa, a mi madre se le escapó alguna lágrima de felicidad y Babette parecía algo incómoda.

Kalina estaba recostada en la cama, con un pequeño bulto en los brazos, mientras Anzor los miraba a ambos con adoración sentado a su lado. Laryssa se acercó rompiendo la magia del momento.

—Ohhh, Kal, es precioso —lo dijo con tanta ternura que esta le pasó el bebé a nuestra hermana pequeña.

Dejamos que mi madre hiciera sus propios halagos mientras mi padre y yo mirábamos por encima del hombro de Laryssa al pequeño. Fui el último en coger al bebé, después de casi arrancárselo a mi padre, estaba como hipnotizado meciendo a su nieto.

—Increíble, su padrino el último en cogerlo. —Negué con la cabeza mirando a los demás.

Escuché cómo mi hermana le contaba el parto, sin saltarse ningún asqueroso detalle, a las chicas. Yo hice oídos sordos para no enterarme, me bastaba con saber que todo había salido perfectamente.

—Lo cierto, Anzor, es que es tan feo como tú. Espero que cambie, si no lo tiene claro... —me burlé de mi cuñado, pero la mirada amenazante de mi hermana mayor fue suficiente para que no comentase nada más.

—Babette, ¿por qué no lo coges tú un rato? Antes de que mi niño corra peligro de ser tan capullo como su padrino. —Ella sonrió, se acercó y me arrebató a Lesta de los brazos.

—No hagas caso a ninguno, serás más guapo que tu padre y menos capullo que tu padrino. Tu mamá se encargará de ello —lo dijo mirando al bebé con una sonrisa.

Se veía adorable con él en brazos. Me quedé embobado observándolos, pensando que no me importaría que en el futuro meciera así a nuestro hijo. La verdad, me encantaría.

—Eso seguro, será mejor que cualquiera de ellos —aseguró Kalina mientras todos se reían.

Dabria

Estar de nuevo en los brazos de Miki solo incrementaba mis dudas, nublabla mi mente más de lo que ya estaba. Necesitaba estar sola en mi apartamento, alejada del calor de su cuerpo, del placer de sus manos y de la ternura de sus besos.

Habíamos cenado todos en el hospital: los que ya estábamos, los Korsakov, que se unieron, y algunos familiares de Anzor. Lo cierto era que parecía una sentada más que una habitación de hospital, gracias que esta era lo suficiente grande para dar cabida a todos. Los médicos y enfermeras no pusieron objeción alguna en el comportamiento de la familia Korsakov.

Miki me llevó de vuelta a su casa, no se molestó en preguntar y a mí no se me ocurría excusa alguna para reprochar. Su cercanía no le hacía bien a mi yo interior, pero para mi trabajo era lo mejor, iba ascendiendo en la escala. Pronto no tendría barrera alguna. Serían míos. Pensarlo no me provocaba la gratificante sensación que esperaba.

Cerré los ojos y me dejé abrazar por el hombre que acababa de hacerme el amor con exquisita ternura, sin saber que estaba enamorándose perdidamente de la persona que lo único que quería era destrozar su vida.

—Vamos, Miki. —Lo zarandé para que se despertase. Que fuera impuntual no quería decir que tuviera que perderme la primera clase.

—Eeemm. —Entreabrió los ojos—. ¿Qué ocurre, pequeña?

—En una hora tengo clase. Tengo que pasar por mi apartamento, vestirme y coger las cosas para ir al gimnasio luego. Y desayunar, no tengo energía si no desayuno.

—Vamos a ducharnos entonces. —Me miró con picardía.

—Rotundamente no. Si me meto contigo en esa ducha no llegaré ni al trabajo. —Escapé de sus garras, Miki me perseguía divertido alrededor de la cama.

—Te la advierto, Mikhail —lo señalé con el dedo índice—, aléjate de mí.

—Solo quiero un beso de buenos días —protestó juguetón.

Salté por encima de la cama y me atrapó entre sus brazos, se lanzó sobre mi boca antes de que pudiera protestar, presionó con su lengua de forma insistente hasta que finalmente cedí y lo dejé entrar.

En menos de dos minutos el ambiente se cargó, nuestros besos se volvieron ansiosos, duros y posesivos. Lo empujé sobre la cama, cayó de espaldas con una sonrisa de satisfacción y una mirada oscura, pero en vez de tumbarme sobre él escapé a correr y me encerré en el baño.

—Abre, pequeña, no puedes dejarme así. —Golpeó la puerta.

—Claro que puedo, y por tu bien yo estaría listo cuando salga.

—No puedo si no me dejas entrar en mi baño —protestó.

—Utiliza otro, ¿eso no es un problema! —le grité frotando el pelo.

—Estaré aquí para llevarte al gimnasio —me dijo antes de bajarme del coche.

—No te preocupes, iré yo —lo contradije.

—Pero quiero hacerlo, no tienes por qué...

—No eres mi chófer, Miki. —Nos miramos a los ojos, ninguno apartaba la mirada, una batalla que no estaba dispuesta a perder—. Además, tendrás trabajo que hacer.

—Tengo tiempo para hacer ambas cosas. —Me acarició la mano. Ese gesto me indicó que le estaba costando ceder, que realmente quería hacerlo.

—Lo sé, pero debemos ir despacio si queremos que salga bien. —Posé mi mano sobre su mejilla—. Quiero que salga bien.

—Yo también, pero no alejándome de ti. —Me besó con tanta ternura que me separé.

—¿Podemos cenar juntos? Si te parece bien —le pregunté todavía demasiado cerca.

—¿Te recojo en el gimnasio o vienes para el Baltika con las chicas?

—Iré con las chicas, pero tarde, hoy empezamos a ensayar con Iskander para la gala.

—Eres una chica demasiado ocupada. —Pude notar su disgusto oculto en la frase.

Sonreí y lo besé. Unas horas con la mente ocupada en otras cosas me iría bien, eso pensaba; sin embargo, las horas pasaban y sentía un vacío en el estómago. Cuando me preguntaba la causa, la preciosa cara de Miki aparecía en mi mente y mi cuerpo temblaba al pensar en las noches pasadas.

Mi enfado crecía por momentos. Maldije en su contra repetidas veces hasta que noté humo salir por mis orejas.

«La culpa es mía. La culpa es mía. ¡Maldita sea! La culpa es toda mía».

Barajé distintas teorías: Miki era el único, el chico de la discoteca no contaba, con el que me había acostado desde que había llegado a Rusia. La falta de sexo debía ser el problema, pero no encontraba una solución. No podía acostarme con nadie que no fuera él, si se llegase a enterar la misión estaría perdida, nada más ni nada menos que por un polvo. Qué vergonzoso.

Otra teoría era que me metía demasiado en el papel, llegando a confundir los sentimientos de Babette con los míos, al fin y al cabo, no era más que un ser ficticio. A eso tampoco le veía una posible solución, puesto que debía interpretar mi papel de la mejor manera. Como si me jugara un Oscar, vamos. La última era que quizá sintiera algo por él. Decidí no pensar en ella, sería un grave problema. Cambié de teoría unas diez veces a lo largo del día.

En el gimnasio mi mente se despejó un poco, me concentré en las clases, sobre todo en la última, la extra. Mi esfuerzo debía ser el doble para enseñar a bailar pasos de una danza que muchos de ellos eran innatos.

Polina y su grupito no ayudaban a amenizar la clase, las hermanas de Borak tampoco se mostraron muy amables. En fin, me quedé con las que ya tenía, el resto se convirtieron en mis enemigas, declarándome la guerra cuando Miki me había elegido. Tener a Iskander observando ayudó a que las arpías escondiesen sus uñas, pero él no estaría allí todos los días.

Al finalizar estaba exhausta, más cansada de lo habitual. La culpa era mía, por esforzarme en no pensar en lo que no debía, lo que me llevaba a agotarme física y psicológicamente.

Respecto a mi cita con Iskander, la había anulado, al siguiente día tendría que ir tomar las medidas y saber el color que me correspondería. Tuvo un compromiso que no había podido cancelar, así que habíamos quedado para

comer.

Avisé a Miki de que iría con las chicas para el Baltika.

—No te preocupes, Babette —dijo Laryssa—. Te tienen envidia.

—Puede, pero no necesito que un grupo de zorras me odie. Me sacarían los ojos con gusto.

—Que no te quepa la menor duda. Pero no lo harán, tienen miedo —añadió Nitca.

—Por supuesto, me siento en ventaja contra más de seis tías —respondí con sarcasmo.

—No de ti, de Miki. Las mataría si te tocaran un solo pelo —explicó Galina intentado sonreír.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo pensando en cuán verdad podían tener esas palabras, la expresión de Laryssa y Nitca me dijo que el significado era literal.

Sabía que a Galina le dolía verme con él, apreciaba mucho su esfuerzo por llevarse bien conmigo. Pese a ver alejada cualquier mínima posibilidad que pudiese tener, no me miraba con odio, más bien parecía resignada. No sabía si yo misma sería capaz.

Los chicos estaban en los asientos del fondo. Como siempre, teníamos que cruzar el abarrotado local hasta su posición. Todos estaban sentados, charlando. Me alegró ver a Aleksei, hacía días que no lo veía.

Miki me guiñó un ojo cuando me vio. Pasé por delante de Zoria y me senté entre ambos.

Apenas me dio tiempo a posar el culo en el asiento cuando me rodeó con un brazo y me plantó un beso, lo estaba tomando por costumbre. No dejé que se alargase, no me gustaba ser el centro de atención, y sabía que todos nos estaban mirando.

—Vaya mierda de beso, después de todo el día sin verme. —Habló bajo, lo justo para que solo yo lo escuchase.

—No es el momento —respondí antes de darle un trago a su cerveza.

—¿Tienes vergüenza, pequeña? —Me pegó más a él.

—Pues sí —respondí revolviéndome nerviosa.

Aleksei estaba extraño, Miki y él apenas se hablaban. Intenté mantener una conversación con él, pero no parecía cómodo bajo la fría mirada de Miki, la mayor parte del tiempo lo pasó hablando con Murik y Venyamin, que era a los que tenía al lado. Allí pasaba algo. Aleksei empezaba a ser un buen amigo,

necesitaba saber qué había cambiado.

Ya en el coche, le pregunté:

—Miki, ¿qué te pasa con Aleksei?

Sus manos se pusieron blancas por la fuerza con la que agarraba el volante.

—Nada, pequeña —contestó con la vista fija en la carretera.

—No soy idiota, apenas habéis cruzado palabra y no me ha hablado como siempre —dije pensativa.

—Cosas tuyas. —Intentó restarle importancia.

—Mañana hablaré con él.

—¿Qué te pasa?, ¿qué te importa a ti lo que le ocurra a Aleksei?

—¿Te estás escuchando? Es tu amigo, y el mío, o eso creía. Te comportas como un imbécil.

—Un mal día lo tiene cualquiera, no es necesario que lo agobies. —Su tono de voz fue duro y más alto de lo normal.

—¿Que no lo agobie? Vaya excusa de mierda. Puedes decir que no quieres contármelo, pero mentir... ¡Vamos, Miki, no seas crío!

—¿Te gusta, acaso? Por eso no paras de insistir, ¿lo prefieres a él?

—Me parece increíble, estás celoso de tu propio amigo. Para que te enteres, también son mis amigos. Aleksei fue con el que más confianza tuve desde el primer momento, pero simplemente es eso, mi amigo. En cambio, no sé si tú puedes decir lo mismo. —Abrí la puerta del coche, pero antes de salir, me detuvo.

—Espera —dijo confuso.

—No quiero seguir discutiendo. —Mi tono seco y tajante fue suficiente para que no saliera detrás de mí.

Me cambié de ropa rápidamente. Un pijama rosa bebé de algodón, pantalón y camiseta de manga larga, grande y floja, como a mí me gustaban. Finalizar el día discutiendo con Miki era lo último que me esperaba.

El timbre comenzó a sonar.

—¿Quién es?! —grité caminando hacia la puerta.

—Miki.

—¿Qué quieres? —Entreabrí.

—¿No me vas a dejar pasar? —preguntó con una sonrisa de lado. No funcionaría conmigo, por muy *sexy* que fuera.

—No. Habla, ¿qué quieres? —Me crucé de brazos.

—Lo siento. Por haberte gritado.

—¿Nada más?

—Por haberte mentido y por mi actitud celosa. Puedo explicarlo. Lo miré fijamente unos segundos, dudando. Finalmente me aparté.

—Pasa. ¿Quieres un café, ¿té?

—Prefiero algo de comer.

—Coge lo que quieras. —Señalé la cocina.

Empezó su búsqueda en la nevera y alacenas. Me pasó pan, queso y un paquete de magdalenas para él seguir cargándose.

—Te espero en la sala. —Negué con la cabeza. No podía ser que estuviese allí como si no hubiera pasado nada, atacando mi nevera como el monstruo de las galletas, con esa sonrisa tan *sexy* y esa mirada tan dulce—. Vamos a cenar, pequeña. ¿Qué quieres? —Señaló la pequeña mesa de la sala abarrotada de cosas.

—No tengo mucha hambre.

Era cierto, un día duro.

—Entonces una magdalena te sentará estupendamente. —Me acercó el paquete y se sentó a mi lado.

Encendí la tele, pero la dejé en silencio, Miki estaba ocupado haciendo un bocadillo de queso.

—¿Y bien? —pregunté impaciente.

—No me gusta que me dejen con la palabra en la boca, de hecho, lo odio. Pensé en correr detrás de ti o marcharme para casa. Me alegra haber esperado un rato para que a ambos se nos fuera el enfado.

—A mí no se me ha ido el enfado, Mikhail. Te has portado como un crío, te lo repito.

—Aleksei y yo discutimos hace unos días, quiere algo que es mío.

—¿De qué hablas?

—De ti, te quiere a ti, y tú eres mía. —Me miró de reojo mientras masticaba.

—Él nunca ha intentado nada conmigo.

—No, ni lo hará, es un buen amigo. No es un secreto que siente algo por ti, pero no se interpondrá entre nosotros.

—Yo... —No sabía que decir. Lo sospechaba, pero escucharlo de la boca de su amigo, y mi novio, no era lo que quería.

—No es tu culpa. Aleksei cree que te haré daño, por eso discutimos. No cree que sea bueno para ti.

—No quiero que discutáis por mí.

Era cierto, me sentía como una fulana entre los dos.

—No lo haremos, lo quiero como a un hermano. Me duele que estemos distanciados. Danos tiempo y pronto estaremos igual de unidos que siempre.

—Lo siento.

—No estoy celoso, bueno, en el momento sí. Aunque en realidad mi enfado ha sido porque me siento como una mierda por muchas cosas. No estoy acostumbrado a reñir con ninguno de ellos, menos por una tía. No soporto su mirada de rencor al vernos juntos. Si a eso le juntas tu insistencia en el tema, fue como una bomba.

—Que explotó, por lo que veo. —Le sonreí—. No me gusta ser la causa de vuestro distanciamiento; sin embargo, siendo egoísta, no quiero que te alejes de mí.

—No quiero hacerlo. No puedo —dijo pensativo—. Lo entenderá.

—Me gustaría hablar con él. —Lo miré fijamente.

—Mientras vuelvas a mí, me vale.

Me sonrió de forma demasiado dulce.

—Confía en mí, Miki. —Me acerqué y me acurruqué en sus brazos.

—Vamos a dormir, mi pequeña. —Me besó en la frente y se incorporó conmigo en brazos.

Hicimos el amor hasta quedarnos dormimos en una enredadera de piernas, brazos y sábanas.

Me costó apartar a Miki para salir de la cama, debía hacerlo con cuidado de no despertarlo. Tenía el tiempo justo para arreglarme antes de las clases, si se desvelaba no me daría tiempo ni de ducharme, y quería desayunar.

Una vez vestida me puse a hacer café. Ahora sí había llegado la hora.

—Miki. —Lo zarandeeé lo suficientemente fuerte para despertar a un oso—. Miki. —Probé a golpearlo con la almohada.

Antes de que le gritase, abrió los ojos y a la velocidad de la luz tiró de mí hasta que caí encima de él.

—¿Querías dejarme sordo?, ¿no ha sido suficiente con golpearme?

—Veo que tienes ganas de jugar. Qué pena, yo no.

—Ya lo veremos. —Se removió hasta quedar encima de mí.

Comenzó a hacerme cosquillas sin piedad, pataleé y chillé como una niña hasta que se cansó y me soltó. Esperó a que mi respiración se acompasase para besarme.

—Vamos, acabo de preparar café.

—Supongo que no puedo competir con eso. —Se levantó y comenzó a vestirse—. ¿Te recojo para comer? —me preguntó antes de que bajase del coche.

—He quedado con Iskander. Podemos vernos después, para el café —respondí con una sonrisa.

—¿Cómo te vas? —preguntó más serio.

—Me las arreglaré. —Le di un beso para despedirme de él.

—Llámame para saber dónde estás. Ten cuidado, pequeña.

—Siempre lo tengo. —Le guiñé un ojo.

Con la capucha del abrigo puesta y una enorme bufanda enredada hasta la nariz, recorrí el pequeño trecho que me separaba de la facultad.

—Buenos días, David. —Empecé a quitarme ropa de encima, bajo la atenta mirada de mi amigo que me observaba desde su silla.

—Joder, Babette, tienes más capas que una cebolla —se burló.

—¿Qué tal el fin de semana? —Ignoré su comparación de mi persona con una planta.

—Supongo que bien. Por las noches me emborraché y por el día dormí lo suficiente para volver a emborracharme.

—En fin, que has pasado tres días seminconsciente.

No pudimos seguir hablando, el profesor entró explicando el nuevo tema.

Al acabar las clases cogí un taxi. En menos de diez minutos llegué al local donde el sonriente diseñador me esperaba en una mesa.

—Espero que no te importe —dijo señalando el local—. Tengo debilidad por nuestra comida.

El restaurante era de comida árabe. Me llamó la atención que fuese una pequeña tasca y no un lujoso restaurante. Iskander pidió el típico Shawarma con una enorme sonrisa en los labios.

—Espero que esté bueno, es mi comida favorita.

Yo me decanté por el Tabule, mi abuela solía hacérmelo. Desde que murió, las veces que lo había comido las contaba con los dedos de la mano. Iskander usaba su lengua para comunicarse conmigo, decía que con pocas personas tenía ese placer y que debía aprovechar mientras estuviésemos solos. Resultó ser una persona agradable, bastante humilde, cosa que me agradó a la vez que me llamó la atención.

—Bueno, he estado pensando y apenas os conozco a ninguna lo suficiente para otorgaros un color, seguramente me equivoque en la mayoría. Simplemente me dejo guiar por mi instinto e imaginación.

—Sorpréndeme, entonces —lo animé.

—Dorado: calidez, sensualidad y elegancia. Pocas personas podrían vestir tal color sin estropearlo, resaltará el tono y la textura de tu piel, haciéndote brillar con luz propia.

—¿Dorado? Dudo que me transforme en una estrella. —Hice una mueca de disgusto, no era de mis colores favoritos.

—Sí, un dorado arena, claro, no color oro. Estarás preciosa.

—Si tú lo dices... —Iskander soltó una carcajada—. Eres el sabio en esto.

Mientras esperaba a que Miki viniese a recogerme, llamé a Aleksei, necesitaba hablar con él. Se mostró reacio a quedar conmigo a solas, pero finalmente accedió a cenar. Quedamos en un restaurante cerca del gimnasio.

Una parte hecha, la otra sería decírselo a Miki.

Convencí a Miki para comprarle un regalo a su ahijado, no podía volver a visitarlo con las manos vacías, sería una grosería.

—En serio, pequeña, no tienes que comprarle nada —insistió.

—Lo dices porque no quieres acompañarme —lo regañé.

—Créeme, tendrá más regalos que espacio para ponerlos.

—Pues quédate en el coche si no quieres venir.

Me siguió, bufando.

No era de gran ayuda, todo le parecía bien, todo le gustaba, cualquier cosa era la mejor que le iban a regalar. Al final entré en una tienda de mantas hechas a mano. Le pregunté a la dependienta si podía hacer una como la del escaparate con el nombre del bebé.

—Claro, señorita, pero tardará unos días.

—¿Cree que pueda tenerla para el fin de semana? Le pagaré lo doble si consigue que el viernes esté lista.

¡Vaya! Parecía Mikhail, usando el dinero para conseguir lo que quería. Hice una mueca de disgusto. Él se dio cuenta y negó con la cabeza mientras aguantaba la risa.

—Haré lo posible —respondió con una sonrisa.

—Muchas gracias. Le dejaré mi número para que me avise tan pronto esté.

—Le pagaré el doble —se burló Miki, imitándome—. ¿Quién es la caprichosa ahora?

—Déjame en paz, Mikhail, esto es diferente. No puedo llegar a visitar a mi cuñada sin un regalo.

Le gustaron mis últimas palabras, un punto para mí.

—Por eso mismo, no tienes la obligación de comprarle nada a tu cuñada —respondió, recalcando las últimas dos palabras.

—Quiero hacerlo. ¿Tú le has comprado algo?

—Claro que sí, ¿por quién me tomas?

—Venga, vamos, algunos tenemos que trabajar. —Tiré de su mano escaleras abajo, hacia el *parking* subterráneo.

—Yo trabajo, solo que con mayor flexibilidad de horario.

—Miki, he llamado a Aleksei. —Cambié de tema radicalmente, pero empezando despacio, para que fuese masticando mis palabras.

—¿Y?

—Hemos quedado para cenar.

—¿No podías hablar con él por teléfono?

—No seas ridículo.

—Está bien —aceptó—. ¿Vendrás a dormir conmigo?

—Es mejor que no, te cansarás de mí si seguimos así. —Sonreí.

—No lo creo.

—Ambos tenemos una vida aparte de nosotros. —Miki arrugó los ojos de forma pensativa—. Tú tienes un trabajo y yo otro, aparte de una beca que mantener.

—Está bien, está bien. —Aparcó en la puerta del gimnasio—. No pongas más excusas, pero mañana no hagas planes.

Nos despedimos con un beso que me hizo temblar hasta la médula espinal. Me obligué a separarme de él antes de que lo invitase al vestuario.

«En serio, Dabria, ¿podrías pensar en otra cosa que no fuera Miki entre tus piernas?», me pregunté mientras me adentraba en el gimnasio. De repente, unas voces me hicieron volver al presente:

—¿Qué nos vas a enseñar hoy, zorrita?

—¿Es así como embrujaste a Miki?, ¿bailando como una furcia?

—Es porque eres la novedad, no te creas especial. Que Miki te folle es normal, lo hace con todas.

Una de las voces correspondía a Polina, que me miraba con superioridad. Las tres chicas a su lado hicieron lo mismo, tocando su lisa y larga melena. Una cosa era que coqueteasen con Miki, y otra diferente que me insultasen a mí directamente.

—Desde hace unos días soy yo la que se acuesta y se levanta en su cama, a quien abraza cada noche después de hacer el amor y a quien besa cada mañana.

—Eres una mentirosa, eso no es cierto, no eres más que una puta con la que tiene sexo.

—Debo hacerlo muy bien, entonces. —Me encogí de hombros—. Ahora, vamos a empezar, y esforzaos, queda poco tiempo.

No me gustaba alardear, pero había una diferencia clara entre ellas y yo y quería que la supieran.

Al acabar la clase me despedí de las chicas. Se miraron unas a otras cuando le dije que había quedado con Aleksei, pero no hicieron ningún comentario. Estaba segura de que ellas sabían la razón del enfado de esos dos.

Caminé hasta el bar donde había quedado con él, una pizzería cerca del gimnasio. Al verme, Aleksei bajó del coche y entramos deprisa al calor del local.

—No soporto este frío, y eso que acaba de empezar —me quejé con una sonrisa.

—Pues lo llevas claro, Babette.

Seguía igual de amable que siempre, aunque más cortés, como si hubiera perdido la confianza que me tenía.

—Sé que Miki y tú habéis discutido, me gustaría saber por qué.

—¿No te lo ha contado él?

—Sí, pero quiero que me lo cuentes tú, que me digas por qué has cambiado de actitud conmigo.

—Ahora eres su novia —dijo como si eso lo explicara todo.

—Tú sigues siendo mi amigo, el mejor que tengo aquí. —Junto con Borak, pero eso me lo guardé para mí.

—Babette, yo..., desde que llegaste sentí algo más que amistad por ti.

—No lo sabía —mentí.

—Nunca te lo dije porque Miki se mostró interesado en ti desde el primer momento, y bueno..., no tardasteis en acostaros. Me pareció innecesario decirlo. Supe que me quedaba fuera de combate.

—Sabes que te quiero, Aleksei, pero no de esa forma.

—¿Y a Miki?, ¿lo quieres de esa forma?

—Es pronto para ponerle nombre a lo que siento por él.

—Lo elegiste a él, lo sé.

—¿Por qué habéis discutido? Miki está furioso y triste, si te sirve de algo.

—¿Cómo crees que estoy yo? Enamorarme de la novia de mi mejor amigo no estaba en mis planes. Al principio me enfadé con Miki, por egoísta. Él podía tener a quien quisiera y se empeñó en tenerte a ti. Se lo reproché, lo insulté. Lo cierto es que pensé que te haría daño, que después de acostaros unas cuantas veces se cansaría de ti. Me equivoqué. Al verlo estos días me he dado cuenta de que contigo es diferente. Se ha enamorado de ti.

—Es pronto para eso.

Aleksei negó con la cabeza.

—Lo conozco, Babette, nunca lo había visto así. Cuando te ve es como si todo lo demás dejase de existir. El aura que lo rodea estando a tu lado es de paz y tranquilidad. Así que ahora estoy enfadado por estar enamorado de la misma mujer que él.

—Lo siento, de verdad. Encontrarás a alguien que te quiera como te mereces.

Consejo cliché, lo sabía.

—Estoy intentando olvidarte, créeme que lo intento cada día más que el anterior.

—¿Miki sabía lo que sentías por mí?

—No, yo se lo dije. De todas formas, no hubiese podido evitar sentir lo que siento por ti. En este caso debo ser yo quien te olvide. No pienso ser el condón en vuestra relación. Eso sí, si te hace daño, lo mataré. —Se rio para relajarnos a ambos.

—Me gustaría que las cosas fueran como antes, sobre todo entre Miki y tú. Ninguna mujer es lo suficientemente buena para interponerse entre vosotros.

—Os quiero a ambos, demasiado. Dadme unos días para asimilarlo.

—No te presionaré —dije levantando las manos en señal de paz—. Pero tampoco te puedes librar de mí. —Elevé las cejas arriba y abajo rápidamente.

40

—Pequeña, despierta. —Miki acarició mi cabello suavemente.

—¿Qué hora es?

—Temprano, pero mi hermana me ha dicho que vendrá por ti ella misma si no bajas en cinco minutos a desayunar.

—¿Kalina está aquí? No puede ser —dije tapándome la cara con las mantas.

El mes había pasado más rápido de lo que esperaba, el tiempo se nos había quedado corto. A la semana de dar a luz, Kalina ya estaba revoloteando entre todas para comprobar que todo iba perfectamente. Me gustaba. Era muy profesional y perfeccionista, eso sí, demasiado exigente. Supongo que nos parecíamos.

Mi relación con Miki iba cada vez mejor. Intentaba separar los sentimientos, verla como una relación profesional, y para ello me repetía unas cien veces al día que no era más que trabajo, gajes del oficio. Procuraba no dormir con él más de tres veces a la semana, lo que me resultaba complicado, era muy insistente y yo no era de piedra.

—Me merezco unos días de vacaciones después de esto.

Me puse un chándal y las zapatillas, más tarde subiría a ducharme.

—Deséame suerte. —Le di un beso y salí de la habitación atando mi pelo en una coleta.

Después, bajé y me enfrenté a mi duro día.

—Buenos días —saludé al entrar en la cocina. Dara y Kalina estaban ya a la mesa, mientras que Laryssa llegaba poco después de mí.

—¿Todavía estáis así? —preguntó Kalina sin dejar de mirar su móvil.

—Teniendo en cuenta que nos has dado menos de cinco minutos, yo agradecería que no bajásemos en bragas —le contestó su hermana.

—Sentaos, no hay tiempo que perder —nos ordenó sin mirarnos a ninguna.

—¿Qué queréis desayunar? —preguntó Dara con una sonrisa.

—Café —contestamos ambas al unísono.

Mientras tomábamos un desayuno bien completo, mi cuñada no paraba de hablar. Preguntaba si teníamos alguna duda, si creíamos que la decoración era la adecuada, que esperaba recaudar un veinte por ciento más que el año anterior, si estábamos contentas con nuestros vestidos...

A las doce nos fuimos para el hotel donde sería la gala, ahí empezarían a prepararnos. Para algunas el mejor momento del día, para mi largas e interminables horas perdidas.

La decoración del hotel era increíble. Kalina había hecho un trabajo realmente espectacular. Las cortinas eran de un llamativo color burdeos, a juego con los manteles y los grandes lazos de las sillas. Tanto de las paredes del recibidor como de la gran sala donde se realizaría la subasta colgaban enormes cuadros con fotos nuestras, de las veinte debutantes. El escenario de la foto era el mismo, el fondo parecía de una casa de madera, donde la chica estaba sentada en el centro de la habitación sobre una mullida alfombra burdeos, rodeada de una manta de pelo, en mi caso de color champán, colocada estratégicamente para cubrir las partes del cuerpo necesarias para que resultase altamente sensual y nada pornográfica.

Las sesiones de fotos me habían encantado. Pensé que no, pero lo había disfrutado como una enana en un parque de bolas. A cada invitado se le daría un pequeño álbum con fotos nuestras, tanto solas como en grupo, pero ninguna de los vestidos que íbamos a lucir. Lo hacían como presentación y recuerdo de la gala.

El primer traje era el típico para bailar la danza oriental. Cada uno en su color, pero compuestos por las mismas piezas: *top*, falda y el pañuelo atado a la cadera.

—¿No estás nerviosa? —me preguntó Galina.

—No, y tú tampoco deberías, no es la primera vez que lo haces.

La relación con Galina había ido mejorando notablemente durante aquel periodo. Al principio me odiaba, pero con el tiempo se fue transformando en cariño.

—Nunca he bailado —dijo cambiando de nuevo el peso de la pierna.

—Lo harás genial. —Le sonreí para tranquilizarla.

La verdad era que Galina resultó ser una de las mejores.

—¿Estáis listas? En cinco minutos Kalina empezará a presentaros —nos lo preguntó una chica cuyo nombre no recordaba.

Miki

Me quedé de piedra cuando vi las fotos que adornaban el local. De todas las chicas, mis ojos solo se habían clavado en una. Por mucho que la mirase nunca dejaría de asombrarme. Me tiré de la corbata, siempre estaba

demasiado apretada.

Al girarme, vi cómo el resto de los hombres miraban las fotos, a mi pequeña, puede que también a las demás, pero no lo creía, su belleza eclipsaba a cualquier otra. Su perfección la convertía en esa clase de persona de la que no puedes apartar la vista. Tomé una copa de la mesa y le di un gran trago, lo iba a necesitar.

—¡Vaya sorpresa! —dijo Zoria más alto de lo debido sin despegar la vista del escenario—. Ahí tenéis a vuestras chicas.

Levanté la cabeza y vi cómo salían en fila, cada una de un color, vestidas de la misma manera. Se colocaron en dos filas y comenzaron a moverse al ritmo de la música oriental.

Observé la sala, todos tenían la vista fija en las chicas, que formaron un círculo, y cuando escuchaban su nombre se acercaban al centro para presentarse. La gente irrumpió en aplausos. Iskander parecía encantado con sus protegidas, a quienes sonreía abiertamente antes de echarlas del escenario para que fuesen a cambiarse.

—Buenas noches, señoras y señores, chicos y chicas —saludó Kalina, que estaba de pie junto al diseñador con un micrófono en la mano—. Tengo el honor de presentarles a uno de los mejores diseñadores del mundo, así como a una de las mejores personas, Iskander Murab.

—Lo cierto es que Kalina es amiga mía, por eso exagera —dijo el árabe.

—No lo crean, de modesto no tiene un pelo.

Iskander posó una mano sobre el corazón con gesto ofendido.

—Bueno, me gustaría agradecerlos a todos ustedes que hayan venido —continuó mi hermana—. También a las veinte chicas que durante un mes han trabajado duramente para ser las mejores debutantes que hayáis visto.

Tras otra ola de aplausos Iskander tomó la palabra:

—A mí me gustaría agradecerles personalmente a mis protegidas por el baile de bienvenida, especialmente a la profesora que las ha guiado para que fuese posible, y también mi querida amiga, aquí presente, se merece un fuerte aplauso. Todos sabemos que es exigente, pero gracias a ella todo esto —dijo abarcando el lugar con las manos— es posible.

—Ahora no os entretenemos más —tomó la palabra Kalina—. Las chicas ya están listas para su primer desfile.

Kalina e Iskander tomaron asiento al fondo del escenario. Una voz de hombre irrumpió en el local, alta y clara. Las chicas salieron una a una y

esperaron pacientemente a que pujasen por el vestido que llevaban hasta que la pieza fuese adjudicada. La voz cantante explicaba la calidad, tejido y hechura del vestido.

La puja siempre empezaba en veinte millones de rublos, cantidad insignificante para las ricas y avariciosas mujeres de la alta sociedad, lo que no sabían era que a ellas no le sentaría igual el vestido.

—Dudo mucho que la señora Steklova pueda ponerse ese vestido — comentó Aleksei mirando cómo le adjudicaban el precioso vestido azul que llevaba Laryssa a una señora mayor y con demasiados quilos para poder lucirlo.

Se me ocurrió una idea. Me acerqué a la señora Steklova, era una gran amiga de la familia, nos quería a todos como nietos. No tendría problema en hacerme un pequeño favor.

—Señora Steklova, está preciosa esta noche. —Le besé la arrugada mejilla.

—Oh, Mikhail, que alegría verte. Tú siempre tan galante. —Me agarró la mano con cariño.

—Espero que esté disfrutando.

—Como una niña. ¿Y tú? ¿Qué te parece la gala? Las chicas son magníficas, ¿verdad?

—Lo son, una en especial me vuelve loco —admití una octava más bajo, para que solo ella pudiera escucharme.

—¿No me digas?, ¿quién es la afortunada? —preguntó curiosa.

—Quería pedirle un favor —le dije evadiendo su pregunta.

—Claro, hijo, ¿de qué se trata?

—Quiero que compre todos los vestidos que lleve puestos la chica. —Ella me miró confusa—. Yo no puedo pujar por ellos, y me encantaría regalárselos.

—Es un gran detalle por tu parte, Mikhail.

—¿Lo hará?

—Pues claro, hijo, dime, ¿de quién se trata?

—La chica mulata, Babette. ¿No cree usted que es una belleza?

—Sin duda, es la chica más hermosa que mis viejos ojos han visto. ¿Llegará tu interés a verte pujar este año?

—Seguramente, señora Steklova. —Le guiñé un ojo—. No soportaría verla con otro.

Era cierto, no soportaría ver a mi pequeña en los brazos de otro. Sin

embargo, Kalina y mi madre me habían dejado bien claro que no podía hacerlo.

¿Desde cuándo cumplía yo las reglas?

A nadie le extrañó que la señora Steklova se llevara los tres vestidos que lucía mi pequeña, la anciana siempre había tenido caprichos exquisitos, por lo que la gente pensaría que cuanto más vieja, más chalada. Tener tanto dinero muchas veces causaba locura. Uno de los vestidos me salió especialmente caro, pero no me importó, eran de ella, no quería verlos en otro cuerpo que no fuera el suyo.

La subasta final se acercaba y los chicos empezaron a bromear. ¿Quién sería la ganadora de ese año? Algo me decía que no me iba a gustar, y eso solo podía significar una cosa.

—El momento más esperado ya está aquí. Nuestras preciosas chicas están detrás de esa cortina —señaló Kalina al fondo del escenario—, ansiosas por salir.

Gritos y silbidos irrumpieron en la sala.

—Supongo que ya sabéis cómo se lleva a cabo la elección de la ganadora, aun así, os lo recordaré: Todos debéis escribir el nombre o el color de la chica que más os haya gustado y, al acabar este último desfile, pasaremos a recoger los votos. Por supuesto, cada voto es secreto e individual. —Kalina sonrió.

—El último modelo de mis niñas —dijo Iskander situado al lado de mi hermana— consiste en un conjunto de lencería...

Dejé de escuchar las palabras del diseñador para fijar mi mirada en las chicas que comenzaban a salir, todas ellas en ropa interior de diferentes colores, formas y estilos. Enseñando lo que siempre me había gustado ver y lo que ahora mismo odiaba que mirasen. Mi pequeña acaparaba toda mi atención, su conjunto era de un dorado tan claro como el champán al verterse en una copa. Constaba de un sujetador corsé hasta la cintura, poco por encima del ombligo, con las bragas a juego. Llevaba unas medias de liga y, a diferencia de las demás, iba descalza.

Era la más pequeña de todas, la que menos carne enseñaba, aunque para mí ya era demasiado, pero la que prometía el cuerpo más exquisito de todos. Daba la imagen de una niña inocente, tan dulce como un caramelo de fresa. Me preguntaba por qué Iskander no había querido ponerle zapatos. Lo cierto era que ella se veía más hermosa así, más natural, con sus grandes ojos verdes, su

larga melena despeinada y sus gruesos labios pintados poco más oscuros que su color de piel.

La imagen que quiso dar el diseñador de ella fue una imagen real, como él la había visto, como todos la veíamos: Una belleza tan natural y tan lejana que parecía de otro mundo. Un ángel. Mi ángel.

—¡Miki! ¡Miki! —me gritó Murik—. Venga, tenemos que votar.

—Ni se os ocurra votar por Babette.

Fijé mi mirada en cada uno de ellos.

—Hay que ser objetivos —empezó Zoria—. Ella merece ganar.

—Zoria, cambia el puto nombre si no quieres que te corte la mano —amenacé.

—Ganará igual, Miki —soltó Venyamin—. Quiero a tu hermana más que a nada en este mundo, pero todos sabemos quién ganará.

—No hay nada de malo en eso —añadió Murik, encogiéndose de hombros.

No me dio tiempo a contestar, una chica vino con una enorme bola de plástico oscuro para que introdujésemos nuestros votos en él.

Mi madre, mi tía y la madre de Borak fueron las encargadas de hacer el recuento para que no hubiese trampas. En menos de media hora, una sonriente tía Varinka se acercó a Kalina con el sobre de la ganadora en la mano.

—¿Nerviosas, chicas? —preguntó mi hermana alzando el sobre—. Veamos quién será la afortunada.

Mi hermana abrió el sobre y se lo pasó a su amigo.

—El honor es tuyo, son tus protegidas, al fin y al cabo.

—Bien, pues..., la ganadora de este año es... ¡Babette Lévesque, color dorado!

Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda.

Mi pequeña se acercó y recibió los besos de enhorabuena por parte de ambos presentadores.

—Te lo dije —se burló Venyamin sin dejar de aplaudir.

No le contesté. Los nervios se estaban apoderando de mí.

—Es tradición empezar la subasta en la cuantía del vestido más caro portado por la chica, así pues, la puja empieza en setenta y cinco millones de rublos —explicó Kalina.

—¿Quién quiere tener el honor de llevarse tal belleza? —preguntó Iskander.

—Ochenta y cinco millones —gritó un joven de una mesa del fondo.

—Noventa —añadió otro.

—Noventa y cinco.

—Cien.

—Ciento diez.

Lo que me faltaba, que se uniera Borak.

—Ciento cincuenta. —La voz fue la de Edik, un famoso jugador de fútbol. Como con Borak, nuestro odio venía desde niños.

—Ciento setenta millones —dijo el joven que había comenzado la puja, lo reconocí porque era primo de Monic.

—Ciento ochenta —dijo Borak.

—Pujad —le pedí a Zoria y Aleksei, que se miraron sin entender.

—Miki, no creo que sea... —empezó Aleksei, pero lo interrumpí. No quería sentirme peor por mandarle hacer aquello, sabiendo que aún sentía algo por ella.

—Lo haré yo —se ofreció Zoria.

Antes de que Zoria entrase en la puja, la voz de Edik se alzó por encima, dejándonos a todos perplejos.

—Doscientos millones de rublos.

El nudo de la corbata me asfixiaba, tiré del cuello de la camisa en un vano intento por aflojarlo. Agarré la mano de Zoria antes de que la levantase para ofrecer una generosa cantidad.

—No lo hagas, tampoco soportaría verla en tus brazos —le dije a modo de explicación.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes hacerlo —intervino Murik.

—Miiiiikiii —advirtió Venyamin.

No los escuché, solo escuchaba la voz de dos hombres peleándose por mi pequeña, y no iba a permitir que ninguno se la quedase.

Sabía que Babette y Borak eran amigos, demasiado buenos para mi gusto, pero llegar a ofrecer semejante cantidad de dinero por ella me hizo replantearme sus sentimientos de nuevo.

Cuando la cuantía estaba por alcanzar los trescientos cincuenta millones de rublos, estaba seguro de que ninguno quería cedérsela al otro. Antes de que Zoria, quien estaba a mi derecha, pudiera detenerme, levanté la mano y ofrecí la cantidad necesaria para borrarlos a los dos de mi vista.

—Quinientos millones.

La gente en la sala empezó a cuchichear. Borak me miraba con una sonrisa de lado mientras que Edik lo hacía con odio. Kalina y mi madre me ofrecieron una falsa sonrisa de «ya hablaremos luego», pero lo que me importaba era mi pequeña, que se mordía el labio inferior para aguantar la risa mientras con su dulce mirada me atravesaba el alma. En ese momento me di cuenta de que había hecho lo que debía. Ella era solamente mía, por muchas reglas o por muchos millones, ella era solo mía.

—Mikhail Korsakov se lleva a la chica por la increíble cantidad de quinientos millones de rublos —anunció la potente voz de alguien detrás del escenario.

Hice un asentimiento de cabeza y me giré hacia mis amigos ignorando los murmullos de los curiosos a nuestro alrededor. Zoria se reía a carcajadas, Aleksei negaba con la cabeza, Venyamin intentaba aguantar la risa y Murik me fulminaba con la mirada.

—No deberías haberlo hecho —fue el último quien me regañó—. Son las reglas.

—Nadie nos dio un papel con ellas, Murik —contesté a la defensiva.

—De todas formas, lo sabes —lo apoyó Venyamin—. La mayoría de las chicas tienen novio y no van pujando por ellas.

—No soy el novio de todas ellas. Además, nunca se me ha dado bien seguir las reglas.

—Esto es distinto —dijo Zoria—. Y tú te comportas de la misma manera posesiva y celosa que en una discoteca.

—No permitiré que nadie la toque, ni aquí, ni en una discoteca ni en ningún otro sitio.

Dabria

Miki me llevó a su casa tras acabar la fiesta. Nos metimos en la enorme bañera y después de hacer el amor, mi curiosidad pudo más.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté.

Estaba recostada sobre su pecho jugando con sus manos en el agua.

—¿El qué?

—¿Por qué has pujado por mí sabiendo cuánto significa para tu hermana y tu madre?

—Sé que para ellas significa mucho, pero no saben cuánto significas tú para mí.

—¿Qué quieres decir, exactamente?

—En caso de que alguien les recrimine algo, se recuperarán, en cambio, yo no pude siquiera imaginarte bailando con otro, no lo soportaría, ¿sabes por qué?

—¿Por qué? —Me giré para ver su rostro.

—Porque estoy enamorado de ti. Te amo, pequeña. Más que eso, te necesito, hasta tal punto que me da miedo.

—Miki, yo...

—Shhh. —Posó un dedo sobre mis labios—. No quiero escuchártelo decir como una respuesta automática, obligada a decir un «yo también». No es así como quiero que sea. Sé que me lo dirás cuando estés segura de que sientes lo mismo. —Asentí despacio y tragué con fuerza. Tiró de mí para subirme a horcajadas sobre él—. Tu lugar es conmigo, Babette —dijo besándome el cuello.

—Sé que es el único lugar donde quiero estar. —Mis palabras llevaban más verdad de lo que quería creer, pero no quería pensar en ellas—. El lugar al que pertenezco.

Temía decirle que también lo amaba, porque en el momento que saliera de mi boca sabía que no sería una mentira. Necesitaba encontrar la manera de frenar esos sentimientos que crecían en mi interior, para que esa frase no me hiciera daño.

Durante los meses siguientes podía decir que mi investigación iba sobre ruedas. Los Kovalenko y los Kostka hacían negocios a escondidas de los Korsakov, sobre todo, en lo referente al tráfico de mujeres y órganos. Había reunido las pruebas necesarias para meterlos una buena temporada en la cárcel. Las grabaciones y las fotografías que había conseguido estaban en un pendrive escondido bajo la madera del colchón de mi apartamento, aunque también había mandado una copia a casa, por si acaso.

Me apenaba que Borak se viera implicado. No lo exculpaba, pero se había convertido en uno de mis mejores amigos junto con David y Aleksei. Recordaba que cuando llegué, creía odiarlo.

Los Korsakov también podrían pasar sus vacaciones entre rejas, de hecho, podrían estar hasta el retiro. Sin embargo, todavía necesitaba averiguar la descendencia de la madre de Miki. Estaba trabajando en ello. Las dos familias estaban maquinando un plan para usurpar el puesto que le correspondería a Miki en un futuro.

Cuenta la historia que solo podría gobernar un heredero puramente ruso, y la madre de Miki era búlgara, o eso creían los Korsakov; puesto que los Kostka insistían en que no debían enterarse de quiénes eran sus verdaderos padres.

No me gustaba la mafia y mi trabajo allí era encerrar a parte de ellos, pero no era una estúpida, sabía que si no eran ellos serían otros quienes guiasen las Tres K, y no tenía dudas de que si el mando se salía de las manos de los Korsakov estábamos perdidos.

Miki solía trabajar muchas noches, no me decía adónde iba, solo que tenía que ir a alguno de los clubs o casinos. Nunca me contaba la verdad, no estaba preparado o no quería. Dudaba mucho que lo hiciera algún día.

Como cada noche que él no estaba, me acosté tarde después de escribir largos informes sobre mi investigación.

Me alegraba que hubieran empezado las vacaciones de Navidad, una pena que no se aplicasen también en el gimnasio; eso sí, las clases se reducían a la mitad y había muchos días libres.

No dejaba de pensar en Miki. Hacía tres días que habíamos discutido; no quería decir que fuera la primera vez, pero podía que la peor. Nunca habíamos

estado más de medio día sin reconciliarnos, pero esa vez ninguno daba el brazo a torcer. Motivo de la pelea: Celos. David acabó como una cuba, por lo que no había tenido más remedio que llevarlo a mi casa a pasar la noche. Miki quiso negarme mi acto de buena voluntad imponiendo su duro y frío carácter, lo que acabó mal. Gritos, reproches, celos. No me había molestado en darle una explicación, metí a David en un taxi y me fui, dejando a Miki en la acera con el rostro contraído y los puños apretados.

El ruido de alguien golpeando la puerta me sobresaltó. ¿Quién podía ser a aquellas horas?

—¿Quién es? —Miré por la mirilla al ver que nadie contestaba—. Pero ¿qué coño te ha pasado?

Miki estaba apoyado con la espalda en la pared, los ojos rojos, el labio y una ceja partidos, la camiseta llena de sangre y los nudillos rascados.

—Mi pequeña. —Se abalanzó sobre mí, rodeándome con los brazos.

—¿Qué ocurre, Miki?

—Te necesito. —Me subió con fuerza por el trasero para que rodease su cintura con las piernas.

—Miki —intenté hablar cuando empezó a besarme.

—Te necesito, por favor. —Parecía desesperado, así que me dejé guiar para que calmase al demonio que lo atormentaba—. Por favor.

—Eres mía, solo mía —murmuró pegado a mis labios—. Dímelo. —Me arrancó el pijama bruscamente—. Dime que soy el único.

No contesté, le mordí el lóbulo de su oreja, atrayéndolo más a mí. Gruñó y entró en mi interior con fuerza, haciéndome jadear.

—Nadie te hace sentir como yo, nadie te sabe tocar como yo —susurró en mi cuello envistiéndome con fuerza—. Eres mía, mía. Por favor, dilo, necesito escucharlo.

Mientras me hacía el amor con urgencia y necesidad, un instinto primitivo que nacía de lo más profundo de su alma, no algo físico, sino una necesidad, me preguntó algo que me congeló la sangre

—Prométeme que no me dejarás, que siempre serás mía.

—Siempre seré tuya.

Era la parte que podía prometer.

—Mi pequeña —dijo mirándome a los ojos mientras ambos llegamos al clímax—. Te quiero tanto...

Mierda. Las lentillas. Miki me miró extrañado cuando salió de mi interior,

pero no dijo nada. Antes de que se fijase bien, me levanté de la cama de un salto.

—Ahora te voy a curar.

Entrecerré la puerta del baño y me puse las lentillas rápidamente. Escondí la cajita en el neceser. Agradecía que los hombres no cotilleasen en las cosas de las mujeres. Antes de salir, cogí alcohol y gasas para desinfectarle la herida.

—Estás horrible. —Sonreí.

Me senté a horcajadas sobre él mientras lo curaba. Miki trazaba círculos en mi espalda con las yemas de los dedos.

—¿Sigo igual de irresistible? —preguntó curvando los labios en una media sonrisa.

—Más. —Me mordí el labio inferior sin dejar de mirarlo a los ojos, lancé la gasa a un lado y me quité la camiseta—. Me pregunto si necesitas descansar o...

Se abalanzó a por mis labios y los devoró con pasión desenfrenada. Un asalto no había sido suficiente.

—A ti, nada necesito más.

Miki

La pegué más a mi cuerpo y suspiré. Tenerla entre mis brazos era la sensación más placentera que había experimentado en años.

Había sido una noche horrible. Después de varios tragos, Mikola y sus secuaces empezaron a joderme, a meter mierda con Babette. Me repetían que ella no me quería, que solo era una diversión, que en cuanto se enterara de lo que era me dejaría para correr a los brazos de otro. La primera parte no me importó en absoluto, no los creía, pero sí tenía miedo de que se llegase enterar de quién era realmente y me dejase. No lo soportaría, solo de pensarlo entré en pánico. Fue razón suficiente para que acabásemos a golpes y me presentase en su puerta con el único propósito de hacerla mía.

Ni explicaciones, ni reproches ni gritos. Simplemente me ayudó a aliviar mi pesar. Eso era lo que la hacía tan especial, lo que hacía que la amase. Sabía lo que necesitaba, cómo lo necesitaba y cuándo lo necesitaba sin necesidad de palabras.

Le acaricié el pelo mientras dormía, era fascinante. Creía que se merecía un regalo y sabía exactamente cuál sería. Verle la cara de gozo cuando le

dejase probar mi Lamborghini sería más gratificante que todo el oro del mundo.

—Miki —susurró abriendo los ojos.

—Dime, mi vida.

—Estoy enamorada de ti.

Y fue así como mi corazón dio un giro de ciento ochenta grados, como millones de mariposas bailaron en mi estómago y mi alma se llenó de ternura, amor y adoración por la mujer que tenía entre mis brazos.

Dabria

—Mi pequeña.

Se rascó la nuca en gesto nervioso.

—¿Qué ocurre, Miki? —Caminé hacia él.

—Quiero darte algo.

Me tendió una pequeña caja de terciopelo rojo, no pensaba en un anillo, no era tan pequeña.

—Miki, yo...

—Ábrelo. —Me mostró esa sonrisa de lado que me volvía loca.

Hice lo que me había dicho dejando al descubierto un precioso reloj, lo sabía por la esfera en el centro, pues pasaría perfectamente por una elegante pulsera. Pequeños cristales, apostarí por diamantes, componían la joya más bella que jamás había visto.

—Dale la vuelta.

Al hacerlo vi una inscripción en la parte trasera de la esfera:

Mi amor por ti es como el tiempo,
imparable,
eterno.

Tragué con fuerza, no sabía qué decir. Sentía el cuerpo de Miki pegado al mío, su mirada buscaba la mía.

—Desde el momento en el que empecé a quererte ya no pude parar. Estoy enamorado de ti, pequeña, desde el primer día que te vi. —Cogió el reloj de mi mano, me giró la muñeca y me lo colocó.

—Entonces eres mío —respondí copiándole sus palabras, con una sonrisa en mi rostro y acariciando su mejilla.

—Tienes suerte, soy todo un bombón.

Asintió con una ligera sonrisa y tiró de mi hacia él. Lo besé, pero me separó.

—Hay algo más. —Volvió a rascarse la nuca, nervioso.

—¿Él qué?

—Me gustaría hablar de algo.

—¿De qué?

—No te vayas. —Agachó la cabeza—. Tengo miedo, no quiero perderte

—Miki, yo... —No encontraba las palabras adecuadas—. Tú tienes tu vida aquí, yo no, Miki. Mi famil...

—Tú eres mi vida, te necesito a mi lado.

—No puedo simplemente quedarme y dejarlo todo. Mi familia, mis amigos, mis estudios.

—Podemos arreglarlo. Iremos a Francia, hablaremos con tu familia, veremos a tus amigos, pediremos un traslado definitivo en la universidad, pero quédate. Por favor.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—Babette, no puedo vivir sin ti. Me aterra que pase el tiempo, porque cada segundo que pasa estás más lejos de mí. —Su voz sonaba triste y esperanzada al mismo tiempo.

—Lo pensaré —respondí al fin—. Te prometo que lo pensaré.

Me acerqué y lo rodeé con los brazos, Miki me correspondió, me abrazó tan fuerte que apenas podía respirar; pero no me quejé, al contrario, lo apreté con la misma intensidad. Sus brazos eran mi hogar, su calor la manta más mullida y su aliento sobre mi cuello un bálsamo para mi alma.

Todo eso era tan cierto como que era un mafioso y un asesino sin escrúpulos, como que cada vez mi misión estaba más cerca y más lejos de su fin.

¿Por qué? Porque me había enamorado de él, me había enamorado de Mikhail Korsakov.

Me preguntaba si sería capaz de seguir adelante, aunque me destrozase el alma, o si destrozaría el resto por quedarme a su lado.

—Miki —esperé que fijara su mirada en mí—, sabes que te quiero.

—Entonces no te alejes de mí. —Me abrazó con fuerza—. Vamos, mi pequeña, o perderemos el avión.

Aprovechamos unos días de vacaciones para escapar a Moscú. La ciudad era preciosa, no cabía duda. Pero lo mejor fue tenerlo a mi lado durante cinco días, con sus respectivas noches, cada uno con sus tres comidas diarias, sin ningún tipo de interrupción. Solos él y yo.

Por el día visitamos la ciudad y por las noches hicimos el amor con pasión, ternura, necesidad y amor, mucho amor, quedándonos dormimos abrazados hasta altas horas de la mañana.

Durante la semana siguiente, mis dudas y nervios empeoraron

notablemente, traicionar a Miki ya no me parecía tan buena idea como antes. Más bien se sentía como traicionarme a mí misma. Eso me provocaba tan mal estar que me llevaba a vomitar.

Había acabado enamorándome de él como una idiota. Como una necia pensé poder controlar mis sentimientos, apartarlos, dejarlos a un lado. Sin embargo, ahora dudaba que alguna vez hubiera sido simplemente trabajo, desde el primer momento que lo había visto su mirada me atravesó el corazón, sus profundos ojos negros me removieron el alma.

Estaba decidido, al día siguiente le contaría la verdad. Aquel no, disfrutaría de la fiesta de disfraces, había que celebrar el carnaval.

Sabía exactamente cómo disfrazarme para disfrutar al máximo, no de la fiesta, sino de él.

Horas más tarde, delante del espejo, mi reflejo lucía exactamente como quería, como yo misma. No había mejor disfraz, aquel me iba como anillo al dedo.

Un corpiño blanco, con una larga y abollonada falda de gasa, también blanca, con mucho vuelo. De la parte posterior sobresalían unas enormes alas de plumas del mismo blanco. Todo el traje estaba adornado con diminutos brillantes que hacían exaltar más su belleza.

En el pelo me coloqué una peluca rizada, entre castaño y dorado, larga hasta mitad de la espalda, imitando mi pelo natural. Me quité las lentillas, mis ojos de un azul transparente daban el toque perfecto.

Después de tantos meses allí, por fin me sentía yo. Parecía mentira que, en el día de carnaval, que cada uno podía ser quien deseara, yo hubiera elegido ser yo misma: Dabria.

Me coloqué el reloj que Miki me había regalado y unos pequeños diamantes en las orejas que me había regalado mi suegra por Navidad. Apenas me maquillé: un poco de rímel, poca purpurina plateada alrededor de los ojos y brillo transparente sobre los labios.

Una limusina me esperaba abajo. Habíamos decidido ir cada uno por su lado para darle más intriga a la fiesta. Todos llegaríamos por separado, tanto nosotras como ellos.

Cogí la máscara de plumas a juego con mis alas y el abrigo blanco y me encaminé a la salida. El chófer no debía esperar más, pero sí lo justo para darle tiempo a los demás a llegar, en especial a Miki.

No necesité darle la dirección, trabajaba para los Korsakov, sabía adónde

debía llevarme. Me dejó frente a una gran casa de piedra. La entrada estaba adornada con una alfombra azul marino y antorchas de colores guiando el camino. Todo el interior estaba decorado con máscaras y más antorchas de diferentes colores y tamaños, las cortinas a juego con la alfombra de la entrada daban un toque siniestro y elegante a la vez.

Me encaminé por el largo pasillo y, antes de bajar las escaleras al gran salón, observé a la gente que charlaba animadamente. No tardé en encontrarlo, lucía un traje ruso estilo antiguo, parecía un verdadero zar. Pese a que llevaba una máscara cubriéndole el rostro, sabía que se trataba de él, su porte, su postura intimidante, su cuerpo alto y musculoso... Lo reconocería aunque hubiese cientos de clones suyo. En la cabeza llevaba una horrible peluca larga que me hizo reír al imaginarlo, muchos años atrás, en un hermoso palacio pidiéndome la mano. Su rostro también lucía diferente sin barba. Debía confesar que era una de las cosas que más me gustaba de él, su corta barba de varios días sin afeitarse, las cosquillas que me hacía al besarme o lo relajante que me resultaba acariciarla cuando dormía sobre mi hombro.

Como si notase mi presencia, alzó la mirada y, cuando sus ojos impactaron con los míos, miles de emociones recorrieron mi cuerpo. Temor y ternura, miedo y amor. Una corriente eléctrica sacudió mi columna, la calidez inundó mi corazón y un nudo se empezó a formar en mi estómago.

Ninguno apartaba la vista, la intensidad de nuestras miradas transmitía más de lo que pudiéramos expresar con palabras. Por muchas cosas que quisiera decirle, sabía que nuestras miradas conectaban nuestras almas de una forma inexplicable.

Bajé las escaleras despacio mientras Miki cruzaba el salón para darme alcance como todo un caballero.

—Señorita. —Me tendió una mano a la vez que me mostraba su *sexy* sonrisa de lado.

—Caballero. —Hice una pequeña reverencia intentando no reírme.

Caminamos de manera formal con teatralidad. Miki cogió una copa y me la ofreció, la acepté gustosa, esperando que se deshiciera el nudo que ya se había instalado en mi garganta.

—Estás preciosa. El ángel más bello y perverso del reino. —Cuando me besó no me importó estar en un lugar rodeado de gente, lo único que quería era a él—. Mi ángel.

—Me alegra que te guste. Tú tampoco te ves mal.

—Mentirosa, parezco un monicreque.

Una carcajada se escapó de mi boca.

—Cierto, la peluca te sienta pésima, y estás mucho mejor con barba. Respecto al traje, no tengo queja alguna. —Pasé mi mano por su pecho.

—Si eres buena podrás quitármela, si no, te haré el amor con ella puesta. —Hice una mueca de disgusto y Miki soltó una carcajada.

—Es injusto, te ves... incluso en el cielo se mueren de envidia. —Me reí del comentario de la más loca de mis amigas.

Nitca se acercó refunfuñando con Murik pisándole los talones. Había elegido ser Sissi, se veía preciosa a la vez que simpática; con su vestido de color crema cargado de volantes, unos tirabuzones cayéndole del elaborado moño que no se molestaba en apartar, simplemente le soplabá para apartarlos de los ojos.

Todos me halagaron por mi disfraz, lo que ellos no sabían era que estaban viendo al peor de sus enemigos; no me refería a un ángel caído o un demonio disfrazado de ángel, como bien podría ser yo en aquel caso, de eso nada. A diferencia de ellos, yo no era un personaje de los libros de ficción, terror o amor. Era real. Ellos veían al ángel más bello sobre la Tierra, pero no era más que el reflejo de lo que querían ver, de lo que yo quise que vieran exactamente.

Me había convertido en Babette Lévesque. Una chica dispuesta a todo por sus principios, valores y trabajo; una máquina que actuaba sin pensar en las consecuencias, que serían devastadoras para la persona que se escondía bajo ella: Dabria.

Aun así, tenía la esperanza de que el amor de Miki fuera tan grande como el mío para perdonarme por lo que había hecho. Si eso no pasaba, yo estaría muerta en unos días y ellos en la cárcel, donde se suponía que deberían estar y donde ni siquiera podía imaginármelos.

Me había obligado a hacerme un seguro de vida, ellos eran mafiosos y yo una poli, al fin y al cabo.

—Babette, Babette... —La voz de Miki hizo que centrara la atención en ellos de nuevo, por lo que veía llevaba un rato sumida en mis pensamientos—. ¿Estás bien, mi vida?

—Claro, ¿te gustaría bailar?

Posé mi mejilla sobre su pecho, captando el latido de su corazón, guardándolo en una cajita en mis recuerdos donde esperaba que nunca se

borrasen. Los momentos en que simplemente éramos él y yo, dos jóvenes locamente enamorados.

Antes de marcharnos de la fiesta me escabullí para hablar a solas con Aleksei. No sabía si valdría de algo, pero debía intentarlo.

—Aleksei.

—¿Ocurre algo, Babette?

—Tengo... Quería pedirte algo.

—Lo que quieras —respondió preocupado.

—Mañana ven cenar con Nitca a mi casa, quiero contaros algo.

—Pero ¿qué pasa?, ¿estás bien?

—No es nada —mentí—. Pero necesito contaros algo. Prométeme que vendréis.

—Lo prometo —aseguró al fin.

—Pase lo que pase. —Mi mirada se clavó en la de él con nerviosismo—. Por favor.

—Lo prometo, allí estaremos.

—Gracias. —Solté un suspiro, le apreté la mano de forma cariñosa y me alejé en busca de Miki.

Me acariciaba el hombro con suavidad. Acabábamos de hacer el amor, mejor dicho, acabábamos de follar; apenas nos había dado tiempo de llegar a su habitación para que entrara en mí de forma brusca.

Todas las formas en las que Miki y yo llevábamos a cabo el acto sexual eran maravillosas, desde las más primitivas llenas de necesidad y lujuria, hasta las más tranquilas, guiadas por el amor y la ternura. Ambas eran iguales de intensas. Nuestros cuerpos se anhelaban, se buscaban y se reconocían como propiedad. Nada podía cambiar eso.

—¿Por qué no te quitas las lentillas y la peluca para dormir, mi vida?

Me encantaba ese apelativo cariñoso. Deseaba que fuera verdad, con toda mi alma.

—Todavía es carnaval, no me molestan, además de que me veo muy... cómoda con ellas.

—La verdad es que estás preciosa, más que cualquier ángel.

—Miki. —Mi voz casi se atascó en la garganta—. Te amo. Con ternura, lujuria, cariño y pasión. Te quiero en cada una de tus facetas: salvaje, dulce, celoso, cariñoso, bruto, simpático y egoísta. Te quiero por todas tus virtudes y te amo por todos tus defectos. Más que a nada en el mundo.

—Mi pequeña. —Se giró y se quedó con una mano bajo su cabeza mirándome a los ojos, mientras con la otra me acariciaba la mejilla.

—Pase lo que pase nunca dudes, ni por una milésima de segundo, que lo que siento por ti es lo más grande y real que jamás he sentido por nadie.

Acaricié su mejilla. Una triste sonrisa asomó a mis labios cuando lo que desearía era ponerme a gritar.

—Oye, oye, oye, ¿tanta cursilería por tu parte? —preguntó, arrugando el entrecejo confuso.

—Quería dejarte claro que te elegiría a ti por encima de todo: ayer, hoy y siempre.

—Pero... ¿qué quieres decir? —preguntó con un deje de temor en la voz.

—Hazme el amor —le pedí sin dejar de mirarlo—. Por favor.

—Eso no tienes ni que pedirlo, mi vida —afirmó con una pequeña sonrisa.

—Hazme el amor como si fuese la última vez. —Intentó protestar, pero posé mi dedo índice sobre sus labios—. Necesito sentirte, sentirlo, sentirnos una vez más —supliqué.

—Las que tú pidas, mi pequeña, las que tú necesites —me respondió dejando un reguero de besos desde mi mandíbula hasta mi cuello.

Entre dolor, placer, tristeza y amor, Miki me hizo el amor de una manera que antes jamás habíamos experimentado, la mezcla perfecta, instinto y tranquilidad, con los ingredientes perfectos necesidad y amor, lujuria y ternura.

Toda reacción tenía dos posibles soluciones: la buena, en la que Miki me seguía queriendo a pesar de todo y este era el primero de muchos mágicos momentos, y la mala, Miki me odiaba y este era el primero y último momento mágico.

¿Con cuál quedaría mi vida?

Al día siguiente sabría la respuesta, al día siguiente mi vida cambiaría. ¿Qué dirección tomaría?

Esa noche no quería pensar más. Quería sentir sus brazos rodeando mi cuerpo, su calidez arroparme, su aliento acariciar mi nuca, su inconfundible aroma bañar mis fosas nasales y el latido de su corazón meciéndome hasta caer en los brazos de Morfeo.

Eso era lo que quería que se quedase en mi alma, pasase lo que pasase, el recuerdo de que había valido la pena.

Dabria

Eran casi las doce de la mañana. Lo tenía todo calculado. Era domingo, estaríamos él y yo solos en su casa. Los empleados tenían el día libre, los padres de Miki iban llevar a sus abuelos y Laryssa estaba durmiendo con Venyamin en su casa; salvo alguien de seguridad, estábamos solos. Tenía unas siete horas de margen.

El estómago se me revolvió y me escapé al baño. Tras vomitar lo poco que tenía en ayunas, me lavé los dientes y la cara con agua bien fría. Era por los nervios, necesitaba acabar con aquello cuanto antes.

Salí y al verlo todavía durmiendo decidí no despertarlo. Paseé por la enorme habitación en la que tan buenos momentos había pasado. Me fijé en el techo: la enorme foto de Miki y mía. Por si eso fuera poco, el resto de las paredes también estaban decorada con fotos mías, algunas con él y otras sola. Miki decía que yo era lo más bello del mundo, que por muchas que pusiese, nunca se cansaría de mirarme.

Pensaba en todos los momentos que había pasado a su lado, no cambiaría ninguno. Ni siquiera cuando me había sacado de una discoteca subida a su hombro porque no le prestaba atención de lo borracha que estaba, ni cuando me gritó en la playa que era una zorra. No cambiaría nada porque yo me había enamorado de él tal y como era, a pesar de lo que era.

Me estiré a su lado, pasé un brazo por su cuello, una pierna por su cintura y me pegué a él como una polilla a la madera. Pero en vez de cerrar los ojos, lo observé mientras dormía, grabando en mi alma otro recuerdo mágico.

El cuarto estaba lleno de paz y tranquilidad, que se vería sustituida por una tormenta cuando despertara, así que disfrutaría de este momento también.

Al mediodía, Miki despertó, me abrazó y como todas las mañanas me susurró:

—Mi pequeña.

Esperaba no tener que echar de menos aquello, entre otras cosas. Tragué con fuerza y abrí los ojos, no podía hacerme la dormida por más que quisiera.

—Buenos días, mi caprichoso niño rico. —Sonreí con tristeza, se estaba convirtiendo en una costumbre.

—Iré a darme una ducha y bajamos a desayunar, ¿te parece? —Depositó un beso en mi frente y se levantó.

Yo prefería no ducharme, quería mantener su olor en mí durante un tiempo, por lo que pudiera pasar. Seguramente pareciera una tontería, pero me tranquilizaba.

Cuando salió de la ducha yo ya estaba vestida con un chándal, esperando sentada como un indio encima de la cama.

—¿Vamos? —preguntó cuando acabó de ponerse un chándal él también, era la mejor ropa para pasar una tarde con tu novio tirada en el sofá haciéndoos arrumacos.

—Miki, tengo que contarte algo —solté antes de arrepentirme.

—Claro —dijo tranquilo—. Dime.

—Verás, yo... No sé... Es...

—A ver, pequeña, ¿qué pasa? —Se sentó a mi lado y me tomó una mano—. Puedes confiar en mí.

—Antes de nada, quiero repetirte una vez más que lo que siento por ti es real. Que te quiero es una verdad absoluta —dije más bajo de lo que quisiera, los nervios me estaban jugando una mala pasada.

—Ya lo sé, ¿por qué me lo repites tantas veces? ¿Qué ocurre? —Empezaba a ponerse serio—. ¿Me has engañado?, ¿Te has follado a otro?, ¿es eso?

—No es eso, Miki, no hay ningún otro.

Pareció aliviado, pero volvió a tensarse cuando comencé a hablar de nuevo.

—¿Te tienes que ir?, ¿me vas a dejar? —preguntó preocupado—. Si tienes que ir a Francia puedo acompañarte, sabes que...

—Tampoco es eso. Te he mentado.

—¿A qué te refieres? Habla de una puta vez, Babette, te lo pido por favor. —Su carácter no tardó en aparecer.

—Hablaré, te lo contaré todo, pero tú me escucharás. —Cada vez mis palabras sonaban más seguras. Lo agradecía, ya no había marcha atrás.

—¿Cómo puedo escucharte si no dices nada?

—Verás, Miki, yo no soy quien piensas que soy. En realidad, no soy profesora de baile, no soy una simple estudiante, en fin, que Babette Lévesque es una pantomima.

—¿Cómo? Pero... ¿qué coño quieres decir? ¿Puedes explicarte? Porque no entiendo una mierda. —Cada vez subía más la voz.

—Soy policía, una agente infiltrada. Pertenezco al cuerpo de inteligencia. Mi misión consiste en hacer que los miembros de las Tres K acaben entre rejas.

—Es una broma. —Negó con la cabeza—. Me estás tomando el pelo, quieres castigarme por no...

—No lo es, te estoy diciendo la verdad. Muchos países europeos estaban cansados de no tener pruebas en contra vuestra, por eso me mandaron aquí. Mi principal objetivo eras tú. Si llegaba al heredero, llegaría a todo.

—Maldita sea —susurró—. ¿Eres una espía?, ¿una puta poli? —Se frotó la cara y el pelo con ambas manos—. Es una broma de mal gusto. No puedo estar enamorado de una poli.

—Si te sirve de algo, yo estoy enamorada de un mafioso.

—¿Qué sabes? —Su semblante era completamente frío.

El Miki que yo conocía se había transformado en el hombre frío, poderoso y calculador que guardaba para sus secuaces.

—Miki. —Intenté tocar su mano, pero se alejó.

—No vuelvas a tocarme y habla de una puta vez. —Comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación, en un claro, pero vano, intento de calmarse.

—Todo. —Me arrastré hasta quedar sentada con los pies colgando fuera de la cama—. Lo sé absolutamente todo, tanto de ti como de cualquier miembro de las tres familias. Qué hacéis, cómo lo hacéis, quién os cubre hasta las fronteras, los topes y el precio a pagar por ellos, el motivo de la rivalidad con las otras dos familias, el legado, los problemas para heredar y la verdadera razón por la que no pudiste estudiar historia.

—Tú no sabes nada —escupió con odio.

—Te equivocas.

—Entonces debes saber que mi familia es lo más importante para mí, no dejaré que le hagas daño. —Se acercó y me sujetó por los brazos con fuerza—. No lo permitiré, ¿lo entiendes?

—¿Piensas que quiero haceros daño? En tal caso no te estaría contando esto.

—Ya. —Empezó a reírse y se separó varios pasos—. ¿Has conseguido lo que querías?, ¿Lo tienes todo?

—No se trata de eso, solo quiero...

—Responde, ¿sí o no?

—Sí, tengo más que suficiente para acabar con vosotros.

—Entonces, ¿qué coño haces aquí?

—¿No es obvio? No quiero nada de eso. Las cosas no salieron como pensaba.

—¿Qué coño quieres decir?, ¿no has conseguido tu objetivo?

—Mi principal objetivo eras tú. El plan consistía en que te enamoras de mí para así yo conseguir todo lo que necesitaba.

Sus ojos me miraban diferentes.

—Entonces, enhorabuena, lo has conseguido. Supongo que tu jefe estará orgulloso de ti. Ahora lárgate y deja de soltar más mierda.

—Todavía no, me escucharás hasta el final. —Inspiré profundamente para coger aire, mi esperanza disminuía a medida que la impaciencia de Miki aumentaba—. Todo ha salido como debería, conseguí las pruebas necesarias para que todos paséis una buena temporada en la cárcel, incluso tus hermanas y tu madre. Tú te enamoraste locamente de mí en menos tiempo del que creía, pero..., no contaba con que yo sentiría lo mismo. —Me acerqué a él despacio.

—No tienes por qué fingir más, tú misma acabas de quitarte la careta —dijo, alejándose para que no pudiera tocarle.

—Nunca necesité fingir contigo, me hiciste sentir cosas tan fuertes que al principio tuve miedo por sentir las y ahora tengo miedo de perderlas. —Una lágrima se escapó de mis ojos.

—No quiero volver a verte. No quiero que te vuelvas a acercar a mi familia o a mí —dijo con voz fría, pero con los ojos anegados.

—No hagas esto, sabes lo que hay aquí. —Posé una mano sobre mi corazón—. No me mires como si fuese una extraña, como si no me conocieses.

—Es que no te conozco, no sé quién coño eres. —Su voz subió una octava.

—Soy la misma chica de la que te enamoraste, la misma que se enamoró de ti.

—Mentira. —Me amenazó con el dedo índice—. No era más que una farsa.

—Siento mucho todo el daño que te estoy causando, créeme, haría cualquier cosa para aliviarlo. —Agarré su mano, que alejó tan rápidamente que solo rocé sus dedos.

—¿Es que acaso no has conseguido todo lo que querías? ¿Qué más necesitas? —gritó—. ¡Maldita sea!, ¿qué coño quieres?

—Perdóname, te lo suplico. Por lo que más quieras, perdóname —le pedí desesperada.

—Lo que más quiero. —Soltó una carcajada nerviosa—. Tú eres, eras —

se corrigió rápidamente— lo que más quería, pero no eres real. No eres más que un peón en esta partida, el medio para llegar a el fin.

—No es cierto, Miki. —Lo intenté de nuevo, pero volvió a gritarme.

—Ah, ¿no? ¿Soy yo el mentiroso?

—No, pero yo también me enamoré de ti, es lo que no entiendes.

—¡No lo entiendo, no! No entiendo cómo he podido estar tan ciego para no verlo. —Se frotó el pelo con ambas manos—. Maldita seas. Por eso ayer me pediste... Joder, por eso insististe tanto. ¿Eso también era parte de tu plan?

—No. Necesitaba sentirte siendo lo más yo misma posible, por lo que veo, por última vez. —Me tembló la voz al final.

—¡Claro! En realidad, esos son tus ojos, ¿no?, y las lentillas las verdes esmeraldas que me tuvieron engañado hasta ahora.

—Sí, esta soy yo, los ojos, el pelo y...

—Aquel día en tu casa te vi, creí que era mi alcoholizada imaginación. Qué estúpido...

—Miki, yo...

—Basta, Babe...

—Ese no es mi nombre, me llam...

—No lo digas, no quiero saberlo. No quiero saber nada de ti.

La tristeza se iba acumulando en mi pecho. Miki no me iba perdonar, lo veía en su dura mirada, sus oscuros ojos me miraban diferentes, con odio y rencor, incluso diría que con asco.

—La belleza de un ángel, pero la maldad de un demonio. Por fuera puedes ser la fruta más apetecible, pero por dentro estás cargada de veneno —escupió con rabia—. El disfraz fue un golpe maestro, sin duda.

—La razón por la que me disfracé de...

—¡Te he dicho que no quiero saber nada de ti! —gritó.

Cerré los ojos dejando bajar las lágrimas por mis mejillas, me di la vuelta y las limpié con la mano, luego, lo encaré de nuevo.

—Entiendo tu dolor, lo siento, de verdad, pero estoy haciendo lo correcto. No quería engañarte más. Dame una oportunidad.

—Si nos conoces como dices, sabrás que en la mafia no damos segundas oportunidades —aseguró con voz firme.

—Olvídate de la mafia y de la policía. Piensa en ti y en mí, en todo lo que sentimos.

—¿Qué se supone que tengo que sentir?, ¿qué es lo que sientes tú?,

¿orgullo?, ¿poder?, ¿satisfacción? La joven agente del cuerpo de inteligencia ha dado caza al heredero de la mafia rusa, Mikhail Korsakov... —lo interrumpí antes de que siguiera diciendo estupideces.

—No, Miki, no siento nada de eso. Ahora mismo lo que único que siento es miedo, mucho miedo, de perderte, de que no me perdones, de no volver a sentirme derretir de placer en tus brazos cuando me haces el amor o arder de deseo cuando nuestras pieles se rozan, de no volver a sentir como tu cálido aliento acaricia mi cuello cuando me susurras haciendo que la piel se me erice y los bellos se me pongan como escarpias, de no volver a escuchar tu ronca voz cuando te despiertas llamándome «mi pequeña». Tengo miedo a que todo se quede en un recuerdo, un sueño.

—Eso no es cierto. No te atrevas a seguir jugando conmigo. —Se acercó tanto a mí que podría besarle si me inclinara un poco.

—No lo hago, nunca lo hice, en verdad, pese a no querer escuchar lo que me haces sentir sabes que es cierto. Las palabras y los actos mienten, pero el cuerpo no lo hace, escapa a la razón y desobedece las órdenes de la cordura.

—Entonces ambos hemos despertado, pero no de un sueño, de una pesadilla. —Se volvió a alejar de mí—. De la peor que he tenido en mi vida. No quiero volver a verte, Babette... —Se detuvo—. Desaparece de mi vida.

—Miki —supliqué—. Por favor, no lo ...

—¡Vete! —gritó—. No quiero escucharte más, ¿no lo entiendes?

—Por favor, por favor.

Intenté acercarme, pero él abrió la puerta y volvió a la carga.

—Vete de una puta vez, y agradece que puedes hacerlo por ti misma.

Recogí mi móvil y salí de la habitación. No me molesté en limpiar las lágrimas que salían a chorros de mis ojos.

Pedí un taxi y esperé fuera a que viniese, tras la reja. Antes de subir al coche, lancé una última mirada a la gran mansión, esperando ver a Miki en la ventana; sin embargo, la casa parecía tan vacía como mi alma.

Entre sollozos y lágrimas entré a mi apartamento y me tiré en el sofá, maldiciendo por enamorarme como una imbécil, rogando a nadie y a todos que me ayudasen.

Las lágrimas no daban descanso a mis ojos, el dolor me desgarraba el alma. ¿Qué había hecho? ¿Cómo había llegado a eso?

Lo tuve todo cuando no era nadie y me quedé sin nada ahora que era yo de nuevo.

¿Valía la pena?

A veces los sentimientos son tan fuertes que controlan tus actos. No importa la razón, cordura o lealtad hacia lo que te rodea, si no que orbitas alrededor de la persona que amas como la Tierra alrededor del sol.

Esos sentimientos me controlaban, me hacían débil, lo sabía. Pero nunca me había sentido tan plena como en sus brazos, nunca había deseado tanto que alguien me amase, a mí, a Dabria, hasta el punto de dolerme cuando de su boca salía «te amo, Babette».

Lo que alguna vez me había asqueado había pasado a un segundo plano para dejar paso a un amor tan grande que creí que podría superarlo todo. Fue un error. Él me odiaba, era el prototipo de persona al que no le temblaba el pulso al disparar, al contrario, disfrutaba torturando a los de mi calaña.

¿Por qué lo sabía?, ¿por qué estaba tan segura?

Se dice que una mirada vale más que mil palabras, que la cara es el espejo del alma, que el rostro se contrae por el dolor. Dicen también que el odio y el amor pueden olerse, que el paso de uno a otro es una línea invisible. Yo lo había visto, había averiguado cada uno de los antiguos refranes, cada uno de los dichos de las abuelas.

En la mirada de Miki vi odio. Su rostro indicaba que nunca había experimentado tal dolor, su cara era una mezcla de terribles sensaciones: rencor, traición, sufrimiento... Dolor y odio se superponían a cualquiera. La línea invisible no existía entre nosotros. Cuando priman los engaños y las mentiras, cuando no sabes diferenciar lo real de lo imaginario esa línea se desdibuja trazando un círculo alrededor de los amantes. Eso nos había pasado a nosotros.

Al principio él amaba y yo lo odiaba. Ahora era al revés; yo era la odiada y él el amado, yo era quien amaba con toda mi alma y él quien odiaba con todo su corazón.

¿Podría soportarlo? Definitivamente no. ¿Podría soportarlo él?

Definitivamente no.

 Mi mejor opción sería regresar a España. Su mejor opción sería matarme.

Continuará...

Sobre la autora

Bárbara Bouzas nació un siete de enero de 1990 y vive en Muros, un pueblo de A Coruña.

Licenciada en criminología y con un Máster de perito judicial, actualmente sigue estudiando, en este caso, el ámbito inmobiliario.

Amante de los animales, del mar y la lectura, este año se centrará en otra de sus pasiones; escribir.

Nos da a conocer Lágrimas de hielo, su primera novela publicada por Editorial LxL. Una historia New Adult colmada de acción y romance.

